

Laura Baeza

El lugar de la herida

Narrativa Hispánica



Laura Baeza

El lugar de la herida

ALFAGUARA



*No hagas alianzas con el dolor.
«Lo grande que es perdonar»*

Vico C

*Para Guillermo,
la mejor parte de mi vida*

Habla Lucero

De niña me gustaba cerrar los ojos muy fuerte, apretarlos hasta que me dolieran los párpados, hasta que sintiera cosquillas alrededor de la cabeza, hasta que ya no aguantara, y luego abrirlos de repente, como cuando el sol te deslumbra y tienes que cerrar y apretar, cerrar y apretar, apagar el sol a parpadeos. Lo hacía cuando escuchaba gritos: mi mamá le gritaba a mi hermano, mi hermano le gritaba a mi mamá, mi papá nos gritaba a todos cada vez que podía, siempre nos gritaba cuando quería. Y de los gritos a los golpes, y de los golpes a los besos a mi mamá y de los besos a abrazarla y tocarle todo el cuerpo para pedir perdón y luego exigirlo también a gritos. Yo cerraba los ojos buscando silencio, pensaba que así nadie diría mi nombre, nadie gritaría que venga esa pendeja de Lucero, a ver si sirve para algo, que le sirva a su tío, que le cambie el plato a mi compadre, o le sirve ella o le sirves tú, si es que también sirves para algo. Cerraba los ojos fuerte, muy fuerte, como si con eso nadie volviera a pronunciar mi nombre. Cerraba los ojos y no llegaba el silencio. Me nombraban. Lo decían tanto que comenzó a darme asco desde muy chica, me hacía pensar en sudor, en saliva con olor a cerveza, en calor, en miedo, en orines. Aprendí que cerrando los ojos tan pero tan fuerte quedaría fuera de ahí unos segundos por el dolor de cabeza, cuando se hiciera el silencio dentro, hasta que uno de ellos se diera cuenta y dijera que qué pendeja Lucero, a qué anda jugando, si anda con los ojos cerrados se le va a caer la comida encima, a veces ni para eso es buena.

Aprendí que cerrar los ojos sería algo mío, solo mío, igual que el asco que me dio mi nombre todos esos años cada vez que uno de ellos lo decía. Pero al final una se acostumbra a cualquier cosa, sobre todo a que cuando te cambian el nombre por burlas e insultos da lo mismo cómo te llames. Pero el mío nunca cambió.

Los viernes eran mis días favoritos. Detestaba cualquier cosa que tuviera que ver con la escuela, sobre todo porque yo era la más

grande de mi grupo, ya tenía dieciséis cuando las otras tenían catorce y algunas me llamaban burra o repetidora, pero había dos cosas que me gustaban y por las que no me había salido de la secundaria cuando cumplí los quince: Beto y sus amigos, y las clases de corte y confección. A Beto lo veía los viernes cuando nos dejaban salir más temprano, o sea, una hora, a veces hora y media antes de las dos cuando era quincena. No sabía de dónde habían salido, una chava con la que me juntaba me lo presentó. Al principio creí que eran de la prepa y también salían temprano los viernes, pero luego me di cuenta de que no estudiaban, solo tenían su banda de los que andaban en moto dando la vuelta. Él y sus amigos pasaban por la secundaria cuando calculaban que ya estábamos por salir, casi enfrente había un parque y siempre nos esperaban ahí, fumando, a veces con unas latas de refresco que adentro tenían tequila o ron, yo prefería las de tequila porque el ron con coca me recordaba a mi papá, a mis tíos, a sus amigos, no, yo no quería nada de eso, mejor me tomaba la de tequila que él me guardaba. A veces Beto combinaba refresco de fresa con tequila y ese era el que más me gustaba, era dulcecito y no sentía el mareo hasta que me levantaba de la banca de cemento para irme a la casa.

Otras, Beto me pedía que me subiera a la moto y diera una vuelta con él, eso me encantaba, me subía un poco la falda, aunque no era necesario porque era una falda short y podía treparme fácilmente, pero me gustaba que todo mundo me viera las piernas cuando me subía, Beto decía que tenía unas piernas muy bonitas. Yo aprovechaba y me acomodaba detrás de él, me abrazaba a su cintura y como que no queriendo le olía la ropa, la espalda; ya identificaba el olor de su desodorante, creo que era de chocolate o algo así, y a veces hasta el gel que se ponía porque el cabello lo tenía muy rebelde. Dábamos un par de vueltas, las necesarias para que todo mundo me viera, y me gustaba mucho la sensación del mareo rico que me daba andar en moto con él, con el viento en la cara y el efecto del refresco con tequila, aunque solo fueran unas cuantas vueltas mientras sus amigos y mis amigas se tomaban las demás latas, mientras sus amigos y mis amigas se besaban; las chavas más grandes estaban acostumbradas a que ellos les pusieran las manos sobre las piernas y alguna hasta debajo de la blusas o en medio de la falda short. Lo que ellas hicieran no me importaba, yo los miraba de lejos y era más feliz que ellos, yo sí era feliz dando vueltas con Beto, abrazada a su cintura, apretando mi mejilla en su espalda, aspirando su olor. Si cerraba los ojos no era para perderme del mundo y dejar de

ver y oír, con Beto era diferente, se sentía mejor el paseo con los ojos cerrados, y el aire, que casi siempre era frío, lo sentía tibio en las mejillas. Para mí pasear con Beto era más importante y más bonito que meternos mano en las bancas del parque, aunque también quería, sí quería, me hormigueaba todo de tanto que necesitaba que Beto me besara y me tocara, pero ya llegaría mi tiempo. Si todo mundo me veía con él, aguantarme las ganas valía la pena.

Varias veces pasaron los prefectos de la escuela, algunos maestros, creo que una vez vimos a la directora corretear a otros grupitos de la secundaria que también iban al parque a eso, pero a nosotros nunca nos dijo nada, ni ella ni los demás, nadie nos decía nada, solo se le quedaban viendo feo a Beto, le sostenían la mirada unos segundos y se iban. En clase tampoco nos regañaban, era como si nosotras, las repetidoras de más de quince, las que por fin habíamos pasado a tercero de secundaria y Beto fuéramos unos pájaros negros, esos que se ven feos cuando se paran en las ventanas, pero ya nadie les dice nada, ni los corretean, solo los dejan ahí esperando que un día no regresen.

También los viernes tenía la clase de corte y confección las tres primeras horas, antes del recreo. Siempre quise ser diseñadora de modas, mi mamá me dijo que lo más cercano a una pasarela que yo podría lograr sería como costurera, que eso no tenía nada de malo porque los diseñadores solo dibujan y ordenan, todo lo hacen las costureras porque ellas sí saben cortar y armar las piezas, convertir telas en vestidos. No me gustó que me dijera eso porque me acordaba de doña Jacinta, nuestra vecina, la costurera con la que nos hacíamos los uniformes y casi toda la ropa antes de que tuviéramos cerca un almacén de saldos, cuando mi mamá todavía estaba al pendiente de si calzábamos y vestíamos. Doña Jacinta me regalaba retazos de las telas y con eso yo les hacía ropitas a mis muñecas, pero no recuerdo exactamente cómo empecé a coser las ropitas, quizá viendo cómo terminaba de armar mis vestidos; primero hacía la parte de abajo y después la unía con la de arriba, que ya tenía los alfileres a la medida de mi cuerpo. Son recuerdos a medias porque yo estaba muy chica, fue antes de los gritos, antes de lo de mi hermano, antes de que mi mamá y yo nos quedáramos solas. Me acuerdo de un día que fuimos a ver a doña Jacinta para recoger dos pantalones, aún les faltaba el dobladillo, pero podía entregárnoslos en un rato. Ella cosía y mi mamá veía unos figurines, de repente escuché un ruido del otro lado de la ventana y me asomé, había una perra muy gorda. Se llama Morosa, me dijo doña Jacinta cuando vio que iba a salirme para acariciarla,

pero no te le acerques, está preñada y puede lastimarte. Le pregunté si ya casi nacían sus perritos. La Morosa se regaló aquí, los vecinos la alimentamos, pero no sabemos de dónde viene, la vez pasada que tuvo perritos se los comió, no sobrevivió ninguno, no volvimos a verla hasta ahora que regresó con panza nueva. Yo no sabía que las perras se comían a sus perritos, pero doña Jacinta me lo explicó: A veces es así, Lucero, tienen que comérselos, pero no es que se los coman de verdad, es un decir, las perras que no pueden tener a sus cachorros no los dejan vivir y ya.

Conocí la costura ahí, después con mis muñecas y sus vestidos de retazos. Quería ser diseñadora y hacer ropa, no modelar, eso no me llamaba la atención aunque en la secundaria, en segundo año, unas chavas del grupo me dijeron que para el examen bimestral yo debía ser la modelo porque era alta, estaba flaca, pero tenía las piernas grandes, no como las de ellas, las mías eran gruesas, decían que tenía cuerpo de basquetbolista y eso me molestó mucho porque de niña deseaba que el cuerpo se me quedara chico y no se hiciera de mujer, no un cuerpo que los vecinos quisieran agarrar a cada rato, como hicieron muchos, como hicieron todos. Las chavas decían que no era ofensa, era cumplido, pero si no quería modelar ni modo, con que cosiera bien y entregara el trabajo a nombre de todas, con eso era suficiente.

Desde el primer año me metí a clases de corte y confección, me emocionó mucho que me aceptaran cambiarme porque yo había quedado en secretariado y eso no me gustaba, me ponía de malas tomar dictado y las computadoras del salón de informática tenían las teclas duras y no teníamos internet, lo habían cortado en la escuela, entonces no servían para nada. Me cambié a corte y confección y fui muy feliz, pero mi mamá no porque ahora había que sacar del gasto para comprar mis reglas y mis patrones, mucho papel, pliegos de papel para las primeras clases y unas tijeras metálicas buenas. Yo pensaba que nos iríamos directo a hacer ropa, igual que doña Jacinta o yo con los vestiditos de mis muñecas, pero todo el primer año nos tuvieron cortando y cosiendo papel, pedazos de papel que no tenían forma de ropa.

Cuando comenzaron las clases y pidieron el material mi mamá vio que era mucho, como doscientos o trescientos pesos que no tenía y no íbamos a tener. Me mandó con doña Jacinta a preguntarle si le sobraban reglas y yo me reí, cómo le iban a sobrar reglas si esa señora trabajaba con lo mismo desde que yo era chica, pero mi mamá me dijo que fuera y fui y le pregunté y me contestó que le sobraban,

pero ya ni se les veían las marcas y le dije que no importaba, si me las regalaba yo les pondría las marcas, y eso hice, les marqué los centímetros y las pulgadas y las mitades de los centímetros, los milímetros no porque mi marcador era grueso y no iban a quedar. Según yo, estaban bien, y al día siguiente en la escuela todas las chamacas del salón se rieron de mí y de mis reglas viejas, que eran mejores que las de ellas porque las mías sí eran de madera gruesa y pesaban, eso dijo la maestra, pero tenían los palitos todos chuecos. Me valió, a mí siempre desde niña me valían las cosas, bien decía mi mamá, y con esas reglas me quedé los dos años y medio que estuve en la secundaria.

Siempre quise ser diseñadora de modas, siempre quise que Beto me quisiera. Siempre tuve los inicios que quería, pero no los finales que yo esperaba.

Nancy llegó un viernes, el segundo viernes del curso. Un viernes de corte y confección a primera hora. En el taller éramos veinticinco, todas del A y del B, Nancy era del C, le correspondía el grupo después del recreo, pero un día antes la cambiaron a mi salón, el A, porque no se acopló al suyo. Era su primera semana en la escuela, le había ido mal, me dijo cuando se sentó conmigo en la última mesa del taller, y su mamá fue rápido a cambiarla de salón, por eso ahora seríamos compañeras de grupo y de taller. No me dijo por qué le fue mal y tampoco le pregunté, no me interesaba ni me iba a burlar de ella por haberse cambiado de salón, si yo hice lo mismo en primer año. Se me hizo raro que quisiera sentarse conmigo porque nadie se sentaba conmigo por gusto; ya luego vi que era porque no quería estar adelante, no llevaba reglas, cómo las iba a llevar si apenas un día antes la cambiaron de salón. Le dije que usara las mías, yo hacía los trazos al tanteo y si ella era nueva y nunca había usado las reglas, mejor que se acostumbrara con unas feas pero pesadas. Después de que se las ofrecí así, diciéndole que mis reglas estaban feas, pero funcionaban, se rio. La maestra ni la iba a pelar para enseñarle cómo poner la regla sobre el papel, ella ni siquiera llevaba papel, se las iba a arreglar con un periódico que otra chava le regaló y unas tijeras que de por sí llevaba en la mochila.

Me dio lástima que fuera tan tonta, más tonta que yo, y rápido le enseñé de qué lado del pliego poner las reglas, cómo sacar el molde, qué iba al derecho y qué al revés para que el molde quedara o se pareciera al que la maestra había pegado en el pizarrón. Le pregunté

si sabía coser y dijo que no, le pregunté si sabía en hilar y dijo que tampoco, le pregunté si sabía algo de costura, bordado aunque sea, y dijo que no, nada de eso. Entonces para qué estás aquí, te van a reprobar el primer bimestre. Me contestó que solo ahí había espacio para ella, tenía razón, éramos el grupo más chico. También se sentó conmigo porque mi mesa era la única con lugares. Cuatro mesas de seis y yo sola, con todo ese espacio para mí. Ahora seríamos Nancy la nueva y yo.

La maestra ni nos pelaba, ella llevaba al salón sus encargos, una que otra blusa para hacerle ajustes, las agujas de tejer, el encaje que le ponía a otras prendas particulares, y como ya conocía a prácticamente todas las del grupo porque siempre estuvimos juntas desde primero, esas tres horas se nos iban en hacer nada, o sí, hacer las tareas de otras materias. En la escuela teníamos prohibidos los celulares, oí que habían instalado unas cosas que según eliminaban la señal y sí la eliminaban porque ni siquiera salían las tres rayitas para mandar mensajes, había que mover el teléfono de un lado a otro a ver si agarraba señal. Los maestros se molestaron, había pocos alumnos con teléfono y ellos dejaron de llevarlos porque los rincones donde había señal era por donde siempre pasaban los prefectos. Para cualquier cosa urgente de internet había que ir a la dirección y pedirle a una secretaria que hiciera lo que necesitáramos en la computadora con internet de cable, pero eso casi nunca pasaba. Nosotras en el taller poníamos música bajito, era música que alguna descargaba en un MP3 y salía de una bocina chiquita, pero muy bajito, dijo la maestra, para que nadie venga a regañarnos. Así se nos iban las tres horas, la maestra entretenida con sus cosas y nosotras con las nuestras, más bien mis compañeras con las suyas, yo sí estaba en lo mío, yo sí cosía y hasta usaba la máquina de coser del taller, ahí me hice varias blusas, la maestra me vigilaba y como sabía que yo ya cosía muy bien, me calificaba con mis propias prendas o lo que ella me dejaba para ayudarle con sus encargos; me gustaba mucho la materia porque era la única en la que sacaba diez. Las demás no, ellas solo hacían una o dos prendas al bimestre, estaban ahí por obligación, no por gusto como yo, no por resignación como Nancy. Mis amigas con las que iba al parque estaban en secretariado y en electricidad, nunca hacían nada, pero nos veíamos en el recreo y a la salida, sobre todo los viernes que Beto y sus amigos se quedaban con nosotras en el parque.

Viendo bien a Nancy, no era fea, pero se veía bastante niña, me llegaba como a la boca. Yo siempre me vi más grande y era porque

estaba más grande, de cuerpo y de cara, hasta en la mirada, más vivida, decían todas, y se reían de mí. Nancy no, ni siquiera me preguntó mi edad, yo tampoco se la dije ese primer día, pero ella sí me dijo la suya, catorce igual que todas. Iba a cumplir quince a mediados del siguiente año, ya casi cuando saliéramos de la secundaria. Nancy estaba flaca, tenía más pechos que yo y sí se le notaban mucho, pero sin eso, yo le hubiera calculado doce. Parecía una muñeca porque era blanquita y pequeña, la única del salón con los ojos verdes. Luego de que le expliqué cómo se ponían las reglas y sacaban los moldes, echó a perder varios y se le acabó el periódico, otra chava le vendió un poco en cinco pesos y Nancy regresó a nuestra mesa, dijo algo como que se había pasado a esa escuela porque a su mamá le quedaba cerca del trabajo y podía llevarla o que la cambiaron por un asunto del trabajo, ya no recuerdo, yo estaba entretenida en lo mío, tejiendo una tira de croché que la maestra me encargó, me iba a pagar veinte pesos si la terminaba antes de que tocaran el timbre.

Luego de la clase de corte y confección solo tendríamos dos más, pero Nancy se me pegó para irnos juntas al salón, no conocía a nadie y tampoco hizo amistad con las otras chavas del taller, de todos modos no le hubiera servido de mucho porque en corte y confección estábamos revueltas las del A con las del B. Se me pegó para ir a Español y ahí no pudo sentarse cerca de mí porque la maestra nos acomodaba en orden alfabético, pero sí se sentó a mi lado en la última, la de Química y eso me convino porque ella era buena. Entonces me dijo que en su otra escuela había ido a concursar a algo de conocimiento, que tenía las paredes de su cuarto llenas de diplomas y medallas por el promedio alto que se sacó desde primero de primaria y que en su otra escuela también la molestaban y se burlaban de ella por inteligente. Me dio mucha risa, pero le creí, a mí me fastidiaban e insultaban por todo lo contrario, a mí desde niña me decían que era una pendeja o que ni para pendeja servía, pero yo estaba segura de que iba a demostrarles que estaban en un error.

Me acuerdo que ese viernes cuando conocí a Nancy una parte de mi vida cambió. Yo no lo sabía, pero el resto de mi vida iba a cambiar. Lo que había vivido hasta la semana anterior ya no me pertenecía. Debí suponerlo cuando Nancy se me pegó también a la hora de la salida porque vio que las otras chavas grandes estaban esperándome para ir al parque, Beto y sus amigos ya andaban dando vueltas cerca. Nancy se me pegó, me dijo que el parque le quedaba de camino al trabajo de su mamá, como era temprano podía alcanzarla si se subía

a una combi para que no le diera insolación por irse a pie tantas cuadras, pero que podía pasar un ratito al parque a ver qué había o qué hacíamos, y yo de pendeja, porque siempre fui Lucero la pendeja, yo de pendeja le dije que sí, que íbamos puras de tercero, pero más grandes que ella, de pendeja le dije que se pasara un rato con nosotras, pero que no se asustara si veía algo que no le gustaba, es más, que si se sentía incómoda se cruzara rápido a la parada de las combis y se fuera, porque con su cara de niña también podía meternos en pedos, y ella dijo que no, que se iba a pasar un ratito con nosotras, solo un ratito, le daban curiosidad las demás, que en realidad solo se encaminaría con nosotras al parque y de ahí se cruzaba a agarrar la combi para que su mamá no la regañara por perder el tiempo.

Ahí estaba conmigo, ella toda chiquita a mi lado justo cuando Beto estacionaba la moto enfrente y se quitaba el casco. Pero Nancy no se fue luego luego, se quedó unos minutos, los mismos que Beto tardó ahí sentado tomando a medias su lata de refresco de lima con tequila antes de decirle que si el trabajo de su mamá estaba cerca él podía llevarla, que con confianza, no mordía, al cabo que Lucero se subía todo el tiempo a la moto y no le había pasado nada.

Mi viernes y mi humor cambiaron ese día con la sonrisa de Nancy cuando le respondió que sí, que estaba bien, sí le daban ganas de subirse a la moto, pero que no la llevara al trabajo de su mamá porque la gente era muy chismosa y la iban a regañar, que con una vuelta al parque, así como las de Lucero, con una vuelta al parque se conformaba. Lo que Nancy no se imaginó era que Beto no se conformaría con eso.

Nancy se había convertido en mi sombra. Escuché eso de mucha gente, sobre todo en las telenovelas, pero no lo entendía, lo vine a entender con ella. A lo mejor se sentía segura conmigo por mi estatura, porque aunque se burlaran de mí por repetidora, burra y grande, nadie se metía conmigo; quizá sabían que yo era amiga de Beto y sus amigos, tal vez que me convertí en una rechazada cuando pasó lo de mi hermano y mis papás, cuando todo mundo se enteró de dónde trabajaba mi mamá, y si querían fastidiarme lo pensaban dos veces. A Nancy sí la molestaban, o mejor dicho, no se juntaban con ella porque era alzada y ella tampoco quería juntarse con los demás, pero sí conmigo.

Me convino al principio, empezamos a hacer equipo en las

materias y me iba mejor, pasé de los cinco y los seises a los ocho; si seguía así saldría de la secundaria con un mejor promedio y quizá podría irme a Tlaxcala a estudiar la prepa técnica, corte y confección como debe ser. Nancy venía de Tlaxcala y me decía que no era la gran cosa, una ciudad como cualquier otra, como un pueblo pero más grande, y lo decía así, alzada, yo creo que por eso les caía mal a todos; a ella le gustaba más Puebla, donde tenía familia, pero tampoco viviría en Puebla, sus papás la iban a mandar en unos meses al Distrito Federal con su tía porque allá iba a estudiar la prepa. Ella había ido varias veces y decía que era otra cosa, una ciudad llena de edificios grandes y un montón de gente de todas partes, y siempre siempre había algo interesante que hacer. Decía que al principio caminas viendo para arriba, pero luego te acostumbras, como debe ser en Nueva York y no sé dónde más dijo. A todo yo le contestaba que sí, qué bueno, qué padre, la verdad ni me importaba lo que hiciera de su vida ni que me presumiera, pero ella quería conocer sobre la mía. Y eso sí que no.

La primera vez que se metió en lo que no le importaba fue unos meses después de iniciar las clases. Teníamos pendiente un trabajo de Historia, ella y yo seríamos las primeras en exponer. A mí no me gustaba hablar en público, no podría dar el tema ni siquiera leyéndolo, pero a Nancy sí le gustaba, le encantaba que la gente la oyera hablar. Ya habíamos redactado un resumen y quedamos en que yo haría las láminas y ella las explicaría, solo que teníamos el tiempo encima y le dije que como la exposición era el lunes, yo podría hacer las láminas el fin de semana, en lo que ella se aprendía el tema, yo las llevaría listas nada más para que ella las explicara, no teníamos que juntarnos a fuerzas. Nancy no aceptaba los no. Se apareció en mi casa el sábado por la tarde.

Oí el golpe de sus nudillos en la puerta de lámina. Antes, cuando llegaban personas a la casa, yo prefería irme, vagar por la colonia o quedarme en el parque. El muchacho que atendía el ciber me quemaba discos con la música que yo le pidiera, tenía un catálogo como de dos mil canciones, pero luego me vendió un MP3 que le fui pagando poco a poco y cuando iba a rentarle una computadora él le metía música, así que con eso me quedaba en una banca del parque oyendo una y otra vez las canciones que me gustaban. Desde hacía tiempo mi casa ya no era mía, era de los que llegaban y se iban unas horas después. Mi casa era de los gritos de mi mamá como fue de los gritos y golpes de mi papá, como fue de las palizas entre ellos y mi hermano el tiempo que vivió con nosotros. El tiempo que mi hermano

vió. Pero la casa ya no era mía, nunca los fines de semana, mucho menos cuando era quincena y algunos billetes embarrados de sudor y cerveza iban a dar al cuarto del fondo. Ese sábado me sentía mal y no quería salir. Escuché el toquido en la lámina y pensé que otro hombre se había equivocado de hora o los cobradores ya habían cachado a mi mamá entrando con alguien y llamaban una vez más.

Nancy estaba apoyada en la puerta y casi se me cayó encima cuando abrí. Llevaba su mochila en la espalda, unas cartulinas y papel bond en una bolsa de papelería y en otra bolsa unas cocas y papas. Ni siquiera pude decir algo, estaba en shock. No la invité a pasar, le dije que se fuera, yo sola iba a hacer las láminas, en eso habíamos quedado, pero ella ya tenía medio cuerpo dentro. Conocía a Nancy y estaba segura de que no se iría de ahí solo porque yo se lo pidiera, al contrario, ya se iba metiendo mientras me decía que Beto le dijo un día antes dónde vivía. Beto. Nancy se había colado en mi grupito del parque, era obvio que le gustaba a Beto porque él ya ni me pelaba, aunque yo estuviera como pendeja esperándolo todos los viernes y Nancy solo se apareciera de vez en cuando, sabiendo que las otras chavas nada más se burlaban de ella por fresa, presumida y chaparra, que quería encajar a como diera lugar con los más grandes. Dijo que preguntó por mí con las señoras que se sientan en la banqueta a vender dulces, le contestaron que mi casa era la segunda de la vecindad, pero que aguas, no estaba bien que ella anduviera por ahí. Casi casi le decían que no se juntara conmigo, como los demás del salón. Pero justo ahí estaba, metida en la sala.

Nada más me quedó decirle que me esperara, iba por mi mochila, un suéter y dinero, como a dos cuadras había un centro comunitario, le pedí que fuéramos ahí porque había dos computadoras con internet y porque no podíamos estar en mi casa. Nancy respondió que ya lo sabía, allá la habían dejado sus papás y pasarían por ella tres horas después. Yo hablaba en automático porque seguía en shock, quería llorar, estaba molesta con esa pinche metiche, con mi mamá, con las vecinas, con Beto, con todo mundo porque mi tarde ya pintaba para ser una mierda ese sábado de quincena y lo sería aún más con Nancy pegada a mí. Agarré mis llaves y ya nos íbamos, cuando mi mamá salió del cuarto de atrás. Nunca había sentido tanta vergüenza como ese día. Es como si las piernas se te volvieran agua y tuvieras que apoyarte en algo, lo que sea, un mueble, el brazo de alguien, el respaldo de una silla para no caer directo al suelo, que siempre había sido el lugar desde donde veía todo.

Mi mamá no dijo nada, el que habló fue el hombre que salió detrás

de ella y se nos quedó viendo a las dos, vio el cuello en V de la blusa de Nancy y a mí me vio las piernas y me dijo adiós, chula, antes de pasar muy cerca de Nancy y salir azotando la puerta. Mi mamá no respondió, ya ni siquiera estaba en el pasillo, pero por la cara que puso Nancy estoy segura de que la vio muy bien, vio en ella todo lo que soy y mi vergüenza. Yo solo quería morirme como lo he querido siempre, ni siquiera podía cerrar los ojos para hacer de cuenta que nada había sucedido, ni la pinche Nancy había llegado ni mi mamá había estado ahí con ese señor, pero mis párpados se quedaron muy abiertos. Deseaba que la sensación de las piernas líquidas me invadiera toda y me convirtiera en eso, una niña de agua, o una mujer de agua, me deshiciera y no quedara de mí más que un charco.

En el centro comunitario Nancy estaba callada. Entre las dos había un silencio que yo no quería interrumpir, así que para que ninguna hablara saqué mi MP3 y le di un audífono mientras yo me ponía el otro. Nunca había sentido tanta vergüenza, rabia y ganas de llorar como esa tarde que pasamos con las cartulinas, los plumones y los resúmenes. Quería que a Nancy se le borrara la imagen de mi mamá con el vestido apretado que usaba cuando llegaba algún hombre, su olor a cerveza rancia mezclado con el olor a sudor del otro, porque a mí no se me borraba ni se me borraría nunca, aunque cada vez que la veía así trataba de pensar en mi mamá de antes, la que usaba delantal, pantalones de mezclilla y faldas largas, la que me llevaba con doña Jacinta y con la que veía televisión cuando mi papá y mi hermano no estaban en la casa. Deseaba que me tragara la tierra, que Nancy se olvidara de lo que había visto y borrar de mi vida ese sábado. Eso pensé aquel día, con un audífono en un oído y la vergüenza por todo el cuerpo, pero vendrían otros sábados mucho peores.

Luego de un tiempo, me hice a la idea de que Beto y yo ya no traíamos nada. Si Nancy iba al parque, él nada más quería platicar con ella; a mí me seguía dando las latas con refresco de fresa o naranja y tequila, otro de sus amigos se me acercaba a sacarme plática, pero entonces me sentía peor, como si me mandaran un premio de consolación que ni siquiera me gustaba. Nancy se reía, y yo iba conociéndola mejor: en el salón decían que era una apretada, sí, lo era, pero le encantaba que los demás la vieran porque como no encajaba en nuestro grupito, estaba ahí por gusto y justo por eso llamaba la atención. Beto le daba un par de vueltas en la moto y nada

más, ella era bien calientahuevos y la verdad, yo no sabía cuánto le aguantaría Beto. Lo descubriría ya después, cuando Nancy dejó de ir al parque.

Un día, nada más por saber, porque tampoco éramos amigas, ella no me contaba sus cosas, si tenía novio de otra escuela o qué, le pregunté si se iba conmigo un rato al parque, hacía calor y le dije que le invitaba un helado mientras cotorreábamos con Beto y los demás. Me contestó que no, su papá pasaría por ella a la escuela, le daban permiso de salirse a comer una hora antes y él aprovecharía para recogerla y llevarla con una maestra para las asesorías de la prepa. Le pregunté si ya tan temprano andaba con eso, todavía faltaban como tres meses para los exámenes de admisión y me contestó que sí, que incluso estaba tardándose en tomar clases, todo mundo quería entrar a las prepas del Poli, los exámenes eran difíciles y la inscribieron a asesorías los viernes y sábados.

Que ya no estuviera de metiche con los que fueron mis amigos desde antes de que se apareciera en la secundaria me alegró el día. Dos semanas después ya tenía a Beto pegado a mí otra vez, como que ni se acordaba de Nancy la calientahuevos, como le decían las otras chavas. Beto volvió a invitarme a dar vueltas en la moto y yo fui feliz, muy feliz porque extrañaba el olor de su perfume, el de la chamarra de piel que se ponía cuando el día estaba fresco, y esas últimas veces me dije que ya, a lo que iba, si yo no me dejaba ir, Beto me iba a traer nada más así, de su juguete. Nos habíamos besado una vez, pero yo quería más, y eso lo sabía Beto, porque si no, a qué iba al parque cada viernes.

Nunca se me va a olvidar cómo fue ese día. Hacía calor, Beto no se llevó la chamarra, tenía una playera delgadita y yo pensé, ahora o nunca, y apenas me subí a la moto, le froté mis pechos en la espalda, como había visto en una película. Yo sabía que era imposible que sintiera mis pezones porque no eran grandes, pero si yo pensaba que me iban a reventar de las ganas, Beto se daría cuenta. No sé si fue por eso o porque como yo iba con los brazos alrededor de él y le puse las manos debajo de la playera, al fin se decidió. Me preguntó si lo acompañaba rápido a su casa por un dinero que debía pasar a dejarle a alguien, y que luego me llevaba a la mía, que le quedaba de camino. Le contesté que sí, pero solo un rato.

Yo no sabía dónde vivía Beto. Una vez me dijo que por el Centro, otra que en la colonia Constitución, pero adonde fuimos no era ninguno de esos lugares, estaba a las afueras de Apizaco, no me di cuenta exactamente por dónde, no recuerdo haber pasado por ahí

antes. Las calles dejaron de estar pavimentadas, nos metimos por un empedrado que hacía vibrar la moto, eso me gustaba, me daba cosquillas y yo me agarraba más fuerte de la cintura de Beto. Su casa era la última, tenía un terreno grande al frente y una cerca de malla; se bajó a abrir la reja, su subió a la moto y avanzamos hasta la puerta. Yo ya sabía a lo que íbamos, cómo no lo iba a saber si llevaba meses deseándolo, pero me hice la sorda cuando me dijo que pasara, que ni modo de quedarme en la calle, con tanto vecino chismoso, aunque yo no vi a nadie.

Entré y nada más lo hice y él cerró la puerta, se me fue encima a los besos, los abrazos, las caricias y yo no pude resistirme. Tenía como una laguna abajo, en medio de las piernas, la laguna que me provocaba estar cerca de Beto, su olor, las ganas de que él me hiciera todo lo que siempre me imaginé. Era la primera vez que me besaba así, con esas ganas, y fue la primera vez que yo estuve con un hombre, fue mi primera vez y era con Beto. No me pedía permiso para nada y eso me gustaba, sus dedos ya estaban dentro de mí y yo sentía la piel caliente, toda caliente igual que yo, las mejillas me hervían, las orejas, la boca, que nada más Beto podía apagar, pero no me apagaba, al contrario, me hacía hervir más fuerte. Las palabras no salían de mi garganta, creo que ni los movimientos salían de mi cuerpo, pero sí del de él, que en un ratito ya estaba desnudo. Era muy delgado pero fuerte, tuvo la fuerza suficiente para cargarme y acostarme en un sofá grande que estaba al fondo de la salita, luego me di cuenta de que la casa solo tenía una salita, una cocineta y un baño, pero daba lo mismo, no me estaba fijando en eso. Beto me cargó, me quitó la falda short del uniforme, me bajó las pantaletas con tanta fuerza que se rompieron, y así, con esa fuerza, se metió en mí. Y entraba una y otra vez con fuerza y yo no podía decirle que parara, que por favor se detuviera porque me estaba doliendo, era como si un rayo me hubiera partido en dos en el centro del cuerpo y ese era mi centro porque Beto era mi todo, o eso era lo que yo quería creer. Me dolía, me dolía muchísimo, nunca pensé que me doliera tanto; me imaginé que así se sentía un golpe que te abre la carne y te rompe los huesos porque entra una y otra vez hasta el fondo y rompe todo.

Cerré los ojos como cuando me insultaban, como cuando alguien que me daba tanto asco me ponía las manos encima, y quise que llegara el silencio y todo se apagara alrededor, que el dolor que me partía por la mitad se transformara en otra cosa. De repente, cuando creí que iba a romperme en dos o en tres o hacerme trocitos ahí mismo, Beto lanzó un grito pequeño, así era como sonaban cerca del

oído los gritos exagerados que yo oía todo el tiempo en el cuartito de atrás, pero este era diferente porque era el grito de Beto y cuando lo lanzó, quedó inmóvil encima de mí. Yo podía sentir sus latidos con la misma fuerza que sentía los míos en mi pecho, en mi estómago, en medio de las piernas y como sentía mi sudor helado.

Cuando salió de mí también fue doloroso, comenzó a reírse al ver las manchas en el sofá, se reía de mí. Así, sin ropa, entró al baño por papel, me dio un poco para que me limpiara, dijo que sí íbamos a recoger unas cosas, no nada más fuimos a hacer eso, luego pasaríamos a la farmacia por una pastilla para mí porque no quería encargos y después me dejaba en mi casa. Yo estaba tendida sin poder moverme, sin poder pensar, oyendo lo que me decía, con el temblor en las piernas, el pecho, el alma o lo que sea que una tiene en el pecho, con un nudo en la garganta que no podía vomitar porque ni vomitando todo lo que traía en el estómago hubiera podido deshacerlo. Beto se acercó, se puso la ropa y me aventó mi falda short, dijo que me pusiera la pantaleta aunque estuviera rota porque si no, iba a manchar la falda, y yo solo obedecí, desde ese momento a Beto solo lo obedecí sin preguntar, sin pensar, sin decir nada. Vi cómo metió a las bolsas traseras de su pantalón un montón de billetes de quinientos, no supe cuántos eran, pero había mucho dinero ahí, todos los billetes nuevecitos, tantas rentas, tanta ropa, tantas deudas saldadas en un fajo enorme de billetes. Yo seguía sin habla, pero Beto me sacó del trance con lo único que podía hacerme poner los pies en la tierra una vez más: A ver si el próximo viernes tu amiga Nancy y tú vienen con nosotros a una fiesta, va a estar buena, cuando las vea en el parque les cuento bien dónde y a qué hora.

La voz de Dolores

Una lleva la marca en su nombre. La mía siempre fue Dolores, y de niña mi mamá lo repetía todo el tiempo: Dolores los que tuve cuando supe que te esperaba y me tundieron, Dolores los del parto cuando no querías salir de mí, y cómo ibas a querer salir si desde hace tiempo el mundo se estaba pudriendo, Dolores los de una madre desde que es madre, pero eso lo vas a saber un día, o quién sabe, estoy segura de que no todas las madres sentimos lo mismo, tal vez sí, pero no sé qué tanto.

Ojalá mi madre no me hubiera condenado con ese nombre ni me hubiera dicho que ser madre duele, porque duele, desgarrar, te quita las palabras y aunque quieras gritar de dolor y rabia esos gritos no atraviesan la mordaza, esos gritos se convierten en silencio. Dolores me llamo y es lo que soy desde que se fue mi niña.

Nos mudamos de Tlaxcala a Apizaco porque creímos que la vida por fin nos daba una buena cara y estar ahí parecía una mejor opción. Todo mundo quiere irse del pueblo a la capital, nosotros no. Pensábamos que ir de Tlaxcala a Apizaco nos daría la oportunidad de ahorrar más; pondríamos en renta nuestra casa y con eso pagaríamos el alquiler de una más barata, ahorraríamos lo necesario para cuando la niña se fuera a la universidad y en Apizaco yo pasaría de ser maestra a directora. Si la vida nos pintaba mejor, tal vez pudiera llegar a jefa de zona escolar. Pero la vida no le pinta bien a nadie si a la vida no le da la gana.

Antonio y yo sentimos que en ese momento las cosas se acomodaban bien y rápido sin que nosotros lo hubiéramos planeado: mi ascenso como directora del kínder luego de casi veinte años siendo maestra frente a grupo, su ascenso a gerente de tienda también después de muchos años como chofer y vendedor en Tlaxcala, con la posibilidad de cambiarse a otra sucursal de la cadena, una más cerca

de nuestro nuevo destino, que precisamente sería la única sucursal en Apizaco. Antonio tomó la decisión pensando en lo bien que podría irnos a partir de ese momento. Y mi niña pasaría al último año de la secundaria. Antonio y yo acordamos que sería un año de prueba, uno muy difícil para ella porque se cambiaría de escuela y tendría que echarle muchas ganas a sus clases y las asesorías para el examen de ingreso a la prepa del Poli, después se iría a vivir con la hermana de Antonio. Nos hicimos a la idea de que solo la tendríamos ese último año, de sus catorce para sus quince porque luego se mudaría a México a estudiar medicina, pero no imaginamos que la perderíamos antes y que en adelante no habría un día que no nos doliera el pecho de tan roto, que su ausencia no nos estrujara el alma.

A nuestra hija la tuvimos tarde, después de mis treinta, a los treinta y tres, para ser exacta. Antonio y yo llevábamos muchos años juntos, fue mi único novio y con él me casé, pero algo me decía, algo muy dentro de mí, no sé qué, algo que no puedo describir con palabras porque me da miedo decirlas, porque siempre lo sentí como una culpa muy grande que no debía salir de mi boca, pero existía en mi pecho, en mi vientre y me daba tantísima vergüenza que ni siquiera a Antonio fui capaz de confesarle, me costó decirle que yo no quería un hijo. Que si podía, claro que sí, eso se vio después, cuando dejamos de prestarle atención al tema de ser padres jóvenes, cuando la niña nos sorprendió porque antes de noviembre se me había suspendido la menstruación y de repente los pechos comenzaron a dolerme. Antonio se alegró, pero rápido se dio cuenta de que algo estaba mal conmigo: yo no hablaba con entusiasmo, no me había emocionado con la ropita de bebé en las ofertas de navidad, aunque todavía no supiéramos su sexo, incluso le dije a mi familia hasta el cuarto o quinto mes y no involucré a parientes o amigas durante la gestación. Fuimos ella y yo únicamente. Antonio giraba un poco en torno a nosotras, pero no más que eso.

Desde que empecé a dar clases muy joven todo mundo decía que yo era tan buena maestra, que los niños me adoraban y yo a ellos, que las mamás se sentían muy seguras y confiadas cuando veían que sus hijos habían quedado en mi grupo, que yo tenía el instinto materno y de cuidado a flor de piel, pero solo eran suposiciones, nadie me preguntó si era cierto que yo me esforzaba por ser lo que otros veían. Cuando quedé embarazada comencé a sentir miedo de todo, de mi cuerpo, de las cosas que podía llegar a pensar y del mundo que le tocaría al hijo. Miedo de perderme por amor una vez que naciera esa parte tan mía, a la que en algún momento una tiene que

renunciar. Las palabras de mi madre siempre resonaban en mi cabeza: Te haces madre para empezar a morirte por tus hijos.

Pero quise tenerla y por eso le dije a Antonio que lo aceptaba. Sabía que si decidía no continuar lo que fuera a hacer debía hacerlo sola, pero si le contaba que estaba embarazada no habría marcha atrás, seríamos dos, las decisiones y lo que viniera ya no las encararía por mi cuenta, aunque tardé mucho en sentirme tranquila. Apenas se nota el embarazo, todo mundo te cuenta cómo le fue en los suyos, en los de sus parientes o cosas que leyeron o vieron en la tele, todos son expertos y a mí no me interesaba escucharlos, ellos no eran yo ni sentían lo que estaba sintiendo desde que supe. No investigué en qué momento a la niña se le formarían el cerebro y las neuronas, a partir de cuándo podría mover sus deditos, cuánto pesaba en qué semana, si ya era del tamaño de un kiwi o de un melón, cuántas horas dormía o si tenía noción del sueño dentro del vientre; solo daba por hecho que crecía a su propio ritmo y que llegado el momento yo ya no sería la misma.

Durante esos meses tampoco quise ver a mis amigas, a esa distancia impuesta por mí pretexté que estaba muy cansada, que quizá si me hubiera embarazado después de casarnos o poquito antes de los treinta todavía tendría energía para ir de un lado a otro, pero dar clases a los niños de primero en la mañana y segundo en la tarde del preescolar, con la panza, los mareos y el sueño era agotador. Antonio me propuso dejar un turno, él trabajaría turno y medio en la mueblería para que nuestros ingresos no mermaran. Yo me negué. Le dije que haría lo posible para estar bien, para mí significaba mucho continuar con mi plaza de la mañana y mi turno de maestra asistente por la tarde. De una forma u otra, distraerme era lo mejor.

Supimos el sexo al séptimo mes de embarazo, el doctor nos dijo que era una niña, aunque ni siquiera le pedimos que lo revelara. En cada consulta me preguntaba si yo quería saber y le decía que no, que a la siguiente, hasta que no se aguantó las ganas de decirle a una mamá tan extraña como yo, porque cualquier otra estaría ansiosa por saber el sexo y comenzar a comprar ropita azul o rosa, vestiditos o pañaleros de coches o barcos. Yo no, yo no era una mamá como las demás. O tal vez sí, siempre lo fui, quizá todas somos iguales en mayor o menor medida, solo que unas no tienen empacho en decirlo, mientras que otras nos guardamos el sentimiento, aunque nos queme los huesos.

No puedo negar que la vida me cambió hasta que la tuve en brazos. Las dudas se fueron, sentí cómo aquello que le dictaba a mi

cuerpo que no sería tierra fértil y que así estaba bien se extinguió. En lugar de las dudas, el miedo se hizo carne y ahí estaba, en mis brazos, pesando más de tres kilos. Nadie nos dice que una vez que damos vida comenzamos morir poco a poco, dejamos de ser nosotras, preparamos todo para una constante despedida y no nos damos cuenta. Ese fue mi miedo desde el instante uno y ni siquiera me imaginaba que años después el miedo tomaría forma.

La niña llegó a principios de junio. Yo no tomé en serio pensar en un nombre, darle uno que fuera únicamente de mí para ella, un regalo escogido mientras imaginaba la forma de su rostro, los rasgos que heredaría de su papá o de mí, uno que la describiera a la perfección. Para mí lo que tenía que ver con la llegada de mi hija había pasado desapercibido a fuerza de aminorar su presencia dentro de mí hasta que estuviera en el mundo real. Casi dije lo primero que se me ocurrió o algo que habrá salido del fondo de mi cerebro cuando entró la enfermera para llevársela al cunero. Aproveché que Antonio no estaba y le dije: Nancy, póngale Nancy.

Fue hija única. Tampoco le dije a Antonio que no quería otra, no me animaba a tener la parejita o buscar al niño, aunque llegaran más niñas, nada de eso, y él tampoco me presionó. El resto de mis treinta años se me fue en criarla con la ayuda de mi mamá, que venía de vez en cuando porque, aunque vivía en Tlaxcala en una colonia cercana a la nuestra, se pasaba temporadas en Puebla, y el apoyo de una señora que traía a su hija a la casa, como era de la edad de Nancy, se llevaban bien. Nancy siempre fue tímida, jugaba sola, casi no platicaba con su papá o conmigo, pero no tenía problemas de aprendizaje o comunicación, de eso me aseguré con la psicóloga de mi kínder. Simplemente era una niña solitaria. Las primeras veces que creí que hablaba sola, me le quedé viendo desde la puerta entreabierta de su cuarto, pero Nancy no hablaba sola, sino con sus muñecas, siempre jugaba a que era la mamá o la maestra, mis roles los asumía como suyos. Pensé que por eso tendría una inclinación hacia la lectura o las artes, le di libros, la andaba conmigo para todas partes. En el kínder incluso me dejaban tenerla en el turno de la tarde cuando la señora no podía quedarse con ella; la metí a clases de baile, pintura, escultura, artes mixtas, y ninguna le gustó. Pero sí le gustaban los libros de ciencias, los que venían con temas facilitados. Perdió la timidez cuando aprendió sobre dinosaurios, plantas, el cuerpo humano y el sistema solar, entonces sí hablaba con los adultos

o les explicaba cosas a otros niños. Siempre fue una alumna de diez, siempre sacó diplomas, estuvo en la escolta, fue a concursos de conocimiento, no le gustaba la declamación porque no le gustaba la poesía, pero tuvo el mejor promedio de su escuela primaria y lo mismo de los dos años de secundaria que estudió en Tlaxcala. En su cuarto pusimos la foto de cuando visitó al presidente de la república, en el último año de la primaria. Era la más chiquita del grupo de niños, pero la única que salió con una sonrisa de oreja a oreja.

A las niñas como Nancy se les augura un buen futuro. Mi familia lo decía cuando íbamos de visita: Si tu mamá estudió para maestra y es tan buena, tú vas a sobresalir como científica, imagínate que encuentres la cura para alguna enfermedad o aprendas a hacer vacunas. Se le quedó la idea. No quería ser científica, quería ser doctora. A Nancy tampoco le interesaba hacer amigos, eso era lo que pensábamos, siempre estaba metida en sus cosas igual que su papá, en su propio mundo; igual que yo, que no supe qué hacer cuando su existencia ya era un hecho y tal vez por eso, a pesar de mi duelo adelantado, no supe nada de mi vida cuando ella no estuvo. Nancy y yo vivimos una relación silenciosa, extraña, que se me iba de las manos sin darme cuenta. Vivimos muchos años juntas y nunca supe cómo acercarme, sacarle las palabras. Yo tampoco quería y para mí era un alivio que ella no las buscara; luego en algún punto comprendí que quizás ese espacio entre las dos fue determinante para perderla.

Con el tiempo he escuchado testimonios de lo que las madres decían que sus hijas querían ser: modelos, amas de casa, profesionistas, bailarinas, incluso medallistas olímpicas o cantantes y actrices. A los catorce, Nancy quería ser una mujer lejos de nosotros y a mí me daba alivio pensar que no me necesitaba porque creía que su independencia significaba que la habíamos educado bien. Sus aspiraciones eran otras, Antonio y yo nos enorgullecíamos de eso, decíamos a nuestros pocos conocidos y familiares que la niña era ambiciosa, no habría obstáculo que la parara y no vimos esa urgencia como una amenaza. Ese fue el primer paso para que ella caminara en un terreno que creía seguro.

Nunca me imaginé que en aquellos días el destino lejos de nosotros ya era un hecho.

Habla Lucero

No pude hacer nada conmigo y mi cuerpo después de que Beto me dejó en mi casa. Me dolía todo, me dolían los brazos y luego vi que era porque él me había agarrado con tanta fuerza que tenía marcados sus dedos en la parte esta de adentro del músculo; tenía una rodilla raspada y luego me acordé que fue porque cuando no podía moverme mi pierna había rozado con el respaldo del sillón, y mientras más se movía Beto, más me raspaba hasta que se peló igual que si me hubiera caído de una bicicleta; el dolor del cuello también fue porque él me había apretado y yo no me fijé porque estaba más concentrada en el dolor entre las piernas que en no quedarme sin aire; si me ponía una blusa de cuello de tortuga o un suéter nadie vería el moretón que me estaba saliendo. Pero nada de eso importaba, nada me importó porque por fin estuve con Beto, Beto, Beto fue mi primera vez y yo quería que todas las demás veces fueran con él, que cuando se me pasara el dolor de las piernas volviéramos a hacerlo, pero sin prisas, bonito, primero con besos, luego con caricias, que hiciéramos el amor como debe ser. Me daba pena decir eso, que el Beto y yo hiciéramos el amor, pero para mí eso fue lo que hicimos, y yo aún no me la creía.

La siguiente semana no quise juntarme con Nancy. Se sentaba al lado de mí, pero prefería no hacerle caso, estaba molesta con ella y lo mejor era que se diera cuenta de que no pertenecía a mi grupito, el de ella era el de las chavas fresas del salón, conmigo no tenía nada que hacer. Lo malo de Nancy era que no entendía indirectas, así que ya no se la pinté más y desde el lunes le dije que me iba a ir a comer a otro lado durante el recreo, tenía cosas que hacer, me iría toda la semana al taller de costura a ayudar a la maestra con un encargo particular, todo lo que pudiera ponerle de pretexto para que de una vez hiciera otras amigas y me dejara de fastidiar. No le iba a decir lo que me dijo Beto, no, señor, nada de eso, después de que él y yo hicimos el amor, no iba a compartirlo ni de amigos. Nancy quedaría fuera del grupito, para ella ni fiestas ni parque ni salidas en moto.

Pero el viernes Nancy llegó con un juguetito. Apenas se sentó junto a mí en la mesa grande del taller de costura dijo que tenía algo que mostrarme. Sacó de su mochila un celular nuevo, todavía tenía el plástico de la pantalla, me lo mostró muy feliz, se lo habían regalado sus papás por no sé qué cosa que hizo; yo había visto el comercial de ese celular en la tele, se le prendían las luces de los costados cuando sonaba el timbre, parecían luces de disco, vibraba cuando se encendían y brillaban de diferentes formas y ritmos. Le pregunté si tenía saldo o nada más lo andaba para alucinar y contestó que sí, traía quinientos pesos porque era nuevo y con cada recarga de cien le darían cien cinco veces, así que el saldo le duraría mucho tiempo. Todavía no se sabía el número, pero cuando se lo memorizara me lo iba a pasar. Nancy lo puso en vibrador y lo echó a su mochila para mostrarme cómo iban cambiando las luces, y yo estaba como tonta viendo el celular, pensando en la buena suerte que tenía Nancy de que le compraran cosas bonitas, pero luego pensé en Beto y supe que la de la buena suerte era yo.

Nancy sabía que en la escuela no había señal y dijo que en realidad era para comunicarse con sus papás ahora que iba a las clases particulares, no tenía muchas personas a quienes mandarles mensajes, como que me echó la indirecta de que yo era una de esas. Nunca me había puesto a pensar si Beto tenía celular, tampoco le pregunté cuando lo conocí, seguro sí porque él y sus amigos andaban de aquí para allá todo el tiempo y él tenía muchos compromisos y trabajos, se juntaba con mucha gente; además, con ese fajo de billetes cómo no iba a tener un celular. Mientras Nancy acomodaba su metro de tela de manta y sus reglas, yo pensaba en Beto, en que por fin lo vería y que a lo mejor, si salía el tema, le diría que podríamos comprarnos celulares para mandarnos mensajes, ya había modelos bonitos como el de Nancy, que no eran muy grandes y te regalaban saldo a cada rato. Había muchas cosas que quería hacer con Beto, además de repetir una y otra vez lo de la semana pasada, pero ya tendríamos tiempo para todo, pensé ese día.

Cuando tocaron el timbre de salida, me fui lo más rápido que pude, ni siquiera esperé a las otras chavas. Los amigos de Beto ya andaban dando vueltas por el parque, dos de ellos estaban de novios de unas chavas de la secundaria y algo me decía que Beto y yo igual nos íbamos a hacer novios muy pronto. A Nancy le tocaban asesorías, pensé que ya no llegaría al parque, pero apenas me senté en la banca de siempre, vi cómo se acercaba, me decía adiós con la mano y seguía de largo hacia la parada de las combis, donde se subiría a la

suya para ir con su mamá o su papá o vaya Dios a saber quién de ellos la dejaría con la maestra particular. Pero no. No había avanzado ni dos metros cuando llegó Beto. El corazón me dio un brinco, él paró la moto al lado de ella y la saludó de beso en la mejilla, le dijo alguna cosa, Nancy negó con la cabeza y volteó a verme mientras respondía, luego sacó su teléfono de la mochila, marcó un número, se lo pegó a la oreja, colgó y volvió a guardarlo. Se despidió de Beto y caminé hacia la parada de las combis sin voltear a verme. Beto apagó la moto, se bajó y abrió el cajón debajo del asiento, sacó algo, y cuando lo vi con claridad, me di cuenta de que era un celular; estuvo oprimiendo botones mientras sonreía, volvió a guardarlo, encendió la moto y se fue.

Beto no regresó al parque. Lo esperé media hora, hasta las dos, dos y media, que las otras chavas me dijeron que ya se iban, que si nos íbamos todas juntas. Les dije que sí, no me quedaba de otra. Les pregunté si iban a ir a la fiesta. Qué fiesta, preguntó una, le dije que Beto me había mencionado algo de una fiesta, ellas contestaron que no sabían nada y que pues no, no iban a ir a ninguna fiesta.

Yo sabía que no estaba en riesgo porque Beto me dio una pastilla después de que hicimos el amor en el cuartito, pero no sé por qué me dio por preguntarme cómo sería tener algo más de Beto, un hijo suyo. Era una locura, Beto me gustaba mucho, me tenía como tonta, me encantaba lo poquito que sabía de él, pero yo no quería hijos, ni uno, nunca. En la escuela escuchaba cuando otras chavas decían que ya hacían el amor con sus novios, con chavos de la colonia, una contó cómo lo hizo con un primo suyo que siempre le gustó y ninguna de ellas había quedado embarazada, aunque a todas nos daba miedo. Las pocas de la generación que se quedaron embarazadas o las que eran de mi edad, pero igual fueron repetidoras, ellas sí eran repetidoras por burras, no regresaron a la secundaria. Nosotras no queríamos ser como ellas, yo no quería. A veces me preguntaban si yo ya había hecho el amor con alguien y no les contestaba, no eran muy mis amigas ni me gustaba contarles mis cosas, entonces se reían y decían como en broma pero en serio que a lo mejor no y ni lo pudiera hacer pronto, porque estaba muy fea y caballota para que alguien quisiera hacerlo conmigo. Entonces me daban ganas de decirles que sí, que fue con Beto, a ver cómo les quedaba el ojo.

Pero no habría un hijo, yo me iba a asegurar de que no lo hubiera. Además, mi mamá me mataría si le salía con la sorpresa, se la

pasaba diciendo que a lo mejor encima de ser burra me estaba convirtiendo en puta porque alguien ya le había dicho que siempre me quedaba en el parque con otras chavas y una banda de repartidores, así les decía a los de las motos. No me explicaba por qué les tenía tirria, lo único que dijo fue que no me juntara con esos si no quería acabar mal, pero solo eso, siempre dejaba el tema hasta ahí. Vivíamos en la misma casa, pero desde hacía años ella no era mi mamá y yo era una carga. Entré a estudiar la secundaria y en esa época mi mamá ya no trabajaba como cocinera, aunque cubría el turno si la llamaban, tomaba más, llegaba a la casa muy borracha o lastimada, decía cosas sin sentido y se reía como una loca. Una vez un tipo de los de siempre le pegó en el cuartito de atrás, yo oí los gritos cuando se estaban peleando y quise sacar al tipo a palazos porque eso fue lo único que encontré, una pala de los tiempos en que mi papá tenía herramientas, y ella también le pegó para que se largara, pero cuando se fue me dio una cachetada y me dijo que todo era por mi culpa, que siempre había sido por mi culpa, que lo de mi hermano también, que por qué no me morí yo, y me dio otra y ya no alcanzó a darme una tercera porque salí corriendo de la vecindad y corrí y corrí hasta que no aguanté las piernas y me eché sobre una banqueta solo a ver la calle, porque ya ni podía llorar. Siempre veía a mi mamá y me daba tristeza, luego lástima y por último coraje. Ella no quería ser mi mamá y mientras la veía, menos quería ser como ella, tampoco me daban ganas de ser su hija.

Lo pensaba mejor y yo no quería hijos de Beto, quería a Beto, sí, claro que lo quería, me moría de ganas de que se hiciera mi novio y entonces sí me contara qué hacía desde que se levantaba, cómo se había formado su grupito de las motos, si era cierto que nadie se metía con ellos y por qué, si luego me ayudaría a darle una paliza de verdad a los dos o tres tipos que le habían pegado a mi mamá en nuestra casa, al que quiso tocarme, y de ellos bien que me acordaba de sus caras y hasta podría decirle a Beto dónde vivían y en qué trabajaban, que si él me echaría la mano con eso y luego para desquitarme por lo de mi hermano, que era lo único que no se me olvidaba.

A Beto lo quería para que me cuidara y me sacara de esa casa a la que yo entraba ya como si me hubiera convertido en una visita, pero sus planes eran otros. El lunes, apenas llegó Nancy, le pregunté qué había hecho el fin de semana. Me dijo que nada, estudiar, limpiar su cuarto, que el domingo en la mañana estuvieron todo el día en Tlaxcala con unos amigos de sus papás porque su mamá cumplió

años y ahí fueron a celebrar, pero solo eso. Entonces pensé que las fiestas de Beto eran mentiras, ni las chavas de la secundaria ni Nancy habían ido a alguna, a lo mejor Beto decía que tenía fiestas los viernes y sábados nada más para que saliéramos a tomar con ellos. Durante todo el día Nancy no me hizo caso, estaba pendiente de en qué lugares de la escuela había señal para su teléfono, cuidándose de que no la cacharan los prefectos, viendo en qué salones agarraba un poquito, ahí ella sacaba el celular de la mochila, lo tenía en silencio, pero cada que le llegaba un mensaje y las luces de disco se encendían, contestaba lo más rápido que podía, y era mucha risa y risa. Esa semana se la pasó mandándose mensajes con alguien, pero no me dejaba ver con quién, tampoco me decía y yo no quise averiguar porque más o menos me imaginaba. Nancy no tenía muchos amigos en la secundaria y ahí no era tan común tener celular. Sus mensajes llegaban de afuera. Una vez, o se le salió decirlo o lo hizo con toda la intención, me dijo que le habían abonado doscientos pesos para que no se quedara sin saldo.

El viernes a la salida, como siempre yo me fui al parque. No sabía si esperar a Nancy o espiarla, estaba segura de que ya había quedado con Beto. La esperé, y cuando se acercó a la puerta, vi que levantó la mano para saludar a alguien, dijo que era su papá que había pasado por ella porque se iban a Tlaxcala en ese momento. Se despidió de mí y se subió al coche. Fue la primera vez que vi a su papá, pero no sé si él me vio, a lo mejor sí y me ignoró, como todo mundo, como los papás de mis compañeras porque no les gustaba que me juntara con sus hijas.

Me fui rápido al parque y ahí ya estaba Beto. Ahora no llevaba latas de refresco con ron o tequila, las otras chavas no estaban con sus novios, ni siquiera sabía si habían pasado por el parque, no vi a nadie, solo a él. Llegando me preguntó si quería dar una vuelta, yo ya me imaginaba qué significaba eso, le dije que sí y me subí a la moto, pero apenas lo hice, comencé a sentir raro. En la primera vuelta al parque me di cuenta de que llevaba el celular en la cintura. Estaba segura de que nunca le había visto el celular, hasta ese momento, y más porque vibraba mucho, a cada rato, como que le estaban llamando o le entraban muchos mensajes al mismo tiempo. Él ni siquiera lo agarró, pero yo no dejaba de sentir las vibraciones. Solo cuando nos bajamos de la moto vi que era un celular negro de tapita, como los de las películas; abrió la gaveta del asiento de la moto y lo echó, sin ver quién le había estado llamando.

Llegamos a su casa, el cuartito de la vez pasada. Yo ya sabía a lo

que íbamos, no me iba a negar, y Beto también sabía que no podía decirle que no. No me dijo nada, solo me agarró a besos, muy fuerte, de esos besos que casi te asfixian porque no sabes qué hacer con los labios, con la lengua o con el resto del cuerpo. Beto me gustaba, no sabía si lo quería o estaba muy enamorada entonces, pero me gustaba y a la vez me daba miedo, me paralizaba. Eso lo sentía yo en el pecho y en cada parte de mí, desde los brazos hasta las puntas de los dedos de los pies, como una descarga eléctrica y mi cuerpo actuaba por sí solo, como dicen en las películas, mi cuerpo ya solo era humedad cerca de Beto.

Ni siquiera alcancé a quitarme la ropa, Beto me bajó la falda short del uniforme, las pantaletas y entonces volvió a entrar en mí con la misma fuerza de la vez pasada, pero ahora no me dolió tanto, aunque sí me dolía que me agarrara los brazos tan fuerte, que me pusiera la mano alrededor del cuello, que me apretara como si yo tratara de escapar, que me tapara la cara con la mano y ni siquiera me viera a los ojos. Sentí que yo no le gustaba, más bien, que estaba molesto; luego luego me sacudí esos pensamientos, seguro eran ideas mías y había visto muchas historias románticas en la tele toda mi vida, por eso creía que siempre tenía que ser color de rosa. Pero me dolía que me agarrara con tanta fuerza como si yo le hubiera hecho algo malo o fuera un animal, un perro de la calle al que hay que enseñarle a golpes y apretones. Me dolía estar con Beto y no sabía qué hacer, no quería decirle que ya le parara porque algo en mí sentía miedo, eso mismo que me pedía que me aguantara porque a lo mejor así se empieza, porque la vida no es como nos la pintan en las telenovelas, esto era la realidad y ya solo me quedaba repetir hasta que mejorara.

Beto terminó, y ahora, antes de que yo pudiera subirme las pantaletas y la falda short me dio una pastilla igualita a la de la vez anterior, solo que me dijo que no me la tomara enseguida, hacía mejor efecto si me esperaba unas horas. Después me besó. Ya no con la fuerza que me daba miedo, fue un beso distinto, el que yo había deseado siempre, el beso con el que esperaba que fuéramos novios si ya habíamos hecho el amor dos veces, si Beto ya era mío y yo era de él. Pero no me pidió que fuera su novia, me dijo algo mejor, mil veces mejor: Lucero, ¿quieres pasarte a vivir conmigo?

Mi vida se rompió dos veces. La primera fue cuando perdí a mi hermano y también a mi papá y con el paso de los días y las semanas a mi mamá. No quedó nada de mi familia, o lo que yo creí que era mi

familia. Estaba terminando la primaria y perdí el año porque me mandaron a Huamantla con mi tía para que me recuperara de lo que había pasado. Ahí tampoco pude estudiar, no hablaba, no comía, no hacía nada. Comencé a gritar y dar patadas que sacaban de quicio a todos los que vivían en esa casa. Unos meses después mi tía llamó a mi mamá para que fuera por mí, ella no podía seguir haciéndose cargo de una hija ajena. Mi mamá llegó, pero tampoco me habló, seguía molesta conmigo por lo de mi papá y más por lo de mi hermano. Dijo que tampoco podía hacerse cargo de mí, no tenía dinero, sus ahorros se los había gastado en contratar un abogado que le prometió que podría sacar a mi papá del reclusorio, pero no le cumplió ni le iba a cumplir, luego le dijo que era caso perdido. Ella quiso contratar otro y ya no tenía dinero, como cocinera ganaba muy poco y le pidió permiso al dueño del restaurante para trabajar de mesera, podía subirle las ventas rápido, pero él le dijo que el negocio no tenía ese giro y después la corrió. Las escuché hablar en la cocina, mi mamá se veía diferente, más flaca, tenía el pelo decolorado, corto, usaba zapatillas y no volteaba a verme; le contó a mi tía que se hizo mesera en un bar, decía que a veces le iba bien, otras muy pero muy bien y otras más estar ahí era un infierno. Recuerdo cuando le contó que después de la primera vez pierdes el asco y lo demás es rutina. Lo recuerdo muy bien hoy, porque eso me lo he repetido hasta el cansancio para sobrevivir. Mi tía dijo que no era sano que me llevara a vivir con ella, podía quedarme en Huamantla si cambiaba de actitud, que hablara conmigo porque si seguía muda tampoco podían meterme a la escuela, pero yo no quería estar en Huamantla, quería mi vida de antes, quería a mi hermano y mi mamá.

Ella se fue, otra vez pasó al lado de mí sin voltear a verme, pero unos meses después regresó, le dijo a mi tía que se había metido a trabajar en un restaurante, ya no quería sacar a mi papá de ningún lado porque si estaba ahí era porque se lo merecía; le dijo que estaba yendo a la iglesia y entre el pastor y unas hermanas le habían enseñado un poco de la palabra, le ayudaban a sanar su corazón, a perdonar y aceptar. Mi tía se sintió confiada y me dejó ir con ella. Solo hasta ese día, después de casi un año, mi mamá volvió a hablarme a la cara. No mentía, trabajaba ahí, iba dos veces por semana a la iglesia y se quedaba un rato con el pastor y su esposa, que rezaban con ella. Yo todavía no iba a la escuela, pero ya me había comprometido a portarme bien y entrar a primero de secundaria en el siguiente ciclo, aunque tuviera casi catorce y fuera la más grande de la generación, no importaba; con mi tía había aprendido a usar la

máquina de coser y a tejer con gancho, si me metía a corte y confección podría dedicarme a eso y ganar muy bien. Eran mis planes, eran los planes de mi tía y luego de mi mamá, así estaríamos mejor y poco a poco se nos iría olvidando lo que pasó con mi hermano y mi papá, aunque lo de mi hermano nos doliera siempre.

Nada de eso se cumplió. Cerraron el restaurante donde mi mamá trabajaba y la despidieron sin liquidación, no le dieron trabajo en la maquiladora donde todas las mujeres entraban aunque no quisieran porque no había vacantes, no tenía ahorros para poner un puesto de comida en la casa, dejó de ir a la iglesia y, aunque el pastor y su esposa fueron a buscarla a la casa varias veces, ella no los atendió. Un día la vi arreglada, maquillada, había sacado los vestidos cortos que usaba a veces y otros que le quedaban muy ajustados pero le gustaban, se fue sin decirme nada y solo la oí volver de madrugada. La aceptaron en un bar como mesera, y creo que fue cuando dejó de hablarme otra vez, la verdad es que no recuerdo si ya no me hablaba, yo vivía ahí, pero no vivía con ella. Fue a inscribirme en la secundaria, habló con la directora para que me aceptaran aunque las clases habían comenzado el mes anterior, y sí entré, quedé en secretariado y ella regresó para ver si podían pasarme a corte y confección como yo quería. El día del cambio no había dinero para comprar mi material, pero luego hubo; también tuve mis reglas viejas, cuadernos, mochila, calculadora científica para cuando me hiciera falta, uniformes, y fue todo; después de que me dio los útiles escolares casi no volvimos a hablar. También dejé de hablarle a mi tía de Huamantla y ella no nos buscó.

Lo que quedó para mí viviendo con mi mamá era una vida que no quería, pero Beto me estaba dando la oportunidad de tener la que sí quería y me merecía. Cuando me preguntó si me iba a vivir con él, rápido le dije que sí, que cuándo, que cómo, si él le iba a decir a mi mamá o cómo se hacía eso porque yo no sabía si quería que me casara con él o por qué me quería llevar a vivir al cuartito. Empezó a reírse, dijo que en su familia todos tenían a sus mujeres igual de jóvenes que yo; se gustaban, se juntaban y ya después se casaban, nosotros podríamos hacer lo mismo; que yo no me preocupara por el dinero, él trabajaba como mensajero con varios clientes y le iba muy bien, vendía coches usados y le daban comisión, vendía aparatos de audio para esos coches y también le daban comisión. El dinero no iba a ser problema, él me daría para mis gastos y para todo lo que me hiciera falta. No viviríamos en ese cuartito, sino en un departamento muy cerca de ahí. Cuando dijo departamento me gustó escucharlo, un

departamento era algo bonito para dos, entonces la cosa con Beto iba en serio. Ya no me importaba si me pedía ser su novia, me había pedido algo más importante. Solo había una condición: íbamos a hacer la prueba a ver si funcionaba, lo mejor era mantenerlo en secreto, no decirle a nadie que me había pasado a vivir con él, sobre todo porque podían correrme de la secundaria, estaba mal visto que las chavas se juntaran y siguieran estudiando. Le dije que sí, iba a sacar las cosas de mi casa, no tenía muchas, y me iría con él cuando me dijera.

A mi mamá ni le importó. Le dije que había empezado a trabajar en un almacén y a las empleadas nos daban un cuartito en el Centro y las tres comidas porque quedaba a la vuelta de donde nos contrataron, iba a estar ahí unos meses, pero podía regresar a la casa una vez por semana a ver si ella necesitaba algo. Me contestó que ya se lo imaginaba, yo le había salido peor de lo que pensó y no hacía falta que regresara; si me salía, que de una vez empacara mis cosas y le devolviera la llave, pero si no me gustaba cómo me iba, que viera cómo me las arreglaba, ella ya me había mantenido dieciséis años. Volvió a decir cosas de mi hermano, que por qué él y no yo, que si estábamos así era por mi culpa; que si ella tenía la vida que llevaba era por mí y para darme de comer, pero ahora me largaba así como si nada. No le respondí, me metí al cuarto a echar mis cosas en dos maletas y la mochila de la escuela, aunque no me iba a ir a ningún lugar en ese momento, sino al día siguiente, porque ni siquiera sabía dónde estaba el departamento de Beto.

Pasé la noche casi sin dormir. Me daba miedo irme de la casa, pero tampoco quería estar con mi mamá. Si Beto se dio cuenta de mi tristeza cuando platicábamos en el parque y ya me conocía bien, a lo mejor me propuso pasarme a vivir con él para que a mí me fuera mejor. El domingo en la tarde, Beto no llegó por mí. Tocaron la puerta, era Toño, uno de los chavos con los que salía a andar en moto, yo ya lo conocía, me dijo que Beto tuvo un trabajo urgente, pero que me esperaba en el departamento. Él me ayudó a subir las cosas al Chevy en el que llegó, dejé la llave de la casa sobre la mesa y no quise decirle adiós a mi mamá, aunque me dolía el corazón como si presintiera que no la vería en muchísimo tiempo.

El departamento de Beto estaba en una colonia que yo no conocía. Sabía que existía porque cuando era niña mi hermano dijo que había hecho amigos de ahí, les llamaban paracaidistas porque ocupaban

terrenos que no eran de nadie o nadie los cuidaba, ellos levantaban chozas y después construían y se quedaban con esos terrenos, pero una vez llegó la policía a destruirles las chozas y sacarlos de las casas de cemento. Mi hermano lo supo y se fue rápido a averiguar qué estaba pasando, porque le encantaba meterse en todo, y según él, tenía amigos de todas partes de Apizaco, a lo mejor a uno de ellos le estaban destruyendo el cantón. El departamento de Beto estaba en la única calle pavimentada de esa colonia, la llamaban El Manantial, y a dos cuadras de ahí pasaba una combi que daba la vuelta por el parque de la secundaria, Beto me dijo que yo podía tomar esa combi para irme a la escuela porque él terminaba de trabajar muy tarde y se le hacía pesado levantarse temprano, tampoco nos convenía que nos vieran si me llevaba.

Así pasamos casi un mes, viviendo juntos en secreto. Varias veces me salí del departamento cuando Beto no estaba y agarré otra combi que hacía su ruta por la cantina donde trabajaba mi mamá, a ver si la veía de lejos, pero nunca tuve suerte. Un día fui al ciber a saludar al muchacho que me atendía y a pedirle que me pusiera nueva música en el MP3, me daba nostalgia y un poco de tristeza que mi colonia ya no era mi colonia, estaba aprendiendo a vivir en otra parte antes de lo que me imaginé. También pasé caminando por la vecindad, las vecinas me reconocieron, pero no me saludaron, y la puerta de nuestra casa siempre estaba cerrada. No me hubiera gustado irme como me fui, pero no tuve de otra, si no me iba, sabía que mi mamá iba a terminar corriéndome, a lo mejor cuando saliera de la secundaria, porque me lo había dicho varias veces.

Un día, ya en clases, le pregunté a Nancy si tenía novio o por qué andaba cada vez más misteriosa mande y mande mensajes, tenía suerte de que los prefectos no la hubieran cachado. Solo me contestó que más o menos, y a mí me daban muchísimas ganas de decirle que yo no solo tenía novio, sino que Beto me había llevado a vivir con él, que ya habíamos hecho el amor muchas veces y que tenía un departamento casi para mí sola, porque él trabajaba todo el día y regresaba en la noche con cervezas y alguna chuchería para cenar, y por las tardes yo compraba lo que se me antojara de la cocina económica mientras aprendía a cocinar; ya no tenía que limpiar todos los días porque ni falta que hacía, no tenía mamá que me estuviera regañando. Si tenía ganas, iba a un puesto cerca del parque y me compraba revistas, era fan de las revistas de música y moda, en casa de mi mamá las tenía acomodadas en torre como trofeos y siempre me imaginaba cómo sería vivir igual que las artistas que salían ahí, sin

preocuparme de nada más que cómo verme bonita y bien vestida. Me gustaba decirme en mi mente y en voz baja que era un departamento, aunque en realidad era un cuarto con baño y cocineta, con una tele empotrada en la pared y un tubo que servía para colgar la ropa, y la que no se colgaba iba en una cajonera de plástico, pero eso era mío y no quería compartirlo con mis compañeras de después de clases, mucho menos con Nancy, aunque me moría de ganas de presumirle.

Lo de los viernes en el parque se acabó, saliendo de clases me iba directo al departamento en la primera combi que se estacionara, pasaba a la cocina económica por el encargo de la comida de Beto y me quedaba esperándolo; a veces llegaba, a veces no, porque tenía mucho trabajo y cuando eso pasaba se aparecía hasta el día siguiente. Le pedí un celular como el de Nancy, me dijo que sí, que pronto, pero no había para cuándo. Y me acordaba de eso en clases, cuando Nancy encontraba un lugar donde hubiera señal, contestaba sus mensajes a escondidas y volvía a guardar el aparato. Si tenía novio por celular o no, era su problema, yo ya tenía al hombre que me iba a cuidar.

Tardé tiempo en darme cuenta de lo que estaba pasando. Un mes. El mes que pasé con Beto creyendo que me había sacado de casa de mi mamá porque yo le gustaba, me quería y quería que estuviera tranquila, sin necesidad de lidiar con los hombres que entraban y salían del cuarto de atrás. Una noche él no llegó a dormir, como siempre que se le prolongaba el trabajo, pero tampoco a la noche siguiente ni a la siguiente. Fueron cuatro días y tres noches sin Beto. ¿A quién preguntarle, a quién llamarle si ni teléfono teníamos en el departamento y yo no sabía el número de nadie? A sus amigos de la banda de las motos los conocía solo de juntarnos en el parque, pero no sabía en dónde se reunían cuando no estaban por ahí ni dónde trabajaban. A la familia de Beto tampoco la conocía, me decía que tenía unos tíos en Apizaco y que apenas tuviera tiempo me llevaría a conocerlos, el resto estaban en Tlaxcala y Puebla. Estuve esos días muy asustada, con un miedo que durante el día no me dejaba pensar y por las noches me mantenía viendo hacia la oscuridad. Oía un ruido y me levantaba rápido, pero solo era un gato callejero o el sonido de las motos de los vecinos que iban llegando al asentamiento. Mi única distracción era ir a la secundaria por la mañana, recoger la comida en la cocina económica y ver tele por la tarde porque no me gustaba andar sola por la colonia. Ni siquiera tenía ganas de subirme a la combi y pasar cerca del camino que recorría mi mamá porque Beto podía aparecer en cualquier momento.

Beto llegó al cuarto día, cuando yo acababa de comer. Era Beto pero no era Beto. Entró rápido, azotó la puerta, aventó las llaves de la moto y antes de que pudiera decirle algo, se metió al baño a lavarse la cara, que traía roja, luego lo vi bien y noté que estaba raspada de un lado. Pensé que se había caído de la moto, y no, nada de eso, pero tampoco me explicó mientras daba vueltas por el cuarto. Se metió al baño otra vez y ahí estuvo un rato, luego salió y lo vi bien, me recordó a mi hermano cuando andaba grifo, se veía igual que él, tenía los ojos como él, las manos no dejaban de temblarle. Beto se acercó a la cama, creí que iba a darme un beso, pero se agachó a sacar algo de debajo, una maleta pequeñita. Se abrió la chamarra y sacó una pistola. Yo nunca había visto una pistola. Le quitó la parte de abajo y así la guardó en la maletita, donde también había balas, y volvió a arrimarla hasta el fondo. No dije nada, tenía un nudo en la garganta, no podía decirle nada porque el miedo me había hecho un nudo en la garganta. Entonces la que comenzó a temblar fui yo. Beto se metió por tercera vez al baño, luego salió y solo me dijo que regresaba al rato, pero volví a verlo hasta el día siguiente por la tarde.

Cuando volvimos a hablar, ya ni quise preguntarle qué era lo que había visto porque lo sabía perfectamente y nosotros dormíamos encima de eso. Beto se hacía el sordo, estaba entretenido viendo la tele, me hablaba de lo más normal, me decía que acababa de vender dos equipos de audio que le salieron muy buenos y a lo mejor colocaba otros tres con unos clientes de Tlaxcala porque él les daba buen precio y podía conseguirles lo que quisieran. No respondió sobre la pistola ni me dijo nada de salir a dar la vuelta en moto, como los primeros días que estuve con él, ni volvió a tocar el tema de llevarme a casa de sus tíos para conocerlos, pero ahora sí andaba el celular en la bolsa del pantalón, el celular chiquito de tapa, porque luego le vi otro, uno más larguito y delgado; pensé que me iba a dar uno, y no.

Una noche, creo que fue sábado, me anunció que teníamos que irnos un tiempo de Apizaco. Más bien, que él se iba a ir a Tlaxcala a ver si ahí pegaba mejor el negocio de los estéreos porque en Apizaco se le acababan los clientes. Apenas le dije que yo no podía salirme de la secundaria así nada más porque estábamos en mayo, faltaban los exámenes de junio y la entrega de papeles era en julio, yo no me iba a ir sin mi certificado de secundaria, no iba a repetir el año para salir a los diecisiete de la escuela. Se quedó callado, pensando, al final dijo que entonces él se iba a ir unos días, como tres a lo mucho, para conseguir dónde quedarnos y que después lo acompañara una semana nada más, si me gustaba Tlaxcala me quedaba con él, y si

no, que yo siguiera en Apizaco de ahí a que se acabaran las clases, pero me necesitaba, quería que me fuera con él pronto. La verdad, me gustó que lo dijera. Beto nunca decía que me quería, creo que jamás me lo había dicho, pero hasta ese momento él era un hombre de acciones; no me hizo promesas, me propuso que viviera con él y lo cumplió; ahora decía que me necesitaba y eso significaba que me llevaría adonde él se moviera. Le dije que sí, ese sería el plan, y comencé a imaginarme vivir en otro lado con Beto. Qué rápido se me olvidó lo de la pistola debajo de la cama, las noches que se fue sin avisar, y es que nada de eso tenía importancia, yo estaba con él y pensaba que si algo no me gustaba era cuestión de tiempo para que mejorara. Siempre le creí porque no tenía de otra.

Mi historia, la que cuento, la que quiero olvidar pero no se me va de la memoria, nació desde el día que conocí a Beto, cuando yo ya me juntaba con las otras chavas grandes de la escuela, finalizando segundo de secundaria y él y los de su banda de las motos se acercaron a saludarnos y al siguiente viernes nos llevaron los refrescos con tequila y ron. Al menos una parte de mi historia inició ahí, o terminó ahí, en las bancas del parque, porque mi historia de antes no era mejor, me daba vergüenza y me había dejado sin hablar meses por el recuerdo del último día de mi hermano, de mi papá corriendo para escaparse, del otro hombre tumbado en el suelo y su sangre mezclada con la mía que desde antes también fue parte del cuerpo de la persona que más quise y me cuidó, con mi mamá gritando en la calle que era mi culpa, que todo había sido mi culpa y cargaría con eso el resto de mi vida. La aparición de Beto la vi como una respuesta a lo que tanto había pedido: alguien que me sacara de ahí.

Él se fue a Tlaxcala primero, como me había dicho. No me dejó ni un celular para que estuviéramos en contacto, pero sí quinientos pesos por cualquier cosa y me aseguró que regresaría el fin de semana, que yo siguiera yendo a la escuela igual que siempre, al cabo que él estaría trabajando y consiguiendo cuarto allá. También me preguntó si le había dicho a alguien que estábamos juntos y le respondí que no, ni siquiera a las chavas con las que me llevaba, a ellas solo les decía que tenía un trabajo después de clases y por eso ya no me quedaba a cotorrear. A lo mejor los amigos de él que estaban ennoviados ya les habían dicho, pero ninguna me preguntó. Tampoco le dije a la alzada de Nancy, más bien ella era la que no me

hacia caso porque se la pasaba mandando mensajes por el celular cuando nadie la veía o buscando señal en los cambios de clase y en Educación Física, y de repente ya no quería sentarse conmigo, quién sabe con quiénes se juntaba en el recreo.

Beto cumplió con su palabra y regresó al departamento, pero yo ni caso le hice, me sentía muy mal, me dolía horrible el vientre y había sangrado en la mañana. Le dije que me estaban haciendo mal las pastillas que me daba, las del día siguiente, porque yo nunca había tenido cólicos y ahora ya no me bajaba igual que siempre, sino que me llegaba la regla dos veces por mes, a lo mejor era por tomar tantas. Entonces sí, Beto se molestó, me preguntó a gritos que si lo que quería era quedar embarazada para joderlo y por más que le dije que no, más gritaba, hasta me dio miedo que me agarrara a bofetadas. Quedamos en que o me las seguía tragando porque eran mi única opción o me regresaba a mi casa, porque él no iba a cargar con el hijo de nadie. Y yo no supe qué decir, no supe a quién preguntarle porque con nadie tenía confianza y tampoco quería un niño, pero de verdad las pastillas me hacían mal. Me quedé ahí acostada apretándome la barriga mientras se me pasaba el cólico, piense y piense qué hacer. Se me vino a la mente lo de las inyecciones, alguien lo había expuesto en la materia de Orientación Escolar, pero no me acordaba para qué servían las inyecciones o cómo se llamaban ni quería pensar en eso, me dolía todo. No me di cuenta cuando Beto volvió a irse sin decirme qué había pasado con el departamento en Tlaxcala o cuándo yo me iría con él. Por curiosidad me asomé debajo de la cama, ahí al fondo se veía el maletincito negro, me agaché y estiré el brazo, no me costó trabajo jalarlo porque no pesaba. Aun así lo abrí. Estaba vacío.

Beto estuvo lejos otros tres o cuatro días. Ni una llamada, ni un recado. A mí ya se me había hecho costumbre que se fuera y llegara sin avisar, mejor ni preguntarle hasta que estuviera de buenas. Pero empecé a sentir algo en el pecho, como una premonición, dirían en la tele. El corazón se me aceleraba cuando oía un motor cerca de la puerta del departamento, los escapes de motos y el tuctuc de mi pecho, la sangre fría, no significaba nada, nunca era nada, hasta el día siguiente que vi las cosas como eran.

Como Beto me dijo que siguiera yendo a la escuela, eso hice. Durante los días que estuvo lejos me entretuve tejiendo con ganchillo un bias para la maestra de corte y confección, ella prefería encargármelos a mí que comprarlos en la mercería porque esos eran de mala calidad y a mí me pagaba poco por hacerlos a su gusto. Ya

no necesitaba tanto el dinero, Beto dejaba como quinientos o setecientos, hasta mil pesos cada que se iba, pero yo tenía el gusto por tejer porque eso me sacaba de la cabeza los pensamientos extraños. La primera clase era corte y confección, puse en una bolsita aparte el bies tejido y fue lo primero que saqué cuando entramos al salón para dejárselo a la maestra, no quería que Nancy lo agarrara porque podía desbaratarlo y ella tenía esa costumbre, agarrar mis encargos y preguntarme cómo se hacía tal o cual puntada.

Pero Nancy no llegó a la clase. Siempre era la primera en entrar al taller porque su mamá entraba al kínder casi a la misma hora que nosotras y primero dejaban a Nancy en la secundaria. Ese día no estaba en el salón cuando tocaron el timbre; yo pensé que llegaría a la segunda hora o antes de acabar la clase porque también nos tocaba mostrarle a la maestra unos patrones cosidos, pero tampoco, simplemente no llegó. A la hora del recreo me mandaron a llamar de la dirección. Reconocí al papá de Nancy porque lo había visto a la salida de la escuela, a su mamá no la conocía, pero, viéndola bien, sí se parecía mucho a Nancy. Era una señora alta, delgada, muy arreglada, se veía mucho más joven que mi mamá, tenía la cara de Nancy, sus mismos ojos pero en señora, aunque Nancy salió chaparrita como su papá y con los ojos de color. Estando ahí, la directora me presentó como Lucero, la amiga de Nancy. Yo no pude decirles que no éramos amigas, que Nancy se me había pegado desde el primer día de clases, pero tanto así como amigas, pues no, solo hacíamos algunas tareas juntas y más bien yo la ignoraba.

La directora me preguntó muy de sopetón qué sabía de Nancy, dónde estaba y yo ni vi venir las preguntas, hasta les iba a preguntar lo mismo a ellos porque Nancy nunca faltaba, y menos cuando teníamos que entregar trabajos. Abrí la boca, pero no me dejaron hablar: la mamá dijo que se acordaba que una vez Nancy le pidió permiso para ir hacer una tarea conmigo y quedamos de vernos en el centro comunitario, donde ellos la dejaron y pasaron a buscar, pero querían que yo les dijera todo lo que supiera de Nancy y cómo era ella en la escuela porque no tenía otras amigas, mi nombre era el único que les había mencionado a sus papás cuando le preguntaban por sus compañeras. Otra vez no me salieron las palabras para explicarles que si hacíamos trabajos juntas era por obligación, pero el señor dijo que Nancy no llegó a dormir, que según había salido a hacer tarea y no dijo con quién ni adónde. Dieron las ocho de la noche y se preocuparon, dieron las diez y se pusieron histéricos porque Nancy no contestaba el teléfono, al principio sonaba varias veces

hasta que los mandaba a buzón y después ya estaba apagado.

Los señores no se veían molestos, más bien preocupados. Me recordaron a mi mamá, pero a la mala, ella hubiera ido muy molesta a reclamarle a todo mundo, sin ver quién se la hacía sino quién se la pagaba, y si me encontraba ahí mismo me hubiera agarrado a cachetadas y jalones de pelo. Los papás de Nancy no. Ya luego vi con atención a su mamá, estaba muy arreglada, creo que porque siempre se arreglaba, se nota cuando una mujer se arregla desde que se levanta, pero ya de cerca se le veían los ojos hinchados de tanto llorar, el rímel estaba hecho bolita en las pestañas de arriba, le temblaban las manos cuando explicaba que Nancy nunca salía sin permiso, que ni siquiera se movía bien en Apizaco aunque fuera un pueblo chiquito y el día anterior se había ido sola porque ninguno de los dos estaba en la casa a esa hora, solo les avisó por mensaje. Vi bien al papá, también tenía los ojos rojos, pero de ese rojo de la gente que no ha dormido, que se la pasó en vela esperando afuera de un hospital.

Al fin pude decirles que no sabía nada, que Nancy y yo ya casi no nos hablábamos. No supe si decirles lo del celular, que se la pasaba mande y mande mensajes, me daban ganas, porque los maestros ya se habían dado cuenta, pero no se lo quitaron, le dejaron el teléfono solo porque Nancy era buena alumna y les caía bien y había participado en eventos en otras escuelas representando a la nuestra. De repente sentí algo muy caliente en el estómago, ese calor me subió al resto del cuerpo y por fin me salieron las palabras, les dije todo, la delaté con lo del teléfono, que ella prefería mandar mensajes que hablar conmigo y la verdad ni siquiera sabía con quién hablaba o quiénes eran sus otras amigas; entonces, si estaba más emocionada platicando por ahí, que se quedara con sus mensajes, yo prefería no ser su amiga.

Los papás de Nancy voltearon a verse. La directora quiso toser y se le atoró el tosido por los nervios. Me preguntaron si Nancy tenía novio o si me había dicho que le gustaba alguien o si la había visto con un niño ahí en la escuela y a todo les dije que no, que ni sabía, ni me decía ni la había visto. Y era cierto, yo de Nancy no sabía nada en ese momento. La directora dijo que lo único que podían hacer era esperar, preguntarle a alguna otra compañera, revisar sus cuadernos a ver si había anotado el teléfono de alguien, pero si no había información, solo les quedaba esperar a que regresara. Los tres hablaban como si yo no hubiera estado ahí, sentada, pensando en por qué no había llegado, dónde estaba y con quién. El papá de Nancy

dijo que estaban pensando en llevar a un policía a la secundaria y a lo mejor hacían declarar a un maestro o a los alumnos. La directora se puso nerviosa y dijo que la escuela podía dar información, pero no meterse en asuntos legales, es más, ahí nadie había llevado nunca a la policía. Su mamá dijo secuestro y la directora respondió que esperaran porque no se sabía, y que en todo caso, Nancy llegó a su casa y habló con ellos, nadie se la había robado de la escuela, y entonces se puso de pie como para sacarnos a todos de su oficina y la mamá de Nancy, que ahora sí ya se iba a poner a llorar delante de nosotros, dijo que era cierto, nadie se la robó de la escuela, pero qué iba a pasar si ese viernes se robaban a una alumna ahora sí saliendo de clases, o a su hija que iba a la prepa, o a la más chica, que iba en la misma secundaria. La directora dijo que entonces la policía haría algo, aunque yo creo que no supo qué responder porque, como diría mi mamá, a nadie le gusta que le pongan de ejemplo malo a alguno de sus hijos, y la mamá de Nancy respondió que quién sabe, ellos estuvieron en el módulo municipal de la policía en la madrugada y, aunque ellos sabían que podían denunciar su desaparición en ese momento, solo les dijeron que mejor esperaran las setenta y dos horas de rigor, que fines de semana no trabajaban, que regresaran el lunes a levantar la denuncia, que si otra alumna se perdía en las siguientes horas, si se la robaban de la escuela, entonces llamarían a declarar a los maestros y también a ella. La directora se quedó callada, abrió la puerta y yo salí primero, me temblaban las piernas, pero me aguanté porque no quería caerme del susto después de oír que a lo mejor a Nancy se la habían robado. La directora, ahora sí muy asustada, dijo que le avisaran cuando apareciera o la mantuvieran al tanto de qué había pasado, les dio un papelito con el teléfono de su casa, podían llamarle a cualquier hora, que si el lunes, después de poner la denuncia le pedían que fuera a declarar, ella declaraba, que en sus manos no iba a quedar la irresponsabilidad de haber perdido a una alumna. Los papás de Nancy no respondieron, la señora se agarró del brazo de su esposo y salieron. Ni siquiera voltearon a verme para decirme gracias.

Estuve muy asustada el resto del día. Tenía un nudo en la garganta solo de haber oído que quizás a Nancy se la habían llevado, la habían levantado como a unas chavas de la prepa el año pasado, que después encontraron podridas en un terreno baldío, como dos meses después de que se perdieron. Si Nancy se había ido de su casa sin avisar, como yo me fui de la mía, pero casi por voluntad de mi mamá que ya no era mi mamá, entonces la entendía, pero sus

papás no se veían malas personas, estaban preocupados, querían que Nancy apareciera y les explicara todo; a lo mejor ni siquiera la regañaban. Si Nancy tenía un novio y se había quedado con él esa noche, también la entendía, yo estaba viviendo con Beto porque era su mujer, aunque no era su novia, pero debió dejar una nota explicando, decirle a alguien, mandar un mensaje con su teléfono, no meternos a todos en problemas porque yo ni su amiga era y tampoco sabía si tenía novio.

Así estuve todo el día, nerviosa. Se acabaron las clases y me quedé todavía más nerviosa porque la directora había llamado a una patrulla que estaba estacionada enfrente de la reja principal y ella estaba ahí con ellos, como diciéndoles algo, pero los policías no contestaban, solo veían para todas partes. Me fui rápido a la parada de las combis, me subí a la que me dejaba en la entrada de El Manantial, abrí la puerta del departamento y me metí rápido, asustada. Me bañé, me acosté, no comí, me dolía la cabeza y me había tomado unas pastillas para la gripa que me relajaban mucho. Apreté los párpados con fuerza, no quería saber nada, ni estar ahí, ni pensar en Nancy o en mí, quería que el ruido de afuera se acabara y por fin pude quedarme dormida. Desperté porque alguien tocaba la puerta con los puños, muy fuerte, como que querían romperla o echarla abajo. El departamento estaba a oscuras, ya había anochecido. Me asusté y no supe qué hacer, si abrir o qué, hasta que alguien dijo mi nombre. Lucero. Lucero, abre. Lucero, abre, soy Toño. Vi la hora, acababan de dar las siete. Cuando abrí un poco la puerta, Toño pasó sin pedirme permiso, jaló una silla y se sentó delante de mí, le pregunté por Beto, si algo le había pasado a Beto. Me contestó que no, Beto estaba bien, todo bien, pero me necesitaban rápido, tenía que ir con él, Beto quería que Toño me llevara adonde estaba.

Me puse los tenis y una sudadera, agarré las llaves y me fui con Toño en el Chevy. Rápido me di cuenta hacia dónde íbamos. A esa hora la colonia de la casita de Beto estaba a oscuras, ahí no había alumbrado público, pero la casita tenía dos focos en la fachada a medio pintar y se podía ver el camino. Entramos en el coche como cuando Beto y yo entramos en su moto, y vi la moto que estaba ahí estacionada. Tuve el presentimiento de que las cosas andaban mal, que a Beto le había sucedido algo y por eso estaba ahí; pensé en la pistola y tuve más miedo. Toño tocó la puerta y Beto salió, yo lo abracé porque estaba asustada, pensé que le habían hecho algo, él me hizo a un lado, dijo que necesitaba mi ayuda, que por favor no hiciera nada que nos jodiera a todos porque yo ya era parte.

Abrió más la puerta y entonces vi a Nancy, estaba amarrada de los pies y las manos, acostada en el sofá donde Beto y yo nos habíamos acostado. Toño se quedó afuera, vigilando, Nancy estaba entre dormida y despierta, tenía un trapo en la boca, pero apenas oyó mi voz, se despertó. Dile que no pasa nada, que va a estar bien, que esto es solo un ratito, que si grita, entonces le va a ir peor. Yo no sabía qué hacer, quería salir corriendo de ahí, dejar a Nancy, a Beto, perderme para siempre, pero el cuerpo no me respondía, ni la garganta. Tartamudeé, no sabía ni qué decir, aunque Beto me dijo que repitiera sus palabras. Vi bien a Nancy, tenía unos moretones en la cara, algo como una mordida en el cuello, su ropa estaba sucia, pero no era su ropa, así no se vestía Nancy, tenía una sudadera de hombre y una falda short que reconocí: la sudadera era de Beto y la falda short era mía. Pon fin pude hablarle: No pasa nada, aquí estoy, tranquila. Nancy empezó a gritar debajo del trapo, lloraba, trataba de patalear; Beto se acercó y le dio una cachetada muy fuerte, la dejó noqueada llorando en silencio, yo le dije que no, que no le pegara y quise meterme entre los dos, pero a mí también me pegó, por primera vez me dio una cachetada y otra, y una más, creo que fueron cinco o seis, hasta que caí al suelo y me apreté la cabeza porque las mejillas me iban a reventar, cerré los ojos con fuerza y no quise pensar en los golpes de Beto y su mano abierta y pesada chocando contra mi cara.

Me insultó, me dijo que ni siquiera para eso servía. Yo no podía voltear a ver a Beto, la piel me ardía, el cráneo me zumbaba. No estaba soñando, no era una pesadilla, Beto me jaló del pelo y me sacó del cuartito, le dijo a Toño que me llevara al departamento y le dio unas llaves, le dijo que ya sabía para qué eran. En el camino, Toño ni siquiera volteó a verme, aunque sentía que ese no era mi cuerpo porque me dolía mucho, ahí estaba, con un zumbido en el oído y secándome la sangre de la nariz, solo me había dado cuenta de que me sangraba porque lo vi en el espejo de la puerta, pero no le dije nada, qué le iba a preguntar, si ellos eran los secuestradores, si Nancy de verdad estaba secuestrada, yo ya lo sabía y no supe qué hacer o para qué más me quería ahí. Llegando al departamento, Toño me abrió la puerta, pensé que iba a entrar atrás de mí o a decirme algo, pero no lo hizo. Ya dentro, escuché cómo le ponía llave a la otra cerradura, la de debajo de la puerta que yo siempre pensé que no servía. No tuve tiempo de nada, ni siquiera de gritarle a través de la ventana porque Toño ya se había ido y la calle estaba vacía, igual que siempre.

Fueron tres días. Lo supe por la televisión, que siempre mantuve

encendida. Tres días sin saber de Beto, sin que Toño se apareciera; tres días encerrada en ese cuarto con baño y cocina. Teníamos dos cuchillos y ninguno servía para abrir las cerraduras. Aunque rompiera los cristales, las dos ventanas tenían protectores de metal y daban para un terreno baldío; aunque sacara los brazos y los moviera, cortándome con los cristales desprendidos, por ahí no pasaba nadie, ni siquiera escucharían mis gritos. Muchas de esas cosas las pensé, pero no las intenté, como en las películas, donde todo parece muy fácil. Solo me quedaba esperar, como decían los papás de Nancy y la directora.

El lunes no fui a clases. Vi las noticias en la tele, ya me había acabado las bolsas de galletas, el cereal y la leche, los restos de comida que había en el refri, el garrafón de agua. Me dolía la cara, todavía la tenía hinchada por las bofetadas de Beto, la nariz creo que se rompió y sanó solita, pero me dolía mucho, toda la piel me ardía. Pensaba en Nancy y en los problemas que se me venían encima por su culpa, cuando Beto la soltara, cuando sus papás dieran con ella y dijera que me había visto, que yo sabía quién se la había llevado y no dije nada ni llamé a la policía, que me escondí para no ayudarlos a encontrarla; nadie me iba a creer si les decía que no tenía cómo defenderme sin que me fuera peor que con Beto. A esa hora sus papás ya habrían levantado la denuncia, como le dijeron a la directora, porque ellos no iban a permitir que algo le pasara a su hija, algo peor que estar raptada, si lo primero ya había sucedido y de ahí en adelante iba a ser como caerse en un pozo sin fondo.

¿El lunes que no fui a la escuela a alguien le había importado? La ausencia de Nancy se notó enseguida, una buena alumna como ella hacía falta en todas partes, no verla ni escucharla en clases era extraño, hasta, como decía mi mamá, por ser la que tenía más raza por los ojos de color, pero alguien como yo, que era incómoda hasta para sus propias compañeras que no se querían sentar cerca por miedo a que se les pegara lo burra, alguien como yo puede dejar de ir y no pasa nada, nadie pregunta, nadie investiga; alguien como yo desaparece, se la traga la tierra y solo desentona en las listas de los maestros porque en lugar de puntitos de asistencia y participaciones la cuadrícula se llena de rayitas rojas, como las de los presos cuando pintan sus paredes de un día más tras las rejas, una semana más, un mes más y son rayas que por feas solo a ellos les importan. Ese lunes nadie preguntaría por mí, si falté habrá sido por floja, por eso era repetidora y a los repetidores nadie los nota cuando dejan de ir.

En la noche me despertó el ruido de las llaves en la puerta. Me

había quedado dormida con la tele encendida en el canal de las noticias, pero ya habían acabado y ahora estaban los infomerciales, y por eso supe que eran más de las doce. Afuera no se oía nada, la calle estaba desierta. Apagué la tele y me levanté, no sabía qué hacer, le tenía mucho miedo a Beto. Durante esos días tuve tiempo de pensar y quería pedirle que por favor me dejara ir a casa de mi mamá, no le iba a decir a nadie lo de Nancy en la casita, ni siquiera regresaría a la escuela, ya vería cómo hacerle para pasar los últimos exámenes, y tampoco podía ir porque todavía tenía la cara lastimada; si él quería, me iría a casa de mi tía, en Huamantla ni siquiera iba a decir su nombre. Le tenía mucho miedo a Beto, no podía quedarme con él más tiempo. Él entró, cerró rápido la puerta y se guardó las llaves en la bolsa del pantalón. Agarra unas mudas de ropa, nos vamos de aquí, me dijo. No pude responderle nada, ni decirle lo que llevaba días practicando, ni pedirle perdón, aunque no sabía por qué tenía que pedirle perdón si el que me rompió la cara fue él. Que agarres todo y lo metas en una maleta o échalo en cualquier bolsa, agarra unos pantalones, blusas, lo que sea, nos vamos ahorita.

Solo pude obedecerle. Así como me fui de casa de mi mamá, ahora me iba de casa de Beto. No tenía nada más que la ropa que traía puesta, unas cuantas mudas más y era todo. No iba a cargar con mis cosas de la escuela o los juguetes que me llevé de cuando era niña porque algo me decía que ya no habría escuela, ni reglas de madera ni patrones de costura, tampoco iba a un lugar en el que mi vida mejorara como pensé que sería cuando dejé a mi mamá. Metí a mi cartera unos billetes que me habían sobrado, la credencial de la secundaria, una foto de mi hermano y otra de mi mamá conmigo de niña, la única foto que saqué de su casa cuando me fui. Había un coche esperando, un Monza viejito, que no supe de quién era ni por qué lo andaba Beto, y sobre el asiento de atrás una maleta de mano.

A esa hora todos los negocios estaban cerrados y en la calle no había gente. Pasamos cerca de la calle de casa de mi mamá, pero yo estaba paralizada, sabía que si abría la portezuela y me aventaba, Beto iría detrás de mí y sería peor. No había a quién pedirle ayuda, ¿para qué, si tampoco iban a ayudarme? Cualquiera me iba a decir que para qué me subía por mi propio pie al coche de Beto, o peor aún, que si vivía con él ya sabía a lo que me atenía, como le gustaba decir mi mamá cada vez que me auguraba que yo me iría con el primer hombre que se me pusiera enfrente. Estaba sola en eso y así me quedaría. El coche avanzó por calles cada vez más oscuras hasta que llegamos a la salida del pueblo. Yo no conocía la carretera por la que

íbamos, casi no salía de Apizaco, ni coches había en el camino. Apretaba la mandíbula para no bostezar, pero en la tarde me había tomado otras dos pastillas para los cólicos que me provocaban las del día siguiente y además de calmarme el dolor del vientre, me bajaban un poco el dolor que me quedó en la cabeza después de las bofetadas de Beto, pero me daban sueño. Los ojos se me cerraban de vez en cuando y no podía ver bien el camino por el que avanzaba el coche, tampoco había nombres de los lugares que pasábamos o de los que estaban cerca.

En algún momento cerré los ojos y me quedé dormida, pero un zumbido me despertó de golpe, como una cubeta de agua fría. Yo seguía ahí, con Beto que tenía los ojos muy abiertos, tanto que me daban terror. El coche iba sobre un camino de terracería, de piedritas que hacían que todo el tablero se moviera. A lo lejos había unas cuantas casitas, como dentro de un rancho o una finca, eso parecía. Luego avanzamos por otro camino de tierra, Beto puso las luces altas, yo me deslumbré, ahí estaba Toño, que se acercó a abrir una reja; Beto manejó al fondo, se estacionó al lado de una casa de dos pisos. Nos bajamos del coche y me agarró muy fuerte del brazo, a lo mejor le daba miedo que yo me echara a correr, pero a dónde iba a ir, si estábamos quién sabe dónde en medio del monte. Así, bien apretada del brazo, me metió a la casa. Toño no nos siguió, se quedó en la puerta. Beto sacó una llave para una cerradura grande y luego otra para una más chiquita, las luces estaban apagadas, pero él me hizo caminar pocos pasos en medio de la oscuridad y luego abrió la puerta de un cuarto de ese piso, no me dijo nada y me empujó hacia dentro. Ahí vi a Nancy, estaba dormida sobre un catre, pero ahora solo tenía las manos amarradas.

La voz de Dolores

Nadie sabía de ella. Ninguna de sus tías, tampoco sus primas, en la escuela no nos dijeron algo que valiera la pena escuchar, ni siquiera la muchachita con la que hacía tarea, negó que fueran amigas y hasta parecía que tuviera algo en contra de Nancy. El sábado tuvimos que decirle a la familia en Tlaxcala y Puebla lo que estaba pasando, por si Nancy llegaba allá, que no la dejaran irse. Antonio y yo aguantamos la letanía de reproches: Algo le hicieron a la niña para que se haya ido sin decir adónde, si se fue con su novio va a regresar al tercer día o cuando se aburra, pero ni siquiera sabías que tenía novio, y ahí a ver cómo le haces porque si en unos meses tienes una criatura cuidando a otra criatura, te vas a tener que hacer cargo de los dos, o de los tres, sé prudente, no tardan en enterarse las mamás de los niños del kínder. Cerré los ojos para no escucharlas, con la bocina del teléfono pegada al oído, solo les pedí que me dijeran cualquier cosa sobre mi hija si la veían.

Usar el teléfono, el celular de Antonio, el mío o el de la casa también era un riesgo. ¿Y si llamaba y la línea estaba ocupada? Repasamos cada detalle del miércoles, del jueves, hasta la hora en que nos dimos cuenta de que Nancy no había regresado, cuando pasamos del coraje a la preocupación. En la nebulosa de los últimos días, lo que suponíamos y lo que no, Antonio y yo no nos poníamos de acuerdo con cosas específicas: ¿Le dimos cien pesos o doscientos el lunes para comprar la tarjeta para el teléfono?, no nos consta que se haya gastado el dinero en eso, ¿cuánto le duraba el saldo si nos habían dicho que en la escuela se la pasaba mandando mensajes?, ¿cómo le hacía para hacer otras recargas?, ¿si de verdad fue al ciber a hacer la tarea, quién estaba ahí, la muchacha que atendía o su mamá, quién de ellas la vio entrar?, ¿quién la conocía?, ¿a quién le mandaba mensajes fuera de la escuela, porque si se la pasaba pegada al teléfono era porque no estudiaban juntos o juntas? Anoté lo que se me venía a la mente, pero cada vez que releía la lista de

suposiciones pensaba que algo estaba mal y dudaba que así hubiera sido. No podía dejar de pensar en su ropa. No sabía si se había ido con el uniforme, a Nancy no le gustaba porque decía que era feo y de mal gusto y en cuanto llegaba a la casa se cambiaba. Lo último que escribí el domingo por la noche fue que cuando desapareció no usaba el uniforme, lo encontramos en la ropa sucia, aun así yo no tenía idea de cómo salió vestida de la casa.

La madrugada del viernes, cansados de esperar a Nancy, fuimos a la agencia del Ministerio Público y estaba cerrado, ni siquiera respondieron por la ventanilla. El viernes, saliendo de la secundaria, regresamos y un guardia nos dijo que difícilmente nos iban a atender, que aguantáramos al lunes, que no nos preocupáramos porque por lo regular las niñas que se van vuelven al día siguiente. Pero aquí tiene que haber alguien veinticuatro siete, si no cómo reporto una desaparición, dije. Sí, señora, pero será en Tlaxcala, aquí a veces es así, mejor tranquilícese, busque en la calle o espérese a que regrese, respondió el guardia. Nuestro pensamiento y voluntad iban entre hacer el intento y reportar inmediatamente en Tlaxcala o esperar. El fin de semana permaneció cerrado, ¿entonces dónde está la policía cuando pasa algo urgente?, le pregunté a Antonio, furiosa. Si te tranquiliza, vámonos a Tlaxcala ahorita, contestó Antonio, o busquémosla ahí en las casas de sus amigas de antes, yo no sé si se mensajeaba con ellas o si les llamaba por teléfono, pero podemos preguntarles. En las tres casas donde nos atendieron dijeron que no sabían nada de Nancy, no había llamado y tampoco la vieron por ahí, pero si se daba la vuelta nos iban a avisar. Yo pensaba cómo esas amistades de toda la vida en la vida breve de una adolescente cambian tanto en un año o dos, las promesas de estar siempre juntas se diluyen por una separación de veinte kilómetros. Ahí la policía tampoco nos hizo caso, si no había llegado a dormir a la casa en Apizaco, ahí debíamos buscar, esperar o levantar el reporte por desaparición.

Apizaco no es tan grande, pero sin Nancy cerca pareciera que cada rincón es un lugar peligroso, cada cortina metálica bajada tiene detrás una guarida, como si cada camino llevara a un pozo al que pudo haber caído, que era mi preocupación cuando apenas aprendía a caminar y el suelo inofensivo me daba miedo porque no sabía si debajo de sus pies se abriría la tierra. Viernes, sábado, domingo en un limbo de incertidumbre, Antonio y yo estábamos rodeados de suposiciones que no llegaban a nada. Los policías aparecen en un parpadeo si manejas en el límite de velocidad, si rompes algo o te

pasas un alto y se asoman por la ventanilla si el coche tiene placas foráneas, los abogados te abordan afuera del Ministerio Público si vas por una riña, pero para reportar que mi hija no llegó a casa no hay nadie. No hay abogado o policía que se ofrezca a acompañarte en el trámite del reporte, mucho menos en la búsqueda, le reproché a mi esposo.

El lunes nos paramos frente a la agencia del Ministerio Público para levantar el reporte. Antonio me dijo que fuéramos desde las seis para ser los primeros; la vecina a la que le pregunté a qué hora abrían, sin darle detalles, decía que era impreciso, en teoría tendría que haber alguien todo el tiempo haciendo guardia, pero ella, que trabajaba en la misma calle, recordaba que a veces se quedaba cerrado hasta las diez o las once, que ya había una fila muy grande de personas queriendo hacer trámites. Estaba cerrado. Nos formamos antes de las siete, detrás de nosotros se pararon dos señoras como de la edad de mi mamá, ambas con documentos en folders de plástico; otra con su hijo de menos de un año en brazos, el niño con gorro y guantes no dejaba de llorar. Antonio me susurró que debajo de los lentes de sol la señora tenía el ojo hinchado. ¿Cuánto puede doler el nudo en la garganta cuando estás formada dos, tres, cuatro horas, y el sol sale de ya no sabes dónde, avanza y se instala caprichosamente en tus mejillas, y no solo te queman los rayos, la resolana y duele la garganta, también el pecho, el resto del cuerpo, duele todo mientras esperas que te digan que te van a ayudar y ahora alguien va a buscar a tu hija?

Nos atendieron al mediodía. El módulo estaba lleno. Había gritos por todas partes, música que salía de unas bocinas pequeñas junto al CPU de la computadora en el escritorio de al lado, a un par de metros la radio sonaba. Todo era una confusión de ruido, olores, porque nos hicieron pasar justo a la hora del desayuno retrasado, del mal humor, la rutina de los lunes en una oficina de gobierno con una placa plástica en la entrada que decía que atendían las veinticuatro horas todo el año, y encima de ese mensaje, tachones con marcador negro. Antonio y yo nos miramos, apenas dimos los buenos días, yo con la voz quebrada. El hombre que nos pidió que tomáramos asiento respondió, Ibarra, licenciado Ibarra, con énfasis en su título. Echó la vista hacia arriba, fastidiado, levantar el reporte por la desaparición de mi hija debía ser un ejercicio de rutina al que no le prestó tanta atención; no se rio, no se burló, no tuvo palabras para hacerlo, ¿desperdiciarlas en eso? Tal vez lo habría hecho los primeros años en su ejercicio detrás del escritorio, ahora solo soltó algunos suspiros, un susurro casi como

para él mismo, mantengan la calma, a veces regresan una semana después, de todos modos levantaremos el reporte para que comiencen a buscarla, en caso de cualquier eventualidad, necesitamos tener un precedente; como es menor de edad, pueden levantar cargos.

Las preguntas de rigor, ¿qué pasó, quién fue el último en verla?, cuente todo lo que recuerde. Llevé el cuaderno donde había escrito el fin de semana, volteaba a ver a Antonio, los dos nerviosos, desesperados. Ibarra primero escuchó con atención, después nos pidió un minuto para redactar sobre el teclado de plástico amarillento y ruidoso por lo viejo. Las palabras me salían con dificultad, luego todas juntas, de nuevo apenas podía pronunciarlas. Este es un formato, léanlo bien, recuerden todo lo que se les venga a la memoria, así esto será rápido cuando vuelva a preguntarles. Para ellos tenía que ser rápido, pensé, la fila afuera quizás había crecido. Todos los denunciante que no hicieron nada el fin de semana, otros papás con una hija que no llegó a dormir, pleitos, robo a casa habitación, todo circulaba ahí, lo que se denunciaba, porque lo demás solo quedaba en el aire para volver a suceder sin límite de repeticiones.

Conocía los datos formales de Nancy, lo necesario, pero mientras pasaba la vista por las demás preguntas me entró mucha más angustia, miedo, vergüenza. ¿Hacía cuánto no veía detenidamente el cuerpo de mi hija? ¿Tendría los mismos lunares que le conocía de niña? ¿Se habría hecho una perforación en el ombligo como algunas muchachas de su edad, un tatuaje, una cicatriz? Ni siquiera sabía qué ropa llevaba cuando se fue. Tal vez hasta se cortó y pintó el cabello en su cuarto ese día, no lo sabía, solo se me ocurrió la idea. En la parte del registro médico recordé a su ortodoncista, ¿conservaría la placa de sus dientes? ¿Cuándo fue la última vez que la había acompañado al doctor? Dejamos una fotografía que pudimos revelar el mismo viernes por la tarde. Le pedimos al muchacho del estudio que ampliara a Nancy porque salíamos los tres. Últimamente a ella no le gustaba aparecer en las fotos sino tomarlas y esa fue la única del rollo para la que quiso posar: Nancy entre nosotros, seria, con la sonrisa a medias, en la puerta de casa de sus abuelos un mes antes. ¿Quién podía aportar datos sobre Nancy y su desaparición?, preguntó Ibarra. Pero no había nadie, ninguno de sus compañeros respondió algo concreto. ¿Quién puede aportar muestras en caso de que sea necesario un reconocimiento del cuerpo? Nosotros, dijo Antonio de inmediato. Cuerpo, el cuerpo de Nancy, y apenas lo oí, el mío quedó rígido, helado, aterrado.

Antonio dice que la relatoría tardó como una hora, yo sentí que fue una eternidad, que las palabras atoradas en mi garganta, luego desbocadas, contenidas, apresuradas, no me daban una sensación real del tiempo. Quizá para Ibarra fue mucho más. Firmas, nuestros nombres e identificaciones, la ausencia de mi hija ahora llevaba un número de folio para dar seguimiento, y nosotros nos pusimos de pie para salir con una hoja como los talones, constancias o pagarés de algo. La foto de Nancy quedó ahí, con la promesa de que nos llamarían por teléfono si sabían algo, lo mínimo, dijo Ibarra, antes de aclararse la garganta y pedirle al siguiente en la fila que tomara asiento.

Cuando Nancy acababa de nacer me dieron los tres meses de descanso por permiso de maternidad además de dos semanas antes del parto. Antonio se iba a trabajar, mi mamá me visitaba poco, no veía a mis hermanas, solo éramos la niña y yo. Ella prendida a mi pecho, llorando todo el día, con esa vocecita tan aguda que me taladraba cada centímetro del cráneo. La quería, no tenía dudas de eso, y la fui queriendo mucho más, aunque tuviera los senos destrozados cada vez que ella succionaba de mí y empezaba a mordirme con esas encías tan violentas, a pesar de que mi sueño no volvió a ser el mismo, ni mi cuerpo, ni mi piel, ni la relación con Antonio, y los primeros días con mi hija solo sentía su vida y mi dolor y estaba consciente de que tal vez así sería a partir de entonces.

Acomodaba a Nancy en mi pecho y la arrullaba en la mecedora. Intentaba que se durmiera lo más pronto posible. A ella le gustaba el vaivén del mueble y si la despegabla de mi cuerpo, lloraba otra vez hasta que parecía que la garganta se le iba a desgarrar. La acostumbre al volumen medio de la televisión y descansaba bien con ese ruido de fondo. En las semanas siguientes a su nacimiento pasé por todos los estados de ánimo, sola o con Antonio, pero estando sola, su llanto se me hacía insoportable, por eso me esmeraba en que llorara lo menos posible. Me aferré tanto a eso, que con el tiempo dejé de lado la disciplina que ejercía en el salón con niños que no eran míos y a ella me costaba ponerle límites reales, cedía con tal de evitarle una rabieta.

Antes de que tuviera edad para ir conmigo a la escuela, donde la directora dejaba que estuviera en el aula porque era mi hija, traté de cuidarla de tiempo completo. Veíamos la tele, nos tomaba por sorpresa un segmento que al principio repudiaba mucho y prefería

cambiar el canal o bajarle el volumen, pero después comenzó a interesarme. El reporte de personas desaparecidas, con esa voz gruesa imposible de olvidar: Pedimos su ayuda para localizar al niño. Los niños perdidos. Los niños con uniforme de la escuela en la fotografía en blanco y negro. Las niñas con el tocado de quince años, el de la primera comunión, mirando al lente de la cámara fotográfica que las captó y después con los ojos puestos en quien está del otro lado de la pantalla, en mí, en Nancy. Cuando me hice madre pensé en esos niños, los veía fijamente unos cuantos segundos, ¿alguna de las veces que fui al Distrito Federal me los habría encontrado vagando por una calle, pidiendo limosna, lavando parabrisas? ¿De quién eran esos niños? Creo que veía con más atención la cápsula del canal y después volteaba hacia Nancy para sentirme a salvo: ellos son los niños perdidos, Nancy está conmigo.

La vuelta a la rutina no sucedió después de levantar el reporte de desaparición, al menos no para mí. Tramité un permiso en la supervisión escolar, pedí tres semanas sin goce de sueldo porque Antonio debía volver a la mueblería. Después de los dos días de permiso el trabajo le cayó encima sin que pudiera evitarlo. A la supervisora le dije que era por problemas con mi hija, sin más detalles, pero ella lo sabía, qué no se sabía en un pueblo tan pequeño como Apizaco, donde todas las mamás y las maestras se conocen porque son las mismas. Si me hubiera preguntado, le habría respondido que mi hija estaba desaparecida porque me sentía menos culpable que si dijera que se había ido, podía ser así, prefería un poco de lástima que el juicio de otra madre.

La subdirectora quedó a cargo. Antes de sacar copias de mis documentos personales de la oficina, por si me los pedían en la procuraduría la siguiente vez que fuera, me dijo dos cosas: No sé si usted sea creyente, maestra, pero encomiéndose a la Virgen. Cualquier ayuda no está de más. Le sonreí. Yo usaba desde hacía años una medalla de la Virgen del Carmen, no porque creyera en ella, hasta había olvidado que la llevaba al cuello, sino porque Nancy no encontró regalo un 10 de mayo y al lado de su primaria, en un tianguis, las vendían. Después agregó: En Huamantla también hay otras mamás que buscan, cuando pueda, vaya, busquen todas juntas.

Otras mamás que buscan. Yo era una mamá que empezaba a buscar. Una mamá con y sin hija. Gracias, maestra, le voy avisando si sé más.

También pensé qué hacer los días siguientes. Sabía que tenía que buscar, que el reporte en la policía, como todos los reportes y

denuncias, era un papel. La búsqueda nos tocaba a Antonio y a mí. ¿Había algo que le pudiera cambiar al reporte?, porque con los nervios y la desesperación de la vez pasada se me olvidó decir que mi hija tenía una mancha de nacimiento en el costado, una no muy grande, pero igual había que tomarla en cuenta. Creo que con todo lo demás es suficiente, me dijo Antonio para calmarme. Quizá se dio cuenta de cómo lo miraba, le pasé el coraje que sentía por mí y mi mala memoria, le hice pensar que su comentario era para restarle importancia a Nancy. Lo miré así, aunque no le dije nada. Regresamos juntos al Ministerio Público porque, como nos había dicho la familia, algo debía cambiar después de que el reporte quedara impreso, comenzarían a moverlo y nosotros teníamos que asegurarnos de que lo hicieran. Ibarra nos dio una copia: del lado derecho la fotografía en blanco y negro, la más reciente; del izquierdo, todas las señas de mi hija en papel membretado, con logos y teléfonos oficiales. Sentí un vacío abrirse en medio de mi cuerpo, un vacío que a la vez era helado y abarcaba más de mí, crecía mientras miraba cada detalle de la hoja y Antonio le preguntaba algunas cosas a Ibarra. Los ojos de Nancy clavados en los míos, como los de los niños desaparecidos de la televisión mientras a ella la amamantaba, que antes creía que exclamaban búscame, y si no me encuentras de todos modos sígueme buscando, ve a los cruces de calles, a los semáforos y puentes peatonales.

La Nancy del papel estaba seria, no se parecía a mi hija adolescente, se veía molesta. Inmediatamente pensé que mi hija era dos, la que críe pegada a mí, donde estaba a salvo y ahora la que llevaba meses apática, encerrada en su cuarto, a la que conocía cada vez menos, que en casa era una y en la escuela solo estaba atenta a la vibración de su teléfono. Convivía desde hacía tiempo con esa versión que, fastidiada, se esfumó un jueves. Péguenlos, dijo Ibarra, sacándome del limbo de la imaginación, afuera de la escuela, en el parque, en la estación de camiones; pregunten por ella ahí, en los camiones. La niña tiene los ojos verdes, eso ayuda mucho por aquí, de verdad, por aquí no llega el turismo y los taxistas y choferes siempre se acuerdan cuando sube pasaje con los ojos verdes o azules, sobre todo si la niña iba sola o con alguien de su edad. Le creí a Ibarra y le perdoné la apatía de la vez pasada, algo en él me daba, si no confianza, porque aquí nunca se puede confiar en nadie, por lo menos la tranquilidad de que no pensaba que estaba loca, de que yo no era una mala madre.

Antes de salir me fijé en los dos pizarrones del pasillo de la oficina,

no había un solo espacio libre de hojas, muchas de ellas eran anuncios de búsqueda de desaparecidos: ¿Me has visto? Se busca. ¿Lo conoces? Niños, niñas, hombres, mujeres, grupos de tres, cuatro, varios eran oficiales, pero la mayoría estaban hechos a mano, fotocopias de una hoja rotulada con marcador. La esperanza quedaba puesta en una hoja que nadie se detenía a ver. Nosotros sacamos doscientas copias. Ese día y el siguiente nos dedicamos a pegarlas en cada poste y pared donde hubiera espacio, debajo de otras hojas que anunciaban bailes, espectáculos, ofertas de trabajo en las maquiladoras, en Tlaxcala y Puebla, viajes de compras, cuartos en renta para señoritas, solicitud de un mozo seis días a la semana, productos para bajar de peso, préstamos sin aval y más desaparecidos. Solo en dos o tres tiendas nos dieron permiso de dejar hojas, apenas comenzaba a explicar por qué estaba ahí y me decían que no, mejor no, otro día y me daban la espalda.

No dejé de marcar el número de mi hija. Llamaba desde mi teléfono, del de la casa, del de Antonio; él marcaba de la mueblería. Llamábamos de números de quienes nos dejaran hacerlo, desde teléfonos públicos, casetas, otros celulares y siempre, invariablemente el número que marcábamos estaba fuera del área de servicio. Apagado. Muerto. Salvo una vez, la segunda, casi tercera semana sin Nancy, el teléfono dio tono. Timbró tres, cuatro veces. Quise gritar que estaba sonando, sonaba, pero el grito me quedó suspendido en el estómago, la garganta o los huesos, la llamada no entró porque nadie la contestó, pero había dado tono. El teléfono estaba encendido. Anoté el día, la hora, todo, porque no confiaba en la memoria de mi celular, y al día siguiente fuimos al Ministerio para pedir que rastrearan el teléfono, debía estar en un área con cobertura, tal vez Nancy seguía por ahí o, de repente pensé en ella en Puebla, en el Distrito, en Guadalajara, en la carretera, no sé, pero en algún lugar con cobertura.

Fui sola. No me atendió Ibarra, la cara conocida. No estaba en el Ministerio Público, en su lugar, después de dos horas de espera, quedé frente a un hombre un poco menor que yo. Dijo que no era tan sencillo, esas cosas las rastreaban desde otro lugar, si le daban seguimiento al caso en la capital, Tlaxcala, quiso decir, a lo mejor ahí sería más fácil, pero Apizaco era un módulo, las computadoras, tres, estaban al servicio de las secretarías, una en archivo y no funcionaba más que para eso. Rastrear números le pertenece a otra división, ni los policías, ni los peritos lo hacían en Apizaco. Pregunté qué pasa si están buscando a un narcotraficante, a alguien muy peligroso, a un extorsionador, cómo rastrean las llamadas si tienen a una persona

secuestrada. Me contestó casi lo mismo: Pues eso lo harán desde la capital, aquí, en el módulo, no se puede hacer mucho, no rastreamos.

Diez días, catorce, veinte. Al día veintiuno, haciendo una planeación escolar porque ya regresaría al kínder, mi teléfono dio el tono de mensaje, pero me esperé a terminar. Antonio llegaría en una hora, a lo mucho en dos, y prefería apurarme para comer rápido y salir a dar vueltas en el coche, como hacíamos cada tarde juntos desde el día uno. Al principio no me separaba de mi teléfono, sobre todo después de oír el tono de la llamada al celular de Nancy, solo que ese día tenía la atención puesta en el regreso al kínder, por eso no atendí la pantalla de inmediato. Una de mis hermanas me dijo que volver a la rutina me haría bien, estar con los niños me distraería, lo de Nancy lo iríamos resolviendo poco a poco, con ayuda de las autoridades, afirmó, con esas frases hechas que todo mundo repite, todo mundo a quien no le han secuestrado a un hijo. No puedes decir que fue un secuestro, no te han pedido dinero, todavía no deberían señalar culpables, me dijo otra, dura, menos preocupada, como si minimizara la desaparición de Nancy o no hubiera diferencia entre una niña que se va y otra a la que se llevan; de todos modos, no están a pesar de que se les busca.

ya dejame en paz no voy a regresar

El golpe en el estómago. Un mensaje de Nancy, el primero desde que dejáramos de saber de ella. Le marqué apenas lo leí, pero su número me mandaba a la grabación de siempre: Lo sentimos... Le escribí con la esperanza de que me respondiera: ¿Dónde estás?, Nancy, contesta, por favor. No hubo respuesta. Cuando Antonio llegó, marcamos de su teléfono, del de la casa, pero las llamadas se iban al buzón. Esta no es Nancy, mira cómo escribe. Antonio me mostró los mensajes que guardaba en el suyo. Ella escribía siempre con acentos, usaba el teclado automático para que las palabras quedaran bien escritas, con la mayúscula del principio y los puntos. Revisamos varios mensajes y el nuevo no coincidía en esos cuatro detalles: no mayúscula, no acento, no coma, no punto.

Mayúscula, acento, coma, punto, me repetí dentro del coche, igual que cuando Nancy aprendía a leer y de tanto decírselo marcaba los signos con más énfasis, con otros colores. Era imposible que perdiera esa costumbre y obsesión de diez años en poco más de veinte días. Nos detuvimos frente al módulo de la policía, íbamos a bajar para pedir, suplicar a Ibarra o a quien estuviera que hicieran algo, que pasaran el reporte a Tlaxcala, que alguien rastreara de dónde habían mandado el mensaje porque a Antonio un muchacho de la mueblería

le dijo que se podía rastrear si detectaban qué antena había recibido y enviado la señal; se puede, cuando la policía tiene ganas de buscar a alguien lo hace, siempre se puede, y cuando no, el desaparecido se convierte en humo. Pero no había nadie a cargo, a las cinco de la tarde en la oficina solo estaban un policía que no habíamos visto antes cuidando en inmueble y una secretaria, quien pedía a cualquier ciudadano que fuese a levantar una denuncia que volviera más tarde o esperara a los peritos. El agente no tardaría en llegar, pero el agente no llegó.

Habla Lucero

Sentía mucho frío. No tenía calcetines, la sábana era muy delgada y llevaba tres días con la misma ropa, comencé a sentir asco de mi olor, y mientras más me enfriaba, más debía hacerme bolita y olerme, aunque apestara, el pantalón y la sudadera eran lo único que podía calentarme. El baño era muy chiquito, había poco espacio del lado donde estaban la taza y el lavabo, por eso escogí la regadera, como solo me había bañado un día, y apenas a medias, mojándome sin jabón las axilas y en medio de las nalgas, el piso no tardó en secarse, pero de todos modos se sentía húmedo por la noche cuando me acosté, y entonces me arrepentí de haberme bañado. Si me tocaba la cara, me dolía, me ardía la piel, hasta los huesos, debía tener todo morado, verde y rojo, en el baño no había espejo, tampoco cristal en la ventana chiquita de hasta arriba, por eso entraba todo el frío del monte, no podía salirme porque estaban esos barrotes de metal que a la mera hora no cubrían nada.

Me dolía la cara, el cuerpo, los dientes, todavía no entendía cómo habían pasado tantas cosas en tan poquito tiempo. Nancy no quiso hablar, no me respondió cuando me acerqué a ella porque pensé que podía ayudarla a salir, me vio en silencio y no supe si tenía el mismo miedo que la vez pasada en el cuartito porque su mirada era diferente. Tampoco me defendió cuando Beto se me fue encima a golpes y empujones, cuando me pegó con el puño cerrado, el que tenía el anillo que me abrió un cachito de cachete; se quedó callada ahí mirando, pero ella sabía, yo creo que siempre supo qué hacíamos allá porque llegó primero. Luego entendí que no estaba muda por el encierro, sí hablaba, oía su voz a través de la puerta del baño donde Beto me encerró, si pegaba bien la oreja a la parte de abajo por donde se metía un poquito de luz en la noche, la oía, pero no entendía qué decía ni a quién. Siempre había gritos, los de Beto y alguien más que no sabía quién era, no sonaba a Toño, cuando ellos gritaban Nancy se callaba. Cerraba los ojos y veía a la Nancy amarrada en el cuartito en

Apizaco, luego a la Nancy también amarrada en el cuarto de al lado, casi eran la misma y al mismo tiempo no, la Nancy del otro cuarto me vio diferente. Era odio. Cómo no me iba a dar cuenta de eso si tenía unos ojos distintos a los míos y a ella se le notaba más el coraje. No me decía nada, pero me odiaba, a lo mejor me echaba la culpa por estar ahí. Quería entender qué pasaba, por qué nos tenían ahí. Si Beto quería quedarse con Nancy que lo hiciera, yo no los iba a acusar si me dejaban irme. Quería hablar con Nancy y que me dijera qué estaba pasando, si sabía que sus papás la buscaban o por qué hizo molestar a Beto, pero la confusión, el dolor de cuerpo y miedo, cuando se mezclan, hacen que parezca que vives en una pesadilla.

También tenía hambre, pero no me di cuenta hasta el día siguiente de que me encerraron, cuando mi estómago rugió y me acordé que no había comido desde antes de que me llevaran a la casita. Por la tarde, alguien me pasó una torta por la puerta. Cuando sentí que abrían, me levanté muy rápido y quise empujar, pero no tuve fuerzas, casi me caigo por un mareo. La puerta se cerró de golpe y no pude ver quién me pasaba la comida. Me tragué la torta de dos bocados, hasta me lamí los dedos porque en lugar de calmarme el hambre solo me estaba dando más, tomé un poco de agua de la llave y hasta ahí fue que entendí que el mareo era una mezcla de hambre y miedo, mi cuerpo ya no reaccionaba normal. Otra vez me hice bolita y me quedé esperando que alguien abriera, pegué la oreja a la puerta, pero no oí nada, ni a Nancy o a Beto, a nadie. A lo mejor estoy alucinando, me dije en voz baja solo para oírme, o me desmayé todo ese rato y Nancy ya se fue, no es su voz real, es la de un recuerdo.

Me daba miedo quedarme dormida y soñar con ellos, con la pistola debajo de mi cama, Beto sacándome a la fuerza de Apizaco, la casa de mi mamá y yo a unos metros sin poder aventarme del coche, Nancy amarrada, el golpe de Beto en mi cara, el baño. Pero estaba muy cansada, me dolía todo, no sabía qué hacer, cómo pedirle que me soltara. Comencé a ensayar: Beto, aquí cortamos, no voy a decir nada, me regreso con mi mamá. Beto, si quieres déjame en la carretera y yo me voy a mi casa, si ya no tienes ganas de estar conmigo te juro que no te vuelvo a buscar. Beto, si quieres quedarte con Nancy, está bien, aquí cortamos. Beto, no le voy a decir a la policía, si me sueltas, te juro que no volverás a encontrarme en ningún lado. Estaba pensando en eso cuando alguien volvió a abrir la puerta muy rápido y me echó una bolsa chiquita, luego cerró de un azotón y tampoco supe quién fue. Adentro había otra torta, una coca chica y un jabón todo seco y feo, creo que mi olor ya se salía del baño y querían

que me bañara. Después me echaron otra sábana, una más gruesa. Como pude, me lavé con el agua fría y el jabón, me sequé con la sábana delgadita porque no me habían pasado ropa limpia, ni modo, iba a tener que repetir, y luego me comí la torta de dos mordidas, ahora sentía mucha más hambre que antes, no se me calmaba con la coca ni con más agua de la llave. Quería llorar y ya no podía, aunque estaba asustada y esas horas en las que pensaba en Beto se me mezclaron los sentimientos, no me salían las lágrimas.

Estuve en el baño tres días, o más, pero dormí ahí tres noches, comí solo dos veces. Entendía las cosas a medias, me daba miedo que se tratara de lo que me estaba imaginando. Cuando salí del baño, Beto no estaba, me sacó otro chavo, nunca lo había visto, no era de los de las motos, tampoco había pasado por el departamento donde Beto y yo vivíamos, como Toño, que no volví a ver, este era flaco, alto y muy moreno, pero tenía la voz finita, parecía que no la tenía bien desarrollada, en una de esas, pensé, hasta es más chico que yo. Lucero, ya salte, qué haces allá, ven para acá, me dijo, como si no hubieran sido Beto y Toño los que me encerraron a empujones. El flaco me aventó unos tenis que me quedaban chicos, de todos modos me los puse, así sin calcetines, al cabo que ya había absorbido toda la humedad del baño que era igual de frío que toda la casa, tal vez porque estábamos en el monte, eso sí lo recordaba porque me fijé bien cuando llegamos. Nada más me puse los tenis, el flaco me agarró del brazo, tal vez pensó que me iba a echar a correr, pero no, con qué energía, si seguía muriéndome de hambre y me dolía todo el cuerpo por haber dormido en el suelo hecha bolita y apretando el estómago para no congelarme. Así agarrada me llevó a otro cuarto, era en el que vi a Nancy amarrada cuando llegamos, pero aquella vez no me había fijado que había una cama grande y una litera, parecía una bodega porque la única ventana era chiquita, sin cristal y con barrotes como la del baño, luego vi un pedacito de muro y detrás un excusado. El flaco me empujó y cerró la puerta rápidamente, le puso seguro por fuera para que no me saliera, yo me eché bocabajo sobre una de las camas, me tapé con dos cobijas y me quedé dormida.

No sé cuánto tiempo pasó, creo que mi reloj de las horas y los días ya no andaba bien desde que Beto me llevó allí, pero desperté porque oí ruido que se colaba por debajo de la puerta del cuarto, alguien hablaba. No era Beto, eran otros hombres, el flaco y uno o dos más. ¿Qué había pasado con Beto, dónde estaba, por qué me hacía eso? Si era para desquitarse de mí porque fui muy empalagosa con él y ya se había cansado de tenerme en el departamento o se arrepintió

porque le gustaba Nancy o yo ya le caía mal, estaba bien, ya había aprendido mi lección y quería irme a mi casa, con mi mamá, pero nadie me decía nada, me había dejado con otros que no me explicaban qué pasaba. Cuando prendí la luz del cuarto vi que había una bolsa con pan en el colchón de arriba de la litera, me comí los dos, no me importaba si alguien se daba cuenta y me regañaba, el estómago me chillaba y necesitaba calmarme, me urgía tener un poco de energía porque no sabía cuánto tiempo estaría encerrada ahí. Se hizo de noche, me di cuenta porque escuchaba las cigarras y los bichitos que zumban cuando andan cerca de las lámparas, no tenía sueño, pero estaba cansada. Agarré las cobijas de las demás camas y me las eché encima, me tapé la cabeza para quedarme dormida a la fuerza, y justo cuando creí que iba a poder, alguien abrió la puerta.

Con la cara tapada, apenas oí al mismo flaco de hacía rato que decía ahí se echan un ojo. La puerta se cerró de golpe, me asomé por debajo de las cobijas, apretando el cuerpo para quitarme el frío. Era una niña. No, una niña no, luego la vi mejor, era una muchacha como de secundaria, flaquita, de piernas delgadas, de pelo largo que le cubría la cara y por eso pensé que era una niña. También estaba descalza, tenía una sudadera grande, creo que no era suya, y abajo unos shorts de tela, como de basquetbolista. Me levanté rápido, no sé por qué, creo que para verla mejor o porque me dio miedo tenerla ahí y, por cualquier cosa, no quería quedarme en la misma posición; ella corrió a la litera de enfrente, se hizo bolita en el colchón de abajo, pero como yo tenía las cobijas, no se pudo tapar. Así acurrucada parecía un ratoncito. Quería hablarle, pero también sentía como un nudo en la garganta, no me salían las palabras, llevaba varios días sin decir cosas en voz alta y creía que se me había olvidado cómo hablar, pero era miedo.

Estuvimos así un buen rato. Cada vez se hacía más tarde, el canto de los grillos cambió, había empezado a llover, ese sonido sí lo identificaba y las paredes se enfriaron. Mi cuerpo tenía un horario raro, como los bebés, que se duermen a cada rato, pero se despiertan en la madrugada como si fuera de día; la muchacha seguía echa bolita, luego me di cuenta de que se estaba quedando dormida, entonces me levanté y fui para echarle encima una cobija, la más gruesa, era un sarape, a ver si se le quitaba el frío. Levantó su cara y la vi bien, debía tener la edad de Nancy, como quince años, pero no era de mi secundaria, quién sabe de dónde había salido, quién sabe dónde estábamos encerradas. Le eché la cobija y seguía temblando, fui por las otras dos cobijas y ahí me hice bolita junto a ella hasta que nos

quedamos dormidas.

Se llamaba Nadia, acababa de cumplir quince años y era de Huamantla. No conocía a Beto, aunque sí sabía quién era. Yo quería que me contara todo, por qué estábamos ahí, dónde, quiénes eran los otros, pero también tenía mucho miedo porque desde el primer día, cuando vi a Nancy dormida en el colchón, cuando le reclamé a Beto y me pegó, después de que me encerraron en el baño y estuve tres días dándole vueltas una y otra vez a lo mismo, ya me imaginaba qué hacíamos ahí, mi mamá me lo repetía a cada rato cuando ya no nos llevábamos bien, mis tías me habían dicho que tuviera cuidado porque a la primera así terminaba una, así estábamos terminando y lo sabía, ahorita Nadia me lo confirmaba. Era más chica que yo, de cuerpo y de edad, pero oyéndola parecía que me hablaba una persona mayor, triste, que no me iba a mentir ni a hacerse la buena solo porque me daba miedo escuchar de qué se trataba nuestra historia. Entendí mejor cuando dijo que ella estaba ahí por el flaco moreno, se llamaba Israel y todos le decían Isra, era su novio, como Beto también era el mío, la llevó a esa casa como Beto a mí y después dejó de hablarle. Era la misma historia. Isra tenía otra novia en la casa, una muchacha güerita de cabello corto a la que sacaron el mismo día que llegó Nadia, apenas cruzaron miradas y no se hablaron, pero Nadia entendió que era novia de Isra porque oyó dos o tres cosas, las mismas que ella le hubiera querido decir a Isra cuando la encerró.

Yo sé que nadie me va a buscar aquí, me dijo Nadia, llevo una semana, no, como diez días, pero antes estuve en otro lado y aquí llegué directo a los cuartos de arriba, ¿ya viste los cuartos de arriba?, hay cinco, son chiquitos, yo vi tres, todos han de ser iguales, la cerradura es por fuera, así que si te encierran, no sales, tienen una ventana como de baño, muy arriba, no se alcanza saltando, así son todas aquí, solo sirven para que no nos ahoguemos porque ni siquiera iluminan adentro, los cuartos son oscuros y la cama no se puede mover, no es cama, es un colchón sobre una cosa así larga de cemento, sí, eso, base de cemento, parece cárcel, por eso creo que estamos mejor aquí abajo, aquí se oye más ruido que en los cuartos de arriba porque ahí solo se oyen pisadas si alguien usa zapatos ruidosos, pon tú que traiga botas o tacones, pero hay un árbol grande cerca, creo que pegado a la pared porque dos veces entró un pájaro al cuarto donde yo estaba, bueno, no entró, se paró en la ventana y ahí se quedó un rato, el ruido del pájaro era lo único que se oía, pensé

que iba a escuchar el motor de un coche o una camioneta y no, nada de eso se escucha, por eso digo que estamos muy muy en el monte, aquí nadie nos va a buscar, de una vez hay que pensar eso, nadie va a venir a buscarnos.

Perdí la pena con Nadia, aflojé un poco el cuerpo que tenía hecho un nudo desde mi llegada. No sabía si me sentía más tranquila solo porque alguien estaba igual que yo, o peor, porque ella seguía descalza y por un momento pensé que por primera vez me iba mejor que a otra persona. Luego me acordé del miedo. Creí que por haber estado ahí tres días o más ya se me había pasado el miedo, y no, eso no se pasa a los tres, cinco, ciento veinte o los días que sean, el miedo se queda desde que entras a esa casa, a las casas, desde que te llevan a un cuarto de los de arriba, pero yo todavía no sabía eso, más bien lo que sentía escuchando a Nadia era muy chiquito comparado con todo lo demás. Poco a poco me calmé, cuando Nadia comenzó a hablar yo seguía hecha bolita a su lado, sentí que por estar más tiempo ahí y saber otras cosas, Nadia me cuidaba aunque fuera más chica y eso me dio vergüenza. Le ofrecí los zapatos, le quedarían mejor a ella, dijo que no y se apretó más el cuerpo para temblar un poco menos, entonces acerqué el mío al suyo para darnos calor; teníamos las cobijas encima, pero no dejábamos de tener frío. Estuvimos así horas, fue el primer momento en el que sentí algo parecido a, es que no sabía si era tranquilidad, pero me recordaba a cuando ya no le tienes miedo a los perros bravos porque sabes que no te van a morder, al menos por un rato, y aunque Nadia y yo podíamos parecer perras bravas la una delante de otra, ahora nos sentíamos mansas. De repente oí el rugido de su estómago, ella se lo apretó más, dijo que se estaba muriendo de hambre y me dio mucha pena porque antes de que llegara yo me había comido los panes duros de la bolsa, no sabía si iba a ser mi única comida y me los terminé, me lamí los dedos y tal vez hubiera lamido las migajas de las cobijas si se me hubiera caído algo.

No tardan en echarnos otra bolsa de comida, dijo Nadia. Entonces así nos alimentaban, pensé, con bolsas de tortas, panes y cocas cuando es de noche. Volví a sentir hambre, el olor rancio, húmedo, no sé a qué olían las cobijas, solo me revolvía el estómago, era una mezcla de eso y del mareo por hambre. La güerita ya ha de haber comido, dijo Nadia. Pensé que hablaba de la chava que también era novia de Isra, pero apenas dijo que la güerita de ojos verdes, entendí que hablaba de Nancy. Debí abrir mucho los ojos o la boca porque Nadia comenzó a contarme: La de ojos verdes, la novia de Beto,

bueno, a mí me dijeron que era novia de Beto porque él la trajo, en realidad eres novia de quien te trae nada más para que los demás sepan quién se hace responsable, aunque él de verdad te haya pedido allá afuera que seas su novia y sí se hicieran novios, en fin, la güerita es otra cosa, Luz, perdón, Lucero, y a mí ella no me cae bien, aunque me da mucha lástima porque sé lo que le hacen.

Me tardé tres días encerrada en el baño para tratar de entender bien qué nos estaba pasando, pero fue hasta que Nadia me contó que me hice a la idea. Mientras ella hablaba yo sentía más y más fuerte el dolor de estómago por hambre, también por miedo y coraje, la espalda comenzó a dolerme y otra vez me latía la mejilla justo donde Beto me había pegado cuando yo quise darle cachetadas para que soltara a Nancy, que nos soltara a las dos. Nadia hablaba y mis pies se enfriaban con cada cosa que decía, no tenía fin. Si hubiera tratado de levantarme seguro me hubiera caído porque en lugar de pies y piernas tenía dos hielos que se volverían agua. Me repetí sus palabras: Nadia estaba en esa casa desde hacía diez días, la otra novia de Isra llegó antes y se la llevaron cuando ella entró, había otras dos que según se irían esa semana quién sabe a dónde, nunca fueron más de cuatro chavas que no podían hablar entre sí si estaban fuera del cuarto donde dormían. Ahí también se quedaban algunos hombres, Isra, Beto, uno gordo que manejaba los coches y otro que estuvo ahí los primeros días y supuse que era Toño por cómo me lo describió, pero ya no regresaba, cualquier otro hombre solo entraba al cuarto al que lo mandaran y salía sin recorrer la casa.

Sé que la güerita es la novia de Beto porque él dijo ahí, delante de todos, que a ella nadie la tocaba, que era suya, no hacía falta que le pegaran porque no tardaba en acostumbrarse ya nada más que se le pasara el miedo, había llegado a la casa para vivir con Beto, y mientras él llevara a alguien más, o a dos o a tres y las tuviera ahí, a la güerita nadie le ponía un dedo encima, pero yo he escuchado las cosas que pasan en el cuarto donde la tienen, al principio había muchos golpes y la güerita lloraba, ahora ya casi no se escucha nada. Después llegaste tú, yo también oí todo, pero estaba en uno de los cuartos de arriba, uno que tiene un huequito en la puerta y por ahí se mete el ruido, así escuché que también te pegaron y te encerraron y a ella rápido la subió Beto, le dio ropa limpia, le llevó de comer y se encerró con ella. Te apuesto que nosotras nos comemos las orillas del pan que ella no se come, que nos ponemos las sudaderas que ella no usa porque le trajeron ropa de otro lado y que estas cobijas apestosas son las que sacaron del cuarto donde ella duerme. No la soporto por

eso, aunque la escuche gritar de vez en cuando.

Mientras más hablaba, Nadia se molestaba. A esa hora y en la oscuridad ya no podía verle la cara, el foco que daba muy poquita luz estaba apagado, pero con mi mamá aprendí a identificar la voz de la gente que está furiosa, que odia, que no puede desquitarse. Yo quería hablar, preguntarle más, pero no hizo falta, a Nadia ya se le había soltado la cuerda y seguía hablando, me dijo que tampoco sabía por qué Isra la llevó a esa casa, si eran novios y le dijo que iban a ir a Tlaxcala a una fiesta, por eso se subió muy despreocupada a la camioneta, por eso se tomó un tequila o mezcal con refresco y después ya no sentía el cuerpo, estaba mareada, como lenta, ida, le pesaba todo, no podía moverse y le ganaba el sueño, y entre sueños recuerda hasta que despertó en el cuarto de un hotel, pero en otro lado, no era Huamantla, tampoco Tlaxcala, estaba en calzones y le dolían las nalgas, los pechos, tenía un poquito de sangre pegada en la pierna y le costaba trabajo levantarse.

No soy tonta, Lucero, tengo primas más grandes que yo y ellas me contaban cosas, lo entendí luego luego, sé cómo es esto; antes de que me sacara de la casa ya llevaba como un mes o dos con Israel y nos habíamos fajado un montón de veces y nos acostamos, no me acuerdo, como unas ocho o diez, yo ya sabía lo que me había pasado esa vez que desperté ahí y quería reclamarle, arañarlo y golpearlo porque me lo hizo dormida y algo me decía que no me lo hizo él nada más. También quise reclamarle y pegarle, pero él me pegó primero. Me empujó, me pateó, me dio muy fuerte en la cabeza y me salió un chipote, pero no me la rompió; me insultó, me dijo que se había gastado mucho en mí porque me pagaba las salidas y me compró unas cosas que no le pedí, un teléfono y ropa, y yo tenía que pagárselo, ya no éramos novios para que se hiciera cargo de mí, ahora yo trabajaba para él. Ahí estuve encerrada y luego aquí, en otro baño, pero solo un día, porque al siguiente entró un hombre, uno gordo, feo, uno prieto de esos que te dan asco porque apestan a sudor, mugre, a borracho, y entre Isra y él me llevaron a otro cuarto, uno de los de arriba, y ya para qué te cuento. Después llegaste tú, yo me quedé en uno de esos cuartos y, a ver, cuatro, cinco, creo que cinco sin contar a Isra, ya estuve con cinco en el hotel que te había dicho primero y en esta casa con más y no sé si con eso le pago lo que dice que gastó en mí, pero se me hace que no, Lucero, se me hace que todavía me falta un buen rato o hasta que él quiera para seguir pagándole o que se le quite el coraje de alguna cosa que piense que le hice y no me acuerdo. Le tengo miedo porque es muy

fuerte, cuando empieza a pegarte no se cansa, sigue y sigue; le tengo miedo y mucho odio.

Era muy de noche y el cuarto parecía una cueva de tan oscuro, aunque entraba un poquito de luz por debajo de la puerta. Solo veía a medias la nariz de Nadia, un poco la sudadera cuando se acomodaba la cobija, y eso era todo. Después de que me contó se quedó callada así de repente, no le pregunté más porque me dolía el estómago solo de escucharla y ya sabía qué me iba a decir, no quería oírlo o si me lo decía se iba a poner a llorar, yo me hubiera puesto a llorar, yo lloraba recordando cosas feas, cuando en casa de mi tía me preguntaban qué había pasado con mi papá y con mi hermano, quién comenzó, qué hice para que se pelearan si el que me agarró fue otro. Estuvimos un ratito en silencio viendo cada una quién sabe qué en la oscuridad del cuarto hasta que alguien abrió la puerta muy rápido y aventó una bolsa grande, nuestra comida. Como pudimos nos abalanzamos sobre la bolsa, tenía dos cocas de medio litro, cuatro panes dulces y dos tortas de jamón muy grandes que nos tragamos completas sin decir nada; luego guardamos lo que quedó de las cocas, yo solo le di un traguito a la mía porque después iba a tener sed, y dejamos los panes para más tarde o para el día siguiente.

Sentí que Nadia se había quedado dormida porque apoyó su cabeza en mi hombro y cada vez le pesaba más, la acomodé mejor y le dejé dos cobijas. Comencé a tratar de sacar cuentas de cuánto le debía a Beto, a mí no me había comprado celulares o ropa, bueno, yo me compré unas cosas con lo que me dejaba cada vez que se iba, habrán sido cuatro mil pesos, a lo mucho cinco, ¿o seis?, no me acuerdo, a lo mejor me cobraba el dinero que tenía guardado pensando que se lo había agarrado, pero él me sacó de casa de mi mamá porque quiso, porque nos hicimos novios y él me lo ofreció. Por más que quería calcular no me daban los números, ¿en cuánto tiempo se pagan seis mil pesos?, ¿cuándo me iba a decir que cortábamos porque prefería a Nancy y mejor yo me largara a mi casa? Que de una vez se deshiciera de mí, no te conozco y yo tampoco, en lugar de encerrarme solo por venganza. Nadia seguía dormida, pero casi casi podía verla levantarse de su pedazo de colchón y decirme muy seria: Nunca te irás a tu casa, ahora trabajamos para pagar las deudas con Isra y Beto y ni tu mamá ni mi familia van a venir por nosotras.

Me desperté porque Nadia se movía mucho, creo que estaba teniendo una pesadilla y por eso medio brincaba. Abrí los ojos y me cambié de

colchón, pero ya no pude volver a dormir, la luz entraba al cuartito por la ventana y ya debía ser mediodía, aunque seguía haciendo frío. Me envolví en la cobija y me acomodé en el suelo debajo de la puerta, necesitaba tratar de escuchar lo que sucedía, quería identificar voces, la de Nancy y Beto, si es que seguían ahí, la de Isra, las de otras chavas, la de cualquiera que nos pudiera sacar. No podía con tanta hambre. No recuerdo que antes fuera así de hambrienta, de hecho, casi no comía, con una comida al día me daba y sobraba, pero desde que llegué a esta casa y luego de que estuve sin alimentarme quién sabe cuánto y volví a comer una torta y una coca, el hambre se quedó en mí para siempre, el hueco en el estómago crecía, también el miedo.

Abrieron la puerta, era Isra. Detrás de él había otro hombre, un señor gordo al que no había visto antes, pero me imaginé que era del que hablaba Nadia, quise asomarme un poco más para ver cualquier cosa afuera del cuarto, a Beto, a Nancy, y no pude, el otro tapaba el pedacito que quedaba libre. Te toca baño, bella durmiente, dijo Isra. Entró y jaló a Nadia del brazo, a ella se le alborotó más el cabello por los jaloneos, yo no pude moverme, estaba paralizada en mi cama mientras el otro me veía como diciéndome que si se me ocurría tratar de salir me iba a pegar. No tardaron ni un minuto, no pude ver la cara de Nadia mientras se la llevaban ni hacerle señas con los ojos, como me enseñó mi mamá cuando era niña, a hablar con los ojos, para pedirle perdón por haber dejado que se la llevaran.

La voz de Dolores

En la escuela de Nancy todo seguía igual. Había pasado casi un mes desde su desaparición. Antonio y yo pegamos los volantes con su foto en la barda y en cuanto los pusimos, un intendente salió a pedirnos que los quitáramos, eran órdenes de la directora. Nadie podía poner algo que alterara a los alumnos. ¿Órdenes?, quise reírme, no sé si por nervios o coraje, ¿cómo que órdenes? Antonio lo reconoció al momento, había sacado unos electrodomésticos a crédito en la mueblería, lo saludó por su nombre, el otro le devolvió el saludo y por eso nos explicó mejor, con pena: La directora no quiere que los demás papás sepan que una niña de aquí se perdió, va a quedar mal con ellos si otra vez le echan encima el asunto, mejor péguenlos en el parque, ahí se juntan los muchachos a la salida, o en el paradero de las combis. ¿Otra vez?, ¿qué significa que otra vez el mismo asunto?, ¿ella está aquí, ese es su coche? Sí está, pero no los va a atender, no se echen un coraje encima. Mire, don Antonio, haga de cuenta que no le dije porque aquí casi nadie habla, pero todo mundo oye, aquí hay orejas arriba y abajo, detrás de uno, pues, y ya casi me jubilo, no quiero que me pongan trabas, pero se lo digo de buena gente, su niña no es la primera que se va o a la que se roban, hace como un año se perdió una de segundo saliendo de clases, un viernes, creo, y mesecitos antes de esa ya se habían llevado a otra un poco más chica, igual vinieron los papás de las dos a preguntar, pero aquí nadie ve y nadie sabe. Todo mundo dice que las muchachas se van de sus casas porque sus papás les pegan, andan con el novio, luego avisan que están en el Distrito Federal o en el norte, yo, la verdad, no me trago esa parte, se llevan a las de la secundaria y, créame, esto es cierto porque lo he visto, pero se llevan más a las de la prepa. No se molesten con lo que voy a hacer, pero mejor de una vez por si las moscas, que tienen ocho pares de ojos aquí en la escuela, así todos nos lavamos las manos en santa paz.

El intendente arrancó las hojas que acabábamos de pegar, nos dio

las enteras y las medio rotas las echó a un costal que llevaba en la mano. Antonio y yo entendimos. Me subí al coche y, antes de que él se subiera, el intendente le dio la mano: Si sé de algo, le digo aquí muy por debajo, pero no le aseguro nada, solo no se moleste si oye que los chamacos dicen que la niña se fue porque la trataban mal, siempre dicen lo mismo porque lo oyen de las maestras, de la directora, de la junta de padres. Ellos no meten las manos hasta que les pasa, pero ustedes sigan buscando.

Respiré hondo y contuve la rabia. Pasamos por el parque y volvimos a pegar hojas porque las que dejamos la primera semana ya habían sido arrancadas, a otras les pintaron barba y bigote, unas quedaron sepultadas por ofertas de empleo y varias se deslavarón cuando les cayó la lluvia. La Nancy de las fotos nos miraba seria, eran ideas mías o la sentía triste, suplicante, no lo sé, pero me vino a la mente que tenía los ojos muertos en esas fotos e hice lo posible por sacudirme esa idea, por quitarme de encima la palabra muerte. Me vi en el espejo retrovisor: la cara deslavada, las ojeras marcadas, los surcos más notorios alrededor de la boca, la arruga en el ceño siempre fruncido; en un mes mi rostro y mi cuerpo cambiaron, la complexión de Antonio también. La ausencia de Nancy era la ausencia de tranquilidad en nuestros cuerpos, una huella que se hacía más profunda con cada día que pasábamos sin saber de ella. Hablaba poco con mi familia, la de Antonio ya se había enterado y no era de mucha ayuda, pero la mía no dejaba de sorprenderme. Una de mis hermanas me dijo de una señora que hacía trabajos, si le llevaba una foto y prendas de Nancy, podría decirme cómo se le revelaba, con quién estaba, qué quería. Me reí otra vez. Ahora tenía risa involuntaria de coraje: Mi hija no está muerta, le dije, y mi hermana respondió que no fuera tonta, la señora no contactaba a los muertos, ella leía la suerte y el camino de los vivos, lo que la energía de Nancy le manifestara, si se dejaba rastrear tendríamos una pista que la policía no nos había dado; ninguna ayuda estaba de más. De repente dio el cambio a sus otras creencias, ella y sus amigas catequistas estaban preocupadas y rezaban un rosario cada tercer día porque la ayuda celestial también cuenta.

La ayuda celestial, repetí después de colgarle, la ayuda celestial no existía y la ayuda de los hombres en la policía estaba negada porque la denuncia no había pasado a la capital del estado y no podían o no querían rastrear de dónde vino un mensaje. Si la señora leía las cartas, olía la ropa o se comunicaba telepáticamente con ella eso no me importaba, no íbamos a alimentar charlatanerías, aunque cerraba

los ojos y me tentaba la idea de ir con una bruja, maga o adivina porque después de un mes desaparecida cualquier alternativa podía hacer que me regresara la esperanza. Pero Antonio era la parte práctica de nosotros, lloraba poco, siempre estaba serio y entre los dos habían disminuido los gestos de cariño. Mi cuerpo no reaccionaba al suyo ni el de él al mío, nuestras energías se concentraban en la búsqueda por todo el pueblo, una vez a la semana a las afueras de Apizaco, los dos en el coche pegando carteles por todas partes. Antonio llevó un identificador de llamadas y lo conectamos al teléfono de la casa, por si alguien pedía rescate. Sabíamos que estaba de más conocer el número, podían llamar desde otro lado o de un teléfono público, pero si veíamos la lada y la anotábamos, al menos cerraríamos un poco más nuestras opciones de búsqueda.

Entré tantas veces al cuarto de Nancy a revisar sus cosas que dejé de acordarme qué había ahí. Vi sus revistas apiladas a un lado de la mesita donde hacía su tarea y me acordé de cuando estaba en sexto y dijo que quería entrar a un club de fans de un artista y la inscripción se hacía por correo, después las fans se enviaban cartas entre sí, recortes, dibujos, páginas de otras revistas. Se entusiasmó con la idea, la inscribí, pero nunca recibió nada. Ahora yo quería encontrar esos datos, quizá sí las recibió y tuvo amigas fuera de Tlaxcala, pero nunca nos lo dijo. Había tanto que suponía de ella y tan poco que podía comprobar, y las dudas que no me dejaban dormir: sigue viva, se fue, se la llevaron, con quién hablaba por mensajes, quién tiene su teléfono, cuándo nos van a dar señales.

Lo de las llamadas por rescate también fue un tema. Antonio y yo necesitábamos saber más, despegar los ojos de las noticias de la televisión y los periódicos, cerrar los oídos a lo que dijeran nuestras familias, por eso comimos con un amigo suyo al que le habían secuestrado al hijo menor en Puebla, a la salida de la escuela:

Los secuestradores se comunicaron dos semanas después, cuando mi esposa y yo, más bien todos, estábamos tan desesperados que hubiéramos hecho cualquier cosa para traerlo de vuelta. Al principio sabe Dios que fuimos muy cuidadosos, actuamos como todo mundo te dice, con cautela, de la mano de la policía después de levantar el reporte, pero luego nos desesperamos porque no aparecía, dijo el día que nos vimos, y quién no, si tu hijo no llega a la casa ese día, ni al siguiente, ni después y te imaginas lo peor, pero yo creo que lo peor fue cuando llamaron y nos lo pusieron en la bocina para que no nos quedara duda de que se trataba de un negocio. Era él, era su vocecita, no había equivocación, papá, sáquenme de aquí, por favor,

ayuda, papá, mamá. Hasta se me eriza la piel de acordarme, me duele el pecho, se me cierra la garganta de recordar su voz del otro lado del teléfono. Papá, mamá, vengan por mí, y ya, fue todo, y hasta ese momento nosotros pensábamos que la peor parte había sido días antes cuando nos llamaron de broma y casi caemos a la primera llamada de extorsión porque, desesperados, después de levantar el reporte por desaparición, le hicimos caso a un familiar y ofrecimos públicamente una recompensa a quien tuviera datos, así, recompensa, en letrotas y nos llamaban por teléfono para decir yo lo vi, yo me lo encontré, yo sé dónde lo tienen. Al principio no caímos, pero una vez estuvimos a punto porque todo coincidía, hasta quedamos de ver a los supuestos captores. Me acuerdo que llevaba una mochila Samsonite negra que fue la que me pidieron. Ahí metí el dinero, treinta mil pesos, eso costaba la libertad de mi hijo, y ya me iba de madrugada al punto de encuentro cuando llegó mi compadre con una mochila igualita y me dijo aguas, primero esta de mentiras con cinco mil, que se los queden si es broma, y si no, ya luego de que lo recojamos les aventamos la otra para que no haya rencores, hasta van a salir ganando. Eso hicimos, nos fuimos en dos vehículos, yo adelante, solo, como me lo pidieron, y mi compadre cerca, con el bípé del trabajo, nada más iba a esperar que yo le mandara un bip y listo, lo recogeríamos, pero dieron las doce, las doce y media, la una, la una y media y las dos y ellos no llegaron. La carretera estaba desierta, nadie pasaba por el cruce de caminos y nos regresamos a la casa, falsa alarma, sin mi hijo, con dos maletas con dinero, fue una broma, algún desalmado se quedó cerca riéndose de nosotros, se ha de haber reído tanto que ni se acercó a recoger la maleta con dinero que dejamos ahí cerquita y con la misma volvimos a echarla al carro. Esa fue la noche de la peor llamada de broma, de chiste, de burla, hasta que luego de un rato, unos veinte días, volvieron a llamar y ahora sí, el terror a todo lo que da, las ganas de vomitar de miedo y coraje cuando escuché la voz de mi hijo, y no se me va a olvidar, sabe Dios que eso no se olvida y hasta que me muera me voy a acordar de cómo me decía papá, ven por mí, ven por mí, y estos, que sí eran los que lo tenían y habían llamado la vez pasada, pedían más. Nos pidieron trescientos cincuenta mil pesos por mi hijo. Era dinero que yo no tenía, pero tuve que reunir a la fuerza en cinco días, dinero que me prestaron familiares, que pedí en el banco, que salió de vender el carro de mi esposa a un coyote, de rogarle a un agiotista y de mil en mil hasta que se juntó, pero hasta da risa, bueno, ahora me da risa, risa de la mala, de la que duele, ese fue el precio que le pusieron a mi

hijo. Si no lo juntaba no se cerraba el trato, querían los trescientos cincuenta en billetes chicos que no entraban en las dos mochilas Samsonite y por eso tuvimos que usar los últimos quinientos de lo prestado en una maleta grande, impermeable porque nos pidieron que echáramos la maleta a un riachuelo, nos subiéramos al carro y avanzáramos cinco kilómetros por un camino de terracería, ahí iba a estar mi chamaco esperando, pero aguas con decirle a la policía, que ellos no iban a andar con chingaderas, si no, se iban a echar a mi esposa y a mi hija, ya sabían todo de ellas, a qué hora iban a dónde y cómo. Y yo obedecí, apunté sus indicaciones y ya me había hecho a la idea de seguir las al pie de la letra cuando un familiar de mi esposa me dijo que cómo así, que mejor le avisara a la policía, que no me dejara extorsionar ni les diera un peso, si la policía estaba investigando y sabían cómo hacerle con los secuestros, ellos iban a rescatar a mi chamaco y hasta se iban a echar a los secuestradores para que no repitieran. Algo dentro de mí me decía que ni madres, que los obedeciera porque ellos tenían a mi hijo y de mí dependía que lo soltaran, pero tanto insistió la familia que accedí, hablé con un oficial y le conté todo, le dije los detalles, cuánto, cómo, dónde, él nada más estaba atento, ajá, sí, ajá, fue lo que dijo, que ya se imaginaba quiénes eran y nuestro caso iba a ayudar a atraparlos, pero que yo no me preocupara porque mi hijo regresaría sano, que no cediera a la extorsión, ellos tenían experiencia en rescates y todo iba a estar bien. Y me acuerdo que mi compadre y yo salimos medio asustados de la procu, nos pareció muy sencillo ir y acusar a los extorsionadores, pero como nos garantizaron la seguridad de mi hijo, y se movían con la policía federal, pues bien, ¿no? Les creímos y seguimos el plan, todo normal. Preparamos la maleta para el día siguiente, mi esposa estaba rece y rece, mi compadre y yo, ah, no lo había mencionado, pero mi compadre es mi primo, creció en mi casa, es más como mi hermano y bautizó a mi hijo, a él también le pesó cuando lo levantaron, bueno, pues mi compadre y yo fuimos a la hora que nos dijeron, en el mismo vehículo, con la maleta, sin armas, sin celulares porque yo tenía uno por si acaso, pero ese nunca sonó, más bien llamaban al número de la casa, pues nos fuimos como nos dijeron. Estábamos fume y fume de los nervios, matando moscos con el humo y matando el tiempo. Esperábamos que dieran las doce para tomar el camino de terracería, así le hicimos. Llegamos a un cruce, había una valla, cruzamos, vimos el riachuelo, así chiquito pero bravo el riachuelo porque había llovido, y justo después un tronco en forma de ye, ahí echamos la maleta, no volteamos a ver si corría con el agua

o si había alguien esperando, no lo hicimos, nos dimos media vuelta y a contrarreloj, me acuerdo que tardamos dos, tres minutos, a contrarreloj nos metimos a la camioneta de mi compadre porque fuimos en esa que es todo terreno, nos metimos y rápido, al otro cruce de caminos, el que nos indicaron. Me acuerdo que en las instrucciones habían dicho que mi chamaco nos esperaría a un lado de un poste pintado de blanco con una llanta negra como anuncio de vulcanizadora, ellos lo iban a dejar ahí mientras nosotros aventábamos la maleta, y sí, fueron cinco minutos entre que echamos la maleta al agua y llegamos a la llanta, pero cuando íbamos a llegar y bajamos las luces de la camioneta como ellos nos dijeron, mi chamaco no estaba, nosotros pensamos que no había llegado, que no les dio tiempo, que hicimos todo muy rápido y como no querían que los viéramos o identificáramos el vehículo, y la verdad es que si yo veía el vehículo, sabe Dios que no iba a denunciarlos ni a pedirles el dinero de regreso, yo solo quería a mi hijo, verlos o ver el vehículo me daba igual si ni armados estábamos, nosotros teníamos las de perder. El caso es que mi hijo no estaba, no llegaba caminando, no lo vimos a los alrededores, y pasó un rato, un minuto, dos, tres, quién sabe, mi compadre dice que fue mucho más y yo no me acuerdo. El tiempo se me hizo eterno o lo contrario, me corrió de arriba abajo sin que me diera cuenta, pero pasó el tiempo y mi hijo no llegaba y mi compadre me dijo vamos a movernos, hay que buscar por aquí con las luces bajas, a lo mejor lo bajaron y el chamaco se perdió, a lo mejor tiene los ojos vendados o le amarraron las manos, y yo, no, espera, va a llegar, mi hijo va a llegar, estaba como zombi, angustiado, me temblaba todo, me moría de frío porque era de madrugada y estábamos al pie de la sierra, pero a la vez sentía un calor en el estómago, en la espalda. Todo el cuerpo me ardía y estaba frío, yo sé que también tenía el cuerpo helado, y me acuerdo que le decía a mi compadre no, no, no me voy cuando así negando con la cabeza eché la mirada al suelo y vi una cosa que me llamó la atención, de repente como que me deslumbró porque en la tierra no había nada, ni pasto, era tierra del camino nada más, pues vi la cosa esta y me acerqué, algo dentro de mí me decía que me acercara. Me agaché y vi que era una cartulina, pero limpia, nueva, blanca, por eso brilló en la noche. Era una cartulina doblada así como del tamaño de mi palma, como papel estraza cuando compras clavos, pues estaba doblada y más me agaché y de repente, pum, que se oye un balazo a lo lejos, pero muy a lo lejos. Mi compadre y yo nos echamos al suelo, dijimos estos ya vienen a quebrarnos, nos van a quebrar, aquí vamos a quedar, y sabe

Dios que yo nada más pensaba en mi hijo, en su voz y nos quedamos echados en el suelo otro rato. De ahí mi compadre me sacó del trance, me dijo que a lo mejor era un cohete, pero no, yo lo que oí fue un balazo y antes de ponerme de pie levanté el envoltorio, porque eso era la cartulina, un envoltorio. Y entonces me acuerdo, me acuerdo que sentí lo que no le deseo a nadie, cómo ese calor de mi cuerpo en medio del frío se convirtió en otra cosa, en terror, en asco, fue inexplicable. Vomité y casi pierdo el sentido, mi compadre me agarró y creo que le pasó lo mismo, en el envoltorio había un dedo, yo conocía ese dedo, el dedo pulgar, tenía un lunarcito chiquito, chiquitito a un lado de la uña, y el envoltorio decía ahora por puto esto es lo único que vas a tener de tu hijo, nada más eso, y grité, ya sin fuerza en el cuerpo grité y lloré y los dos lloramos porque mi hijo también era casi hijo de mi primo que casi era mi hermano, y quise pegarle al suelo, arrastrarme, rogar que me lo devolvieran, que si alguien me estaba escuchando que me lo devolvieran. Sabe Dios que ya no me quedaba nada, solo las ganas de abrazar a mi hijo y llevármelo a la casa, pero nada de eso, ni fuerza ni voz, nada. Y nos subimos a la camioneta. Me acuerdo que yo iba llorando, gritaba, y mi primo, mi compadre manejaba despacito, igual aguantándose las lágrimas y anduvimos unas horas por ahí sin rumbo, despacio, buscando a mi hijo, con la esperanza de encontrarlo, pero no lo encontramos y, aunque yo quería seguir buscando, cuando salió el sol nos regresamos a la casa, sin mi hijo. Y luego los gritos de mi mujer también ahí, pero yo ya no la escuchaba, no oía, ni siquiera sentía los pies y hay cosas que no recuerdo de tan ido que estaba. No recuerdo que después hubo una búsqueda por si lo habían abandonado cerca, ahora decían que había que encontrar el cuerpo y hablaban de mi hijo como en tiempo pasado, pero a mi hijo se lo llevaron y la verdad no nos consta que lo hayan matado, no nos consta nada. Y nunca se me va a olvidar su papá, papá, por favor, papi, dijo también, que era como me decía cuando estaba chico y ya luego le daba pena decirme papi, pero a mí no se me olvida cómo sonaba ese papi, esa vocecita de mi chamaco. Y si les digo todo esto no es para que se sientan peor, porque yo ya sé lo que se siente, sabe Dios que lo sé, que ya estuve en su lugar un mes y días y ahora estoy en otro lado. Mi esposa dice que ahora estamos en el infierno, pero sabe Dios que conozco su angustia y su desesperación y no les cuento esto para meterles miedo, eso ustedes lo conocen de sobra, ¿no?, se los digo solo para advertirles que no confíen en nadie, si quieren que su hija regrese o se las regresen, no confíen en ningún policía, búsqüenla ustedes. No confíen en llamadas,

no confíen en parientes, pero no dejen de buscarla ni un solo día, no la arriesguen ni bajen la guardia, porque sabe Dios que el que busca, encuentra, sin importar que deba andar entre lodo y remover piedras.

Nosotros no tuvimos llamadas de extorsión, no ofrecimos recompensa y el único teléfono que aparecía en las hojas de búsqueda era el de la policía. A la casa solo nos marcaban parientes o personas de mucha confianza, por eso casi nunca sonaba. Antonio y yo manteníamos con carga los celulares, esperábamos cualquier otro mensaje de Nancy. Yo le marcaba varias veces al día, pero siempre salía la misma grabación. Íbamos a la policía una vez por semana a preguntar si había avances, nunca nos decían nada nuevo; pensábamos que después del primer mes, porque se estaba acabando el segundo, habíamos fastidiado a las secretarías, a los policías y al abogado de guardia, aunque pronto nos dimos cuenta de que no, su trato simplemente era así. También coincidíamos con mucha gente en las mismas visitas, incluso los ubicábamos de rostro porque iban diario. Entendí que ir a preguntar por un caso era lo de siempre, una rutina para muchas personas con una carpeta de investigación abierta, no faltaban durante los días hábiles, se preguntaban entre ellos cosas cotidianas, no solo del caso y los abogados, quienes los tenían, sino de sus familias, del día a día, el desayuno que podrían compartir mientras esperaran afuera. Pero los que iban menos eran familiares de desaparecidos. En las visitas rutinarias que Antonio y yo tratábamos de hacer juntos, en el peor de los casos iba él o solo iba yo, vimos a un padre dos veces, eran las mamás las que preguntaban cada semana si había avances, mamás con otros hijos, nietos o sobrinos a su cuidado, pero mamás siempre.

Una señora nos dijo que esas mamás preguntaban en el Ministerio Público, aunque cada vez iban con menos frecuencia, hacían la búsqueda por su cuenta, como Antonio y yo. A las otras mamás buscadoras de Huamantla las conocí por la subdirectora de mi kínder. En la oficina de la policía nadie me dijo nada, ni siquiera sabían de ellas, era como si lo que sucediera lejos de ese módulo fuese invisible. Por eso un día, después de entregar al último niño del kínder, porque habíamos redoblado la vigilancia de los niños y no dejábamos que ninguno saliera solo de la escuela, aunque viviera enfrente, la maestra se me acercó y me preguntó en voz baja si ya había noticias de Nancy. Todavía nada. Me preguntó si al día siguiente tenía la tarde libre y le dije que sí, Antonio y yo hacíamos lo mismo todas las tardes,

a veces juntos o solo alguno, entonces la maestra y yo acordamos ir a Huamantla, no sería ni media hora de camino, en un rato ella le llamaría por teléfono a su contacto para avisarle que íbamos.

Esa era una posibilidad de búsqueda más alentadora que la que llevaba con la policía, donde lo único concreto había sido el reporte; la familia de Antonio colaboraba un poco repartiendo carteles y anuncios, preguntando entre conocidos de Tlaxcala si alguien tenía información; la mía obstruía. Mi madre y una de mis hermanas me propusieron dejar de decir que Nancy había desaparecido y cambiarlo por que se fue, pero de todos modos la buscábamos. Otros papás no te van a querer confiar a sus hijos, dijo mi madre por teléfono, las muchachas a veces son así, mejor preocúpate por lo que le vas a decir cuando regrese, y con qué vaya a regresar. Tuve una infancia en la que me repitieron incansablemente, como canción de cuna, que a nosotras siempre nos va mal porque damos el cuerpo y todo el cariño que tenemos y recibimos a medias, estamos para cuidar porque nadie nos cuida, somos desechables y si nos vamos con uno que promete el cielo en la tierra, en un año regresamos porque nos cambiaron por otra, y así se acumulan los hijos, casi por estaciones. Tal vez por eso hice vida con Antonio sin que ellos, más bien ellas, opinaran. Solo quise tener una hija a la que cuidé a mi manera y ahora ella, por decisión o mala suerte, estaba del lado de los que se van con el cariño a medias.

Huamantla y Apizaco están separados por poco más de veinte kilómetros, fue media hora entre el kínder y un fraccionamiento de casitas de interés social en una avenida poco transitada, donde la subdirectora dijo que ya nos estaban esperando. El corazón me latía fuerte, quería reconocer en otras la necesidad de búsqueda, que Antonio y yo no estábamos locos y que mi hija no se fue porque quisiera; a dos meses de la última vez que la vimos yo no me hacía a la idea de que nos hubiera abandonado, y mientras unos me decían que me relajara porque iba a volver si le interesaba ver a sus papás, yo seguía aferrada a llegar hasta ella. Recordaba el miedo que tuve cuando era niña y decían que a las colonias de las afueras de Tlaxcala llegaban los robachicos, que alguien los había visto y tuviéramos cuidado porque no tardarían en meterse al Centro y fijarse en los niños que iban solos, principalmente en las niñas. Ese miedo fue desapareciendo poco a poco cuando crecí, pero regresó con más fuerza el día que nació Nancy y la vi tan pequeña, indefensa, tan mía y a la vez no. Mientras ella crecía quise hacerme a la idea de que estaría un poco más a salvo con la adultez, pero no fue así, nunca se

está a salvo.

Huamantla era un poco más grande que Apizaco, pero me gustaba menos como para vivir ahí e ir al kínder todos los días. Mientras avanzábamos por las calles del pueblo pensaba que si nos hubiéramos mudado ahí, si hubiera hecho esto, como no irnos nunca de Tlaxcala, o aquello, como obligar a Nancy a que se quedara con alguno de los dos después de la escuela, nuestra suerte sería distinta, pero después de desaparecida mis hubiera se reducían al voy, tengo, debo, porque a una no le queda más que levantarse, salir, buscar.

Habla Lucero

Hoy te toca baño. Isra abrió la puerta cuando comenzaba a quedarme dormida, tal vez era de tarde porque entraba tantita luz un poco roja o naranja, se veía naranja en la pared, ya no oía a los pájaros y el hambre me había obligado a comerme todos los panes y tomarme lo que quedaba de la coca de un jalón. Sal a bañarte, que has de oler a circo, me dijo riéndose. Dejé los tenis ahí, no los aguantaba porque me quedaban muy chicos, prefería estar descalza, aunque se me enfriara todo el cuerpo. Me levanté rápido y me dio un mareo, me senté de golpe, me volví a levantar y las piernas me temblaban; aunque caminaba un poco dentro del cuartito, llevaba varios días sin dar pasos largos, las piernas me hormigueaban y ahora que las estiraba mejor, ya no me respondían. Guácala, te digo que hueles como a jaula, así no te van a llevar ni aunque nosotros paguemos. ¿A dónde me van a llevar, dónde están Beto y Nancy, dónde está Nadia?, pregunté, pero luego luego me dio miedo que Isra me reventara la mejilla de un bofetón, como Beto. Métete a bañar, cochina, y no andes de chismosa, a ustedes no se les puede dar tantita confianza porque rápido la arman de pedo, les encantan los problemas. ¡Órale!, ¡a bañarse!

Fuimos al baño donde estuve encerrada, ahí quedó el mismo trozo de jabón seco, ahora también había un frasquito de champú en el lavabo. Sécate con esto y ponte esta ropa, que la que traes ya ha de tener chinches, dijo Isra y cerró la puerta detrás de mí. El agua estaba helada, pero no me importó, luego de unos segundos o un minuto, no sé cuánto tiempo tarda el frío en dejar de hacer efecto en el cuerpo, después hasta la sentía rica, igual el jabón y más el champú. Cerré los ojos debajo del agua helada y cuando me dejó de salir espuma de la cabeza, salí de la pileta y me sequé con la ropa sucia. La muda que me llevó Isra era pequeña, el pantalón apenas de brinca charcos y la blusa la traía de ombliguera. Me acuerdo que de chica mi mamá me decía que los calzones no se prestan porque ahí se queda el alma de

una. A mí eso ya no me importaba, esos calzones estaban limpios y no me iba a poner a averiguar si eran nuevos o alguien los dejó.

Apenas me estaba cerrando los pantalones cuando Isra abrió la puerta. Apúrate, que esto no es hotel, deja eso ahí. No hacía falta que me llevara a empujones, eso él lo sabía, creo que como un perro podía oler mi miedo, yo iba a caminar solita, iba a meterme donde me dijera y hacer lo que me ordenara porque me daba miedo y me dio mucho más cuando le vi el bulto en el cinturón, pero volteé la mirada y me hice tonta como si no supiera reconocer que entre la chamarra y la camisa eso que se veía que era un arma, como si yo no hubiera visto otras así, en los cinturones de algunos hombres. Nos topamos al gordo feo que cuidaba la puerta, se me quedó viendo igual que la vez pasada, cuando nos vio a Nadia y a mí en el cuartito. ¿Y esta grandota qué, ya se va para arriba recién bañada?, mira cómo cambian, dichoso el que llegue, dijo. Todavía no, se regresa a la cueva, pero cuando haga falta va a tener que subir, yo ahorita no me meto en eso, será lo que diga Beto, respondió Isra. El Gordo se rio. Uy, nomás no sean ojetes y acuérdense de los compas.

Volví a sentir escalofríos y miré al suelo, no podía decir nada. Isra me encerró y me di cuenta de que el cuarto olía diferente, era un olor fuerte y rico, rápido lo identifiqué y se me han de haber iluminado los ojos cuando vi la bolsa ahí en el suelo. Me echaron un pedazo de pollo asado con tortillas y arroz. Se me salía la baba del antojo, lo devoré, me chupé la grasa de los dedos, lloré mientras lamía el hueso de la pierna y embarraba la tortilla con la salsa que venía en una bolsita. Estaba frío, pero no me importaba, el hueco del estómago que solo crecía y crecía lo necesitaba y yo también, porque mientras me lo comía me acordaba de mi hermano, de mi mamá y mi papá cuando yo era niña y nada malo nos había pasado, cuando íbamos a un parque cerca de la casa y comprábamos pollo para comérmolo ahí y entre mi hermano y yo jugábamos a los encantados y tú las traes, hacía como diez, doce años, y lloré más porque desde que estaba en el kínder al que mi hermano pasaba todos los días por mí, en esa época que más bien parecía un sueño, yo no había vuelto a comer un pollo así, y lloré de tristeza, de felicidad y recuerdo.

Luego comenzó a costarme trabajo sacar cuentas del tiempo que llevaba ahí. Comía una vez al día y, aunque no hacía nada más que estar encerrada en el cuartito, entumirme las piernas, comer, dormir y pensar, todo el tiempo tenía hambre porque el hueco en el estómago

se tragaba mis órganos y la piel, a pesar de eso enflaqué. Respiraba profundo y sentía mis costillas, todas, los huesos de la cadera, las rodillas. Muy rápido la ropa con la que llegué empezó a quedarme grande. De la cara no sé cómo me veía, no tenía espejo para darme cuenta, pero yo creo que más flaca. Nadia no volvió al cuarto hasta unos días después, una mañana. No dijo nada, entró, se acostó en la cama de debajo de la litera y se hizo bolita. Pensé un rato en ir con ella, nos habrían cambiado las cobijas y las nuevas eran más gruesas, si tenía frío podíamos taparnos con dos; eso hice y me acurruqué a su lado, se quedó dormida en un ratito, horas y horas. Habló hasta que se hizo de noche.

Si quieres noticias, te traigo algunas. Beto y Nancy no están en la casa, quién sabe a dónde fueron, oí que los dos habían salido y la verdad ya no sé si regresen o si ella regrese aquí, a lo mejor ya está en su casa y nosotras no nos vamos a ir, si es secuestro, se ve que por ella sí van a pagar el rescate, pero no es un secuestro como los de la tele, aquí trabajamos y nadie nos rescata. Cuando lo dijo me sentí culpable por Nancy, si le pegaban y le hacían todo lo que Nadia me había contado entonces yo tenía la culpa de que hubiera conocido a Beto porque ella llegó a él por mí, porque desde el principio no le dije que se largara, no la corrí como a una perra callejera, yo solo dejé que se les acercara más y más a Beto y los de las motos. Rápido le cambié el tema, preferí que Nadia me contara cómo era la casa, porque cada vez que yo salía, un día sí y otro no, para bañarme, parecía diferente. Ya te dije cómo es, estamos en medio del monte, pero la casa tiene cuartos aquí abajo, este donde estamos, creo que otro, ahí han de estar Isra y el gordo feo en el día, aunque también los veo entrar a dormir a los de arriba, hay una cocina del otro lado de la salita, no sé si la has visto. Donde estuviste encerrada cuando llegaste y ahora nos bañamos es el baño chico porque hay uno más grande que no se ve tan feo, creo que es el de las visitas. Arriba hay más cuartos y un baño especial, tiene una tina, una vez lo vi porque la puerta estaba abierta, pero siempre lo tienen cerrado. También hay una puertita de metal, creo que esa da al techo. Ah, y te apuesto a que no te has fijado en las cámaras, no, ¿verdad? Sí, cámaras como las de los bancos, aquí no hay porque este cuarto no sirve para nada, aquí solo entramos nosotras, se me hace que es la cueva del castigo, me dan ganas de decirle así, aunque más castigo es arriba. Bueno, te decía que en los cuartos de arriba hay cámaras con una lucecita roja, son como las de los bancos, ahí nos graban todo el tiempo, se prenden cuando entramos, a ellos no les da pena ni asco vernos, al

que siempre voy tiene una cámara arriba y otra en la pared, al principio me daban miedo y mucha vergüenza, pero ahora ya no, a veces hasta volteo a verlas como las cámaras me ven a mí, porque por cualquier cosa, cuando ya me saquen o me vaya, no sé lo que va a pasar, al menos que alguien sepa que estuve aquí.

Ya no quise escuchar. No dejaba de pensar en Nancy, tenía una mezcla de remordimiento y coraje porque me sentía culpable, pero algo me decía que a lo mejor yo estaba ahí por ella y no ella por mí, porque no estábamos encerradas en el mismo cuarto. No sabía a dónde se la habían llevado, si dejaron que se fuera o se escapó. Ella no me defendió, se quedó callada y en su lugar Beto me pegó y me encerró en el baño. Nadia decía que no estaba segura si vivía ahí o en otro lado, pero estaba en la casa durante el día y le constaba que comía bien, que estaba mejor que nosotras porque era la novia de Beto. Cada vez que lo mencionaba me importaba menos, a él había dejado de quererlo desde que vi la pistola debajo de la cama. Es cierto que nunca la consideré mi amiga, pero quise ayudarla para que Beto la soltara y ella no me ayudó, se había quedado quieta como si no le importara que me pegaran como a cualquier animal de la calle. En lugar de preguntarle por ellos, le pedí a Nadia que me hablara de su familia, de cómo se la pasaba en Huamantla, porque yo había vivido ahí y no me gustó, aunque prefería que ella me contara.

Pues el pueblo es feo, para qué te digo mentiras, ah, bueno, pero tú eres de Apizaco, tampoco es que te vaya mejor, y como diría mi abuela, entre pueblo y pueblo, hay niveles, a mí como que me emociona más conocer alguna ciudad. Yo solo he vivido ahí, quería irme a hacer la prepa a Tlaxcala, pero mi abuela dice que ni loca, allá está peor, es peligroso y de qué voy a vivir, con qué voy a pagar la escuela, a fuerza iba a tener que trabajar, digo, si es que salgo de aquí, si es que salimos de aquí, si salimos, ¿a dónde te quieres ir? Yo no sé si regresaría a mi casa, qué me van a decir, cómo me van a tratar, no sé si me creerán o me van a sacar a la calle con todo y mis cosas porque para ellos me fui a una fiesta sin permiso y ya no regresé, no lo sé, he pensado en eso desde que me pasó esto, y me sigue pasando, y sigo piense y piense qué voy a decirles. A lo mejor me ven entrar y se asustan como si fuera día de muertos, a lo mejor regreso después del día de muertos o para esas fechas y ya tienen mi foto en el altar, porque en la casa de mi abuela ponen uno muy grande, con papel picado, tapete y todo, la verdad es que es de los más bonitos de la colonia el que pone mi abuela. Una vez grabaron un programa de televisión en Huamantla para el día de muertos y fueron

a su casa a grabar y a tomar fotos del altar, así de bonito le queda, y la verdad es que para esas fechas el pueblo es el más bonito que te puedas imaginar. Por eso digo que si me ven entrar les va a dar un infarto, aunque ya haya pasado el día de muertos, va a ser peor que si volviera del más allá. A lo mejor para ellos ya me fui con mi novio y no voy a regresar, qué risa porque sí, Isra era mi novio, y si vuelvo será como si me apareciera en forma de fantasma.

Pensé en mi mamá, ¿habrá ido a preguntar por mí a la escuela como los papás de Nancy cuando no llegó a dormir? Ella no, pero mi hermano sí, mi hermano hubiera ido a tocar la puerta de cada casa, se habría metido a cada fiesta y preguntado en todas las tiendas de Apizaco hasta encontrarme, como cuando entraba a la primaria a buscarme por todos lados porque me quedaba jugando en los columpios del fondo, pero mi hermano ya no estaba, mi hermano se había ido hacía mucho, por mi culpa.

De repente escuchamos un ruido muy fuerte y no supimos qué era. Tardamos en darnos cuenta de que no solo era uno, sino varios sonidos, había música muy fuerte afuera, como de banda. Era la primera vez que escuchaba música desde que había llegado a la casa, también sonaba el motor de un coche, como cuando alguien acelera para las carreras, pero no se mueve de su lugar. Se repitió dos o tres veces, luego el claxon también tres, la música más fuerte, después el motor, las llantas y la música cada vez más bajito, hasta que se perdió. Vinieron por alguien o nos van a llevar, dijo Nadia, pero no lo dijo asustada, solo se tapó el cuerpo y la cabeza con la cobija como si ya nada le importara y se quedó dormida. Yo nunca sabía qué hora era exactamente, pero en el monte ya estaba oscuro, también me metí debajo de la cobija y me quedé dormida, no por mucho tiempo.

Había aprendido a tener los sentidos alerta, pero ese día no, estaba cansada, a lo mejor desnutrida, triste, me pesaban los párpados y no podía con mi propio cuerpo. Me despertó un jaloneo, era Isra, y rápido hizo que me saliera de la cama. Nadia ni siquiera se movió porque estaba más dormida que yo. Isra me sacó del cuarto a empujones, ni siquiera me dio tiempo de ponerme los zapatos o que mis ojos se acostumbraran a la luz. Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, el cuerpo se me puso duro, planté bien los pies en el suelo, no me quería mover, debía resistirme como pudiera. Ándate, pendeja, o te va a ir peor, me dijo, pero yo seguía dura, no, no, no, no, no iba a ir a los cuartos de arriba. Aunque se veía flaco, Isra era más fuerte que yo. Me dio dos cachetadas que me hicieron trastabillar, si

no vienes, te rompo la madre como a una perra. Después sentí el cuerpo ligero, subí las escaleras tropezándome con él y los escalones, y nada más tuvo que abrir la puerta de un cuarto y darme un empujón para que yo quedara en el suelo.

Recuerdo algunas cosas porque son de las que no me he podido olvidar. Hay un montón de momentos que por más que quiero desprender de mi memoria no se borran, no puedo intercambiarlos por los que se van apagando de cuando era niña y me sentía feliz, esos se desvanecen como si se desgastaran de tanto acordarme de ellos, y los que quiero olvidar se quedan. El hombre que me esperaba era un señor viejo, tenía el bigote canoso, olía a animales y sudor, como si trabajara en un rancho, me dio mucho asco su olor, me dio más asco lo que me dijo que hiciera y me dejara hacer; yo temblaba de miedo, pero solo podía cerrar los ojos y contar del uno al cien, tratando de olvidarme de todo y de mi propio nombre, cerrar los ojos hasta que se fuera e Isra regresara por mí para caminar con muy poca fuerza, bajar las escaleras sin caerme y encerrarme otra vez en el cuartito cueva.

Ya era tarde, me di cuenta porque la pared frente a la ventana todavía tenía un poco de luz naranja y si me concentraba podía escuchar algunos grillos. Nadia seguía dormida, no quise hacer ruido para no despertarla. Me dolía mucho el cuerpo, sobre todo las piernas. Aunque la segunda vez con otro no había forcejeado tanto, para qué, no valía la pena, me iría peor, ese había sido mi castigo. El ardor de las cachetadas se me pasó rápido, pero tenía un ojo medio cerrado por un golpe que me dio el gordo asqueroso antes de bajarme a la cueva. Isra solo abrió la puerta para aventarnos una bolsa, dentro había pan dulce, dos tortas, dos cocas, lo de siempre. Saqué la cabeza de debajo de la cobija, volví a meterla, no me interesaba estar despierta; no pasó ni un minuto y él volvió a asomarse. Trágate esta pastilla de una vez y la otra al rato, como dice la caja, no queremos pendejadas, ya verá Beto qué va a hacer contigo y las nuevas. Apúrate, quiero ver que te la tragues. Me temblaban las manos y no podía abrir la botella de coca, así que me la tragué con mi propia saliva. Isra me dijo que abriera la boca y sacara la lengua, hasta que vio que lo había hecho se fue. A mí me inyectan, mira, dijo Nadia, en voz bajita y mostrándome unos moretones en el brazo, yo sé que las inyecciones deben ser cada mes, pero me las están poniendo cada dos semanas, después de que me inyectan me siento mal, muy apendejada, pero es mejor que tragarse pastillas diario, imagínate

cómo estaría yo de empastillada.

Si no hubiera sido por Nadia no hubiera comido, ella destapó las cosas, le quitó los trocitos de servilleta que se le pegaron a la torta para que no me los comiera, me obligó a que me la terminara porque yo sentía la garganta cerrada y ni siquiera podía tragar. Era el miedo lo que me tenía así. Este es pan de feria, dijo, tiene anís, me acuerdo mucho de él porque al lado de casa de mi abuela hay un puesto de esos. Ahorita me acuerdo más de mi abuela, no sé si ya se olvidó de mí como mi mamá, ella trabaja en Puebla, nunca la veo, pero manda dinero de vez en cuando, por eso yo vivo con mi abuela, vivía, digo, en su casa que está cerca de la iglesia, esa casa es muy grande y bonita, como casa de ricos, mis abuelos se la adueñaron, no era de ellos hasta que la hicieron suya metiéndose a la fuerza, como si hubieran secuestrado la casa, creo que por eso estando aquí me acuerdo de mi abuela y su casa azul con techo de tejas, de dos aguas, le dicen, es su orgullo esa casa porque es de las más bonitas de todo el pueblo, ahí cerca se ponen unos puestitos de feria cuando es la fiesta patronal y mi abuela decora la fachada con papel picado, uno blanco y uno morado, la entrada huele a pan recién hecho, por eso siempre he comido este que tiene anís.

Quería preguntarle a Nadia más de su familia, pero me daba miedo que ella quisiera saber de la mía, por eso nunca llevé a nadie de la escuela a la casa, a mí me daba mucha vergüenza que vieran a mamá o hablar de ella y su trabajo en la cantina, de los hombres con los que a veces se iba, de mi papá en la cárcel, del día que mi hermano se fue. Nadia tenía a su abuela, pero yo ya no tenía a nadie. Cómo iba a decirle que en una borrachera de mi papá con sus amigos un hombre me tocó y quiso abusar de mí, aunque yo era muy chica, que mi hermano lo vio y como estaba drogado lo agarró a golpes con sus propias herramientas de albañil y le dio tan duro que lo mató rápido, pero le siguió dando hasta que llegaron dos albañiles más y uno se desquitó, y después mi papá ya borracho le pegó con las mismas herramientas a otro hasta que no quedó nada de ese, y que llegó la policía y por eso mi papá está en la cárcel, porque lo acusaron de haberle pegado a su propio hijo aunque no fuera cierto. Cómo iba a decirle a Nadia que yo vi todo y no pude defender a ninguno, que mi mamá me echa la culpa de haberlos provocado porque no me fui de la casa cuando ellos llegaron a tomar, provoqué al viejo ese, si yo ya sabía cómo se ponían todos cuando tomaban y que mi hermano se embravecía cuando estaba con ellos. Cómo iba a decirle que cada cosa que me pasaba y le pasaba a alguien más era por mi culpa. A lo

mejor hasta estar las dos en esa casa en medio del monte fue culpa mía desde el principio.

Escucha eso, dijo Nadia, escucha bien, hay ruido afuera. El estómago se me encogió, como si alguien me hubiera dado un golpe y la panza se me hiciera para adentro como en las caricaturas, pero no era el mismo ruido de la noche anterior, no sonaba al motor tan fuerte y ruidoso, ni a la música de banda, creo que era una moto o un coche más chico. Ni Isra o el Gordo se asomaron al cuarto, nos dejaron ahí encerradas como siempre, aunque yo sabía que cuando empezaba a hacerse tarde iban por Nadia, quizás esa noche por mí también, para subir a los cuartitos. Beto entró un rato después, no sabíamos a qué hora, pero fue cuando las dos ya estábamos dormidas. Habían pasado varios días desde que lo vi la última vez, estaba muy cambiado, más flaco, como nosotras, se había rapado y se vestía mejor, usaba una chamarra nueva de piel en lugar del chaleco que le vi cuando nos conocimos, llevaba botas en vez de los tenis de siempre. Órale, princesas, se acabaron las vacaciones, vengan.

El dolor en el estómago se hizo más fuerte, sentí frío en la espalda, en los pies, me temblaban las manos, mi sangre corría por todo el cuerpo, hervía, se congelaba, volvía a hervir. Nadia estaba acostumbrada y, aunque no lo decía, le daba coraje que solo a ella la mandaran a los cuartos, pero a partir de la noche anterior yo sabía que también a mí me mandarían. Conociendo a Beto y a Isra, yo no tenía por qué seguir pasando tiempo encerrada sin hacer lo mismo que Nadia quién sabe cuántas veces al día o por las noches. Isra nos empujó hasta la salita que decía Nadia, la que estaba cerca de la cueva y yo solo había visto cuando me llevaron a la fuerza a los cuartos de arriba. Había un sofá viejo, pero nos dijeron que nos sentáramos en el suelo. Aquí te tenemos nada más de princesa, Lucero, me dijo Beto, ya me contó el flaco que no te pusieron a trabajar mientras yo no estaba, tuviste suerte, pero eso no es justo, me debes bastante dinero, ¿te acuerdas?, tienes que trabajar a partir de hoy. No podía verlo de frente, quería sostenerle la mirada, ya no con el odio que sentía, por lo menos para rogarle que me dejara ir, en Apizaco iba a ver cómo pagarle lo que le debía, pero los ojos me pesaban tanto que tenía que mantenerlos hacia el suelo, ni siquiera podía voltear a ver a Nadia. Flaco, tráetelas de una vez, y también trae la cena.

Me costó mucho reconocer el olor de las pizzas que Isra puso en una mesita delante de nosotras, eran tres cajas. Sin que me diera cuenta, la boca se me hizo agua, creo que me salía saliva por los

lados igual que con el pollo asado, como a los animales que sus dueños han olvidado, no sabía si del hambre, del antojo o porque eso era lo primero que comíamos que no olía feo, además de los panes y las tortas. Nadia estiró la mano y Beto se la pateó. Hasta que yo diga, calmada, Esmeralda, no seas mal educada, ¿eres un animal o qué?, solo por eso ustedes van a comer en el suelo, como perras, pero hasta que yo les diga, que no han llegado los demás, hoy estamos de fiesta. Esmeralda, ¿por qué le había dicho así?, no pasó ni un minuto para que lo supiera. Nancy llegó a la salita, sentí sus pasos, los conocía muy bien y cuando levanté la cara la vi mirándome, sin decir nada, igual que la vez pasada, como si estuviera molesta conmigo y no yo con ella. El gordo que me daba asco también entró, llevaba a dos niñas, o no tan niñas, pero se veían más chicas que Nancy, iban tomadas de la mano, el Gordo las empujó y también se sentaron en el suelo, al lado de nosotras. Nancy iba a sentarse, pero Beto no la dejó, la jaló del brazo para que se quedara junto a él.

Ahora sí estamos todos, la familia ya creció. De una vez les voy a explicar para que luego no la anden cagando ni estén de pendejas. Aquí la mayorcita eres tú, Lucero, y me debes un chingo de lana, como esta otra pendeja le debe a mi compa, ¿o no, Esmeralda, a poco no le debes una lana? Para que veas que soy bueno, Lucero, te estoy dejando trabajar sin hacer tanto esfuerzo, vas a cuidar a Rubí porque se siente mal, le hicieron una pendejada y le duele caminar, y de paso me vas a cuidar a estas dos, nada de meterles ideas o decirles que se pueden largar, porque lo que pase va a ser responsabilidad tuya, y pobre de ti que le den lata al flaco o a este otro gordo, porque ellos se la van a cobrar contigo y te van a mandar de puta allá arriba, ¿me entiendes?, ¿me entiendes, pinche pendeja? Moví la cabeza, volví a ver al suelo. Ahora traguen, que tú en un rato subes y tú vas a bañar a estas gúilas pijosas, traguen, chingado, que estamos de fiesta.

Zafiro y Diamante. A Beto no le dio el cerebro para pensar en otros nombres para las niñas. Eran Cinthya y Jeny, yo no les cambiaba los nombres, tampoco a Nancy y Nadia, solo lo hacía si los demás nos veían y tenía que usar sus apodos o responder cuando les decían así. Cinthya acababa de cumplir quince años, Jeny era su prima menor y creo que tenía trece o catorce, las dos eran de Oaxaca, Jeny me iba a decir de dónde, pero Cinthya le dijo que se callara porque yo estaba con ellos. Agarré la onda de muchas cosas: para las primas, yo era

amiga de Beto e Isra, estaba de su lado y no del de ellas, como si a mí no me hubieran robado hacía tiempo y no me pegaran siempre. Me di cuenta de que les caía mal por el miedo en los ojos de Jeny y el odio en Cinthya, no nos hablaban a Nadia y a mí, solo se quedaban en la cama de enfrente y no se separaban más que para comer o bañarse. Les pregunté si sabían dónde estábamos porque cuando me llevaron solo pude darme cuenta de que era en medio del monte. Ninguna respondió. Quería saber por qué a ellas y por qué a nosotras, si como dice mi mamá, a una le pasan las cosas malas porque se las buscó y estuvo en donde no la necesitaban a mala hora, y las buenas solo si te han pasado muchas cosas malas y necesitas darle un respiro a Dios, pero a Dios se le acumulan tanto las cosas malas que luego se le olvida que tiene que hacer la parte buena.

Los primeros días, Cinthya, que era más chiquita que yo, quiso pegarme para salirse del cuarto y ni una vez le atinó a jalarme el pelo, no se daba cuenta de que la cerradura era por fuera y aunque yo quisiera no podríamos irnos. Empezaron a ir por Nadia siempre a la misma hora, salía en silencio, regresaba también sin hacer ruido, se echaba a la cama y se quedaba dormida, a veces comía, a veces me dejaba su torta fría, y las primas casi no tocaban el pan, pero las cocas se las bebían de dos tragos porque eso les daba energía. Ellas también se bañaban un día sí y uno no, yo les cuidaba la puerta para que no se salieran y el Gordo me cuidaba a mí, aunque un poco más lejos. Entonces las vi mejor y comprendí una cosa: las primas tenían los ojos de color, eran miel, como decía una maestra a los ojos cafés que de repente se parecen a los de los gatos, también Nadia, que siempre veía hacia el suelo y casi nunca le daba la luz, por eso no me había dado cuenta. Nancy tenía los ojos muy verdes, fue lo que nos llamó la atención a todos cuando entró a la secundaria. Las cuatro eran muy bajitas de estatura, solo yo era alta como un hombre y tenía los ojos negros, yo era la única diferente. A las primas se las llevaron una tarde casi de noche, Isra y el Gordo entraron por ellas, las arrancaron de la cama porque ni siquiera pesaban, ellas daban pataletas, pero no podían desprenderse, gritaban y se zangoloteaban, y yo tardé un buen rato oyendo sus gritos, aunque quién sabe cuánto tiempo llevaban en los cuartos de arriba o lejos del rancho, tenía sus voces en mi cabeza y por más que cerraba los ojos y trataba de pensar en otra cosa, desde que Beto me sacó de Apizaco no tenía más que ruido, tristeza y nubes oscuras dentro.

Ver a Nancy de cerca fue peor. No estuvimos solas las primeras veces, el gordo asqueroso no se me despegaba, tal vez Beto tenía

miedo de que le preguntara cómo salirnos, aunque yo sabía que si a mí Beto me daba mucho miedo a Nancy le daba más, casi casi podía sentirla temblar. Aunque ella supiera cómo escaparnos no me iba a ayudar a salir, ni siquiera me ayudó a que me sacaran de la cueva de abajo y nunca decía nada. El día que estuvimos solas también vi que la casa no terminaba en un segundo piso, como Nadia me había dicho. Después de los cuartos de arriba había una puerta chiquita de metal que no daba al techo sino a otros cuartos, eran tres y Nancy estaba en el primero, ese tenía una ventana muy chiquita por donde casi no pasaba el sol, por eso las luces siempre se quedaban encendidas. Rápido y sin que el Gordo me dijera supe qué le estaba pasando: tuvo una infección o algo así, usaba pañal para adultos porque a cada rato iba al baño y le salía un poquito de sangre aguada, le costaba trabajo caminar y tenía que tomarse varias pastillas para el dolor. Hasta el Gordo le decía Rubí, no sé si ella escogió el nombre o también se lo puso Beto. Nancy se veía igual y diferente, tenía el pelo más largo, poquitas cejas, le habían puesto uñas postizas con brillitos y creo que por la enfermedad estaba igual de flaca que todas nosotras. Chiquita, con el cuerpo pequeño y la cara como de niña parecía una muñeca de esas a las que les ponen maquillaje de grandes. A ella poco a poco pude sostenerle la mirada, no me decía algo que no supiera o me ayudara, no me pedía perdón por las veces que Beto e Isra me habían pegado. Antes me sentía culpable de que Beto se la hubiera robado, pero yo no me merecía estar ahí acompañándola y que los castigos fueran para mí, yo no tenía que cuidarla porque ella fue la que buscó a Beto en el parque. Ya no hagas que se moleste, Lucero, me dijo en voz baja cuando terminé de ayudarla a vestirse, ella sí usaba ropa cómoda de su talla, creo que era ropa nueva, aquí estamos bien, es solo por un rato, y tú nada más haces que se ponga de malas, si sigues así te va a ir peor. Me le quedé viendo con odio, Nancy nunca había sido mi amiga.

Las primas regresaron al cuartito al día siguiente, no eran las mismas, ninguna de nosotras era la de antes después de subir al segundo piso, solo que Nadia ya se había acostumbrado y a mí no me iba tan mal como a ellas. Jeny, la más chica, no comía, no dejaba de llorar y a veces hasta lloraba dormida, la otra solo me veía molesta, agarraba su comida de la bolsa y le daba un poco de coca a su prima, pero no querían acercarse a mí o a Nadia. Nosotras dos hablábamos poco, no sabíamos bien cuánto tiempo había pasado ni cuánto nos faltaba. Si oíamos ruido de motores nos poníamos alerta porque siempre eran malas noticias, y una tarde, cuando escuché más ruido y

música de banda como la de la vez pasada, supe que era mi turno de que me fuera mal. Beto se asomó a nuestro cuarto cueva y me dijo que saliera. Pero en chinga, pendeja, ponte la sudadera y los tenis. Nadia no estaba, las primas se habían quedado dormidas, la casa estaba a oscuras. Junto a Beto había un muchacho también flaco, casi de mi estatura, muy moreno y con el pelo rizado; solo le vi la cara unos segundos, porque Beto me empujó. Vete con el Negro, vas a comprar unas cosas, y pobre de ti que me entere de que hiciste una pendejada porque te carga la chingada y después se la carga a tu mamá, peor que a ti, y al culero de tu papá allá donde está entambado. Las amenazas de Beto cada vez me daban más miedo, su voz me hacía temblar como a Nancy, los pies se me helaban y el estómago me dolía cuando oía pendeja o culera, cuando le veía el arma que siempre llevaba en el cinturón, debajo de la chamarra y ni siquiera podía cerrar los ojos como había hecho toda la vida, no podía hacer de cuenta que el mundo no existía.

Ya estaba oscureciendo y aun así sentí que no había visto el día tan claro en años. Me asusté porque llevaba mucho tiempo viendo solo las paredes de la cueva, las escaleras al piso de arriba, al de Nancy, el baño con losetas heladas; lo único que había tocado eran las paredes de una cárcel de tres pisos. Quería gritar y llorar de la emoción, pero mi cuerpo ya no sabía qué era emocionante, mi cuerpo no reaccionaba más que a lo que me daba mucho miedo, ni siquiera estar fuera y ver el campo me provocaron otra cosa. Hacía frío, pero el único que sentía era el de mi espalda, que bajaba hasta los pies y me los congelaba, y a pesar de haber salido por primera vez era como si estuviera ciega. Súbete, dijo el Negro, agarrándome fuerte de un brazo, apretando su mano como si quisiera agarrar mis huesos y no mi carne, súbete, te vas atrás, y te agachas, hazte bolita, con las manos en la cabeza o ponte esa cobija encima. Era una combi vieja, como las de pasaje, por eso el motor hacía tanto ruido, pero esta vez no sonó la música, íbamos en silencio, yo como él me dijo y él manejando rápido. A cada rato volteaba a decirme que me tenía checada, que si no quería un golpe en la cabeza la mantuviera abajo siempre. No conocía el camino, pero la combi saltaba, íbamos por uno de piedras y no por una carretera, hasta después salimos a la carretera, oía el fuuum y el eco de los demás vehículos que pasaban cerca, distinguía el sonido de las motos y de los tráilers, esos siempre los había identificado porque cuando era chica mi papá nos llevó muchas veces a una construcción en la que trabajaba y mi hermano y yo siempre hacíamos fuuum cuando pasaba un tráiler.

No sé cuánto tiempo tardamos en llegar a un pueblo o una ciudad, pero me di cuenta porque íbamos más lento, la combi se paraba a cada rato, oía las voces de las personas y me daban ganas de llorar porque había más gente alrededor de mí, aunque no me salían las lágrimas ni la voz. Me acordé de cuando salía de la primaria y la secundaria y veía los tráilers, las combis, los camiones de pan y refrescos que surten las tiendas, una vez vi una casa rodante como las de las películas, ¿en alguno de esos había gente oculta, una muchacha robada, varias muchachas, alguien que se quisiera escapar y no pudiera? El cuento de los gitanos del circo y los robachicos era cierto, el de la mujer serpiente que se escapó de su casa y terminó como monstruo de feria, yo era la mujer serpiente y vivía en una cueva. Ahora nos vamos a bajar en una tienda, ahí no hay manera de que te escapes, aquí tampoco, ya sabes lo que te va a pasar si hablas con alguien, si pides ayuda o dices que te robaron, te va a ir peor, me dijo el Negro, tú solo haz lo que te digo y se acabó.

Era de noche y me puse una gorra para ver solo donde pisaba. Quería caminar lento para escuchar a la gente y adivinar dónde estábamos, pero el Negro me agarraba el brazo tan fuerte que debía seguirle el paso o me lo iba a arrancar. Entramos a una tienda grande, era una papelería, olía a libretas nuevas y al plástico de las estampas, pero solo era una parte porque pasando una cortina de tela y otra puerta de metal ya era salón de belleza, tenía un montón de pósters de cortes de pelo, una repisa con pinturas de uñas y varias pelucas en cabezas de maniquís. Ahí pude quitarme la gorra. Por fin me vi la cara al espejo, no lo había hecho desde que Beto me sacó de Apizaco, y solo a veces veía mi reflejo en las cubetas de agua, pero nunca era lo mismo, entonces sentí que era la primera vez que veía a otra yo que no se parecía a la de antes, una yo fea, triste, con moretones, parecía una pesadilla. A esta no me la habías traído, mijo, le hace falta una buena manita de gato y ya queda, un corte, a lo mejor una basecita, rayitos, depilarle las cejas y ponerle uñas, aunque desde hace rato no les gustan chinas, les gustan lacias y güeras, está de moda eso. Ahorita no, madrina, ya será a la próxima, cuando vengan las demás, solo vinimos a recoger algunas cosas. Como quieras, pero échate un taco, aquí en el tóper hay carne y tortillas, dale, que seguro no has comido, ¿te saco una coca del frigobar, una cerveza, qué quieres? Ahorita nada más la coca, madrina, y los tacos sí se los acepto, y tú, pendeja, abre esa caja, busca de ahí qué les sirve a las nuevas y a ustedes, dice Beto que ya parecen retrato con la misma ropa mugrosa, llévate unas sudaderas y chamarras, no se vayan a enfriar,

pero en chinga, pendeja.

Quería hacerlo despacio para ver mejor dónde estaba, pero el Negro no me quitaba la mirada de encima mientras comía. De reojo vi que sacó de su chamarra un teléfono de lucecitas a los lados como el de Nancy, estaba viendo unas cosas ahí que le daban risa porque no dejaba de sonreír, pero era un ojo al teléfono y otro a mí. Cuando se lo guardó abrió otro tóper con más tacos y también comió de esos. Yo no sabía si tenía hambre por antojo o eran mis nervios, el estómago me daba vueltas. Una vez vi una película donde espantan a una chava en su casa, el asesino siempre usa un cuchillo, pero ella no es tonta y como puede se defiende con unas tijeras, ahí en el salón, muy cerca de mí había tijeras de todos los tamaños y filos, pero mis manos no me respondían, el miedo me las paralizaba cada vez que estaba cerca de Beto o de alguno de ellos. En la caja había ropa con etiquetas, muchos pants, shorts de futbol, estaba agarrando varios y echándolos en una bolsa de mercado cuando la señora gorda, la madrina, se me quedó viendo y me dijo que eso no servía, que si estaba pendeja o qué, que agarrara los vestidos y las blusas, nada más un suéter o una chamarra para cada una, si veía algo llamativo, de una vez, pero que buscara solo lo que me habían dicho, en otra caja más chica había zapatillas y plataformas, debía llevarme lo que nos quedara. Luego vas a agarrar a pura retrasada, mijo, cada vez están peor tú y Beto, aunque las retrasadas también sirven porque no se quejan y hasta hay unos que les gustan. Vamos bien, madrina, vamos bien, acuérdesse de que nosotros somos diferentes, pura calidad, esto va para arriba, va a ver.

Comenzaba a marearme el olor de los químicos para el pelo, mi mamá decía que la gente se drogaba con eso, solo había dos ventanas grandes que daban hacia el fondo, tal vez era el patio, y una puertita, era el baño. ¿Puedo pasar al baño?, pregunté. ¿Es la primera vez que la sacas o ya trabaja fuera?, preguntó la madrina. La primera, madrina, apenas estamos comenzando con estas allá en el terreno. Sí puedes ir al baño, muchacha, vamos, yo voy contigo, allá hay cosas peligrosas, no vaya a pasar algo. Dejé la bolsa en el suelo y antes de caminar hacia el baño, una niña como de nueve o diez años entró al salón. Madrina, madrina, ya llamó mi padrino, dice que pasen por las cosas de una vez porque va a salir y tiene que cerrar el local. Conchita, lleva a la muchacha al baño, fíjate que no se vaya a lastimar, hay material peligroso, eh, ahí te la encargo. La niña se me quedó viendo como si nada, como si no supiera qué estaba haciendo yo ahí, por qué me llevaban a escoger ropa de mujer, quién era, de

dónde me habían sacado. Me dio más miedo que sí lo supiera y por eso estaba tan calmada. Acompañarme era entrar conmigo al baño y no quitarme los ojos de encima ni siquiera cuando me senté en la taza fría, esperando que saliera un poco de orín, pero no me salía nada, otra vez mi cuerpo me desobedecía. El baño era pequeño, apenas cabíamos las dos y el lavabo, en la pileta había uno de esos muebles para lavar el pelo acostada, unos azulejos desprendidos y las herramientas de los albañiles, ese era el material peligroso, el que no debía estar en mis manos. ¿Ya acabaste?, me preguntó la niña, hay papel atrás de ti, échale cloro a la taza cuando le bajes. Me daba instrucciones como la madrina, como una domadora de animales salvajes y perdidos.

Uno no puede sacarlas porque en seguida andan pidiendo baño ajeno, dijo el Negro, pero como dice mi padrino, son pendejas y uno tiene que enseñarles a comportarse. Ya hay que irnos, ¿agarraste todo?, ¿solo esas dos bolsas? Moví la cabeza y el Negro me aventó la gorra para que me la pusiera otra vez, la niña había sacado ropa de la caja y jugaba a probarse una blusa de tirantes con brillos. Llévate esta también, me ordenó la señora y le quitó la blusa a la niña. El Negro sacó de su cartera varios billetes de quinientos y se los dio a ella, que los metió en un monedero que quién sabe en qué parte de debajo de su blusa había estado guardado. Ya toca pagar lo otro, hijo, apúrense con la cuota, dijo la señora, dándole un beso en la frente al Negro cuando se agachó para despedirse. En esas estamos, madrina, depende de estas pendejas, pero va a ver que nos va a ir bien, rápido y bien, ya quedó apalabrado lo que le conté, madrina, usted no se preocupe, que para la próxima solo le voy a dar buenas noticias. Hasta luego, Conchita, échale ganas a la escuela, puros dieces, eh, puros dieces. La niña era medio chimuela, sonrió, le guiñó un ojo al Negro y abrazó a su madrina por la panzota. Así se despedía todo mundo, los tíos, los primos, los abuelos, así nos despedíamos en mi familia cuando éramos una familia normal, en una época que a mí ya se me estaba olvidando.

Para salir por donde entramos atravesamos el pasillo y la papelería que estaba al frente, respiré hondo porque siempre me gustó el olor a plástico de las estampitas. Por lo menos eso que me lleve de aquí, pensé, el olor de los cuadernos es mejor que el del salón de belleza. El Negro no tuvo que decirme que bajara la cabeza al salir, solo me apretó muy fuerte como para llegar al hueso y yo ya sabía cómo tenía que acomodarme en la parte de atrás de la combi, y cubrirme con las bolsas de ropa y zapatos. Se oía el ruido de la gente en la calle, no

era mucha, pero hablaban gritando, también sonaba muy fuerte la música de los coches. Reconocí un comercial de Telcel que salía de las bocinas de un local y luego una canción de Intocable a medias. No tardamos mucho en llegar a otro lugar. Tú quédate ahí, no nos vamos a bajar, me dijo el Negro, y más me hice bolita, aunque respirara el olor a gasolina quemada de la combi vieja. El Negro tocó el claxon dos veces, no pasó nada, luego dos veces más, y tres, hasta que oí la voz de un hombre: Qué pasó, mi Negro, ya tenía la cortina abajo, te dije que a las ocho, no a la hora que te diera tu chingada gana. Perdón, padrino, andaba ocupado con mi madrina. Andabas de pendejo, cabrón. Toma, ya no hay pastillas, solo tengo inyecciones, ya sabes cómo dárselas, a la muchacha que me dijiste dale lo mismo, pero hasta dentro de dos o tres semanas que se recupere como debe ser, y ve que coma, ha de andar débil, si me la vuelves a traer así, yo no me hago responsable. No se apure, padrino, tengo todo bajo control, luego se da una vuelta ahí con nosotros para que se las presente, estamos en deuda. Primero Dios, Negro, ya me daré mi vuelta a ver qué hay, pero ahorita te me vas con cuidado, que pusieron retén en la tarde.

El de la voz le dio unos golpes a la portezuela y justo antes de que el Negro arrancara y nos fuéramos rápido escuché lo que necesitaba: Eso fue *Llévame contigo*, del grupo Intocable, para Bruno, que está en Chicago, el corazón de los Estados Unidos, de parte de su amada Rosita, desde San Pablo del Monte, sí, señor, seguimos con media hora más de música, aquí en su estación La más grupera.

Nancy era una pendeja vendida. Una mustia. La mosquita muerta. Qué rápido se había acostumbrado a los golpes de Beto, qué rápido perdió la voz y su cara de presumida, se convirtió en su muñeca, todo con tal de que no la pusieran a hacer lo mismo que a nosotras. No sé si ella pidió que yo la cuidara, porque cuando comencé a hacerlo, fue como ganarme la confianza de Beto e Isra. Me gritaban, me trataban como una pendeja, me insultaban, me daban de comer menos y si tenía mucha hambre, me comía lo que Nancy dejara en su plato, pero casi no me obligaban a estar con señores como a Nadia y las primas y me pegaban muy poco, aunque a veces me sorprendía un golpe solo para recordarme que no me podía confiar. En cambio, tenía que lavar los baños, a veces servía la comida, lavaba la ropa en una cubeta y el Gordo siempre me vigilaba. Dejamos de tomar pastillas e Isra me dijo que cada una debía inyectarse un lunes sí y otro no, yo tenía que

ponerles las inyecciones, no sabía inyectar, pero aprendí, no era tan difícil, solo agarras un pedazo de piel, aprietas un poquito y pones la aguja medio de lado, el líquido tiene que entrar poco a poco o no hace efecto, me dijo. Nancy no quería que yo la inyectara, ni siquiera cuando se sentía mal los primeros días y todavía usaba el pañal, ella se inyectaba sola cuando yo salía del cuarto con las sobras que casi siempre me comía en la escalera.

A ella le llevaban revistas como las que a veces me compraba con lo que me quedaba del dinero de la escuela, revistas con artistas de Estados Unidos que me gustaba recortar para hacer *collages* de ropa. Siempre pensé que cuando entrara a trabajar a un taller de costura profesional o con una buena modista o un diseñador podría hacer copias de esos vestidos, pero mejores, a mi gusto, con telas más bonitas y bordados a mano. ¿La maestra de corte y confección se acordaría de mí?, ¿doña Jacinta, que a lo mejor ya estaría ciega, me recordaría? Hacía meses que no agarraba una máquina, una tijera, hilos o tela, meses, eso se había acabado para mí y lo extrañaba muchísimo, igual que dibujar, llevaba un buen tiempo sin un cuaderno, ni siquiera un lápiz, no podíamos tener nada de eso, era una cárcel, solo que mil veces peor. En cambio Nancy tenía sus revistas, una o dos cada semana. Las revistas se convirtieron en mi calendario. Las que me gustaban las vendían los jueves, me di cuenta de que Beto o Isra se las compraban nuevitas porque en los puestos siempre hay una a la vista de las niñas y esas las agarramos todas, yo las hojeaba completas a ver si veía un modelo o dos de ropa que me gustaran y solo si valían la pena las compraba, pero pedía las que nadie había tocado, que dejaban apiladas siempre a un lado del vendedor. Las revistas de Nancy se veían planitas, no estaban manoseadas, casi no tenían huellas ni arrugas, por eso a lo mejor se las compraban el mismo jueves o viernes, aún olían a revista nueva.

Casi siempre eran dos revistas, así que pronto Nancy tuvo un montoncito a un lado de la cama, podía leerlas cuando quisiera para no aburrirse porque ni siquiera en su cuarto había televisión. Un día creo que le di lástima porque me le quedé viendo mientras leía, o solo quería presumirme que todo eso era suyo, como una pintura de uñas que le acababan de llevar. ¿Quieres leer una?, cualquier cosa, le digo a Beto que me sentía mal y por eso te tardaste. No podía creerle, pensé que era una trampa para acusarme de algo y que Beto o Isra me cachetearan, pero en voz muy baja, como con miedo, me repitió que agarrara la que quisiera. Yo solo las había medio rozado con la escoba para barrer porque tenía prohibido tocar cualquier cosa del

cuarto de Nancy, que se veía igual de feo que la cueva de abajo, pero era para ella sola, y esa vez, asustada y nerviosa, agarré una revista. No me importaba si Nancy se burlaba de mí por acariciar las hojas como si fuera la primera vez que tenía una, pero así la sentí, como si jamás hubiera visto fotos brillantes de modelos en pasarelas, de conciertos y maquillaje de artistas que ya no recordaba.

Me fui a la sección que más me gustaba, Trágame tierra, luego me detuve en los horóscopos, qué rápido había pasado el tiempo, la revista ya celebraba otro mes y daba los tips para la nueva estación. Medio repasé con los ojos un test y un especial sobre rituales del amor para la luna llena, pero nada de eso me serviría, yo necesitaba un ritual para salir de ahí, uno que matara de un infarto a Beto, a Isra, al Negro y al Gordo y que todas pudiéramos irnos, lo malo era que la revista no hacía milagros, menos si desde dentro no podía ver fijamente la luna y hacer los conjuros. Me dieron ganas de llorar y me aguanté, no iba a hacerlo delante de Nancy. También extrañaba la música, ir al ciber, no había pensado en mi MP3 al que siempre le cargaba música que oía en la radio o en los videos de la tele. Las letras de las canciones seguían al final de la sección de artistas, solo que esas nuevas no las conocía, afuera estaban pasando un montón de cosas sin que yo pudiera verlas y sin que a nadie le importara dónde estaba o por qué había dejado de saber de ellas. Si quieres llévatela, me dijo. No supe si lo hacía para meterme en problemas, yo no podía confiar en ella y en nadie ahí, si Beto se daba cuenta de que había sacado algo del cuartito me iba a pegar, estaba prohibido tocar lo que no era mío, nada me pertenecía. Llévatela, es basura. Basura, como yo, pensé, solo puedo sacar lo que a Nancy ya no le sirve, sus sobras. Como sea, me la llevé, la metí debajo de mi sudadera para que el Gordo no se diera cuenta cuando me abriera la puerta de la cueva, y esa noche dormí con la revista debajo de la toalla que usaba como almohada.

Después ya no tuve que metérmelas debajo de la ropa porque Nancy me contó que le había dicho a Beto que sacara esa basura y me la diera a mí, en la cueva nos íbamos a entretener con las revistas. Beto no dijo nada, o le creyó a Nancy porque era la verdad, esas porquerías servían para tenernos entretenidas, o lo hizo para que estuviéramos menos molestas con ella porque, aunque a todas nos daba lástima, también nos caía mal. Como sea, de todos modos solo yo la veía, ella bajaba muy poco, salía de vez en cuando en coche con Beto y no sabíamos a dónde, las otras no le hablaban, escuchaban el Rubí por aquí y Rubí por allá, volteaban los ojos y seguían con lo

suyo, que era no hacer nada dentro del cuartito, como si fuéramos presas. Solo yo veía que siempre tenía moretones en los brazos, los ojos rojos como si hubiera llorado mucho y le temblaban las manos. Después de tanto tiempo encerrada, a lo mejor ya estaba enamorada de Beto, aunque le pegara y se sentía atontada como yo cuando lo conocí y me fui a vivir con él. Nancy salía en el coche y siempre regresaba, no sé si no podía escaparse o no quería huir adonde fuera que la llevaran, era la única que podía hacerlo, pero a lo mejor prefería estar secuestrada. Veía cómo nos pegaban y lo que hacíamos arriba y solo se quedaba callada, con miedo de que dejara de ser la muñequita de Beto y la pusieran a trabajar.

Llegaron dos niñas más, Sandra y Karen. Ellas se acomodaron en la cama de arriba en la litera y en un catre que el Gordo metió, las cinco debíamos estar en el mismo cuartito. Las vi bien, no tenían los ojos de color, pero eran muy bonitas y se veían chicas, como de catorce o quince, una no hablaba mucho español, le decía cosas a la otra que sí le respondía en español, pero muy bajito, tenían miedo o pena de que las oyéramos. La bolsa de comida era más grande, a todas seguían dándonos tortas y cocas, a veces pan, no volvimos a comer pizza ni pollo y las nuevas tampoco querían probar su comida. Me di cuenta de que también pensaban que yo era del bando de Beto porque salía a hacer la limpieza, eso me molestaba, aunque yo no tenía que subir a los cuartos como ellas, Isra y el Gordo siempre me pegaban, el Gordo a veces me tocaba y no tenía cómo defenderme, así que estábamos igual.

Un día, cuando me quedé sola en el cuartito, entraron Beto e Isra. ¿Cómo vas, Lucero, ya limpiaste arriba? Solo moví la cabeza, no me gustaba verlos de frente. Voy a dejarte las cosas claras, solo porque te estás portando bien y esto no es en tu contra, lo sabes, ¿no?, me preguntó Beto, esto no es para siempre, ustedes están aquí de paso, tú me debes un chingo de lana, ¿a poco no?, lana más los intereses, todavía te falta un rato trabajando conmigo, pero vamos a hacerlo bien, te lo mereces, hasta les di permiso de que se trajeran las revistas. Ya viste cómo está todo, eres la más grande y te va a ir mejor si cooperas como debe ser, cuídame bien a las muchachas, la Rubí ya puede sola, a las otras hay que echarles más el ojo, ¿me entiendes? Moví la cabeza. Aquí no pasa nada sin que yo me entere, estamos en el monte, Lucero, y si tratas de escaparte vas a tardar más en saltarte una reja que ya te traemos de regreso, y te va a ir peor, ¿te vas a arriesgar? Moví la cabeza otra vez. Tú vas a ir con el Negro al pueblo de vez en cuando, quiero que compres cosas para la

casa, si te portas bien, hasta puedo decirle al Negro que te compre algo, pero si te portas mal, pobre de ti, porque de todos nosotros el Negro es el más corajudo, no te conviene hacerlo enojar, si no, pregúntale al Gordo quién mató a un policía del municipio con su propia macana. Los dos se rieron. Si haces bien tu trabajo, puedes pagarme la deuda antes y te regresas a tu casa como si nada, ¿estamos?

Moví la cabeza por última vez, sin dejar de ver el suelo. Conste, eh, y pobre de ti que quieras verme la cara de pendejo porque ya sabes lo que te va a pasar, y de una vez a tu mamá, pobre de ti donde no me obedezcas. Beto e Isra salieron del cuartito, yo solo sentía un hueco en el estómago, mucho miedo de no hacer las cosas como ellos quisieran, pero no tenía más opción.

Al día siguiente el Negro llegó desde temprano. Lucero, súbete a la camioneta, van a salir, llévate a Diamante y Zafiro, son tu responsabilidad, me dijo Isra. Primero les dije a Cinthya y Jeny que iríamos a un pueblo, se emocionaron, pensaron que las iban a soltar y me dio mucha lástima, pero tuve que amenazarlas. No sé a qué vamos, no podemos escaparnos, ellos saben dónde están nuestras familias y si ustedes tratan de irse, les va a ir peor, y de paso a sus papás o hermanos, ellos saben todo, no hagan nada que no nos diga el Negro. Cinthya me vio con el odio de siempre, entendía mis palabras, aunque no le gustaran. Volví a decirles: Todos tienen armas, si los desobedecemos nos van a matar, pero si nos portamos bien y hacemos lo que nos digan, no pasaremos mucho tiempo aquí. Entonces Cinthya me respondió: ¿Eres pendeja o te haces?, bien que sabes que nos venden, a ti también te venden, pero no como a nosotras, no te hacen las mismas cosas, y si quiero me largo cuando nos saquen, tú no me vas a detener. Jeny no dijo nada, se puso los tenis y la sudadera y salió porque el Negro ya estaba pitando. Agárralas, Lucero, me dijo el Negro. Las agarré fuerte de los brazos como él me había agarrado la primera vez y medio sentí a Cinthya tratar de zafarse, no sé si para salir corriendo por el monte o solo porque la apreté muy duro. También vi sus caras, estaban alucinadas con el sol, el aire frío, los cerros a lo lejos, la naturaleza más y más verde, a lo mejor también querían llorar de la felicidad y de la tristeza por todo lo que se perdían por estar encerradas, pero no hubo tiempo para eso.

Órale, que ya es tarde, échense, perras, ándenle, nos ordenó el

Negro. Nos hicimos bolita en el suelo de la combi y nos pusimos encima un cobertor para taparnos la cabeza. Me di cuenta de que el camino era el mismo, primero íbamos sobre piedra y después por carretera. Aunque no podía verlas, sabía que ellas estaban asustadas, emocionadas, no lo sé, iban temblando. Pensé cómo sería si se aventaban por la ventana en carretera, no íbamos tan duro, podrían correr y pedir ayuda, pero una vez Isra me lo dijo muy claro: Aquí todos nos conocen y más van a tardar en tratar de irse, que alguien las traiga de regreso. Sabía que Cinthya y Jeny también estaban imaginando cómo hacerle, lo malo era que la combi tenía las ventanas de atrás cerradas y solo había un quemacocos para que no nos diera calor. Me di cuenta cuando llegamos al pueblo por lo mismo de la vez pasada, íbamos más despacio, nos deteníamos a cada rato, pero ya no se oían voces de personas ni música en la calle, no sabía bien qué día era, pero todavía era de mañana, a lo mejor la gente estaba trabajando o en la escuela.

Pónganse las gorras y bájense hasta que Lucero las agarre, no se vayan a caer, princesas, dijo el Negro. Era el mismo negocio, la papelería, había gente adentro, creo que una señora y un niño porque escuché dos voces. El Negro solo dijo buenos días y todos pasamos. Yo agarraba a las primas con fuerza, el corazón me latía muy fuerte y rápido de los nervios porque si se me soltaban ahí y se echaban a correr no iba a poder alcanzarlas. Sentí que Jeny se movía raro, otra vez quería zafarse, tuve que susurrarle: Acuérdate de lo que te dije, las pistolas. Y no hizo falta que la apretara más porque el Negro nos empujó a las tres para que entráramos rápido al salón de belleza. Buenas, madrina, buenas, al que madruga Dios lo ayuda. Buenas, mijo, Dios mediante así será, ahora sí llegaste temprano. Le traje a las princesas para que me las deje chulas, como se merecen, sí o no, madrina. Órale, siéntense, y pobrecitas de ustedes que toquen algo, eh, aquí todo es muy peligroso. No dejé de agarrar a las primas ni un solo momento, las apretaba con fuerza para que no se escaparan, pero lo hacía más por miedo de que a mí me pasara algo. Mijo, anda a saludar a tu padrino, está arriba, y dile a la güera que baje a ayudarme.

El Negro salió, la madrina gorda no hizo nada hasta que llegó una muchacha a ayudarlo, se veía un poco mayor que yo, pero me pareció muy joven, aunque se vestía como señora y tenía el pelo pintado de güero. Cuando entró cerró la puerta de metal, abrió las ventanas de atrás y prendió un ventilador. Las tres estábamos sentadas juntas, la muchacha nos dijo que nos pasáramos a las sillas que giraban, luego

puso unos cinturones muy largos sobre nuestras piernas, estábamos amarradas. Van a estar aquí un buen rato, es mejor si nos ponemos cómodas. Vi el salón un poco mejor, esta vez no había tijeras sobre las mesitas, estaba todo muy limpio. La güera nos puso capas de plástico y dijo que iba a comenzar. Por el espejo de enfrente yo veía a todas, la madrina tampoco se veía vieja, solamente tenía una panza muy grande y me parecía fea, tenía el pelo rizado como quemado, la güera tenía tatuajes en los brazos y dientes con orilla de plata. Las primas estaban asustadas, a Jeny se le salían unas lágrimas chiquitas, pero nadie decía nada. De repente la madrina puso la radio muy bajito, apenas se oía la música grupera. A la grande solo córtale el pelo, a las otras dos hay que hacerles rayitos y las uñas, prepara el tinte, ordenó la madrina. Jeny tenía trenzas que le llegaban casi a la mitad de la espalda, de un tijeretazo se las cortaron, entonces sí lloró con más ganas, Cinthya le dijo que se callara, yo tenía miedo de que entrara el Negro y nos cacheteara o hiciera algo peor por culpa de Jeny, por eso se me hizo muy raro cuando la tía dijo: El pelo crece, muchacha, no hay que estar tristes por lo que estorba, vas a salir más bonita de aquí, y guardó la trenza en un cajón.

No me di cuenta del tiempo que había pasado hasta que entró Conchita. Ahí manda esto mi padrino, está con el Negro, dice que le llame al celular cuando queden listas. El salón comenzó a oler a algo que se me hacía conocido, la boca se me llenó de agua, pero me aguanté para que no se me saliera la baba por los lados. Conchita, tráete platos y vasos de plástico, ándale, y unas servilletas, las muchachas han de tener hambre, pinche Negro desconsiderado, se las trajo sin desayunar, ándale. Cuando la niña regresó, la madrina sacó los tamales de la bolsa, nos puso dos a cada una y nos sirvió coca. Coman de una vez porque todavía falta que les terminen de decorar las uñas. Las primas se comieron los dos tamales de unos cuantos bocados, hasta me daba risa verlas comer, yo también me los tragué casi en seco, ni le hice caso a las cocas, llevaba meses sin comerme un tamal, a lo mejor ellas también, la madrina se dio cuenta y les puso otro en los platos. Estas tienen buen diente, coman sin pena, que les aproveche.

Las tres nos chupábamos los dedos, seguíamos amarradas y no podíamos ir al baño para lavarnos las manos, así que Conchita nos dio toallas mojadas con jabón para quitarnos la grasa y que la güera pudiera decorarnos las uñas. A mí no, dije, el Negro dijo que no. Postizas no, pero escoge un color de uñas, no te vas a ir con las manos insípidas, me respondió la güera, y me acercó la bandejita con

muchísimos colores para que me las pintara. Agarré dos, azul y amarillo, como cuando me las decoraba los fines de semana con pinturas que compraba a un lado del ciber. Con un pincel muy delgadito, la güera les puso puntitos de brillo a todas las uñas y otra vez tuve ganas de llorar cuando las vi. Volteé hacia las primas, tenían el cabello como a la altura del cuello, con rayitos güeros como en las revistas, aun así se seguían viendo como niñas que juegan con pelucas y maquillaje. Les pusieron uñas largas con muchos brillos y no dejaban de verlas y de mover los dedos, yo creo que en su pueblo eso no existía.

Ahora sí te luciste, madrina, dijo el Negro cuando entró, hacemos buen negocio en esta familia. Y para allá va Conchita, dice que quiere ser cultora de belleza, respondió la madrina. Ya haces mejor las uñas, cuñada, felicidades, dijo el Negro. Madrina, cuñada, dije en mi mente, Conchita debía ser la hija de la güera porque viéndolas bien, se parecían. Órale, princesas, en chinga, ya nos vamos, dijo el Negro. La güera nos desamarró, nos pusimos las gorras, yo agarré a las primas muy fuerte de los brazos y comencé a caminar. Solo oí muy bajito al Negro decir: Se lo dije, madrina, nosotros somos diferentes, solo vamos a ofrecer producto de calidad, estas valen más que las de antes. Dios mediante, hijo, cuando las cosas se hacen bien, Dios sonríe. Amén, madrina, amén.

En la casa en medio del monte las demás nos veían raro, pero no decían nada. De madrugada, cuando todas estábamos durmiendo, Isra entró al cuarto. Diamante y Zafiro, agarren sus cosas, tráiganse ropa de salir, tenemos que irnos. Cinthya se tallaba los ojos, Jeny le dijo algo al oído, Cinthya movió la cabeza para responderle que no e Isra entró molesto. Chingada madre, les estoy diciendo que agarren sus cosas, es hora de salir. No tuvieron otra opción que ir con él. Cerraron la puerta y no volvimos a saber de ellas, esa fue la última vez que las vimos, se fueron como habían llegado, tomadas de la mano. Las demás nos tapamos y cerramos los ojos, pero ninguna podía dormir, aunque no nos viéramos, sabíamos que todas guardábamos mucho miedo y el miedo espanta cualquier sueño, hasta el sueño de cansancio que sentíamos en la cueva.

De madrugada todo quedaba en silencio y se oía hasta el ruido más chiquito, por eso cuando Nadia me susurró entendí perfectamente lo que me estaba diciendo: Hoy por la mañana escuché a Nancy y Beto hablar. Ella no quiere salir de su cuarto porque ya se le nota la panza.

La voz de Dolores

En mi trabajo no hay algo que no se sepa. Los niños siempre son una puerta abierta y, si una es observadora, como lo he sido desde que estudiaba en la Normal, puede saber detalles que las familias, por vergüenza, no reconocen. Desde notar que el niño se orina por nervios y tiene un descuido que se debe a la violencia y falta de atención de uno de los padres o de los dos, hasta detectar que ese niño se convertirá en un mentiroso y manipulador profesional con el paso de los años. El estado de los tenis, la limpieza de oídos y uñas, el lenguaje tardío, la forma de relacionarse con sus compañeros, de tratar a las niñas, más lo que cuentan los que hablan mejor. Las maestras de kínder sabemos todo, o eso es lo que yo pensaba antes de que Nancy desapareciera. Había tantas cosas que no tenían sentido, una distancia que no noté. Igual que esas familias, porque me daba pena. Pensaba que Antonio y yo le dábamos lo mejor que podíamos, no que criábamos a una hija tan hermética, una que no podía o no quería regresar a casa, una caprichosa que nos subestimaba sin que nos diéramos cuenta o una que no pudimos cuidar y se convirtió en una hija muerta.

Seguíamos yendo al Ministerio Público si nos sobraba tiempo, aunque nunca abrían a la misma hora y a veces lo encontrábamos cerrado; preguntábamos, igual que las demás señoras que querían información sobre sus casos y en cada visita nos respondían con más silencio que antes. La tinta en los expedientes se hacía vieja, los sellos no valían nada y dejarían de valer en cada cambio de gobierno, dijo una mujer cerca de mí, porque de por sí un papel nunca sirve, y si lo tiene que validar un funcionario o un político, sirve menos. Las carpetas se acumulaban en un módulo tan pequeño como el de Apizaco, no quería ni imaginarme cómo era en la capital del estado, mucho menos en la capital del país. A veces veíamos a un pasante de la carrera de Derecho coser expedientes, siempre le preguntábamos si él podía atendernos, solo darnos un poco de información, cómo iba

la búsqueda, pero no contestaba, solo nos respondió una vez: Aquí el trabajo no se lleva por encargo, si quiere que sea personalizado es en otra área, los pendientes más importantes se tienen que atender al momento, pero depende de la gravedad del caso y cada uno lleva sus propios tiempos de acuerdo al proceso. Preguntamos dónde. Pues con su abogado, con sus investigadores privados, dónde más. Un no era la respuesta segura, lo que le agregaran, desde el encargado del MP hasta el intendente. Era burla.

Yo no concebía una noche en paz, con sueño profundo, ni siquiera por depresión. Casi desde la primera semana de su desaparición, sin noticias, me invadieron pensamientos oscuros: ¿y si ya estaba muerta?, ¿me sentiría mejor? Al menos sabría su paradero, si es que había cuerpo, y luego los espantaba como a buitres, no podía empezar a invocarlos o los convertiría en realidad, Nancy debía aparecer, darnos señales de vida. Busqué en su cuarto muchas veces alguna evidencia, cualquier cosa que funcionara como pista o certeza porque comenzaba a volverme loca. Pensaba que mi hija pudo haber estado fingiendo dulzura y en realidad nos odiaba en secreto, que su mutismo de los últimos meses no era cansancio, preocupación por el ingreso a la prepa, sino ganas de que dejáramos de figurar en su vida. Revisé cada cajón, el clóset, debajo de la cama, del colchón una y otra vez, pero no guardaba diarios, ni había pistas de nada. Lo único que leí y se quedó en mi cabeza y mi pecho como un montón de alfileres fueron unas palabras escritas con pluma roja en el separador de un cuaderno: exámenes de admisión a la prepa, febrero y octubre <3 <3 <3 y después byeeee pueblo feo!!! Byeeee por siempre a todoos!!!!

Ese todos éramos Antonio y yo. No quería imaginarme que se había ido a propósito, porque las cosas no cuadraban. Cuando alguien se va, lo planea, y mi hija simplemente se había esfumado, pero estaba tan dolida que transitaba por más estados de ánimo que la tristeza, también iba del coraje a la resignación en minutos. Ella podía rayar sus cuadernos con lo que quisiera, podía escribir que nos odiaba, que éramos los peores padres, al cabo eso es lo que hacen los hijos, nos acusan de sus males y nunca nos dicen cuando hacemos algo bien, aunque ser padre es sobrevivir todo el tiempo. Nancy podía ser egoísta, podía ser lo que quisiera y no había problema en ello, lo que no podía y nos parecía imperdonable era dejarnos en silencio, con el miedo despertándonos todas las mañanas y apretándonos el estómago, el terror cuando nos imaginábamos que alguien del hospital nos llamaría para decirnos que su cuerpo fue

hallado, porque después de perderle la pista cualquier suposición era tomada por posibilidad y certeza.

A partir del reporte de desaparición, el par de meses siguientes, las maestras de varios kínders de Apizaco y mis antiguas compañeras de Tlaxcala me pidieron la información del reporte de mi hija para tener en cuenta en caso de que alguien tuviera algún dato. ¿Cuántas muchachas se iban acumulando en los escritorios de todo mundo? Desde que comencé a dar clases no la tuve fácil, como cualquiera de nosotras. Niños venían y otros se iban, dejaban de llegar a clases un día, ni siquiera los daban de baja. Las trabajadoras sociales visitaban las direcciones del expediente de inscripción y nadie salía, eran sitios fantasma. Decíamos que en Tlaxcala, y a lo mejor en todas partes, en la sierra o en el desierto, los niños no se van, se los llevan. Las primeras veces les platicaba a mi mamá y mis hermanas, ellas me respondían que renunciara a mi plaza y me cambiara a escuelas privadas, ahí es otra cosa, se tiene una educación diferente, una no pasa tantos corajes. Lo decían así, a la ligera, como dando por hecho una verdad que ni siquiera conocían, que tampoco lo era, y yo les respondía que me convenía más irme de Tlaxcala, quizás a Puebla. Mi mamá soltaba una carcajada, con esa risa sarcástica y burlona de la que siempre se sintió tan orgullosa: Entonces ni siquiera puedes con el trabajo de cuidar niños, prefieres dejarlo botado que hacerte cargo de tus propios problemas. Con el espíritu de mártir también se jactaba de haber criado desde la conformidad y cuando podía, desde la humillación, por eso cuando Nancy desapareció no tuvo para mí un consuelo o palabras amables, ella se movía en medio del bosque siempre verde de los reproches hacia mí que no sabía ser madre.

Con las mujeres de Huamantla fue distinto, pero tampoco encontré ahí el milagro que me hacía falta. La subdirectora y yo las visitamos en la casa donde se reunían una vez cada semana o cada quince días o cuando alguna tenía una novedad. Entré con el corazón en la piel, no sabía qué hacer, qué decir, por dónde comenzar; ahí estaban sentadas unas ocho señoras, con nosotras éramos diez, tres niños jugaban de un lado a otro, haciendo ruido, eso aligeraba un poco el ambiente. Hablaban de lo cara que se estaba poniendo la vida, de una futura crisis económica como la de los noventa, porque el cuñado o concuño de una trabajaba en un banco y oía cosas, especulaba; ellas hablaban de todo menos de lo que yo pensé que nos reunía ahí, hasta que llegó otra señora, se veía muy pequeña por lo encorvada y bastante mayor, iba con su nieta, una niña como de diez años, que le ayudó a sentarse. Se hizo el silencio, que la subdirectora rompió para

presentarme: Ella es Dolores, mi compañera en el kínder, su hija desapareció hace unos meses y aún no saben nada, no han llamado para darle pistas o pedirle dinero. Extendió las fotocopias del cartel de búsqueda, cada mujer tomó uno, la mayor se le quedó viendo un rato y por fin dijo: Bienvenida, Dolores, lamento mucho que estés pasando por lo mismo que varias de nosotras. Yo soy Teresa y estamos aquí para lo que necesites, platícanos qué pasó, danos detalles, no solo el resumen de esta hoja.

Me sentía como en una especie de secta, grupo de alcohólicos en recuperación, no sabría describirlo, porque las veía y dudaba mucho de ellas y de mí, les tenía lástima y porque éramos iguales, hasta podía sentir algo de miedo. Entonces empecé a hablar, les dije quién era, a qué me dedicaba, de dónde venía, qué hacía mi esposo. Les conté todo lo que pude sobre Nancy, desde la infancia hasta los últimos días y no me detuve hasta que la subdirectora me ayudó a sentarme y me dio un vaso con coca cola para que me calmara porque desde hacía un rato no había dejado de llorar. Vamos a hacer lo que se pueda para apoyarte, Dolores, dijo Teresa. Aquí todas hemos perdido a alguien hace diez, ocho años, uno o varios meses y no dejamos de buscar, tampoco dejamos de vernos. ¿Ves a mi nieta?, a ella la recuperé hace tres años, hace cuatro me enteré de que existía. A mi hija no pude rescatarla, a mi nieta sí, estaba en Veracruz, la tenía una familia, dimos con ella con mucha búsqueda, pero sobre todo por casualidad, por eso siempre digo que se puede, si una no se cansa se puede.

Teresa me presentó a cada una de las demás mujeres y mientras mencionaba sus nombres, ellas decían dónde vivían, quién se les había perdido, qué hicieron o no las autoridades, algunas aún buscaban, también estaban las que ya habían encontrado a alguien. Pregunté por los hombres, qué hacían, si había alguno involucrado. Algunos de nuestros esposos y hermanos nos ayudan, también vecinos y otros familiares, pero casi no vienen, es raro que se aparezca uno por aquí, con el tiempo nos van dejando solas, respondió una. Me daba miedo que con el tiempo Antonio se cansara, incluso pensé en mí, si me cansaría de buscar a mi hija, si ella quería ser encontrada. Somos de muchos lugares, interrumpió mis pensamientos otra mujer sentada frente a mí, Tlaxcala es muy chiquito y todo está junto, pero nos reunimos en Huamantla porque aquí vive la mayoría, de vez en cuando viene alguien de Puebla o Oaxaca, si tiene novedades avisa por teléfono, pero si es algo muy importante lo mejor es que venga, por si otra también tiene información. Hace tiempo nos

visitó una señora de Papalotla, muy cerca de Tenancingo, interrumpió otra, ella sabía un poco cómo estaba la situación ahí, nos dijo cada cosa que no sabíamos por dónde comenzar, y no comenzamos porque después no volvió, pero esa única vez dijo que tenía mucho miedo, a lo mejor solo quiso venir a desahogarse, es válido, me acuerdo que comentó que si se enteraban de que estaba aquí, le iba a ir muy mal. Decía cosas de los otros como si nosotras estuviéramos enteradas también, en parte sí, porque en Tlaxcala eso se sabe, solo que nunca había venido una de esa zona.

Las demás empezaron a hablar de ella. Recuerdos aislados de quién todavía se acordaba, quién sospechaba que solo había ido a sacar información sobre lo que se hacía en el grupo o quién dudaba si de verdad estaba ahí para ayudar. Que entre una o varias estamos buscando no es un secreto, pero de una vez te digo, Dolores, que si te parece peligroso lo dejes, no te hagas daño, me advirtió Teresa, y si te ayuda venir, aunque sea solo para desahogarte, aquí está tu casa, que sea lo que tú decidas. Se quedaron con las hojas de Nancy, iban a sacarles copia para dárselas a otras personas que, de voz en voz, estaban pendientes por si les saltaba algo. Mi hermano vive en Apizaco, ¿en qué escuela dices que estaba tu hija?, me preguntó en voz baja una mujer que fue a sentarse junto a mí. En la secundaria Héroes de la Patria, tercer año en el turno matutino. Bueno, respondió, si tengo información de ahí, te llamo.

Regresé a la casa un poco confundida después de oírlas. Por un lado, me habían dado confianza y esperanza, y por el otro, si de por sí me aterraba no saber nada de mi hija, comenzaba a sentir pánico de cualquier otra cosa que pudiera encontrar.

Nunca apagué mi teléfono ni un solo momento. A veces le llamaba a Nancy y el suyo me mandaba a buzón. Yo le enviaba mensajes, seguía obsesionada con la idea de que respondería alguno. Si estaba molesta quizá ya se le había pasado y no sabía cómo disculparse para volver con nosotros, pero todo era silencio. *Ya dejame en paz no voy a regresar*, recordaba esa oración como el mantra de un reproche y despedida de mi hija. Me invadía el coraje, la desesperación, la angustia seguía ahí, y la tristeza que no me daba ni una hora de tranquilidad. Fue al tercer mes cuando las cosas empeoraron. Ya había regresado al kínder, hubo un brote de varicela entre los niños y algunas maestras también se enfermaron. Pedí autorización para cerrar la escuela y que no se esparcieran los contagios porque

muchos niños eran vulnerables, pero la Coordinación Escolar lo rechazó y tuve que hacerme cargo de dos grupos que se quedaron sin maestras. No tenía paciencia para hacer el trabajo de toda la vida, no quería tener a los niños a mi cuidado directo porque seguía sintiéndome culpable por la desaparición de Nancy y las palabras de mi mamá y mis hermanas las tenía muy clavadas en la mente. Me veía a mí misma ante los niños como una madre irresponsable, como si tampoco tuviera derecho a darles clases o pasar tiempo a solas con ellos.

Los ponía a jugar y me obsesioné con no quitarles la mirada de encima. Si uno quería ir al baño, todos hacíamos un trenecito y lo acompañábamos. Una adulta y catorce niños tomados de las manos para llevarlo a orinar. Las cuatro horas con ellos me agotaban y a la vez me regresaban la utilidad que fui perdiendo mientras Nancy crecía. Estaba atenta a cada uno de los movimientos de los niños ajenos, a lo que me decían, quería encontrar alguna pista de sus vidas en las voces infantiles, una alerta por si algo no iba bien; por eso no escuché la vibración del teléfono dentro de mi bolso cuando me hicieron dos llamadas perdidas desde el número de Nancy. Fue hasta que volví a casa que me di cuenta. Sentí un vuelco en el estómago, llamé y no tuve respuesta, dejé un mensaje de voz suplicando que marcara de nuevo, mandé mensajes de texto que no fueron respondidos. Tan solo dos minutos de diferencia entre una llamada y otra, era urgente, me dije, y no contesté.

Después marcamos del teléfono de Antonio y el de la casa y el celular de Nancy sonaba apagado. Tenemos que ir a Tlaxcala, aquí no nos van a resolver nada. En la policía de ahí a lo mejor rastrean qué torre captó la señal y de cuál salió la llamada, le dije a mi esposo. Él negó con la cabeza, dijo lo obvio: No nos van a hacer caso, cada vez que pedimos ayuda nadie nos hace caso, parecemos dos locos, así nos ven. ¿Cuánto tarda la gente en darse por vencida? ¿Qué evidencias se necesitan para dejar de buscar o seguir esperando? Lo que pasa es que a ti ya no te importa si aparece o no, ni cómo aparece, le dije y me encerré en el cuarto. En los últimos meses lo único que hacíamos era pelear. Cuando hablábamos, lo hacíamos sobre Nancy, cuando peleábamos también. No veíamos a familiares porque los míos no eran de ayuda y los de él estaban al pendiente, pero solo por teléfono, tampoco frecuentábamos amigos. Las primeras semanas se nos acercaba todo mundo, con el paso de los días comenzaron a diluirse y nosotros no hicimos el esfuerzo por mantenerlos cerca, como cuando alguien muere. Yo agradecía no

tener más hijos porque los perdería también o, eventualmente, dejarían de importarme, como Antonio cuando lo veía estar en silencio frente a la televisión y yo no sabía si seguía queriéndolo.

No le dije que me volvieron a marcar. Después de las dos llamadas perdidas le dejé el sonido al teléfono, pero los niños se distraían con el timbre si me llegaba un mensaje y con mi desesperación por ir a ver, aunque siempre eran promociones para recargar tiempo aire. Eso los alteraba, unos no conocían los celulares, otros decían que sus papás tenían uno y hasta dos y a veces los dejaban agarrarlos, casi siempre me pedían que les prestara el mío o solo querían jugar al teléfono con los de plástico y eso desvirtuaba mi control sobre el grupo, pero no quería ponerlo en silencio, por si llamaban. Y me llamaron dos veces más. La primera pensé que había alucinado porque sonó tan solo un par de segundos, la llamada perdida fue muy veloz; la siguiente fue mientras estábamos en el receso y pude ir a mi oficina por material de manualidades, volvió a sonar y alcancé a contestar. Silencio. Nadie dijo nada del otro lado de la línea, pero la llamada estaba activa, los segundos pasaban. Bueno... bueno... Nancy, hija... contesta. Pude oír una respiración, algo de ruido de fondo que no supe si era un coche o música, tal vez confundía ese lugar con el bullicio del kínder, pero algo en el pecho me decía que quien respiraba no era Nancy. ¿Quién habla?, ¿quién es?, ¿qué quiere?, usted tiene el teléfono de mi hija, ¿dónde está Nancy?, pásamela, por favor. Un minuto cuarenta segundos después, colgaron.

Estaba mareada, me sentía muy mal, quería gritar, llorar, que alguien me ayudara a rastrear el lugar de la llamada, pero todo se quedaba atorado en mi garganta. Volví a marcarle y a enviar mensajes que permanecieron sin respuesta. Antes de regresar al salón anoté en mi agenda la hora de las llamadas y el mensaje del teléfono de Nancy, siempre coincidían, por algo me marcaban a mí y no a Antonio, quizá calculaban que no estuviera con él. El resto del día pensé en mis posibilidades: si a Nancy se la robaron, lo primero que iban a hacer era deshacerse del celular, pero era un teléfono nuevo, servía. Antonio y yo le compramos ese porque era muy bueno, el modelo acababa de salir y ya usaba chip. Cuando se fuera a estudiar la prepa podía cambiárselo, pero no le cambiaron el chip, como le hacen los ladrones, a lo mejor solo esperaban que la gente se olvidara de marcarle o con el número activo nos daban evidencia de que Nancy estaba secuestrada. La otra opción era que se lo hubiera encontrado cualquier persona y leyendo mis mensajes quisiera sacar ventaja o solo se divertiera marcándome. El tiempo iba a darme la

razón con una de las opciones.

Me llené la cabeza de ideas que no le compartía a Antonio y el día de las dos llamadas fui al mismo lugar donde le compramos el teléfono, quería que alguien me explicara qué podía hacer para dar con el paradero del celular. La encargada era una niña como de la edad de mi hija, dijo que ella solo estaba en el mostrador, cualquier reparación o daño no se atendía ahí, sino en el anexo, donde su hermano trabajaba. La puertita de al lado era la de un cubículo del tamaño de un baño, con un escritorio y repisas llenas de refacciones de teléfonos más viejos como el mío y algunas computadoras desarmadas. Con el chip es más fácil de rastrear, me dijo, ¿se lo robaron? Respondí que sí. Es más fácil, pero no lo hago yo, le conviene más si lo ve directamente con la policía, solo que no creo que la atiendan si es por un teléfono, aunque sea el más caro nadie le hace caso a esas denuncias. ¿Y no conoces a alguien?, ¿una persona que haga lo mismo con computadoras? Un *hacker*, como en las películas, dijo, sin levantar la vista de lo que reparaba y sin tono de burla, seguramente más gente iba ahí por lo mismo. Tengo un conocido, es pariente, déjeme su número y le aviso si puede, pero yo le recomendaría que dé por perdido el teléfono, no tardan y le sacan el chip. Si usted va al Centro de Puebla a lo mejor se lo encuentra en reventa o si quiere aquí tenemos promociones. Le apunté mi número y me fui. Cada pequeña pista, en lugar de darme esperanza, me frustraba más y me hacía quedar ante todos como una loca.

No pasó mucho tiempo para que llegara otro mensaje al mediodía: *mamá necesito dinero quiero regresar*. Esa vez no pude quedarme en la escuela, pedí que me suplieran porque me sentía mal y salí para encerrarme en el coche a tratar de comunicarme. Le marqué, pero no contestaba, lo hice varias veces hasta que recibí otro mensaje: *no puedo hablar necesito dinero. Nancy, hija, ¿dónde estás?, llámame, por favor*. Respondió: *necesito que me mandes dinero quiero regresar. Pero ¿dónde estás, con quién, cómo sé que eres tú?* Dudaba. Nancy nunca escribía sin signos de puntuación, se burlaba de su papá cuando él lo hacía. *Hija, necesito que me digas que eres tú, tengo que oír tu voz, si no puedes llamarme demuéstreme que eres tú y te mando para volver*. Pasaron los minutos, silencio, espera. Arranqué y me fui camino a la casa, pero antes pasé a la misma tienda de teléfonos donde había ido a preguntar y compré una ficha de cien pesos, a lo mejor Nancy se quedó sin saldo y por eso la llamada no salía, si estaba fuera de la zona de cobertura no podía recibir la mía, necesitaba saldo. Rasqué ahí mismo la ficha y le mandé por mensaje

el código para que recargara. Un eterno silencio y seguía sin comunicarse. Le iba a llamar a Antonio para decirle, pero me daba miedo que Nancy me marcara en su única oportunidad, sonara ocupado y no volviera a hacerlo, así que me fui a la casa y me quedé ahí junto al teléfono con el identificador, por si marcaba desde una caseta o donde sea que estuviera. Por fin escribió: *tengo la mancha en la costilla*. Su mancha de nacimiento, hacía años no se la veía, pero era un lunar que no desaparecería. Mencionó su mancha, tenía que ser ella. De repente recordé que fue lo único que no dije cuando levantamos el reporte por desaparición, con los nervios lo había olvidado.

Hija, ¿dónde estás, cómo te localizo? Dime y voy por ti. no puedo mandame dinero no puedo hablar. Volví a marcarle, pero esta vez entró a buzón, habían apagado el teléfono. Sentía una angustia indescriptible, era ella, ¿era ella? Cualquiera persona que la hubiera visto sin blusa sabría lo de la mancha, yo conozco los lunares y cicatrices de los niños con los que trabajo porque una de mis funciones siempre ha sido revisarlos y darme cuenta si van al kínder golpeados. Pensándolo así podría sospechar, pero a la vez esos mensajes eran lo único que me daba luz, eran mi faro. Pasé toda la tarde intentando comunicarme con ella sin que eso sucediera. Cuando llegó Antonio me hice la cansada para no comer con él y me fui a dormir, le dije que quizá los niños me habían contagiado un resfriado porque no me sentía bien. Aunque había días buenos, por lo regular él y yo no hablábamos mucho, solo lo indispensable, dormíamos juntos, pero nos evitábamos, cada uno llevaba su duelo anticipado sin dar explicaciones, por eso no le dije lo de los mensajes, primero quería asegurarme de que era mi hija. Un dejo de egoísmo también me exigía que yo estableciera el primer contacto.

No tuve noticias un par de días más, que se me hicieron eternos. Después, un lunes justo después del homenaje por el cambio de escolta, me llegó un mensaje: *estoy al norte no puedo volver pero quiero regresar*. Yo no sabía qué norte, si en el norte del país o en la sierra norte de Puebla, ahí habíamos ido en familia varios años durante las vacaciones, Nancy lo reconocía muy bien, ¿cuál era el norte para Nancy, con quién estaba? De inmediato le pregunté exactamente dónde, cómo podía ayudarla, su papá y yo iríamos por ella si me decía el lugar. Uno de sus últimos mensajes *ayudame x favor* me rompió el pecho apenas lo leí. Entonces comencé a buscarle una explicación a todo, me dije que si era en la sierra norte no tendría señal, ahí los teléfonos no sirven, solo hay señal de celular en algunos

municipios, los más grandes, los que tienen torres y antenas; incluso en la carretera los teléfonos dejaban de funcionar, pero si era al norte de México tendría señal con más frecuencia, solo que eso era casi como estar en otro país. No sabía qué hacer, la desesperación me consumía, agarré las llaves del coche un par de veces para ir a la mueblería y contarle todo a Antonio, quizá con esa evidencia nos harían caso en el Ministerio.

Cuando me decidí a hacerlo primero pasé frente al módulo de la policía, estaba cerrado. En lugar de ir a ver a mi marido para que me dijera cómo resolverlo di la vuelta y me encaminé a casa de la subdirectora del kínder, a esa hora estaba regando el arriate que tenía a un lado de la banqueta. La saludé como si nada, para disimular, y le hice una seña de que me estacionaría. Me preguntó cómo seguía de la tos, un poco a distancia, por si la contagiaba. Ya estaba a punto de negar cualquier tos y recordé que ese fue mi pretexto para salirme de la escuela; le respondí que bien, pudo haber sido una alergia por el cambio de clima, de todos modos, ella no se me acercó demasiado. Maestra, ahorita que estoy frente a grupo otra vez y con lo de Nancy tan reciente me acordé de que hace unos años hubo un caso en una de mis escuelas de Tlaxcala de unos niños a los que su papá se llevó y los mantuvo por el rumbo de Cuetzalan, Zoquiapan y por allá, ¿usted sabe de casualidad si las señoras de Huamantla tuvieron la pista de algo así?, ¿de niños o conocidos que se hayan quedado por la sierra norte? La subdirectora levantó los hombros: No, maestra, será cosa de preguntarles a ellas la próxima vez, si quiere vamos la siguiente semana, yo la acompaño hasta que se aprenda el camino. Guardó silencio unos segundos y agregó: ¿Sabe algo nuevo?, ¿sospecha? No le iba a contar sobre las llamadas, me acordé del caso del niño que no pudieron rescatar del secuestro porque sus papás le dijeron a la policía y solo quedó un dedo suyo. No, maestra, solo se me vino a la mente, pero sí, acompáñeme una vez más con ellas. Nos despedimos y ya no quise ir con Antonio para contarle, regresé a la casa a esperar que Nancy se comunicara conmigo.

A partir del día siguiente mantuve mi celular en vibración en la bolsa interna de mi chamarra. Si Nancy solo salía a una hora específica y por eso me escribía desde temprano, no me arriesgaría a no contestarle. Un jueves recibí el mensaje: *estoy en monterrey ya quiero regresar a la casa*. Marqué y me mandó a buzón, después dijo: *si me marcas estoy en peligro solo mandame el dinero rapido para volver*

soy yo ya te dije. Sentía el corazón ir de un lado a otro de mi cuerpo tan solo al repetir Monterrey, peligro, ¿qué hacía Nancy ahí, por qué, con quién y cómo? Las preguntas parecían abejas alrededor de un enjambre que me producía mareos, no tenía fuerzas para conservar la calma. En cuanto dijo peligro, empecé a sospechar que escribía así por las prisas, le pedí una prueba más para asegurarme de que se trataba de ella y poder depositarle. Le juré que si lo comprobaba, mandaría el dinero: *mi abuelita se llama juliana.* Le rogué que me llamara porque debía oír su voz antes de mandarle el dinero. Solo dijo *no puedo te escribo luego.*

Uno de esos días Antonio me notó más extraña que antes. No podía contarle de los mensajes, él no creía en la policía por tantos portazos en la cara que habíamos recibido, pero hacer las cosas por nuestra cuenta tampoco había dado resultados y estaba segura de que si él se involucraba, todo se complicaría, al cabo que a mí era a quien Nancy le enviaba los mensajes; a pesar de sentirme desesperada, tenía que aguantar un poco más hasta hablar con mi hija y tener pistas para ir por ella. ¿No te conté bien de cuando fui con las mujeres de Huamantla?, me llevó la subdirectora hace como dos semanas. No me platicaste mucho, ¿te dieron información que nos sirva?, me respondió. Todavía no, pero algunas han encontrado a sus hijos, si de casualidad escuchan algo, me lo van a decir. A la próxima, te acompaño, contestó Antonio. Le di un beso en la frente, el único contacto afectuoso en mucho tiempo. Eso le despejó la sospecha y volvimos a hablar para contarnos cosas banales del día. Nos quedamos un rato en la sala viendo la televisión. Desde que llegamos a Apizaco Antonio trabajaba más, teníamos la idea de que había que ahorrar cuanto se pudiera; para las semanas que corrían ya estaríamos por entregar a Nancy con la tía con la que viviría cuando entrara a la prepa del Poli y seguramente nos pediría dinero a cada rato. Tú siempre tan previsor, le decía riéndome, no ahorras para nuestro retiro, ahorras para Nancy.

De repente, él sacó el tema, como si me leyera la mente. En las teles del negocio hoy estaban dando un reportaje sobre las Olimpiadas de Matemáticas en no sé dónde, creo que en Francia o Bélgica, la delegación mexicana quedó en segundo lugar, fíjate, segundo entre alumnos de todo el mundo, dos eran del Poli, ahí estuviera preparándose Nancy en Biología desde ahorita. Un piquete en mi pecho, dos, tres, todos. Antes de reclamarle que hablara de Nancy como si no existiera, lo vi un poco mejor. Sus ojos estaban húmedos, no porque estuviera a punto de llorar, a Antonio se le

habían quedado así, encharcados desde que la niña no regresó, y alrededor tenía arrugas, yo también. En tan poco tiempo nos habíamos hecho viejos, los viejos que se quedan solos cuando los hijos se van, aquí era cuando la hija desaparece. Mi familia se convirtió en soledad; mi esposo, que antes bromeaba cuando volvía a casa, que se reía en las comidas si visitábamos a su familia y amigos, se veía igual de demacrado y harto que yo.

El fin de semana no hubo señales de ella, hasta el martes. *Mandame dinero por favor kiero regresar.* Esta vez no le marqué para tratar de oírla, le respondí por mensaje: *Necesito que me digas en dónde, tu papá y yo vamos por ti, no puedo mandarte dinero, no tenemos.* Después dijo: *va a ser peor mandame el dinero estoy en monterrey kiero ir a la casa.* Ahora escribía con k, Nancy nunca había escrito así, pero no me quedaba más que confiar. *x favor mama x favor.* Respiré profundo y le dije lo que había pensado desde su primer mensaje, lo que investigué en la terminal de autobuses de Tlaxcala un día antes cuando hablé por teléfono: *Nancy, si tienes una credencial, la que sea, te compro el boleto aquí y lo recoges en taquilla.* Otro mensaje: *Pero necesito saber dónde estás para que en la terminal me hagan el favor.* Pasó un rato, respondió: *no es facil necesito el dinero depositame por x favor no voy en camion.* Después no respondió. Pasaron los días, casi una semana. La incertidumbre de su paradero, mi desconfianza, el remordimiento de no haber cedido si en realidad era ella y solo podía comunicarse así, de no decirle a Antonio. Revisé sus mensajes muchísimas veces, la forma en la que escribía, las faltas de ortografía, no usaba comas, sustituía letras, como cualquier otro adolescente, pero ella no era así, las cosas no me cuadraban, aunque le concediera mis dudas.

Me escribió varios mensajes una madrugada y me di cuenta hasta que eché el teléfono a la bolsa para ir al kínder. *una amiga me va a ayudar. estoy con una amiga. es buena no te preocupes. mama x favor mandame tres mil.* Volví a marcarle y otra vez me mandó a buzón. No le escribí, las certezas no llegaban, pero tenía que darle tiempo a lo que sucediera para tener claridad. Al final del día solo dijo: *wester union mi amiga se llama Juana Lopez Lopez estamos en san nicolas rapido.* Hice las cosas por impulso, no quería perder la oportunidad de conseguir que Nancy regresara a mí, tampoco había tiempo para pedirle más pruebas, era confiar o quedarme con las manos vacías como hasta entonces. En el kínder dije que tenía una

urgencia, no podría presentarme, fui al banco, mi nómina no llegaba completa porque estábamos pagando un préstamo, pedí semanas a cuenta de vacaciones, no había alcanzado ningún bono y se me acumulaban los descuentos como trabajadora del Estado, no me convenía sacar de la cuenta corriente. Fui a la caja de ahorro donde tenía lo que usaríamos para remodelar la casa y en caso de enfermedad, también el dinero de Nancy para la prepa y cuando entrara a Medicina, de ahí lo iba a tomar. Antonio y yo abrimos la cuenta a mi nombre, no como esposos, porque si sucedía algo urgente no podríamos ir los dos a retirar, por eso pude sacar el efectivo sin necesidad de la firma de Antonio en el formato familiar. Era temprano, me daba tiempo de manejar a Tlaxcala porque en Apizaco el único módulo donde podía depositar a Western Union estaba cerrado hasta nuevo aviso.

Llevaba casi cuatro mil pesos en la cartera, una angustia en todo el cuerpo, ganas de llorar que se manifestaban en un temblor de manos. Atravesé una de las avenidas principales de Apizaco para tomar carretera, pero pensé en Antonio y de repente tuve que orillarme y estacionarme unos minutos. Estaba haciendo eso sola, la soledad me aterraba y el miedo creció. Di vuelta en U y fui a buscarlo a la mueblería. Apenas me vio entrar, supo que algo andaba mal, que le mentía. Lo único que hice fue darle mi teléfono y que leyera la bandeja de mensajes recibidos. Estuvo sentado delante de mí mirando un buen rato la pantalla, el ruido de los mini componentes y los nuevos teatros en casa se metía por la ventana que conectaba el cubículo con el resto de la tienda y ese sonido solo hacía el tiempo más largo. Aquí sigue el dinero, le dije, con la voz entre temblores y llanto, ya no pude ir a depositarlo, tengo miedo. ¿Nunca te llamaron para pedir rescate?, preguntó. No. Entonces no creo que sea Nancy, vamos a esperar un poco, a ver qué pasa hoy o mañana tempranito, que siempre te escriben cuando estás en la escuela. Me tomó de la mano y entonces ninguno pudo hablar, en cambio se nos hicieron más surcos alrededor de los ojos, se nos marcaron las ojeras y sus lágrimas quedaron, como siempre, a punto de desbordarse sobre las pestañas de abajo.

mama x favor el dinero

kiero regresar a casa ayúdame

mama depositale a juanita ella es de confianza

no kieres que regrese????

es la ultima vez que te digo que me ayudes manda dinero ya

Dejamos los mensajes uno a uno sin contestar durante dos días. Después hubo llamadas perdidas, Antonio se había llevado el teléfono

por si sucedía eso, que quisieran hablar con alguno de los dos, ahora sí para negociar un rescate, y si Nancy estaba secuestrada, si nos la ponían en la bocina, pero solo marcaban una vez y colgaban, como un juego, como cuando los niños timbran afuera de una casa, salen corriendo y uno ni siquiera alcanza a verles las espaldas.

a su hija se la va llevar la verga

No hubo más mensajes ni tono en el celular de Nancy. Tratamos de establecer contacto llamando de otros teléfonos, pero fue inútil. Antonio tomó esa decisión y yo no estaba satisfecha, le decía que qué pasaba si era ella y alguien se había dado cuenta de que se comunicó con nosotros, escribió el mensaje de amenaza y le hacía algo a nuestra hija, que por favor, mandáramos el dinero por Western Union, quizá sí era Nancy y quería volver a casa, pero no podía. Otra vez estábamos en el lugar del inicio, solo que con más miedo y odio entre nosotros. Agotamos lo que nos quedaba de paciencia, fuimos con el celular a la policía de Apizaco, si no nos atendían ahí tendrían que decirnos a quién contactar en Tlaxcala, que rastrearan de qué antena se mandaron esas señales, quién era Juana López y qué hacía mi hija en Monterrey. El licenciado a cargo no está, van a tener que venir mañana, dijo una secretaria sin levantar los ojos de su máquina de escribir, pero que yo sepa, no han encontrado a nadie con esas características, aquí siempre se sabe porque yo soy la que llama a la ambulancia en caso de que sea necesario y no ha habido novedades. ¿Quién nos puede atender en Tlaxcala?, preguntó Antonio. Tenemos evidencia de algo importante para poder encontrar a mi hija. La mujer suspiró, no sabíamos si entre resignación, risa o lástima por nosotros: No lo sé, la verdad, vayan y hagan lo mismo que aquí, pregunten porque cada oficina se maneja diferente, pero cuando digan que ya hicieron la denuncia por desaparición aquí, los van a regresar. ¿Cómo le hacemos si ustedes no nos ayudan?, dije, molesta. Cada vez que venimos nos tratan peor, no es justo, ustedes no entienden. Entendemos, señora, toda la gente ahí afuera viene por algo, desde un pleito con su pareja hasta un asesinato, no están aquí de gratis, nosotros tampoco, pero si su hija no aparece, yo no puedo hacer mucho. Si quiere déjeme el nombre de la muchacha y el número de expediente, viene en la hojita que le dieron, se los paso al licenciado y si hay novedad, yo misma me comunico con ustedes o con quien corresponda. Ahora, por favor, dele paso al siguiente.

Antonio se levantaba temprano para ir a la mueblería. Semanas

después de la desaparición de Nancy, cuando nosotros como pareja empezamos a fallar, se iba antes y regresaba después. Yo tenía que estar en el kínder, donde la cabeza y los sentimientos me daban muchas vueltas, entre cuidar con desesperación a los niños o no querer verlos. Un jueves la subdirectora entró a mi oficina cuando estaba a punto de irme. Buenas tardes, maestra, vengo rapidito a preguntarle si quiere ir mañana a ver a las señoras de Huamantla, me preguntó por usted una de ellas ayer que hablamos por teléfono. Por el asunto de los mensajes y llamadas se me había pasado por completo ir a la reunión y tampoco me sentía con ánimos de estar ahí. Perdón, maestra, sí, mañana tengo la tarde libre, voy con usted. Qué bueno, me dijo, porque dice que va a llevar a su sobrina, ¿se acuerda que le comentó que tenía un hermano aquí en Apizaco?, el hermano tiene una niña que ya está en la prepa, creo que estudiaba con Nancy o iba en el salón de al lado. Me sorprendí por la casualidad, aunque en un pueblo como Apizaco, con tres secundarias, no es raro que todo mundo se conozca. Solo habíamos ido un par de veces a la secundaria y en ninguna sacamos algo claro sobre qué hacía mi hija o con quién podríamos hablar. La noticia que me dio la subdirectora fue el milagro que estaba esperando.

No fui sola, Antonio y yo seguimos el coche de la maestra en el nuestro, así Antonio se aprendería cómo llegar, por si después tenía que ir con él. Teresa nos dio la bienvenida, presentó a las demás como la vez pasada, su nietecita nos llevó café y pan dulce porque aquella tarde hacía mucho más frío por el cambio de estación. La señora con la sobrina comenzó a explicarnos todo: Mi hermano vive en Apizaco, ya le había dicho, y su niña va en la secundaria, acaba de pasar a segundo, pero tiene una prima, Zule, que pasó a la prepa, ella va a estudiar aquí en Huamantla, conoció, digo, conoce a Nancy porque iban juntas en el taller de corte y confección, por eso cuando le conté a mi hermano y estaba su cuñada ahí con la niña, Zule rápido se acordó. Mientras otra señora llamaba a las adolescentes, la que hablaba con nosotros nos dijo que es muy común que las niñas dejen de estudiar, eso pasa todo el tiempo, sobre todo en Apizaco y lugares más pequeños, en muchas escuelas ya no se les permite asistir cuando se juntan o se casan, así tengan diecisiete o dieciocho años; si es secundaria, les ponen trabas o las expulsan. Ahora sí, pregúntele, dijo la señora, anda, hija, dile lo que sepas, es mamá de tu compañerita.

Zule nos veía con la misma desconfianza que Nancy a todo mundo, ¿era un padecimiento de la adolescencia reaccionar así ante

los adultos? Seguramente yo había sido igual y lo olvidé veinte años, hasta que Nancy llegó a esa edad. Para que no se cohibiera, nos movimos a otro lugar de la sala ella, su prima, la tía, Antonio y yo. Zule, dije en voz baja, ando buscando a mi hija, tu tía dice que estaban en el mismo taller, ¿ibas en su salón? Por favor, dime lo que hayas escuchado porque nunca pudimos hablar con ninguna de sus amigas. Zule primero nos sostuvo la mirada en silencio, luego volteó a ver al suelo. En poco tiempo viviendo en Apizaco me di cuenta de que así respondían muchas niñas, primero retadoras o con desconfianza y después poniendo la barrera de la mirada de por medio. Yo solo iba con ella en corte y confección, contestó por fin, nunca nos sentamos juntas, a mí me gustaba sentarme en las mesas del fondo, donde la maestra no alcanza a ver, pero no compartíamos mesa. Nancy siempre estaba con Lucero, creo que Lucero le hacía la tarea y, la verdad, como nadie más se juntaba con Lucero y tampoco con Nancy, ellas estaban juntas siempre. Nos dijeron que era su única amiga, intervino Antonio, o de las pocas, de por sí Nancy no era tan sociable. Zule hizo un gesto con los ojos, uno que no se me va a olvidar porque aprendí a reconocerlo desde que los niños van al kínder: hartazgo. Pero cuando le preguntamos, continuó mi esposo, dijo que no sabía nada, y después ya no volvimos a buscarla, ahorita no sabemos dónde esté estudiando o si Nancy se haya comunicado con ella. Pues tampoco sé si siga estudiando en algún lado porque no terminó la secundaria, ella tampoco regresó a clases, respondió Zule. Antonio y yo intercambiamos miradas unos segundos, pero dejamos que Zule hablara. De por sí era mala para la escuela y se la pasaba diciendo que se quería ir a trabajar a Tlaxcala o Puebla, a lo mejor cuando Nancy dejó de ir, como ya no iba a tener con quién juntarse, se dio de baja, no sabemos, el caso es que no terminó. De Nancy sí se nos hizo raro porque igual decía que iba a entrar a la prepa del Poli, creímos que iba a acabar la secundaria en México cuando no volvió a la escuela, pero después vimos los carteles que pegaron afuera y supimos que estaba perdida.

Zule guardó silencio, no sabía por dónde seguir. Antonio habló: ¿Cómo era Nancy en el salón?, ¿les dijo algo más a ustedes? Zule hizo el mismo gesto de antes, se notaba que no se llevaban bien. Yo iba en el B, no tomaba todas las materias con ella, respondió, solo corte, por eso no sé, pero a Lucero se le pegaba todo el tiempo, ella a Lucero, no al revés, Nancy nunca hablaba con nadie y como que nos veía feo a todas, la verdad no quiero decir cosas malas de ella porque es su hija y a mí no me hizo nada, no éramos amigas, lo único que sé

es que no se llevaba con los demás, pero eso no significa que no nos hayamos asustado cuando en el salón todos oímos los rumores de que se la habían robado, que ustedes fueron a la escuela a preguntar porque no sabían dónde estaba ni dónde buscarla. Les juro que si mis papás estuvieran igual, ya se hubieran vuelto locos. Pero Lucero tampoco regresó a la escuela, dijo Antonio, más para él mismo que para Zule. No, de hecho, creo que la misma semana que Nancy, ahora que me acuerdo, porque hasta nos dio miedo, una de las chavas del salón decía que si se iba una tercera iba a ser mucha coincidencia, como cuando se mueren tres personas famosas al mismo tiempo. Nos daba miedo, no sé si ustedes vieron una película donde se pierde una amiga, otra la busca, o su hermana, no me acuerdo, y se pierden las dos y luego una más, así estuvimos varios días, hasta apostábamos, pero solo se fueron ellas dos, el curso terminó así. Zule, ¿sabes si Lucero tiene teléfono?, pregunté, aquella vez que quisimos que nos dijera algo no nos dio información, luego la directora no nos permitió hablar con otros alumnos, ya ni siquiera pudimos pegar más carteles. No, respondió Zule, que yo sepa no tenía celular cuando estudiábamos juntas, ahorita no sé porque ni siquiera sé si se fue a Tlaxcala. ¿Sabes dónde vive?, preguntó Antonio. Tampoco, pero puedo preguntarle a una chava que iba en su salón desde primero, a ver si ella sabe.

Zule volteó a ver a su tía y a su prima, como pidiendo aprobación para irse. Gracias, Zule, dije, de todo corazón, ojalá tu amiga nos diga algo. Quizá Zule iba a responder que tampoco era su amiga, a esa edad o son las mejores amigas del mundo o se tratan con absoluta indiferencia. Ella y su prima salieron, iban a esperar a su tía en la palettería de al lado.

Lo demás fue muy rápido, si es que se puede acelerar la ruta en un laberinto. La tía de Zule me llamó al celular de Antonio, su sobrina le dijo que no sabían dónde vivía Lucero, pero sí dónde trabajaba su mamá, por las mañanas iba de ayudante a una cocina económica que acababa de abrir cerca del Centro y por las noches rotaba en dos bares. Un poco antes de la una de la tarde fuimos a la cocina, pero ese día no estaba. Le insistí a Antonio en que la buscáramos esa misma noche en uno de los bares, pero dijo que no era necesario y sí más peligroso, así que volvimos a la cocina económica dos veces más hasta que dimos con doña Dulce. Deduje que tal vez éramos de la misma edad, pero físicamente ella se veía más cansada, delgada y a

la vez hinchada. Se acercó a nosotros a preguntarnos quiénes éramos y para qué la buscábamos. Somos papás de Nancy, la compañera de su hija Lucero, dije. Yo no conozco a ninguna Nancy, respondió. Señora, a lo mejor no, pero queremos hablar con su hija, Nancy no aparece desde hace unos meses y en la escuela nos dijeron varias personas que Lucero y ella eran, son, muy amigas. Otra vez la mirada que yo sabía identificar, en Dulce era igual de cruel y desesperante. Pues miren, yo no sé si Lucero tenía o tiene amigas, no sé si les debe algo, ya hace meses que no vive conmigo, vaya a saber Dios dónde está, ni siquiera llama para preguntarme si estoy bien o si me hace falta algo, a lo mejor está trabajando, o no, yo de mi hija no sé nada. Eso lo dijo molesta, casi furiosa, como si hubiéramos removido la costra de una herida que seguía viva.

Señora, pero si tiene su teléfono a lo mejor a nosotros nos contesta, podemos mandarle un mensaje antes, con suerte esta vez quiera hablar con usted, respondió Antonio. No tengo nada de Lucero, se fue, ya tiene rato, dijo Dulce, y como les digo, si le quedó a deber dinero a su hija, es asunto de Lucero, que se los pague, yo no puedo seguirme haciendo cargo de ella, ya está grande y sabe dónde se mete. No valía la pena repetirle que nuestra hija estaba desaparecida y habíamos ido a preguntar por Lucero, a ver si de casualidad sabía algo. No nos quedó más que darle las gracias por nada y salir de la cocina económica, donde otras dos cocineras nos veían con sospecha.

Cuando nos subimos a la camioneta Antonio empezó a pegarle al volante, tenía la piel de las palmas y los dedos tan roja que los bordes se veían blancos por apretarlos con furia. Yo también quería gritar y golpear cualquier cosa que tuviera enfrente, desahogarme de la rabia e impotencia, sacudirme ahí mismo como mi esposo porque las lágrimas a veces salían y otras no. Estábamos desesperados y hartos. Queríamos soltar todo.

Habla Lucero

Comenzó a hacer frío y el lugar donde más se sentía era el cuarto cueva de abajo. Después de que se fueron las primas llegó otra muchacha, se veía mayor que yo, no hablaba mucho español, yo no entendía qué era lo que hablaba, tampoco Nadia ni las otras dos; no nos quería decir su nombre, así que le pusimos China, por el pelo rizado. La China entraba y salía a la misma hora que las demás, siempre de noche, sin decir una palabra, ni siquiera cuando comíamos. Con el paso del tiempo empezaron a darnos mejor comida, el Negro decía que si seguíamos comiendo pan, tortas y coca nos íbamos a poner gordas y así no servíamos. No se daba cuenta de que el pan y la coca solo nos estaban haciendo más flacas, nunca teníamos energía y si respirábamos profundo se nos marcaban todas las costillas, pero yo no dije nada, solo moví la cabeza y al día siguiente nos dieron pollo asado, esa fue la dieta, un pollo y medio y muchas tortillas y dos bolsitas de frijoles negros para las cinco. ¿Qué le darán a la princesa?, me preguntó Nadia un día. También pollo, a veces fruta, yo le he subido unas cuantas, respondí. ¿Y no se las robas?, ni ha de comer, va a matar de hambre a su pulga y a ella también, de paso, dijo Nadia. Acuérdate de que si le robo algo, me pegan, yo quiero irme de aquí entera y no en cachitos. No debí decir lo último porque la China lo entendió y puso cara de muerta, a nosotras solo nos dio risa.

Yo salía más del cuarto, a veces pasaba todo el día afuera hasta que tenían que encerrarme por la tarde, como a un perro guardián. Me quedó muy claro que no valía la pena tratar de escaparme, todas las ventanas, que solo daban al monte, tenían protectores, y las idas al pueblo eran con el Negro, siempre hecha bolita y con un cobertor encima. Ahora tienes que estar más pendiente de Rubí, me dijo Beto un día, pobre de ti que le pase algo porque te lo cobro. Le subía la comida, a veces yogurt y manzanas, pero tenía prohibido comerme lo que dejara, eso era para el Gordo, y si me cachaba con olor a comida

ajena, me pegaba, tenía que ser muy discreta cuando me metía las sobras de sándwiches a la boca. En unos meses yo había aprendido mis lecciones: callarme y hacer lo que me ordenaran. Así estábamos todas, menos Nancy, pero yo no entendía por qué se había embarazado, ¿era tonta, la obligaron?, cómo iba a tener un niño ahí. Una de las primeras veces que me dejaron a solas quise hablarle, preguntarle cómo estaba o que me dijera por qué no hacía nada para irse, si cuando llegamos ella salía más con Beto y la trataba mejor, pero el Gordo no se había despegado de la puerta, se dio cuenta de que dejé de limpiar y apenas alcancé a preguntarle cómo se sentía, entró y me sacó del cuarto a empujones. Nadia y yo platicamos mucho de eso una noche que nos quedamos solas, nos asustamos porque teníamos la idea de que un día todas ahí estaríamos embarazadas. No sé cómo no le han sacado el hijo a golpes, dijo Nadia, aquí todo lo arreglan así, ellos y los que vienen. A Nancy no la tocan, dije, pero tampoco la sueltan, así que estamos igual.

De por sí Nancy no me hablaba, hacía como si no nos conociéramos, como si ella no se hubiera juntado conmigo en la escuela, aparte de muda era tonta y tenía amnesia. De repente se le olvidó que por mí había conocido a Beto y a mí me daba coraje que Beto no me llevó porque le hice algo malo o de verdad le debía mucho dinero, sino para cuidar a Nancy. Llevábamos meses encerradas y era muy raro cómo se portaba con las demás, falta una pieza del rompecabezas, decía mi mamá cuando un asunto no le cuadraba, ahí faltaban casi todas, pero oí algo que me sacó de onda. Una noche tuve que salir a limpiar el cochinerito que dejaron dos hombres que se encerraron con la China en un cuarto, y estuvo feo porque a la China no la vimos hasta varios días después, que llegó muy mal y no se quería levantar ni para comer. Mientras limpiaba el cochinerito oí a Beto regañar a Nancy: Estás muy pendeja, le dijo, no te he sacado cuentas de todo lo que me debes, y más con la panza que traes. Me dijiste que ibas a regresarme a mi casa, respondió Nancy. Yo no te voy a llevar a ningún lado, pinche pendeja, te quedas aquí hasta que me sirvas, y si sigues chingando, te pongo a trabajar como las demás, con todo y tu panza, aquí solo estás de reina sin hacer nada. Beto salió del cuarto de Nancy y no se dio cuenta de que yo estaba escondida a un lado de la puerta del baño, oyendo. Ahí todas debíamos algo por lo que había que pagar, Nancy estaba embarazada, por eso ninguna estaba mejor que otra, solo que como ella no hablaba con nadie, no sabíamos cuánto debía ni que a lo mejor Beto le había prometido que también iba a soltarla.

Nunca fui buena para fijarme en esas cosas porque nunca había convivido con una embarazada. Cuando una prima se embarazó, luego luego la casaron y la mandaron a vivir con su suegra, por eso no sabía cuánto tiempo tenía Nancy, pero se veía como una niña con un cojín en la panza, seguía teniendo la cara de alguien muy chica y esa panza parecía de enfermedad y no de embarazo. Era tan chica, que por la deformidad la ropa dejó de quedarle, mis pants le quedaban bien de la cintura, pero muy largos, usaba camisas de hombre que parecían batas, pero sin pantalones y pasaba mucho frío. Un día, era muy temprano, Nancy no pudo más y se quejó. Yo estaba en el baño que usábamos las de abajo y el Negro me tocó la puerta: Apúrate, pendeja, en chinga, que vamos a salir. Me apuré, ni tiempo me dio de secarme bien porque cuando él decía vamos yo no me podía tardar ni un poquito, aunque estuviera sentada en la taza, entraba a sacarme del pelo. Solo pude ponerme la sudadera de siempre y los tenis, que ya se habían amoldado a mis pies o mis pies ya no sentían tanto dolor con ellos, y Nancy estaba parada con el Negro junto a la puerta. Ella salía más con Beto, no mucho y tampoco sé cómo ni a dónde, pero salían, solo que desde que se embarazó ya no, así que llevaba un buen rato sin que le diera el sol, igual que nosotras.

Nos subimos a la combi, pero Nancy no pudo hacerse bolita, le estorbaba la panza, así que se acostó boca arriba apoyando su cabeza en mis piernas y la tapé con el cobertor, eso fue lo más cerca y por más tiempo que habíamos estado desde que Beto se apareció en nuestras vidas, no como cuando la ayudaba a cambiarse y parecía que mis manos le daban asco, o un día que le ayudé a bañarse porque estaba muy mareada y no podía sostenerse. Así de cerca me di cuenta de que su corazón latía muy fuerte, a lo mejor era el mío o el de las dos, quizá tenía miedo o ya sonaba también el corazón de su hijo y eran los tres y solo en ese momento pude darme cuenta. Yo sabía hacia dónde íbamos, ya podía calcular el tiempo en el camino de terracería, en la carretera, cuando el Negro bajaba la velocidad porque estábamos entrando al pueblo y debía ir lento y detenerse a cada rato para dar el paso; también oía de lejos algunas voces, canciones, el pitido de los carros y cuando se escuchaba un anuncio de Telcel y otro de Elektra era porque ya habíamos llegado. Pónganse las gorras, ahí están en un rincón, y tú agárrame a esta, cualquier cosa que le pase, va a ser tu responsabilidad, me ordenó el Negro.

Llevé a Nancy del brazo, no tan fuerte como con las otras porque me daba miedo lastimarla, lastimarle al hijo o que gritara y el Negro me diera una cachetada. Había gente en la papelería, señoras, niños,

estaba lleno y mientras pasábamos, una señora me dijo: Ay, hija, con cuidado. Sentí una punzada muy fuerte en el estómago, pensé que después de tanto tiempo en la casa del monte ya no me iban a dar ganas de llorar así nada más de sentimiento, pero me dieron, de repente me acordé de muchas cosas, de mi mamá, de mi hermano, porque a mí ella me decía Lucero, pero a él siempre le dijo hijo. Trataba de no pensar tanto en él cuando los otros estaban molestos porque entonces sí se me llenaban los ojos y el corazón de lágrimas y no podía dejar de ser fuerte, tenía que aguantar. Cruzamos la cortina de tela del pasillo, el Negro tocó la puerta metálica y alguien nos abrió. Así que esta es la chamaca, dijo la madrina, pásenle rápido. Se las dejo un rato, tengo que ir a ver a mi padrino, avisó el Negro antes de irse.

¿Ya sabes de cuánto estás?, preguntó la madrina. Nancy movió la cabeza. Ustedes nunca saben nada, ni para acordarse cuándo encargaron sirven. Ahí está la caja, todo lo que hay ahí es nuevo, acaba de llegar, dijo la madrina, saca lo que te quede y de paso llévale algo a las otras. Comenzamos a buscar en silencio, ni siquiera nos veíamos entre nosotras, la señora empezó a recoger las tijeras que tenía sobre una mesita, también había una navaja chiquita y unas pinzas, metió todo a un cajón y le puso llave. Casi no había nada que le pudiera quedar a Nancy, estaba muy chaparra y muy panzona, comenzamos a escoger playeras grandes y solo encontramos un pantalón que quién sabe si le podría cerrar. De repente alguien tocó la puerta varias veces, la madrina fue a abrir, eran una señora y Conchita. Como nunca había ido con Nancy y creo que la madrina tampoco la conocía, me asusté, yo no sabía quién era esa señora, qué podía hacer Nancy para meterme en problemas. Comadre, les traje a la niña, salieron temprano. Gracias, comadre, le respondió la madrina, como si nada, hasta le dio un beso en la cabeza a Conchita, está fresco allá afuera, ¿verdad? Bastante, le respondió la señora, oiga, ¿cree que me pueda atender ahorita? Ahorita mismo no, comadre, vamos de salida, dijo la madrina, pero regrese como a las cuatro, con gusto.

Nancy yo seguíamos buscando cosas dentro de la caja, vi cómo se tapó la panza con la ropa y yo enseguida bajé la mirada, no quería que la señora nos dijera algo, aunque siempre que veía a un desconocido me daban ganas de gritarle que por favor nos ayudara porque nos habían secuestrado, en ese momento quería decirle que Nancy estaba embarazada, nos urgía que nos sacaran de ahí. Cúdense, muchachas, vengo luego, comadre, dijo la señora y salió.

Conchita sacó un cuaderno de su mochila, la lapicera y se sentó junto a su madrina. Ahorita vengo, Conchita, quédate con Lucero y Rubí, ya sabes, ¿eh?, y ustedes ya saben, cuidadito cualquier cosa, porque el Negro está en el piso de arriba. Conchita encendió una radio muy chiquita que estaba junto a ella y movió su silla a un lado de la puerta, volteé a verla, coloreaba o hacía su tarea. Nancy, podemos irnos, susurré, o vete tú sola, haz algo. Nancy me miró, sus ojos, que a todo mundo le parecían bonitos, a mí me dieron coraje porque solo me veía sin decir nada, ni sí ni no, no movía la cabeza, ya no buscaba ropa en la cajota, nada más me miraba. Aunque sea tú, corre, pídele ayuda a alguien. Empezó a sonar una canción en inglés y Conchita le subió el volumen, escuché que más o menos se la sabía. Vete con tu bebé, susurré, y entonces me vio con el mismo odio con el que yo la veía después de que alguien me pegaba por su culpa. Conchita cambió la estación y puso una donde sonaba música grupera, esa canción también se la sabía.

Nancy se levantó, me veía con coraje, Conchita dejó de dibujar y se nos quedó viendo a las dos, Nancy de pie y yo en el suelo, sacando los brazos de la caja. La panzona respiró hondo y caminó hacia la entrada hasta que se sentó en una de las sillas a un lado de la puerta, en eso entró la madrina, me di cuenta de que nos había abierto por fuera con una llave que tenía en un collar largo. ¿Ya te duele la espalda?, le preguntó a Nancy, cansa cargar con una panza, y te vas a cansar más cuando salga, esto no es nada. Toma, llévate estos, dijo la madrina y le dio una bolsa, Nancy sacó tres pantalones de elástico, eran muy feos y me dio mucha risa, pero tuve que voltear hacia el suelo para aguantarme. A ver si te sirven hasta cuando vayas a reventar. Conchita salió del salón y la madrina me dio otra bolsa. Coman de una vez, que me da lástima verlas tan flacas, si se enferman no va a haber quien las atienda. No me dio pena tragarme los tacos uno tras otro así sin agua ni coca ni café o atole para el frío, quería lamerme los dedos y los codos cuando una gota de grasa me escurrió, pero mejor la limpié con ropa de la caja. Nancy, como siempre, de melindrosa, me comí sus sobras, ya no sentía pena de eso y pensaba que en un mes más en la casa del monte ya no tendría pena de ninguna otra cosa.

Sonó la puerta. La madrina abrió, era el Negro. Órale, pendejas, hay que irnos, recojan sus porquerías porque es tarde y hay que trabajar. ¿Ya hablaste con tu padrino, hijo?, preguntó la madrina y también le dio una bolsa con platitos de tacos al Negro. Sí, madrina, puros problemas, que le cuente él, yo paso a verla mañana o pasado.

Dios te guarde, hijo, bendiciones a tu camino. Nos pusimos las gorras y salimos en fila, como siempre, la papelería ya estaba vacía, en la calle hacía frío, sonaba la misma canción del Elektra y la tienda Telcel. No hubo tiempo para que me diera un poco la luz del sol en la cara, o no había sol o ya no lo sentía ni aunque me pegara directamente porque todo mi cuerpo estaba helado siempre.

Cuando llegamos a la casa en el monte primero se bajó Nancy, yo iba detrás de ella cargando las bolsas. El Negro abrió con tres llaves las tres cerraduras y entramos. Ni siquiera tuve tiempo de dejar las cosas sobre una mesa o en el suelo cuando el Negro me jaló del brazo. ¿Qué fue lo que te dije?, me preguntó, no sabía qué me había dicho, siempre me decía lo mismo, pendeja esto y pendeja lo otro, que cuidara a Nancy, pensé, aunque no abrí la boca, solo moví la cabeza un poco como tratando de recordar. Que qué te dije, pendeja, repitió el Negro cuando me dio la primera cachetada. Luego otra, cuando la cara ya me ardía, y otra, varias del lado derecho, del izquierdo, pendeja, hija de tu pinche madre, no te mato porque no puedo, pero te vas a acordar de mí, que si te doy una orden es para que la cumplas, y luego dejé de oír lo que me decía porque ya estaba en el suelo recibiendo sus golpes uno tras otro, sus zapatos en mi espalda y en las costillas, mi mano bajo uno de sus pies y yo ya no oía nada.

Y para la próxima que vuelvas a decirle a una que se escape, te voy a cortar en cachitos, pendeja, todavía no me conoces.

La gente piensa que se puede dormir con dolor de cuerpo. De niña yo creía que si me dormía se me pasaba el dolor de panza, a veces sí, casi siempre no, solo si mi mamá me daba una pastilla. Pero dormir con el dolor de los golpes es imposible, no puedes respirar, sientes los huesos hechos piedritas, te arde la piel peor que si te hubieras quemado, hasta los cobertores pesan el doble o el triple porque tienes el cuerpo hinchado, de otro color, morado, verde, rojo, con costras. Nadia me preguntaba si quería que me ayudara a comer, podía cortarme las tortas o darme el pollo en trocitos, pero mi cuerpo no sentía hambre, solo dolor, ni siquiera podía tomar agua porque me dolían la garganta y los dientes. Cuando Beto se asomó a verme no me preguntó nada, le dijo a la China que ella iba a lavar los baños de arriba y abajo y Nadia, que llevaba más tiempo, iba a estar al pendiente de Rubí. A mí nadie me preguntó ni cómo me sentía ni qué había pasado, si de verdad dije lo que le dijeron al Negro; a veces me daban ganas de que me lo preguntaran para responder que sí, yo le

había dicho a Nancy que se fuera corriendo y nos ayudara a todas o solo se ayudara a ella misma, pero Nancy jamás nos iba a hacer algún paro. Tal vez Nancy fue la primera en darse cuenta de que ya no íbamos a salir y por eso se aguantaba todo, hasta la panza con el hijo dentro; quizá le bajó todas las rayitas a su chocantería cuando supo que estábamos secuestradas y ellos podrían hacer lo que quisieran con nosotras, pero yo no sabía porque ella había dejado de hablarme y ni siquiera tenía fuerzas para tratar de irse y salvarse con todo y su hijo.

Me quedaba en el cuarto cueva sola casi todo el tiempo, las otras dos muchachas estaban arriba, solo llegaban a dormir, aunque luego sospeché que las sacaban de la casa del monte, y ni cómo averiguar porque no hablaban con nadie. Un día escuché un motor como de coche de carreras y música de banda. Me asusté, cerré los ojos como si así pudiera oír lo que pasaba, pero solo escuchaba música, el ruido se había quedado fuera de la casa. Así estuvo un rato hasta que el vehículo arrancó y el sonido se perdió poco a poco. Esa noche no pasó nada, le pregunté a Nadia quién había llegado o qué sabía y dijo que nada, lo mismo de siempre, los señores que van un rato, fue todo lo que respondió porque se quedó dormida del cansancio.

Conocí a Toro hasta que salí de la cueva para volver a limpiar donde Isra y el Gordo me dijeran. Ya identificaba el ruido del motor con su música de banda, y una tarde, antes de que me encerraran otra vez, oí su voz mientras hablaba con Beto: Ya te dije que si quieres entrarle, le entres, yo te ayudo, solo dame la comisión y agrandamos el negocio. Lo voy a pensar, primo, ahí te digo. Lucero, llévate eso para que cenén, me ordenó Beto y vi a Toro de frente, era como Beto pero mayor, rapado, moreno, flaco, vestido como norteño y hasta con sombrero, pero hablaba igual que Beto, que Isra, que el Gordo, como todos nosotros, entonces no era norteño, solo estaba disfrazado. Órale, y a esta qué le pasó, dijo, riéndose de mí cuando me dio una bolsa, no ves que así no sirven, primo. Esta de por sí no sirve, respondió Beto. Me quedé parada un momento mirando al suelo, Beto abrió la casa y apenas pude ver el vehículo, era una camioneta grande, como una Jeep pero más grande y cuadrada, con foquitos redondos arriba. Sabía que mi oído ya reconocía los coches chicos, la combi, una camioneta de rancho de unos señores que siempre iban y ahora esta, me estaba haciendo experta. Le subí la cena a Nancy y bajando oí que Isra decía: Si quieres que nos asociemos, nos asociamos, pero yo no me voy a arriesgar si no nos pagan más, ahorita nos va bien, podemos dejarlo así. Y nos va a ir

mejor, contestó Beto, él le sabe, es el bueno en esto.

El cuerpo me dolió como dos semanas, los golpes tardaron más en desaparecer. Las dos muchachas ya no regresaron y solo nos quedamos la China, Nadia y yo, pero en esos días llegó otra, a ella le pusieron Perla y así le decíamos nosotras también porque nunca nos dijo su nombre, tampoco nos hablaba, solo sabíamos que era de Tenancingo, el pueblo de al lado de donde vivía la madrina y que tenía quince años, los ojos café claros como las primas, que quién sabe dónde andaban y cómo les había ido. Perla se la pasaba hojeando las revistas que yo bajaba del cuarto de Nancy, dormía poco y no comía con nosotras, guardaba lo suyo debajo de las cobijas o de la almohada que había pasado de cabeza en cabeza. Luego supe que Toro la había llevado a la casa. Me imaginé que, como nos pasó a Nadia, Nancy y a mí, él anduvo con ella, se la robó y la escondió ahí para ponerla a trabajar. Cuando regresé de vivir con mi familia en Huamantla mi mamá ya no era la misma, me decía que si no terminaba la escuela, además de burra, me iban a tener trabajando en la calle. Yo creía que vendiendo cosas, ese era mi miedo, pero todo se puso peor, nadie me advirtió que cuando te amenazan de niña debes tener cuidado porque las cosas sí suceden, la vida termina mal aunque vayas a la escuela, le dije a Nadia antes de dormirnos.

Una vez estábamos encerradas las tres en la cueva e Isra nos llamó. Vénganse a la cocina, rápido. El estómago y el pecho me dijeron que no iba a pasar nada bueno, pero no estuvo tan mal. Nancy no bajó, solo éramos nosotras con Isra, el Gordo y Beto. Mañana tú y Perla van a salir, viene por ustedes el Negro, y ya sabes, eh, si se te ocurre abrir la boca o hacer algo, te va a ir peor, yo no me voy a meter cuando el Negro te lo cobre, me dijo. Van a ir a un pueblo, y quiero que todo salga bien, Lucero. No sabía de qué estaba hablando, solo moví la cabeza, le contesté que sí y me senté en el suelo junto a las demás. Ahora a tragar, sírvanse, ordenó, y puso una bolsa de tamales sobre la mesa, estamos celebrando.

Perla era pequeña, apenas me llegaba al hombro, y con tacones subía unos centímetros, pero seguía viéndose chiquita, como todo su cuerpo. Se veía más pequeña y un poco ridícula con el vestido que Isra le dijo que se pusiera, no importaba si afuera hacía frío, después de un rato no lo iba a sentir. Las dos nos pintamos los labios de rojo,

los ojos de azul, nos pusimos delineador, ella me lo puso porque yo casi no sabía y estando ahí había perdido la práctica, y así nos subimos a la combi con el Negro, que me vio como si unas semanas antes no me hubiera agarrado como costal de boxeador. Calculé el recorrido de siempre: camino de terracería, carretera, pueblo, pero algo estaba cambiando, el tiempo que tardamos atravesando las calles del pueblo fue más que la vez pasada, después volvimos a salir por no sé dónde, pero sentí que era camino, como el de la casa del monte. Empecé a oír música muy fuerte, música para bailar. Ya llegamos, dijo el Negro, no te separes de Perla, si no, ya sabes. Y pobre de ti que andes de hocicona.

La casa también estaba en un rancho, hacía muchísimo frío, mis dientes chocaban entre ellos, Perla también tenía frío, pero el Negro no nos dejó bajar nuestras sudaderas, teníamos que quedarnos nada más con los vestidos. Volteé a ver lo más que pude para identificar cualquier cosa, había muchos coches, camionetas, a lo lejos se veían las luces del pueblo, cerca de la casa había uno de esos corrales para caballos o no sé cómo se llame eso donde viven los caballos y toman agua las vacas, y a un lado estaba la camioneta cuadrada de Toro, con sus llantas gigantes como de tractor. En la puerta había un hombre igual de gordo y grande que el de nuestra casa, nos revisó y nos dejó pasar. Cuando entramos había muchos hombres, mujeres vestidas como nosotras, pero éramos las más jóvenes, Perla se veía como una niña entre todos ellos. Toro saludó al Negro de lejos y le dijo que fuera adonde estaba. Se portan bien, pendejas, me susurró el Negro, nadie sale de aquí.

La música era fuerte, salsa o cumbia, no sé cuál es cuál porque ninguna me gusta y son lo mismo. Las otras mujeres bailaban con los señores, Perla apretó mi brazo, pero me la solté cuando uno fue por ella para bailar; yo tenía la mirada del Negro encima y algo me decía que si no lo obedecía a él o a cualquiera me iba a ir peor que antes. Otro señor me agarró y también quiso bailar conmigo, aunque yo no sabía cómo hacerlo, pero lo hice. Se paga por adelantado, dijo Toro cuando se acercó a los dos, ellas vienen conmigo. Los señores solamente se rieron y siguieron bailando. Luego otros dos, y dos más, con el dolor de mis pies por unos zapatos que no sabía usar, con el frío que me congelaba las piernas y los brazos, que me hacía un nudo en el estómago, pero yo seguía bailando, a pesar de las ganas de orinar o de quitarme los zapatos y salir corriendo. Perla también, aunque las dos no aguantáramos el dolor y sintiéramos asco de las manos, la saliva y el olor de esos hombres, aunque el asco se

controla, una se acostumbra a pesar de que no se va. Son de muestra, compa, decía Toro con su acento que no era suyo, lo demás lo tenemos ya sabe dónde.

Iba a contarle a Nadia que vi más mujeres, que había muchos hombres y no se cansaban de estar borrachos, todos querían bailar con nosotras, darnos dinero, pero el Negro y Toro no los dejaban, aunque siempre les decían que se pagaba por adelantado, que cualquier cosa ya sabían dónde encontrarnos. Que tuvimos que pedir permiso para ir al baño porque nos costaba trabajo aguantarnos con tanto frío, que nos dolían los pies y queríamos sentarnos un minuto, que después de un rato, como dijo el Negro, el frío se había ido, pero no era cierto, porque solo se convirtió en dolor, que todo mundo rompía vasos y botellas porque no dejaban de tomar y borrachos todos son ciegos, menos Toro y el Negro, que tomaron agua y coca y nunca nos quitaron la vista de encima y era como si nos dijeran que no íbamos a salir de ahí porque era una pesadilla y de una pesadilla nadie despierta solo porque sí. El Negro nos encerró en la combi antes de subirse porque se quedó hablando con Toro, que también ya se iba. Si no hubiera una fiesta en ese rancho solo habríamos oído el ruido de los grillos porque por ahí no pasaban los coches. Yo vivía por aquí, ese pueblo que ves ahí es San Pablo del Monte, y del otro lado de la carretera, más hacia allá está Tenancingo, yo soy de ahí. No quise responderle, aunque quería preguntarle por qué estando tan cerca había ido a parar con nosotras, para qué, si iba a responderme lo mismo: Yo andaba con Toro, era mi novio, me trajo aquí y ahora no me hace caso.

Unos días después llegó otra muchacha, ya éramos ella, la China, Perla, Nadia y yo en el cuartito cueva. Cuando las demás volvieron a ver a Nancy casi no la reconocieron, su cara parecía la misma, pero la tenía más redonda, estaba cachetona a pesar de que casi no comía, tenía las piernas y los brazos delgados, pero sus pechos estaban muy redondos, no usaba brasier porque ninguno le quedaba, la panza se le veía muy hacia adelante y tenía una bola en el ombligo. La nueva sabía que Nancy vivía arriba, pero no la conocía, cuando la vio quiso tocarle la panza, pero Nancy no se dejó. Otra vez estábamos en la cocina, todas sentadas en el piso menos Nancy, nos habían llevado tacos y de ellos solo Isra se quedó con nosotras, ni siquiera el Gordo, pero no nos hablaba, nos aventó la comida y subió las escaleras. El Gordo tampoco nos hizo caso cuando relevó a Isra, leía su periódico, era domingo temprano, había llovido mucho toda la noche y hasta granizó. Yo sospechaba que nos darían una noticia, como siempre

que nos hacían comer a todas juntas en el suelo para mostrarnos quién manda y que las cosas se hacen así, a su modo, pero no, ni siquiera eso, solo nos dieron los tacos y atole, si estaban celebrando algo, era entre ellos.

¿Sabes qué va a ser?, preguntó la nueva. Las demás volteamos a ver a Nancy, nadie hablaba con ella, a veces solo yo para preguntarle si iba a comer o si ya había acabado, y menos se hablaba de su barriga, ahí no se pronunciaban las palabras bebé y embarazo porque la panza de Nancy no significaba eso, no quería decir que ella fuera a ser mamá, aunque sí. Movié la cabeza sin dejar de sacarle pellejos a su taco. Tengo un anillo, puedo hacerte la prueba, dijo la China, tiene que ser con un pelo tuyo. Las demás no sabíamos qué decir o hacer, no entendíamos qué pasaba y cómo se atrevió a decir eso, si ya llevaba unos días con nosotras y debía entender que Nancy era distinta. Lo raro fue que Nancy se soltó el chonguito, que era muy pequeño como toda ella, y se sacó un pelo para dárselo a la nueva. El Gordo estaba entretenido en lo suyo, oía que hablábamos, pero qué le importaba, ninguna iba a dar lata solo por hablar. La nueva metió su anillo en el pelo, lo amarró y lo puso sobre la panza de Nancy, el anillo no se movió, a las demás nos dio risa, pero no nos reímos, ahí estaba prohibido reírse, por eso sí nos podían pegar o castigar. De repente, el anillo comenzó a moverse en círculos, primero chiquitos y luego más grandes, con más fuerza. No lo estoy moviendo, solito gira, susurró la nueva. Rubí, vas a tener una niña, tu bebé va a ser niña.

Yo no había pensado en lo de Nancy hasta que la vi muy panzona, con los pies hinchados, ojerosa, flaca de los brazos y las piernas y con mucho sueño. La nueva dijo que a su hermana le pasó lo mismo, mientras la panza le crecía ella se hacía más y más flaca, los bebés eso hacen, sabes que existen y te destrozan, dijo. Nancy no bajaba y a veces yo le ayudaba a ir al baño porque si se sentaba no se podía parar y si algo le pasaba iba a ser mi culpa, pero con las demás las cosas continuaron igual, no se fue ninguna y tampoco llegaron más, al menos no hasta aquella vez que todas salimos de la casa. No sé si fue fin de semana, seguramente, yo ya había perdido la cuenta que tenía con las revistas porque Nancy ya no las leía mucho, entonces le compraban menos o a veces pasaban dos o tres semanas y no le compraban nada, Perla y la nueva se aburrían leyendo las mismas que seguían apiladas y húmedas. Se me van ahorita con el Negro, todas, en chinga, y tú ya sabes, Lucero, de tu cuenta corre que estas

no hagan una pendejada, me dijo Beto. Las cinco volteamos a vernos, no sabíamos qué pasaba, nunca salíamos más de tres juntas, menos un viernes o sábado que llegaba más gente a la casa.

Nos subimos a la combi, como siempre, nos echamos encima dos cobertores y reconocimos el camino de terracería, la carretera, las calles con el ruido de la gente, hasta que nos estacionamos en la papelería de los padrinos del Negro. ¿Ya se logró, mijo?, preguntó la madrina, que esa vez nos abrió la puerta del negocio e iba caminando detrás de nosotras en la fila. Ya casi, madrina, a ver si pega, respondió el Negro. Dios quiera, hijo, Dios quiera. En el salón de belleza estaban la güera y otra muchacha, pero la madrina dio las órdenes. Las van a maquillar de dos en dos, ustedes mientras busquen en esa caja qué ponerse, vestidos y zapatos, van a ir a una fiesta. Hay otra caja en el baño, Lucero, que alguien te acompañe, y escójanles algo. Una fiesta. Pensé en la misma del rancho, estábamos cerca, por eso el Negro y Toro dijeron que solo éramos la muestra y se pagaba por adelantado. Apúrense, que en un rato vienen por ustedes y no vamos a mandarlas así de jodidas. A mí nunca nadie me había arreglado para una fiesta, menos en un salón de belleza, pero hubiera deseado que eso no me pasara, yo de chica me imaginaba otras cosas, no lo que estábamos viviendo. Ninguna decía nada, podía llamarnos mucho la atención el gabinete con las pinturas de uñas y los brillos o las sombras también con brillos, pero teníamos miedo y no queríamos estar ahí. En el espejo parecíamos otras, vestidas y maquilladas, con accesorios, en las películas las actrices se toman una foto así para ir al baile y se ven contentas, nuestra foto en el salón de belleza no era de película.

Alguien tocó la puerta. La comadre abrió y era Toro. Madrina, buenas, buenas, qué bien nos las dejó, felicidades. Trabajo de la güera, mijo, ¿ya están listos? Hoy se arma, madrina, ya mañana que le cuente el Negro, ámonos. Sí, pero se van conmigo, conmigo vinieron, dijo el Negro cuando entró. Aquí el contacto soy yo, nos vamos todos juntos, traigo otra camioneta, respondió Toro. Nadia me agarró de la mano, como yo se la agarraba a ella cuando llegué a la casa del monte y no se la solté ni un momento hasta que Toro ordenó que nos subiéramos. Era una camioneta más grande, como de guarura, negra, nosotras cinco íbamos en los dos asientos de atrás y ellos adelante. Con seguro para niños, no se vayan a poner pendejas, dijo el Negro.

Toro puso música de banda a todo volumen. Nosotras atrás por primera vez íbamos sentadas, no echadas en el suelo apestoso con

una cobija encima, y se sentía muy bien y cómodo. La camioneta atravesó varias calles del pueblo, pude verlo mejor, no era tan grande como Apizaco, la bocina que siempre ponía anuncios de Elektra y Milano estaba afuera de una pollería y la del Telcel sí era de tienda de celulares. A esa hora varios negocios ya estaban cerrando, había poca gente en la calle y algunos volteaban a ver la camioneta porque la verdad sí era muy bonita, se veía nueva, como si alguien importante viajara en ella. Salimos a carretera y luego de un rato no llegamos al rancho de la vez pasada, la carretera seguía y seguía, pasaban pocos coches, después muchos tráilers, todo estaba oscuro. Toro y el Negro no nos decían nada, ni siquiera nos veían, estaban atentos al frente. Tardamos mucho tiempo así, yo no me acordaba cómo era el camino a Tlaxcala, a lo mejor nos llevaban allá, de repente comenzamos a ver las luces de la ciudad y eran muchas, llenaban todo, pensé que estábamos en Puebla hasta que vi que decía México 23. No sé si las demás se dieron cuenta, unas iban con los ojos muy abiertos, tal vez, igual que yo, porque desde que estaban con ellos no habían salido tanto, y dos iban dormidas porque nosotras siempre nos sentíamos cansadas o adoloridas y el sueño no alivia, pero una cree que sí.

Pasamos una caseta, ya había más coches, la camioneta era más alta que los demás vehículos y yo sentía que podía ver desde un poco más arriba a los que iban dentro de esos coches, los miraba en silencio, qué podía decirles para que me tomaran en serio, qué podía hacer sin que Toro y el Negro se dieran cuenta. Nunca se podía hacer nada. Quería que me leyeran los ojos y nos ayudaran, pero con ellos en la casa del monte aprendí que ni siquiera esos milagros nos sacarían de ahí. Era la primera vez que iba al Distrito Federal, no sabía cómo era, pero en la televisión había aprendido algunas cosas: el circo que está en Buenavista, los estudios Churubusco, el Ángel de la Independencia, el Castillo de Chapultepec, mi hermano cantaba una canción del metro Balderas, mi mamá un tiempo vendió cosas que le llevaban de Tepito, había casas grandes en Las Lomas y estaba segura de que sabía más cosas, podía hacer una lista muy larga de todo lo que me había aprendido de la ciudad viendo la tele, pero en ese momento era como si mi mente se hubiera quedado en blanco, de la emoción o del miedo, los dos se parecen tanto que a veces una no sabe cuál es cuál o si van juntos. Vi a las otras y también estaban alucinadas viendo por la ventana, pasábamos por debajo de puentes enormes llenos de grafitis, aún había gente en la calle vendiendo cosas, muchachos que limpian parabrisas, personas que entran y salen de todas partes, gritos, niños en los semáforos y los cláxones

suenan al mismo tiempo, la gente caminaba bajo una lluviecita que a nadie le importaba.

Nos metimos por calles apretadas, los negocios decían hotel, venta de productos de limpieza, ferretería, autopartes, tornillos y más, eran tantos negocios unos encima de otros que no podía leerlos todos al mismo tiempo y ver las caras de la gente, yo quería verlos y que me vieran por la ventana de la camioneta. Toro se estacionó casi en la esquina, yo me le quedé viendo a un anuncio de un patito rosa, afuera de una entrada grande con reja que decía metro, pero yo solo veía al patito rosa. Toro le bajó el volumen a la música porque estaba llamando a alguien por teléfono, cuando colgó le dijo al Negro: Ya están, no tardamos en llegar, andamos cerca. Volvió a arrancar y seguimos, ahora había más negocios, la gente cargaba costales de tela en la espalda, estuvimos un rato detrás de un camión de fruta, lo rebasamos, pero no pudimos avanzar porque había otro de flores y a cada rato se le caían tallos marchitos que nosotros atropellábamos. Vi otro dibujo rosa de metro, pero no supe qué era, yo creía que todos eran iguales hasta que vi ese, me gustaba más el del patito. Toro manejaba cada vez más lento hasta que nos estacionamos enfrente de una puerta metálica que decía imprenta, invitaciones, logos y serigrafía. Pitó varias veces, otro señor movió un coche que tapaba la entrada y Toro pudo meter la camioneta al estacionamiento.

No quería bajarme de la camioneta, las demás tampoco, pero cuando se apagó el motor y el Negro volteó a vernos ya sabíamos lo que teníamos que hacer, principalmente yo, que debía cuidarlas a todas. Nadia volteó a verme y creo que por primera vez le vi la cara de niña asustada, debajo del maquillaje y el peinado de fiesta que le habían hecho. Antes de bajar, el Negro nos dijo: Nadie sale de aquí, aquí todos nos conocen y las conocen a ustedes, a la primera que se les ocurra hacer una pendejada, les va a ir peor que a esta pendeja, ¿sí o no, Lucero? Dije que sí en voz baja y comenzamos a caminar tomadas de la mano, apretándonos mucho una a otra, como si tuviéramos miedo de perdernos en medio del bosque, porque así se sentía, solo que más feo, más tenebroso. Subimos una escalera de caracol que parecía no terminarse. Después de tres pisos ya estábamos cansadas, teníamos que detenernos a cada rato porque los tacones de las zapatillas se atoraban en los escalones y yo tenía miedo de que se nos cayera un zapato, pero seguimos. Pasamos uno, luego otro, hasta que estuvimos en el último piso. Nadia me susurró que habíamos subido cinco, yo nunca había estado tan alto en mi vida, si pensaba en eso me daba vértigo y mucho miedo.

Toro iba delante de la fila, el Negro hasta atrás. Toro tocó la puerta de metal varias veces hasta que alguien le abrió y pudimos entrar. Caminamos por un pasillo, Nadia me enseñó con los ojos que del otro lado había una puerta metálica, pero no entendí qué era hasta que me dijo con señas que era un elevador. Toro tocó esa otra puerta y alguien le abrió por dentro. Había una fiesta, se parecía a la del rancho, pero con más personas, muchas mujeres mayores que nosotras que se nos quedaban viendo, unas medio se reían, otras no hacían nada, las que vivíamos en la casa del monte sabíamos que también estaban ahí para trabajar. Desde que mi vida cambió me preguntaba de vez en cuando cuánto debían las demás para pasar toda la vida haciendo lo mismo. La puerta se cerró después de que entramos y dos hombres se quedaron ahí cuidando a los que salían o que nadie más pudiera pasar. El Negro volteó a vernos y ya sabíamos qué nos decía con los ojos.

No podíamos responderle que no a nadie. Si un hombre nos sacaba a bailar, bailábamos, si quería que estuviéramos sentadas con él solo viendo cómo tomaba, nos quedábamos sentadas, si nos decía que ahora nos sentáramos con otro, lo obedecíamos, pero ninguna iba a ningún cuarto porque el Negro y Toro se levantaban a decir lo mismo que la vez pasada: Son de muestra, se paga por adelantado. Yo prefería eso, pero me daba más miedo que lo que ya conocía en la casa del monte. Varias veces quise ir a pararme a un lado de la ventana que daba a la calle para ver qué pasaba afuera, las casas, a la gente, aunque desde ese piso tan alto solo se vieran como muñequitos, y no podía, los ojos de Toro y el Negro estaban pegados a mí siempre, tenía su voz en mis oídos y mi cerebro, estar cerca de ellos siempre me paralizaba. Me di cuenta de que ni siquiera podíamos hablar entre nosotras, menos con las otras mujeres, cada una estaba en lo suyo y lo único que importaba era lo que los demás nos pidieran. Vi que Toro llamó a la China y a Nadia, las llevó a uno de los cuartos del fondo del salón, después entraron tres hombres con ellas, el Negro hablaba con otros, entonces yo debía cuidar a Perla y a la nueva, que bailaban con dos señores cerca de mí.

¿Tomas algo, guapa?, me preguntó un tipo viejo, muy viejo, que olía a perfume y cigarro. No, gracias, respondí. ¿Trabajas con los nuevos o con los de antes? No sabía qué responderle, solo sonreí e hice como si me moviera de lugar, como Isra me había dicho hacía tiempo que hiciera cuando alguien quisiera platicar conmigo pero no hubiera pagado antes. Ustedes están muy chicas para estar aquí, ¿son de los nuevos, verdad? ¿Sí sabes lo que es esto y te gusta

mucho el dinero o no sabes de qué se trata?, me dijo, y yo sentí que se me enfriaban las manos, los pies, la nariz, todo el cuerpo, porque lo sabía, pero no me gustaba que me lo preguntaran, porque ya había aprendido que no podía hablar con nadie. Ni siquiera moví la cabeza, solo me le quedé viendo. A los nuevos les va a ir peor que a los de antes, niña, agarra tu dinero de una vez y vete. Fue lo último que dijo y no entendí ni una de sus palabras, aunque sabía qué significaba cada una. Detrás de él sentí la mirada del Negro, que me veía y al mismo tiempo veía a Perla bailar con otro señor. El viejo comenzó a caminar despacio y se alejó, luego lo vi platicando con una de las mujeres mayores, de vez en cuando me miraba y era como si me repitiera agarra tu dinero y vete, agarra tu dinero, pero yo no tenía dinero y aunque quisiera correr el cuerpo ya no me respondía, solo le hacía caso a las órdenes de Isra, de Beto, del Negro, del Gordo y de Toro.

Ahora sí ya nos vamos a la chingada, dijo el Negro cuando Toro y las otras salieron del cuarto. Las cinco fuimos a la puerta, los hombres que cuidaban nos revisaron y nos dejaron salir a todos. Volvimos a bajar la escalera agarradas de la mano, esos cinco pisos que nos separaban del viejo y la orden de que me vaya y de la gente en la calle, debajo de una lluviecita. Nos subimos a la camioneta y estando ahí los dos gritaron de felicidad o no sé de qué: Ya se armó, carnal, ya se armó, ya saben que nosotros somos de puro producto de exportación, dijo Toro. Volvió a poner música a todo volumen y salimos del estacionamiento, por esa calle ya no pasaba nadie, solo había basura amontonada en todas partes y toldos de plástico que no habían levantado. Toro manejaba rápido, a cada rato gritaba como loco, se reía, nosotras nos habíamos quitado los zapatos porque nos dolían los huesos desde los pies hasta la cabeza, teníamos frío y no había nada con qué taparnos, tal vez por eso algunas seguíamos tomadas de las manos. Esto hay que celebrarlo, dijo el Negro, Beto no quería que el negocio quedara en otras manos, le gusta trabajar como su padrino, solo lo local. Porque es un pendejo miedoso, respondió Toro, es mejor cuando te pagan en dólares.

Seguíamos por calles chiquitas y sucias y luego por unas más grandes, hasta que salimos a unas avenidas con pocos coches. No sabíamos la hora, no había gente en la calle, la música de la camioneta era lo único que sonaba muy fuerte y hasta retumbaba en los asientos cuando llegamos a la avenida más grande de todas, llena de edificios que brillaban de noche, luces, como un sueño. Mira allá arriba, me dijo Nadia, era el Ángel de la Independencia. Ahora sí estos

pendejos van a ver cómo se hacen los negocios, dijo Toro, asómense para que lo vean mejor, y abrió el quemacocos de la camioneta mientras daba vueltas por la glorieta con la música a todo volumen. Nadia y yo sacamos el cuerpo por ahí para ver las luces, no había estrellas, en esa ciudad no se veían, pero no hacía falta porque con las luces de los edificios tan altos era suficiente para iluminar todo, y el Ángel allá arriba mirándonos y nosotros a él o a ella, que era mujer.

Esos días a veces los recuerdo como si todo hubiera pasado en un ratito sin que me diera cuenta y otros, como si fueran años los que llevábamos encerradas. Quería acordarme de detalles de mi hermano cuando jugábamos saliendo de la escuela, antes de que mi papá lo llevara de ayudante a las obras donde aprendió a fumar mariguana y después conoció la piedra, cuando acompañaba a mi mamá a la tienda de telas a escoger los retazos grandes para la ropa que me hacían, los martes y jueves de revistas, la hora que pasaba en el ciber cargándome música a mi MP3, mi vida antes de Nancy. Me esforzaba por acordarme de esos detalles y guardarlos en un cajón de mi memoria para que ni Beto o el Negro con sus golpes pudieran sacarlos, pero cada vez era más difícil, porque sabes que si no vuelves a ver a las personas, si nunca tocas sus caras otra vez se olvidan más rápido, y yo no volvería a ver a mi hermano, ni a mi papá ni a mi mamá, a ninguno de los de antes, mis manos habían olvidado sus caras y a lo mejor mi memoria haría lo mismo porque el tiempo se movía diferente en la casa del monte.

Una mañana fui a darle el desayuno a Nancy, que ya casi no se podía mover por la panza y los pies hinchados. Me dijo que el bebé, era la primera vez que decía bebé, se movió tanto que no la dejó dormir, hasta le costaba trabajo respirar. Casi no comió, le ayudé a ir al baño y vi que tenía el calzón lleno de sangre, entonces me asusté, pero Beto no estaba en la casa, solo el Gordo, que no nos iba a dejar ahí solas para agarrar el coche chiquito, el Monza viejo que siempre estaba afuera, y pedir ayuda. Tiene que esperarse, cuando llegue Beto ya sabrá si la lleva al doctor o que el doctor venga. Beto llegó mucho tiempo después, cuando Nancy ya no aguantaba, se veía muy pálida, tenía la piel fría y hasta a mí me daba lástima verla sufrir y sudar del dolor por culpa de un hijo que no quería y que solo había llegado para causar problemas. Estuvo así todo el día, yo no me le había separado, aunque no pudiera hacer nada para ayudarle. Beto no sabía lo que estaba pasando hasta que la vio. Súbanse al carro,

ordenó. Las dos nos sentamos atrás, ahora sí Nancy me agarraba fuerte de la mano, me enterraba las uñas a cada rato, que creo que era cuando sentía escalofríos y el bebé la pateaba o le daba cabezazos, no sé cómo le hacen los niños dentro de la panza cuando ya están a punto de salir. Le dolía mucho, pero no gritaba como en las películas, Nancy se aguantaba, eso lo aprendió ahí, aunque era la princesa, nadie que viviera en la casa del monte se podía quejar.

No sabía a dónde íbamos porque conocía la carretera a San Pablo, pero nunca la había visto, aunque estaba segura de que no era esa. De repente pensé que podíamos ir a dejarla a Apizaco y me emocioné, por Nancy más que por mí, pensé que Beto iba a devolvérsela a sus papás porque se había dado cuenta de que era un problema tenerla así, si se le moría iba a ser su culpa y la policía lo iba a agarrar, era más fácil dejar a Nancy tirada en cualquier parte del pueblo, que alguien la recogiera y llevara al hospital y tan tán, se acabó el problema que siempre fue tener a Nancy en la casa. Otro letrero y una curva, Beto bajó la velocidad, estábamos entrando a Tenancingo, de donde era Perla. El pueblo era más chico que San Pablo, las calles se veían feas y las casas mucho más, como si de repente todos hubieran desaparecido y las construcciones se quedaran a medias, con sus tres y cuatro pisos, pero sin forma, no tenía nada que ver con Huamantla y Apizaco, ahí ni siquiera había gente en la calle. Nos estacionamos en la puerta de una casa construida a medias, tenía dos leones de cemento en la entrada, al lado un portón muy grande y barrotes gruesos en todas las ventanas. Beto tocó la puerta mientras yo bajaba a Nancy, abrió una señora y se nos quedó viendo. Yo solo alcancé a oír: Pásenle, ahorita regresamos, dijo la señora. Gracias, tía, nomás no se tarden. Antes de entrar pasó al lado de nosotros una camioneta como la de Toro, esa era roja y tenía pintadas llamas en las puertas, un hombre bajó el cristal y se le quedó viendo a Beto, como si lo conociera.

Pásenle al cuarto de abajo, no va a poder subir las escaleras, dijo otra señora chaparrita que estaba adentro, no tarda en llegar tu tía. Beto nos dejó ahí, yo acomodé a Nancy en la cama, todavía le dolía, pero ya no se quejaba. Después llegaron la tía y otra señora, igual de chaparrita que la de la casa. Salte, hija, yo me quedo con ella, me ordenó, tú aguanta que esto va a ser muy rápido. Me quedé en la puerta, no sabía a dónde había ido Beto y tampoco podía asomarme a la calle para ver si el coche seguía ahí, a lo mejor ya nos había abandonado. Nancy empezó a llorar, no sé qué le decía la señora, oí que pujaba, luego nada, otra vez pujaba, lloraba un poco, y así quién

sabe cuánto tiempo, debieron ser horas. Me senté en el suelo a esperar, yo no tenía nada que hacer ahí, Beto y su tía se asomaron dos veces, no había salido el bebé, ellos subieron las escaleras a otro piso y yo seguía con el cuerpo pegado a la puerta del cuarto donde debía nacer el bebé, pero nada, ya no había gritos, pujidos ni lágrimas de nadie.

Creo que me quedé dormida una hora o dos, no sé, me desperté porque Beto y su tía me movieron para entrar al cuarto, entonces oí el llanto de un bebé, pero muy bajito. No sabía si yo podía entrar, solo escuché que la tía de Beto dijo: Sube a dormir, hijo, en un rato te van a traer comida, que ellas se queden aquí. Beto y la señora se fueron, solo entonces me asomé al cuarto, Nancy estaba dormida, había unos trapos con sangre, dos palanganas con agua, una limpia y otra medio roja de la sangre y la señora tenía cargado al bebé. ¿Quieres ver?, me preguntó, yo moví la cabeza para decirle que no. ¿A poco te dan miedo los bebés?, échale un ojo. Me asomé por curiosidad, era muy pequeño, se veía rojo y como acababa de salir no podía decir si se parecía o no a Nancy. Es una niña, me dijo la señora.

Todavía no entiendo cómo cupo tanto en dos días. Nos quedamos en casa de la tía de Beto hasta que él se despertó y a Nancy le vendaron la panza, la señora dijo que cuando una embarazada expulsa se le mueve todo y si no la cuidan, puede reventar por dentro. Me enseñó cómo hacerlo para vendarla un mes completo, cómo ayudarla a ponerse de pie porque tenía su ciencia y cómo sostenerla para que pudiera vestirse ella sola. A pesar de que la niña ya había nacido, Nancy tenía panza, como si otro hijo se le hubiera quedado dentro, y los pies y manos hinchados, pero estaba más pálida que nunca. No la vi darle leche a la bebé, ni siquiera cargarla, tampoco a Beto, la señora y la tía tenían a la niña, yo la vi dos veces, cuando la conocí y otra, mientras la tía estaba en un sillón y yo parada a su lado. A lo mejor tenía los ojos verdes de Nancy y con el tiempo empezaría a parecerse a ella, me hubiera gustado saberlo.

Nancy no quería comer y otra vez me comí sus sobras, yo sí tenía hambre por las horas sin alimento, el susto y un poco por la emoción de haber estado cerca del nacimiento de alguien. Ella dormía y se despertaba a cada rato, no hablaba, estaba en silencio mirando el techo y luego cerraba los ojos. Lucero, me dijo Beto cuando entró al cuarto, hay que irnos, ayuda a Nancy a caminar y entrar al coche. Eso hice, si hubiera podido me hubiera gustado llevarla cargada porque no

podía moverse, su cuerpo no era suyo, seguía siendo de ese embarazo que le dolía mucho, las piernas no la soportaban y tenían que ser mis brazos los que le dieran fuerza para caminar con pasos muy chiquitos. La acomodé en el asiento de atrás, le puse un cobertor para que viajara un poco acostada y cuando estaba planeando cómo ir adelante con la niña, porque Nancy no iba a poder cargarla, Beto me ordenó: Súbete, no podemos tardarnos mucho. Sí, pero voy por la niña. No, esa aquí se queda, nosotros nos vamos. Volteé a ver a Nancy cuando Beto lo dijo, tenía los ojos cerrados, pero estaba despierta, no sabía si se aguantaba las lágrimas porque le dolía todo el cuerpo o por lo que Beto acababa de decir. ¿Estás sorda o qué chingados te pasa?, ya súbete, se nos hace tarde. Vi cómo se cerró la puerta de casa de la tía de Beto, vi los leones de cemento en la entrada y aunque traté de ver a través de las ventanas, era imposible, la niña se había quedado.

Lo único que pude decirles a las otras cuando llegamos a la casa del monte y ayudé a Nancy a subir a su cuarto fue que era una niña, pero no estaría con nosotras. Lo dije con los ojos mojados, pero no me había dado cuenta hasta que Nadia me dijo ya, ya, mientras me apretaba la mano. Perla se sentó junto a mí en la cama y respondió: Yo soy de Tenancingo, lo peor que pudo pasarle a la niña fue que la dejaran ahí. A pesar de que estaba muy cansada, no podía dormirme, cerraba los ojos y veía la cara de la niña, roja, casi morada, tenía como una bolita en el labio de arriba, pellejitos en la frente, los puños cerrados, lagañas, la nariz chiquita. Solo necesité unos segundos para aprenderme su cara y tenerle mucha compasión o envidia, no lo sé.

Muy temprano en la mañana hubo un golpe fuerte en la puerta, era Isra despertándonos, pero ahora sería diferente. Agarren sus cosas, en chinga, nos vamos. No entendí qué decía, cómo que nos íbamos, iríamos a San Pablo o a dónde, al Distrito Federal como la otra vez, cuáles cosas. De repente me acordé de las primas cuando les ordenaron lo mismo: Agarren sus cosas. Ya nos van a llevar, me dijo Nadia. La China, Perla y la nueva también escucharon porque pusieron cara de que sentían terror. Nos van a llevar, Lucero. Chingada madre, que se apuren, se nos hace tarde, gritó Isra. Lucero, nos van a llevar a Estados Unidos, cuando ustedes no estaban Isra y el Gordo decían eso, Isra estaba borracho y hablaba fuerte, yo lo oí desde arriba, dijo que Toro tenía un negocio en no sé dónde de Estados Unidos, por eso fuimos a la fiesta esa, nos van a llevar, dijo Nadia desesperada. Por primera vez vi que quería llorar, se aguantaba, pero no podía, sentía el mismo miedo que todas, aunque

fue la primera que se acostumbró llegando a la casa. Yo no quiero ir a Estados Unidos, respondí sin dejar de meter mi ropa en una bolsa de plástico, yo no quiero. Las demás hacían todo en silencio, no sé si lloraban o se estaban aguantando, aguantar y obedecer era lo único que podíamos hacer más o menos bien.

Hey, hey, hey, tú no vas a ningún lado, me dijo Isra, tú te quedas, y tú también, le dijo a Perla, que volteó a vernos a todas, se van tú, tú y tú, a ustedes luego las mandamos a otro lado, mañana, pasado, no lo sé. Apúrense, chingada madre, que no tarda en venir el Negro y a él no le gusta esperar, sálganse en chinga. Tomé la mano helada de Nadia, temblaba, yo también, no sabía qué me daba más miedo, si que ellas se fueran o yo me quedara. Nadia se quitó una pulserita roja tejida que llevaba desde que la conocí. Toma, guárdamela, por favor, y cuando salgas ve a Huamantla, llévasela a mi abuelita, por favor, dásela, dile que no se olvide mí, Lucero, es la casa azul de tejas junto al parque, la que tiene el altar más bonito en época de difuntos, dile que estoy viva, que no ponga ahí mi foto, por favor, por favor, Lucero. La abracé y si hubiera podido habría hecho que nuestros cuerpos se hicieran de piedra, que ni Isra, el Negro, el Gordo o Toro nos pudieran separar, que Beto no pudiera movernos para que nos quedáramos juntas más tiempo, pero la voz de Isra y el ruido de la combi nos separaron. Los pies de Nadia le pesaban más que nunca, veía hacia atrás, me miraba cuando alguien cerró de golpe la puerta y solo oí cómo se alejaban en medio del monte.

La voz de Dolores

Antonio se quedó con el teléfono de Nancy por si alguien volvía a mandar mensajes. Ocasionalmente yo marcaba de otros números, de teléfonos públicos, nunca desde mi casa o celular, hasta que un día la grabación automática dijo que el número no existía. La primera vez pensé que fue un error en la marcación, pero no, el número había sido dado de baja. Nuestra última esperanza de establecer contacto con Nancy se había ido, solo nos quedaba esperar que ella volviera o se comunicara, que alguien nos diera una pista de su paradero, pero en ese mar de silencio e incertidumbre ni siquiera podíamos creer en la esperanza, mucho menos en los milagros. Las primeras semanas sin Nancy yo casi no dormía, y si lo conseguía, soñaba con ella todo el tiempo, con su cara cuando era pequeña, en los últimos días que estuvo junto a nosotros y casi no nos hablaba, estaba más pendiente de su teléfono que de la ruta en coche o la tarde con nuestras familias, pero con mayor frecuencia empecé a soñar a Nancy con otros rostros, soñaba a más mujeres, adolescentes igual que ella, pero sabía que era mi hija con apariencia distinta. Al paso de los meses, temía que su imagen se diluyera en el sueño, pero también despierta, cuando quería encontrar su rostro en los cuerpos de otras jóvenes. Un día me llamó por teléfono una prima lejana que vivía en Puebla, acababa de enterarse de la desaparición de Nancy y, para no quedarse con la versión de mi familia sobre mi incapacidad para criar una hija que prefirió irse que estar conmigo, me habló.

Prima, el papá de mi esposo trabajó en la policía de aquí, tiene contactos, le voy a preguntar qué se puede hacer, dijo. Le di las gracias, como siempre, como se hace con cualquiera que te ofrece solucionar el problema más grande de tu vida solo porque te tiene lástima. ¿Ustedes no han pensado en contratar un investigador privado? Me dio gusto que estuviéramos hablando por teléfono y no viera mi cara de risa cuando lo dijo, su pregunta era más una frase de telenovela que algo real en nuestro mundo de padres de una hija

robada. No, prima, lo pensamos al principio, pero no le vimos sentido, y luego, ya dándole vueltas a los últimos días de Nancy con nosotros, nos dimos cuenta de que había muchas cosas que no sabíamos, no conocíamos a sus compañeros de la escuela, que solo tenía una amiga en el salón y ella tampoco siguió yendo, si contratábamos a alguien no sé de dónde iba a sacar información, nuestro miedo era que nos cobrara por decirnos mentiras y que al final nos quedáramos igual, pero con menos dinero y más dudas. Siempre es una moneda al aire, Dolores, te digo que mi suegro estuvo muchos años en la policía, vio de todo, nos contaba cada historia que te sorprenderías, más las cosas que nunca le dijo a nadie, que han de ser horribles, pero no descartes esa idea, te digo con total seguridad que las autoridades no van a hacer nada aunque le pases a los secuestradores enfrente, lo mejor siempre es buscar por cuenta propia y si hay que invertir, se invierte, es cansado, caro, pero así como me cuentas que han sido estos meses, no les veo muchas opciones.

No sé si la llamada de mi prima me dio luz para ver en otra dirección o me frustró más. También a mí, como a Antonio, empezaba a ganarme la desesperanza, el hartazgo, me habían caído encima varios años, los peores, en muy pocos meses. Siempre me preguntaba si me sentiría igual si desde el día uno me hubieran dicho que a Nancy la atropellaron y murió, al menos ahí hubiera tenido una certeza, hecho un luto, la hubiera recordado con la imagen de la niña que nosotros criamos, pero estando perdida la distancia entre su yo verdadero y lo que nunca supimos de ella y solo nos imaginábamos crecía. Con el nuevo ciclo escolar intenté trabajar más, concentrarme en otra cosa, encontrarle sentido a mi trabajo frente a grupo y en las tareas administrativas del kínder; algo me decía que a partir de entonces mi vida tendría que estar orientada a otra cosa, a distintas ocupaciones o propósitos, aunque me pareciera imposible porque sintiera que negaba la pérdida de mi hija.

Antonio lo llevaba igual o peor. Seguía saliendo a pegar carteles con la hoja de búsqueda de Nancy, a pesar de que en la mayoría de los negocios no se los aceptaban y solo podía pegarlos en postes y paredes y cambiar de lugar los del Ministerio, que siempre quedaban sepultados por anuncios de otros desaparecidos o personas que debían dinero, los fines de semana retomaba la ruta de búsqueda por el pueblo y unas cuantas veces en nuestros rumbos de Tlaxcala. Tuvo el peor punto de colapso cuando contrató un servicio de perifoneo sin avisarme o preguntarme qué pensaba. El Volkswagen viejo recorrió un fin de semana las calles de Apizaco, leyendo la hoja de búsqueda, las

características de Nancy, con el plus de que quien supiera de su paradero recibiría una gratificación económica. Lo hizo el fin de semana en el pueblo y en Huamantla y el lunes, me di cuenta porque el coche se detuvo en un parque cerca del kínder, también perifoneó a los alrededores de la secundaria, de otras escuelas y de la terminal de autobuses. Yo terminaba de hacer unos reportes para la supervisión cuando oí el nombre de mi hija a todo volumen, pensé que alucinaba y ya confundía las palabras buscando que siempre me llevaran a ella, hasta que volví a escuchar con más atención. Cuando salí, el hombre estaba comiendo en un puesto de tacos y había dejado la grabación a todo volumen. Pensé que era una broma, me quedé de pie frente a él, paralizada oyendo el nombre de mi hija, sus características, la gratificación, nuestro teléfono no estaba ahí, solo decía que se comunicaran con las autoridades. Cuando el tipo se limpió la comida que le quedaba en el bigote y se dio cuenta de mí, me miró como se ve a una loca o a una pordiosera que va a pedir algo que no se le dará.

¿Por qué está perifoneando esto?, pregunté, y antes de que mi pregunta se concretara en algo muy estúpido, porque evidentemente era su trabajo, dije: Es información sobre mi hija, ¿por qué salió a anunciarla? El hombre se tragó lo que masticaba y respondió: Lo lamento, madrecita, mis condolencias, a mí me contrataron, fue el papá de la niña, entonces ha de ser su esposo. Mi reacción fue llevarme las manos a la cara y sentarme de inmediato frente a él para no desmayarme. ¿Quiere un refresco, le ayudo?, preguntó el hombre con la voz más cálida que pudo. No, no, así está bien, ¿acaba de salir a perifonear?, pregunté. No, seño, ayer y antier anduve unas horas aquí y otras en Huamantla, ya con esta salida se acaba el servicio. No termine, señor, déjelo así, cualquier cosa, si mi marido le pregunta por qué no siguió hasta la hora, que no sé cuántas le pagó, dígame que yo le pedí que aquí la dejara. Me miró raro, con lástima, como me veía todo mundo, pero como todo mundo, él también sabía que no se encuentra a quien no puede o no quiere volver, o a quien ya no existe.

Las primeras horas me sentí furiosa y frustrada. Cuando Antonio llegó a la casa, cansado como siempre, harto, dolido, autómatas, lo abracé y creo que al momento se dio cuenta de que ya sabía lo del perifoneo o el señor le habrá ido a decir a la mueblería: Estoy desesperado, me dijo, y fue todo. Nos cayó el mundo encima de nuevo unas noches después, cuando de madrugada llamaron al teléfono de la casa desde un número que el identificador de llamadas no registraba. Antonio levantó el auricular y solo oyó: Si siguen con

sus mamadas a su hija y a ustedes se los va a cargar la chingada. Colgaron. Le pregunté si le había dado el teléfono de la casa a alguien, negó con la cabeza, pero pensando, más allá de la gente de la policía, la escuela de Nancy, mi kínder y nuestros familiares, el teléfono no estaba en ningún anuncio, en las hojas de búsqueda pusimos los celulares de nosotros, pero como habían pasado los meses ya teníamos una nebulosa en la mente, los recuerdos se mezclaban hasta confundirse, desesperados hacíamos y decíamos muchas cosas. Pasó lo mismo otro día antes de salir al trabajo, el teléfono, lo levanté al primer timbrazo y una voz fingida dijo: Si siguen chingando me la cobro con su hija.

Tenemos que avisarle a la policía, ya mencionó a Nancy, a lo mejor saben dónde está o con quién y no les conviene que alguien que haya oído el perifoneo los delate, dije, pero Antonio seguía renuente a involucrar a la policía. Acuérdate de lo que nos respondieron la última vez, no les interesa. Pero ya llamaron dos veces, nos están amenazando, después van a pedir dinero, contesté. Como a todo mundo, como ya hicieron la vez pasada, acuérdate, cualquiera puede llamar en broma, si no hablamos con Nancy esto no cuenta, además, están llamando de teléfonos públicos, ni siquiera de una caseta, el identificador no marcó nada y así menos los vamos a poder rastrear, tú qué sabes que no marcan del teléfono de la esquina solo para ver cómo salimos, si preocupados, molestos, llorando, somos su broma, Dolores, de eso se trata para ellos. Pero no se quedó en llamadas. Una tarde llegué a tiempo a la casa para cocinar, le dije a Antonio que comiéramos ahí, y mientras bajaba la bolsa con la compra del coche, me di cuenta de que un coche rojo sin placas y con vidrios polarizados se había estacionado detrás de mí, con mucho ruido de llanta, como si le urgiera bajarse, y el que manejaba no se bajó. Me fijé en que era hombre, uno muy delgado porque el sol reflejó un poco su silueta en el parabrisas, sentí que me veía, lo vi unos segundos y un frío repentino me congeló la respiración, el frío del miedo. Traté de disimular, abrí rápido la puerta, entré y le puse doble seguro, pero el coche seguía ahí. Quería llamar a la policía, que una patrulla diera una vuelta, pero esas cosas que funcionan en la televisión eran inconcebibles y solo daban risa en Apizaco; marqué a la mueblería y el número estaba ocupado, iba a marcar el teléfono de Antonio cuando el coche arrancó con el mismo ruido de llantas y motor.

Esto también fue por el perifoneo, me dijo Antonio llegando a casa, ya sé que no debí hacerlo, pero me desesperé, quiero información, cualquier tipo, lo que nos digan. Éramos el perro que daba vueltas

persiguiendo su propia cola, hasta ese punto del cansancio contemplamos la posibilidad de darnos por vencidos, creíamos que cualquier noticia, por mala que fuera, llegaría en algún momento, aunque también nos daba miedo que nunca supiéramos nada de Nancy, qué era de ella, era, siempre era, nos negábamos a decir qué fue de mi hija. La vez del coche en la puerta no fue la única. Otro día salí tarde del kínder, las maestras nos quedamos a decorar la cancha techada para un evento, me despedí del conserje y otras maestras en el pasillo y salí al estacionamiento con la caja de material; por estar al pendiente de que nada se me cayera en el camino no le di importancia al motociclista que estaba estacionado detrás de mi coche; me fijé mejor cuando ajusté el retrovisor y vi que tenía un casco completo porque esos casi nadie los usa en Apizaco. Arranqué rápido y tomé el camino hacia el Centro, para dar vueltas por las cuadras del ayuntamiento, el de la moto me seguía bastante cerca, le cedí el paso varias veces y no avanzó; di vueltas por la iglesia principal, hice como si hubiera ido a recoger a alguien porque rodeé una cuadra tres veces, me detuve frente a un negocio con las direccionales y él seguía pegado a mí, hasta que pasó una patrulla, le pitó a otra moto que estorbaba el paso y el que iba detrás de mí aceleró, pero mientras pasaba a mi lado, volteó a verme y así siguió hasta que había avanzado lo suficiente. Cómo adivinar si era él mismo, si llevaba un casco completo y apenas pude verle el cuerpo, muy delgado, cubierto todo por una chamarra de piel, pantalones de mezclilla y botas.

Tuve algo similar a un ataque de pánico que no sé cómo controlé. Me había quedado a una junta de padres de familia, todos se estaban yendo y salí a la puerta a despedir a los últimos, uno de mis alumnos tenía un cochecito y jugaba con él a un lado de sus papás y de mí, agachado en la banqueta cuando el ruido de una moto me puso alerta. Cargué al niño como si un coche lo fuese a embestir, no tomé en cuenta que ahí estaban sus papás, que al niño no le iba a pasar nada, que el de la moto solo era un repartidor de pizza que ni siquiera llevaba casco y su único problema había sido acercarse a nuestro lado de la banqueta para esquivar un bache, pero ahí estaba yo, frente al ruido enemigo, el de la amenaza, con un hijo ajeno en brazos expiando mi culpa por perder a la propia y empezar a recoger amenazas.

Dejé de ir a Huamantla, no tenía ganas de hablar con nadie, mucho menos de ver a otras personas. A veces me llamaban al celular para

preguntarme cómo estaba, suponían que el trabajo en el kínder me cansaba mucho, la subdirectora les había dicho que estábamos más ocupadas que nunca con el aumento de estudiantes, yo les decía lo de siempre, que muy bien, cansada y sin novedades. Acuérdesse que aquí estamos siempre al pendiente, maestra, usted no deje de buscar, decía alguna y se despedía. La gente cree que cuando estas cosas suceden una necesita consuelo todo el tiempo y no, una necesita estar a solas, no hablar, no escuchar, no sentir, a ver si al menos un día de todos los que restan regresa algo de tranquilidad, la sensación de estar bien una sola vez. A Antonio le pasaba lo mismo y, aunque no volvió a contratar el servicio de perifoneo para no agravar la situación, las amenazas y el acoso que recibíamos, no dejaba de salir a pegar nuevas hojas de búsqueda de Nancy, así fue como por fin supimos algo, pusimos los ojos donde no queríamos ver. Me lo contó a detalle llegando a la casa, pálido: Pasó algo en la mueblería, dijo, y yo pensé que había habido un accidente como siempre con los cargadores, pero se sentó y siguió hablando: Hace tiempo le presté dinero a un muchacho, acababa de nacer su hijo, fue por cesárea a última hora y les cobraban más de lo que habían calculado, estaba desesperado y me pidió cinco mil pesos. Antes de que Antonio siguiera me imaginé que había perdido ese dinero, pero ya me daba igual qué pasara con los ahorros y las deudas. El caso es que le di el dinero hace unos meses, con todo esto ya ni me acordaba, hasta hoy, que me vio pegando carteles en los postes frente a la mueblería y en la pared del negocio de al lado. Don Antonio, me dijo, veo que usted no se cansa, sigue buscando, pidiendo ayuda, y lo entiendo ahora que tengo a mi hijo, si no lo viera un día me volvería loco, por cierto que le debo todavía un poco del préstamo, lo tengo pendiente, y porque sé cómo ha de sentirse, es que vengo a decirle una cosa, primero que nada, no me lo tome a mal, lo hago con honestidad porque usted es un buen hombre y, le decía, yo me imagino cómo se siente, pero por favor no se ofenda, me dijo Ramiro, así se llama, desde que empezó a pegar los carteles los leo y los leo aquí en los postes mientras abren la mueblería, ya me sé los datos, la fecha de la desaparición, las características de su hija, todo, pues, y por favor no se ofenda, no es por mala fe ni para molestarlo, pero no sé si ustedes han ido más allá de Tlaxcala y Apizaco, si ya buscaron en Tenancingo o por el rumbo de Papalotla. Le dije que no, yo sé de qué se trata eso y te juro que no me salieron las palabras, pero seguramente Ramiro ya sabía que me iba a agarrar en curva y siguió: Es que, déjeme decirle, don Antonio, aquí con toda confianza, que si a su hija se la robaron a lo mejor pasó

por ahí, Dios quiera que no, pero puede ser que sí de camino a Puebla, porque aquí todo mundo se va para quedarse en Puebla, lo sé yo que tengo primas y siempre es lo mismo.

Bajé la vista, la dirigí a otro lado, entre molesta, con ganas de llorar, furiosa. Pero ahí no termina, Dolores, Ramiro me dijo más, no creo que haya sido broma porque es un muchacho honesto, lo vi nervioso y preocupado, sí o no a veces así se delata la honestidad, me dijo: Yo vivo aquí porque es tranquilo a diferencia de allá. Le pregunté si era de ahí, porque Ramiro nunca me había dicho de dónde era. Yo no, pero Josué sí, respondió. Josué es el nuevo chofer, es más joven que Ramiro y veo que hablan mucho, los dos juegan fútbol. Me dijo: Aquí es más tranquilo que allá, pero yo tengo familia por todo Tlaxcala y también en Puebla, y de esa familia tengo un tío, ese tío se fue muy joven a los Estados Unidos, lleva unos veinte, treinta años allá, a veces ni se acuerda de las palabras en español, pero yo creo que se hace, cómo se le va a olvidar el español si se fue muy viejo, el caso es, don Antonio, que este tío es de Tenancingo y vino hace poquito aquí a la casa al bautizo de mi hijo, sí se acuerda que le dije, ¿verdad?, que lo invité hace unos días para que lo conociera ahorita que ya gracias a Dios está fuerte. Pues este tío vino, a mi esposa le cae mal por fantoche, porque viene a Apizaco cada dos, tres años y siempre es lo mismo, se emborracha y no hay quién lo pare, pues ese día, don Antonio, ya había sido la comida del bautizo y solo se quedaron mis papás, los papás de mi esposa, este tío y uno de sus hijos, que es como de mi edad y es el que lo cuida cuando se pone borracho, este tío, don Antonio, aquí por favor no se vaya a ofender porque sé que usted y su esposa tienen otras costumbres y a lo mejor lo que ven aquí los asusta y no están acostumbrados porque aquí no es como en Tlaxcala, me dijo Ramiro, pues este tío cada vez que viene trae dinero para muchas cosas, tiene negocios, unos normales, como una ferretería, otros que a mi esposa y a mí, que somos cristianos no nos gustan mucho, como una cantina y una cuartería, y del dinero que trae pone una buena parte para la feria patronal, pero de verdad se luce en el carnaval, ahí les gusta mucho la banda, él pone dinero y contratan una banda que toca dos o tres días. El caso es, don Antonio, que ya después de la comida, cuando nos quedamos los que le dije, a mi tío se le soltó la lengua, aprovechó que las mujeres estaban lavando los trastes y mi esposa había ido a acostar a mi hijo para decir algo que se me quedó muy clavado aquí, don Antonio, aquí en la cabeza, dijo que este año iba a invertir en mujeres, tenía unos socios para levantar la cantina, pero quería

muchachas más jóvenes que las que estaban ahí, y dijo, don Antonio, perdón por las palabras, que le había echado el ojo a unas chavitas de ojos verdes más jóvenes que mi mujer, y mucho más buenas, que se veían finas y ni parecían del pueblo.

Cuando Ramiro dijo lo de los ojos, Dolores, fue un golpe en el pecho, en la cabeza, y también para él, que agachó la mirada para seguir hablando: Yo no sé por qué lo llevaron mis papás a la casa, si mi esposa y yo no le debemos nada, si ya sabemos cómo es y lo que le gusta, pero cuando lo dijo rápidamente pensé en usted y sus anuncios, en las características de su hija y porque ya tengo un hijo y sé lo que se siente, no podía quedármelo, don Antonio, tenía que decirle que si no han buscado por ahí, busquen, ojalá yo me equivoque, pero aquí las cosas son así, uno va de pueblo en pueblo y nada mejora, parece que el mal lo persigue a uno. Me le quedé viendo a Ramiro porque no sabía qué responderle, quería decirle que no, estaba loco, si mi hija se fue estaría en otro lado, si se la habían robado también o algo peor, no lo sabemos, pero ahí no. Y como Ramiro se dio cuenta de que yo no podía hablar, dijo lo último: No le digo el nombre de mi tío para que no haya problemas, cuando yo salga haga de cuenta que no le dije nada porque aquí todo se oye y todo se sabe, pero si tiene oportunidad de averiguar, averigüe, yo lo único que alcancé a oírle a mi tío porque mi mamá le dijo que se callara o se largara fue que tiene un compadre de apellido Sánchez que estuvo con él en Estados Unidos y lo regresaron luego luego. Solo búsquele con cuidado, porque le digo que sabiendo cómo están las cosas ojalá esto sean suposiciones mías, una falsa alarma o cosas de borrachos.

El café que me había servido cuando Antonio llegó ya estaba helado, de cualquier forma me lo tragué de dos sorbos, con coraje. Todos se han de apellidar así ahí, Antonio, seguimos dando vueltas en lo mismo siempre, dije. Antonio se levantó, fue a la sala y regresó rápido, llevaba la Sección Amarilla que nos dejaron cuando nos mudamos a Apizaco, la abrió sobre la mesa: Mira, tampoco hay tantos, como que no se usa mucho el teléfono, hay pocos usuarios, pero si ese señor tiene familia del otro lado, tiene teléfono, nadie con servicios se escapa al registro de la luz, al IFE o la Sección. Lo que le entusiasma a Antonio, como si buscara un eslabón o hubiera visto muchas películas de detectives y entonces se creyera dentro de una, a mí me molestaba. Mira, Antonio, no te dije nada después del perifoneo con todo y que han estado llamándonos y acosando en coche y moto, imagínate si así estamos por unas horas con el anuncio

en bocinas por todo el pueblo, cómo nos va a ir cuando se te ocurra andar de casa en casa preguntando si han visto a una muchacha de ojos verdes y quién tiene a tu hija. Pero Antonio ni siquiera volteó a verme, otra vez estaba callado, con las lágrimas suspendidas en sus pestañas inferiores y los surcos alrededor de una mirada que no decía nada.

Tardé unos días en hablar con mi prima, le dije de las sospechas de Antonio. ¿Y ya fueron, se dieron una vuelta por ahí?, preguntó. No, le dije, ¿por qué? Entonces no vayan, ustedes no saben cómo es todo allá o cómo es en otros lugares, no se dejen guiar por un chisme o una sospecha. ¿Tu suegro puede ayudarnos a investigar, a saber si por ahí hay algo de Nancy? Dolores, no entiendes lo que te estoy diciendo, si es o no por allá, simplemente no vayan, es un hoyo negro, lo que pasa ahí, ahí se queda, lo mismo que en otros pueblos, incluso en Apizaco, te lo digo de buena fe y también me pesa, pero mejor esperen, no sigan haciendo cosas solo por corazonada. Igual le voy a contar a mi suegro, él se retiró hace años, pero a algún contacto debe tener, y lo primero que va a preguntar es si ella se fue o se la llevaron porque no aparece el que no quiere que lo encuentren. Por favor, dile lo de los motociclistas y el coche que de repente me siguen, a lo mejor... Sobre eso solo puedo decirte que te cuides y no salgas, me respondió, cualquier cosa, yo te llamo.

Mi prima me lo advirtió, yo no iba a hacer nada porque tenía miedo y comenzaba a cansarme de vivir todos los días la misma tortura, pero Antonio fue. Me lo dijo al día siguiente de haber ido porque volvió a la casa tarde, se había quedado en la mueblería a reponer las horas de contabilidad que perdió estando fuera. Solo sentí su cuerpo pesado acomodarse en la cama y quedarse completamente dormido, como hacía muchos años, cuando iba de pueblo en pueblo vendiendo muebles, cargándolos por una propina. Ayer estuvimos en Tenancingo, me dijo, y antes de preguntarle por qué fue, si habíamos quedado en esperar por más información de la policía y no chismes de una fiesta de borrachos, continuó: Yo no me iba a quedar con la duda, si tengo que ir a cada pueblo de por aquí, voy a ir, Dolores, aunque sea solo, pero no fui solo. Nancy ya no está en Tlaxcala, respondí, se ha de haber ido mucho más lejos. No quería quedarme con dudas, continuó Antonio, y le pedí, casi le supliqué a Ramiro que me dijera más, porque no creo que me lo haya dicho únicamente porque me vio pegando carteles, él sospecha, y no me dijo gran cosa, solo lo que ya sabía, que a su tío le gusta invertir, dice él, invertir en mujeres, y ahora mientras más jóvenes, mejor, que las de prepa son las que les

interesan, les da lo mismo si tienen catorce, quince o dieciséis, igual se las roban porque a eso están acostumbrados, así han llegado todas las esposas de su tío, robadas. Pero el tío solo está de paso, deja dinero y se va, ese dinero lo pone a trabajar con sus inversiones, la familia de aquí lo administra, cantinas, ferreterías, lo que sea, se hacen dueños del pueblo y eso les gusta. ¿Cómo sabes que Ramiro no está en las mismas?, pregunté. Porque si trabajara con ellos la tendría más fácil, en cambio está en la mueblería cargando cosas pesadas todo el tiempo y yendo a cobrar a los clientes morosos. Esto fue por la mañana, acabábamos de abrir, le pedí que me acompañara a dar una vuelta por ahí. Mejor que vaya Josué, don Antonio, me dijo, él es de ahí, lo conocen, no se le van a quedar viendo feo a usted si alguien le pregunta qué hace, porque allá son muy fijados, y cualquier cosa, que Josué hable. Josué entró a la oficina, hablamos como cinco minutos y respondió que sí, así se daba una vuelta por el pueblo y si nos sobraba tiempo y no me molestaba, pasábamos a ver a su mamá. No lo pensé dos veces, agarré las llaves del coche y Ramiro me dijo: En su coche no, don Antonio, váyanse en el camión, yo sé lo que le digo. Es muy curioso porque en la mueblería solo habíamos llevado pedidos de Tlaxcala a Tenancingo una o dos veces, es más, ni siquiera llevado, ellos los compraban en la tienda y se los llevaban en sus camionetas, casi siempre compraban en Puebla o en el Estado, les convenía más, por eso es de los pocos municipios donde nunca repartí. Al mediodía ya estábamos ahí, le pedí a Josué que él manejara en el pueblo, que me diera una vuelta, era mejor porque él lo conocía y estaba yendo como trabajador. Cuando íbamos en el camino le pregunté si conocía a un tal Sánchez que tuviera mujeres trabajando para él. Aquí todos son Sánchez, Pérez, Hernández, Martínez, don Antonio, y todos tienen mujeres trabajando, por qué cree que me fui, yo no sirvo para esos negocios. Me llamó la atención que varias calles estaban cerradas. Es por el carnaval, me dijo Josué, ya casi es, pero cierran calles y ponen carpas desde antes, hace años se hacía casi a la mera hora, ahora es como si todo el pueblo estuviera de fiesta un mes, imagínese, aquí no hay tantos habitantes como en Apizaco, pero para el carnaval viene gente de todas partes, esto se inunda, es cuando más mujeres llegan y otras se van. Dimos algunas vueltas, Josué se paró en una tienda, nos bajamos, compramos algo de tomar, habló unos minutos con el tendero, parecía que se conocían, luego se despidió y seguimos dando vueltas, pero no muchas, don Antonio, porque aquí todo mundo ve y todo mundo habla cuando le conviene. Las calles estaban desiertas, solo había

unos cuantos niños con uniforme, otros sin uniforme en bicicletas, vendedoras, taxistas, algún peatón, más bien parecía domingo o el día después de una fiesta muy grande. Aquí es así siempre, menos cuando llega el carnaval, que el pueblo cambia, don Antonio, me dijo Josué. Estábamos buscando dónde comer y cuando Josué se estacionó en una taquería, antes de que nos bajáramos, se nos acercó un hombre, era mayor que él, como veintitantos, le dijo que qué milagro, dichosos los ojos. Josué se bajó y lo saludó bien, casi de abrazo, le preguntó cómo estaba, cómo le había ido, el otro le dijo que bien, trabajando en el taxi, como siempre, le preguntó si se iba a quedar a los festejos, ya casi era el baile y Josué respondió que no, había ido a entregar unos muebles a su mamá, trabajaba en una mueblería y estaba de paso conmigo, que era su compañero, pero a ver si regresaba durante un puente o cuando tuviera vacaciones. El otro se despidió y se metió a su taxi, que estaba adelante. No me pareció sospechoso hasta que Josué me dijo: Ese estudió conmigo la secundaria y salió de la cárcel hace como dos años, lo procesaron por narcomenudeo, tuvo suerte de que no le echaran más tiempo porque en realidad ayudaba a unos secuestradores, él y yo nos conocemos desde niños. Me lo dijo con tanta naturalidad, Dolores, que no supe si reírme, sentir miedo o qué. Comimos rápido, Josué pareció recordar que quería pasar a ver a su mamá, hasta ese momento yo no había visto nada que me hiciera pensar que ahí había algo en particular, y para ser sincero, cuando vivíamos en Tlaxcala oía mucho sobre el pueblo, a qué se dedicaban, me parecía una mezcla de mito y tampoco me interesaba, se hubiera quedado como recuerdo de mito si no hubiéramos ido después a casa de Josué. En el camino me iba fijando en las demás casas a medio terminar, en las bardas con nombres de bandas que, te juro, ni siquiera habían llegado a Tlaxcala cuando se invertía mucho dinero en las fiestas, pero al pueblo sí, estaban anunciadas ya las del carnaval. La casa de Josué era de un piso, se veía muy humilde, la barda que le correspondía tenía propaganda política, la fachada se ve que la habían pintado con el mismo color azul de las letras del candidato, ahí te das cuenta de por qué algunos aceptan la propaganda, aunque ni siquiera voten. Le preparo un café, don Antonio, espéreme aquí, dijo Josué y me ofreció sentarme en la sala, que también funcionaba como comedor, cruzó una cortina de tela y deduje que atrás había un cuarto y la cocina, porque lo oí mover trastes, después sentí el olor del café. Mi mamá está al lado con mi tío y mis primos, aguánteme tantito, voy por ella para presentársela. El viaje se convirtió en la visita familiar de Josué,

que quién sabe cuánto tiempo llevaba sin regresar a Tenancingo, según Ramiro, no quería volver, y yo sospeché, Dolores, me vinieron muchas cosas a la cabeza viendo cómo manejaba por el pueblo, fijándose en todo, cuando habló con el fulano de la cárcel, la manera en que lo miraron el señor de la tienda y en la taquería, también pensé en eso esperando en la sala de su casa, viendo las fotos de caritas de muchas personas, supongo que primos, hermanos, hermanas, tíos, las paredes estaban llenas de eso y de imágenes de santos. No sé si estaba sospechando de más o ya me había metido mucho en mi papel de investigador, pero estábamos ahí y ni modo de no prestar atención a los detalles. Josué se tardó más de lo que pensé, yo quería levantarme y ver más de la casa, en ese momento pensé que me había subido al camión con un trabajador que no llevaba más de dos o tres meses en la mueblería, tampoco lo conocía muy bien y ya estaba en su casa en un pueblo al que jamás se me hubiera ocurrido poner un pie. Si me levantaba y husmeaba, podía poner de pretexto que me dieron ganas de ir al baño, no lo sé, pero empecé a sentir miedo y después el miedo se convirtió en incomodidad. Cuando Josué regresó, me dijo: Mi mamá no estaba, salió con una tía, pero me quedé platicando con mi tío y mi primo, ellos saben mejor que yo cómo está la cosa aquí, sobre todo ahora que ya casi es el carnaval, creo que vinimos a buen tiempo, don Antonio, pero debemos tener cuidado.

Nos subimos al camión y Josué bordeó el Centro para evitar las calles cerradas. Desde que salimos llevábamos la radio puesta, a volumen muy bajo, creo que era su costumbre porque yo no se lo pedí, de repente, la apagó para decirme: Le voy a contar lo que me dijeron, que no es nada nuevo por aquí, pero a lo mejor para usted sí porque no sabe cómo está todo, a ver si esto le ayuda. Le digo que es más fácil poner a trabajar muchachas como de la edad de su hija, cada vez las buscan más chavitas, mi primo ha visto varias, pero eso no significa que su hija esté aquí, si nadie se lo ha confirmado, no le mueva, don Antonio, ya déjelo, de verdad es peligroso, por qué cree que yo no vivo aquí, si me pusiera al brinco como el hijo de un vecino cuando le agarraron a su novia solo porque estaba bonita, a mí ya me estarían velando como a él. Solo vamos a pasar una vez por un lugar que le voy a decir y fíjese bien, ponga atención. Ya estábamos a las afueras de Tenancingo, pensé que nos iríamos de una vez, pero Josué se metió por otra calle que era más terracería que concreto, por aquí no hay tiendas para bajarnos y hacernos pendejos, don Antonio, perdón, para hacernos los locos, así que le propongo que pasemos

una o dos vueltas a ver qué ve y si no ve nada nos bajemos y preguntemos por un domicilio aquí mismo, ni modo, al cabo que traemos el camión y aquí, de hecho, solo entran los que vienen por mujeres o camiones de coca cola, agua y gas. No hizo falta bajarnos, en la primera vuelta por la calle vimos una camioneta amarilla tipo Lobo de doble cabina, se bajaron dos hombres y tres mujeres, eran muchachas como de la edad de Nancy, no les vi la cara, pero por el cuerpo uno puede calcularles la edad. Aceleramos y volvimos a salir a carretera: Eso es lo que quería que viera, don Antonio, esta casa es de un señor de apellido Sánchez, mi tío lo conoce porque hace muchos años, cuando cerraron una maquiladora, varios de los despedidos se fueron al otro lado, el tío de Ramiro, el tal Sánchez, mi tío no porque tenía a mis abuelos enfermos, y cuando este señor volvió puso el negocio, pero aquí todos se llaman igual, todos son parientes, todos tienen el mismo negocio y un día lo puede administrar el viejo, otro sus hijos, hasta sus nietos y nueras, esto siempre ha estado y, la verdad, don Antonio, siempre va a estar, la gente llega y se va y cada muchacha que entra o sale no viene sola. Si su hija anda por aquí, que no creo, no va a poder sacarla a menos que ella se salga, y hasta donde sé, eso no pasa. ¿Puedes preguntarle a uno de tus primos o a tu tío?, con las señas particulares de Nancy a lo mejor alguien la reconoce. Yo ya no me meto en lo que no me importa, don Antonio, lo traje para que vea que preguntar es peligroso, respondió Josué, se hizo a un lado la chamarra y se levantó la manga de la camisa para mostrarme una cicatriz como de diez o quince centímetros en el hombro derecho: Mire, por andarle jugando al valiente.

Todo lo que Antonio me había contado me daba vueltas en la cabeza. Aunque él quisiera no podíamos ir de pueblo en pueblo; cada día que pasaba aumentaba mi certeza de que Nancy ya no estaba en Tlaxcala y desde el primer día se la llevaron a otro lado. Pasé de esa seguridad a la sospecha de que mi hija había muerto. En la policía no nos decían nada, solo que cada cierto tiempo hacían una comparación entre los cadáveres no reconocidos y las denuncias por desaparición, a veces coincidían con las que se levantaban en ese Ministerio o en otras, casi siempre era gente de los estados vecinos. Si alguien me hubiera preguntado cómo seguía, porque todos daban por hecho que lo mío solo era sufrimiento y no curiosidad, les habría respondido que empezaba a encontrar en mí detalles que nunca se me hubiera

ocurrido que despertarían, como el morbo por la muerte. En las últimas semanas calculaba el estado de descomposición de un cadáver de acuerdo con lo que sabía y había leído. No quería ir al ciber cerca de la casa porque las computadoras estaban en escritorios descubiertos, para ver imágenes y entender mejor saqué un libro de medicina en la biblioteca municipal, era muy viejo, pero explicaba el proceso a detalle. Después me di cuenta de que estaba volviendo al origen, si durante mi embarazo hacía justamente eso en Tlaxcala y quería recibir a mi hija con lecturas, ahora la estaba despidiendo igual. Las pesadillas continuaron en los breves lapsos de sueño. Despertaba entre una y otra, algunas veces tenían continuidad, otras no, pero siempre se referían a mi hija y lo que estaba convirtiéndose en una lectura recurrente. Veía a Antonio y me preguntaba si él había dejado de soñar o el espacio reducido entre ambos podía hacer que nos contagiáramos los sueños; lo suponía, pero nunca le pregunté. Esa espiral de desesperación, obsesiones y mutismo se estaba llevando lo poco que quedaba de nosotros, que dejamos de ser hogar y pareja el día que Nancy no regresó.

Uno recuerda siempre los días buenos, los reinventa a fuerza de repetirlos una y otra vez para dar cuenta de que fueron reales. Con los malos pasa lo mismo, se distorsionan en su esencia, hay humo en ellos, pero no dejan de ser verdaderos. La desaparición de mi hija y su búsqueda, los meses de infierno, nuestras sospechas, miedos y presentimientos se enfilaron por el mismo camino cuando ya no teníamos energía para nada que no se tratara de lamentarnos en silencio y crear alternativas para un duelo que no llegaba, desear que apareciera viva o muerta mientras Antonio continuaba echando botellas al mar con los anuncios de búsqueda. Lo que sucedió se mezcla en mi memoria como si cada vez que fuese ahí alguien le pusiera otro orden, palabras distintas a esa tarde y el tiempo que le siguió porque así se ha de sentir dar vueltas en el mismo laberinto de siempre, persiguiendo un holograma que resultas ser tú misma, confundida y aterrada. Ese día no fui a trabajar, eran días libres en el estado, en Apizaco no se celebraba un carnaval tan grande, pero las escuelas descansábamos. El teléfono de la casa sonó, estaba sola, me llamaba Teresa. Tardé unos segundos en relacionar el nombre con el rostro, no iba a las reuniones en Huamantla desde hacía mucho y tuve que esperar que me explicara quién era: La maestra me dio tu teléfono, Dolores, en el celular no contestas, te llamo rápido para preguntarte si ya viste las noticias locales, lo de las dos bandas de padrotes en Tenancingo. No he visto nada, Teresa, no me cuelgues,

por favor. Fui rápido a encender la televisión de la sala, pero no había señal en ningún canal, en la radio a esa hora ya no daban las noticias, las estaciones locales solo tenían música. No agarra, Teresa, y no sé qué pasó, dime ahorita y busco mis cosas para ir a la mueblería con Antonio. A mí me avisaron las otras muchachas, siempre estamos al pendiente cuando pasan estas cosas, sobre todo para las fiestas patronales, de difuntos, el carnaval, ya sabes cómo se pone por aquí y más aún allá, para no hacértela larga, Dolores, ayer fue el primer baile en Tenancingo, los bailes siempre sirven para que ellos hagan sus negocios, parece que de unos años a la fecha hay dos bandos, como las plazas de las drogas, pero aquí es de otro asunto, viene dinero de Estados Unidos, traen muchachas, se llevan a otras, es un mercado todo eso y nadie está conforme, se respetan, pero no dejan de querer ser el líder. Ayer en el baile, dice alguien que estuvo ahí y dio testimonio anónimo, el pleito fue por una cuota que los viejos o los nuevos no querían pagar, comenzaron los disparos e hirieron a civiles. Ese tema se respeta, todos los saben porque a eso se dedican ahí, pero el civil era pariente de un policía o un policía, no recuerdo, y el que hirió fue otro ex policía del bando de los nuevos, en la huida lo delataron y como venganza fueron a su negocio, entonces rompieron el pacto autoridades y padrotes, quisieron aplicarle la ley, entraron a los cuartos y sacaron niñas así como tu hija, de esa edad, que ya estaban listas para mandarlas al otro lado. Las muchachas lo oyeron primero en la radio y después en la tele, salió creo que desde anoche y hoy en la mañana fue noticia porque la policía lo está pregonando para que vean que sí se hizo algo, me llamaron y alcancé a anotar el nombre, por si te suena y si quieres ir de una vez a Tlaxcala, ahí los tienen, a ver si alguien puede darte noticias de tu hija, al que agarraron se llama Timoteo Sánchez, y de las niñas no hay nombres porque todas son menores de edad.

Timoteo Sánchez, me repetí, Timoteo Sánchez, Sánchez, como había dicho Ramiro, pero Josué dijo que ahí todos se llaman y se apellidan igual. Me temblaban las manos y las piernas cuando salí de la casa, en voz baja decía algunas palabras de Teresa: Menores de edad, las niñas, la plaza, todos se dedican a eso, noticias de tu hija. Antonio había pasado el día revisando la contabilidad de la mueblería, los trabajadores preparaban envíos y las empleadas de piso ni siquiera sintonizaban las noticias, ahí siempre se veía el fútbol o los canales de música grupera, por eso nadie sabía nada cuando llegué. Le expliqué tratando de que no me invadiera la desesperación. Tenemos que ir, vamos de una vez a Tlaxcala a preguntar, Teresa dijo

que eran menores, a lo mejor alguien sabe algo, le pedí, si no vas tú, voy yo. Ahora Antonio dudaba, sentía el mismo miedo que yo, suspiraba con resignación, pero en realidad era pánico. Terminó esto en diez o quince minutos y nos vamos, dijo.

Lo que debimos recorrer en menos de una hora fueron casi dos por el accidente de un tráiler que nos detuvo un rato en carretera. En las noticias de la radio no volvieron a mencionar lo que me acababa de contar Teresa, de repente dudé que fuera cierto, creí que a lo mejor ella me llamaba solo para preguntar por qué no había ido a Huamantla y mi imaginación creó una historia a partir de lo que Antonio vio cuando fue a Tenancingo, de mi desesperación, de historias fantásticas de la tele y el cine, de las pesadillas, los libros de medicina y mi ansia por romper el silencio de las autoridades. Conocíamos Tlaxcala a la perfección, Antonio tomó un atajo antes de entrar a la ciudad, pero tardamos lo mismo, cuando llegamos al Ministerio Público, con la burocracia de siempre y solo la mitad del personal de guardia, el muro de oídos sordos se hizo más grande e impenetrable delante de nosotros. ¿Qué se les ofrece, cuál es su trámite?, preguntó una mujer detrás del mostrador cuando por fin fue nuestro turno. Venimos a preguntar por el arresto del señor Timoteo Sánchez. ¿Son familiares?, respondió. No, dije, pero levantamos una denuncia por la desaparición de mi hija hace más de un año y en las noticias dijeron que habían liberado menores de edad de una casa de este señor. Si no son familiares no puedo darles información, dijo, sin levantar la vista de los papeles que hojeaba. Sí, pero tenemos el folio de la desaparición de mi hija y estábamos sospechando que podría haber pasado por ahí, seguimos buscándola en varios lugares del estado, intervino Antonio. No damos información si no son familiares, y en lo que respecta a las personas rescatadas, tampoco ha llegado información, no sé dónde vieron eso o quién les dijo, en todo caso, esperen a que se haga público, aquí no podemos dar parte a nadie que no sea un familiar o abogado reconocido por el ciudadano arrestado o por su familia. Con eso, y el ademán de llamar al siguiente, dio por terminado su diálogo con nosotros, que nos quedamos con la carpeta de copias de la hoja de búsqueda y el folio de denuncia de mi hija en la mano.

Había más gente esperando ser atendida, me acerqué a una señora para preguntarle si sabía de unos proxenetas, Antonio les dijo padrotes, que agarraron el día anterior en un baile del carnaval. La señora me miró como si yo estuviera loca, su acompañante, un hombre como de veintitantos años también, y no pudo disimular que le

daba risa mi pregunta. Vámonos, dijo Antonio, mejor regresemos en la noche, a ver si hay cambio de turno. Pero no hubo, la misma mujer que nos atendió seguía ahí a las ocho que tomamos el camino de regreso a Apizaco. Voy a regresar, le dije, tengo que saber más. Pero qué puede saberse cuando nadie quiere decirte nada, pensé mientras atravesábamos un camino totalmente oscuro de vuelta a casa.

Quedarse con la duda es peor, quedarse con la duda es peor, repetía antes de levantar el teléfono de la casa y agotar una de las últimas oportunidades que me daba la esperanza antes de hacerle perder la paciencia a otros. ¿Prima?, pregunté después del bueno del otro lado, soy yo, te llamo porque pasó algo y a lo mejor nada más tú puedes ayudarme. Nerviosa y con una mezcla de desesperación y falta de aliento le dije todo lo que sabía, desde la visita de Antonio con Josué a Tenancingo y lo que me contó Teresa hasta nuestra tarde en el Ministerio de Tlaxcala. Pues le voy a contar a mi suegro, a ver si con una llamada se puede hacer algo. Antonio a veces quiere seguir buscando en cada pueblo, a veces no, yo a veces me digo que Nancy ya se murió, que se la llevaron muy lejos, que ella quiso irse, me he dicho de todo, prima, pero apenas haya una pista, regresamos a lo mismo, queremos seguir buscando. Cualquiera querría que le regresaran a sus hijos, Dolores, no se pierde nada con preguntar, le llamo a mi suegro y vemos qué pasa, pero tampoco te hagas muchas ilusiones, ya sabes cómo está la vida en todas partes. Lo mejor es que no se arriesguen, si esto no tiene que ver contigo, ya no te metas, no va a ser por ahí.

Antonio y yo regresamos a Tlaxcala, en el Ministerio Público no nos dijeron nada, el hombre que nos atendió ni siquiera sabía de qué hablábamos, dijo que si no íbamos por un asunto urgente mejor no le quitáramos el tiempo a él ni el turno a los demás. Muy cerca estaba la casa de mi familia, a ellos no les diría nada, no les contaríamos ni preguntaríamos, preferíamos no saber de ellos y Antonio también llevaba meses sin saber de los suyos. Aún era temprano, él me dejó en la casa y se fue a la mueblería. Por la noche, cuando regresó, me contó algo que me sorprendió: Josué renunció esta tarde, me dijo que ya no le convenía estar aquí, quería irse a otro lado, creo que a Puebla o a México, no sé, fue muy rápido dándome la explicación, solo estaba esperando que yo volviera a la oficina para presentar su renuncia, bueno, más bien avisarme que era su último día. Pues qué mal, no es una buena época para que alguien deje el trabajo,

respondí. Pero no solo es eso, Dolores, continuó, ahorita me quedé hablando con Ramiro, me contó algunas cosas, dice que Josué de por sí tenía problemas, se fue de Tenancingo a Tlaxcala, después a Tlaxco y por último aquí, que empezó como repartidor en moto, no le gustó el trabajo y entró con nosotros a la mueblería, a su familia la extorsionaban en Tenancingo, tenía una prima o dos, Ramiro no sabe muy bien, tenía a familiares trabajando para padrotes, después del pleito en el carnaval las cosas se pusieron peor para ellos, le dijo a Ramiro, los amenazaron y alguien les avisó que estaba aquí, alguien que nos vio en el camión, cuando él me llevó muy confiado en que lo que sea que haya hecho ya se les había olvidado, yo no sabía nada cuando habló conmigo, pero me dio la impresión de que se iba por algo así, le di su liquidación completa más una gratificación por la vez que me llevó a Tenancingo, al cabo que a lo mejor eso le puso el pie. No podemos confiar en nadie, Dolores, ya nos lo dijo todo mundo, me lo repitieron los mismos Ramiro y Josué, aquí todos se dedican a lo mismo, ya fue Nancy y no tardamos en ser nosotros. No tardamos en ser nosotros, me dije varias veces antes de dormir, y qué hubieran querido de nosotros si no teníamos dinero, el que aún no ganábamos ya lo debíamos, qué querían de dos personas que estaban huecas y les costaba trabajo sobrevivir.

Con el paso de los días la rutina tenía que retomar el rumbo, la jornada laboral, mis evasivas a las mujeres de Huamantla, que cada vez me buscaban menos, el rechazo a las llamadas de mi familia y sus constantes invitaciones porque pensaban que el tiempo de duelo por mi hija ya había pasado y nos correspondía retomar las actividades que de por sí no nos gustaba hacer con ellos. Me entretenía armando la decoración para la ceremonia del día de la madre del kínder, antes Nancy me ayudaba a recortar y armar flores de papel crepé. Cuando era chiquita le pagaba cinco pesos por cada tarde que se quedara conmigo haciéndolas, pero ya me tocaba armarlas sola. Quería hacer un arco de flores de cartulina con flores de crepé a los lados, ese le hubiera gustado a Nancy, me decía, muy colorido, con textura, flores de distintos tamaños, que sirviera para que también los papás se tomaran fotos, que se viera mejor que los de las escuelas de paga, esa era su frase cada vez que armábamos la escenografía de los festivales. Me repetía la frase mientras cortaba pétalos y los pegaba al centro amarillo de mi flor cuando sonó el teléfono de la casa. No iba a contestar, no tenía ganas, no había nada

más urgente que mi tarea en ese momento, pero el teléfono no dejaba de timbrar. Contesté. ¿Doña Dolores? ¿Quién habla?, pregunté, luego de sentir la punzada en el pecho como en los últimos meses cada vez que una voz de hombre, con ese timbre molesto y de amenaza, decía mi nombre. Le hablo de parte de don Pedro García, del ex comandante, digo, del comandante Pedro García. Tardé un rato en reaccionar, un rato que no habrán sido más de tres segundos de silencio, de esos en los que sientes que te enredan una cuerda alrededor del cuello y la tensan con más fuerza de la que te imaginas. Quería colgar, no tenía palabras, no sabía de quién me hablaba. Me dijo el comandante que esto era por un asunto familiar, no le daban información y solo necesitaba los nombres de unas muchachas aseguradas por la policía hace dos semanas en el carnaval de Tenancingo, que ustedes andan buscando a Nancy Guadalupe Castillo Méndez, hay una carpeta de investigación sobre su paradero, ¿confirma? Sí, dije, tímida, casi muda. Señora, el detenido se llama Timoteo Sánchez Sánchez, le dicen Toro, hay varias menores de edad aseguradas, pero ninguna tiene ese nombre, lo lamento.

Desde hacía meses me preguntaba cuándo sería el momento en el que supiera que debía dejar de buscar. Imaginaba escenarios, una llamada telefónica estuvo entre mis opciones recurrentes, pero nadie puede adelantarse al tiempo y predecir cómo se siente, qué tan pesada es la sangre que se mueve de los pies a la cabeza, a veces hirviendo, a veces helada, cuando te dan la noticia. Lo lamento, señora, no está entre las chicas aseguradas. Está bien, respondí, dele las gracias al comandante de mi parte, yo más tarde le llamaré a mi prima para agradecerle a ella y, claro, gracias a usted por la molestia. Ojalá esto termine bien, dijo suavizando un poco la voz, leo y releo la lista, no hay ninguna Nancy. Señor, ¿tiene la lista con usted?, ¿me podría decir uno a uno los nombres?

Habla Lucero

La casa del monte nunca dejó de ser fría, de sentirse húmeda, de tener las paredes heladas y que el cuartito de abajo pareciera un congelador y los de arriba mini bodegas donde no entraba casi nada de luz. Mientras menos éramos en el cuarto cueva, más fuerte se sentía el frío. Perla y yo solo estuvimos solas un par de días, después llegaron dos muchachas, sus nombres no importaban, Isra y Beto habían repetido Esmeralda, Zafiro, Diamante, Amatista, hasta Plata, a esas dos les tocaron nombres repetidos. Las vi asustadas, molestas, quisieron pegarme, como todas, también como ellos cuando se molestaban o estaban aburridos, intentaron forcejear para salirse, pero ¿a dónde se va una cuando no tiene dónde ir? Perla me dijo que también eran primas, de Tlaxcala, pero no sabía exactamente de qué parte, como de dieciséis y diecisiete años, una con los ojos café claro y la otra con unos ojos negros muy grandes, unas pestañas rizadas igual que su cabello, la piel muy morena y el cuerpo pequeño. Igual que todas cuando llegaban, cuando llegamos, no comieron los primeros días, lloraban, se ponían violentas conmigo, a Perla ni le hacían caso, pero yo era su enemiga, hasta que Isra y el Negro entraron por ellas una noche cuando apenas había oscurecido y las subieron a los cuartos. Siempre era lo mismo, unas tardábamos más en acostumbrarnos, resignarnos, decía Nadia, otras tardaban menos, al final se hacía lo que ellos decían y no había manera de llevarles la contraria. A esas primas, que creo que ni siquiera lo eran porque no se parecían, tal vez solo eran amigas o vecinas, las tuvieron encerradas varios días, lo único que hice por ellas fue pasarles la comida súper rápido para que no empujaran la puerta y se salieran; Perla salía solo cuando el Gordo entraba por ella. Si las oía llorar y no estaban Isra y el Gordo o Beto cerca les decía en voz muy baja que no lloraran o les podía ir peor, que yo les llevaría algo de comer, ahí junto a la litera estaban las revistas para que se entretuvieran, pero que se tranquilizaran. Se los pedía por favor, si alguno de ellos se

daba cuenta de que planeaban salirse, el problema volvería a ser mío.

Con Nancy las cosas no cambiaron, o sí, un poco, la verdad es que no lo sabría decir. Cada vez que estaba con ella me concentraba en ponerle bien las vendas, como la señora que sacó a su hija me enseñó que debía hacerlo. La panza seguía ahí, más chica, como cuando la bebé crecía, pero a la inversa, yo me acordaba de repente de las caricaturas o películas en las que alguien aprieta un botón para regresar el tiempo, así se veía su panza cada día, bajaba poquito a poco, pero sus pechos seguían siendo grandes, me hacía pensar en una niña deforme o una señora enana, igual de molesta porque sabía que su cuerpo, ahora sí, era feo, y lo único bonito que le quedaba y la hacía diferente a todas era su cara. La veía y me acordaba de Morosa, la perra de doña Jacinta. Si tuvo a sus perritos seguramente se los comió o fue a abandonarlos a un baldío. Los perros sin hogar se vuelven callejeros que después muerden, decía mi mamá, así también le pasa a la gente. Nancy no me hablaba, me veía con odio, se le olvidaba que por mí no se murió cuando su hija trataba de salir y no había quién le ayudara, que por mí llegó bien a la casa de los leones y no la tuvo en medio del monte. Cuando le ponía las vendas me preguntaba en mi mente qué me hubiera dicho Nadia, que no la soportaba y varias veces me dijo, entre broma y no, que la empujara por la escalera, como si nada, igual que en las telenovelas, a ver qué le pasaba. Tal vez Nadia me hubiera dicho que me odiaba porque yo vi la cara de su hija, yo sabía cómo era y la cara de un recién nacido no se olvida, menos la de uno que regalan y a lo mejor se va al país de Nunca Jamás, como en la película, donde van los niños que la gente no quiere, los que no salen en la tele porque nadie los busca. Esa niña iba a ser como nosotras, pero en miniatura, por eso Nancy estaba molesta. Me di cuenta de que de plano no hablaba, no me preguntó nada de ese día, nada de la niña, y ahí supe que la bebé nunca iba a volver con nosotras.

Es que ya nadie regresaba con nosotras, las que entraban se iban, usaban el nombre que les regalaban y no quedaba nada de ellas, a veces ni la ropa que no alcanzaban a llevarse porque o desaparecía o yo, que siempre sentía mucho miedo de ser la siguiente, no me acordaba dónde la había guardado después de que ellas recogieron lo suyo a las carreras. Cada vez que veía mi mano izquierda me daban ganas de llorar y me aguantaba, quería olvidarme de cómo se llora, pero no quería olvidar a Nadia, el hilo tejido que me dejó para que me acordara de que estuvo ahí. A veces quería sacar cuentas del tiempo que llevaba encerrada y me imaginaba qué estaría haciendo afuera si

nunca me hubiera ido con Beto, pero el hubiera no existe, decía mi mamá, no existe una versión de Lucero trabajando en una tienda de telas o en un taller de ropa, la única versión de Lucero estaba donde debía estar y no tenía caso imaginarse cosas.

Pasó mucho en poco tiempo, a veces pensaba que no sucedía nada porque todos los días eran iguales, el mismo infierno en la misma casa, pero ese día las cosas sí cambiaron. Yo acababa de ayudar a Nancy con las vendas de su faja y de darle de comer, ya me tocaba hacer la limpieza de los cuartos de arriba porque las dos muchachas estaban más tranquilas, por fin habían entendido, cuando oí a Beto subir las escaleras y buscar a Isra, que aprovechaba que no hubiera visitas para dormir en otro de los cuartos. Hay que irnos a la chingada, agarraron a Toro. Solo eso. Apenas escuché lo que decía, sentí cómo se me congelaba la nuca y mucho frío en la espalda, como si alguien estuviera pasando un cubo de hielo, el frío mezclado con miedo. Nos vamos a la chingada ya, ahorita, dijo Beto. ¿Cómo que lo agarraron?, ¿qué fue?, ¿llamo al Gordo?, está abajo, respondió Isra. Hizo una mamada en el carnaval y lo agarraron, está con la policía desde ayer, le van a sacar todo a chingadazos o ese puto va a hablar para que lo suelten, dijo Beto. ¿Qué hacemos con las rucas?, preguntó Isra. No sé, no sé, yo me llevo a Rubí en lo que soluciono este pedo, tú y el Gordo quédense con ellas, las colocamos mañana o pasado, que nos paguen al cash de una vez. ¿A todas?, preguntó Isra. Sí, ya que se vayan a la verga de una vez, con lo que nos paguen nos pelamos.

Oí pasos, otros ruidos, como si entre los dos estuvieran registrando cajones. Aproveché para ir al cuarto de Nancy, cuando abrí la puerta ella estaba oyendo música de un MP3 que a veces le dejaba Beto para que se entretuviera. Pasó algo, Nancy, nos van a llevar, no, a ti te van a llevar, a nosotras nos van a dejar, yo no quiero quedarme, por favor, Nancy, quiero ir contigo, ayúdame, por favor. Ella me miró como si yo estuviera loca o no entendiera mis palabras, me había escuchado porque, aunque tenía los audífonos puestos, me di cuenta de que no sonaba nada, debió ponerle pausa a la música para oírme. No me respondió, solo me veía con esos ojos molestos, con ganas de insultarme, pero no decía nada. ¿No me oíste?, le pregunté, ayúdame a salir, te prometo que no voy a hacer nada, te lo prometo, si quieres que me hinque yo me hincó, pero por favor dile a Beto que tengo que ir contigo. Yo no sé nada, dijo cuando se quitó los audífonos, no sé qué me estás diciendo. Quería sacudirla, darle una cachetada, pero Nancy era un poco tonta y a lo mejor no me había entendido. No tarda

en subir Beto, dije en voz más baja, pasó algo con Toro, tú y Beto se van a ir, a nosotras nos van a dejar y después no sé qué van a hacernos, no me dejes aquí, te lo ruego, dile que me deje ir con ustedes, hago lo que me pidas. No quiero irme, dijo por fin. Escuché los pasos de Beto subiendo las escaleras, Nancy me agarró muy fuerte del brazo, estaba temblando. Beto abrió la puerta de un golpe y alcanzó a oírla: Yo no me voy, Lucero. Antes de que pudiera abrir la boca para decir algo, Beto me dio una cachetada, luego otra, me dio tres. Pinche pendeja, qué le estás diciendo, ¡qué chingados le estás diciendo! Me cubrí la cara para la lluvia de golpes que Beto iba a darme, pero dijo: Tú agarra tus cosas, tenemos que irnos, llévate tus medicinas, un poco de ropa y a la chingada, ya nos vamos. Yo estaba temblando, Nancy no dejaba de temblar, pero obedeció, recogió una mochila que estaba tirada cerca de la cama y metió unas cajitas que estaban sobre la mesa chiquita que usaba para comer. Y tú, ahorita vas a ver si no te sales de aquí, pinche pendeja, me dijo.

Pude moverme por el mismo miedo que funcionaba como gasolina y bajé las escaleras, en el cuarto cueva no había nadie, tampoco oía los pasos de Isra o el Gordo, tal vez ya se habían ido y se llevaron a las demás, Nancy se iba a ir con Beto y yo qué, para mí qué había. Sentía las orejas calientes, también la nariz, mis manos estaban heladas, quería llorar, pero no podía porque estaba tan asustada que no me salía ni una lágrima, de repente algo me dijo que intentara salir y me echara a correr por el monte hasta la carretera, a lo mejor un trailer me levantaba, un camión que estuviera yendo a San Pablo, a Apizaco, a donde sea. Puse la mano en la cerradura, jalé y no se movió. Hija de tu pinche madre, no vas a ir a ningún lado, dijo Isra, que llegó en ese momento, me jaló del pelo y me empujó al suelo, y desde el suelo vi a Nancy, con su mochila y una sudadera negra, agarrándose la barriga como si todavía estuviera embarazada. Quédense aquí y mañana venimos por ustedes, le dijo Beto a Isra, el Gordo sigue arriba, que ahí se encierren todas, cualquier cosa, un tiro, a lo mucho dos, aquí nadie va a andar con mamadas, si no vengo yo por ustedes mañana, viene mi padrino, empieza a limpiar allá, que te ayude esta pendeja.

Nancy, por favor, dije en voz baja, como si las palabras se mandaran solas y por eso me salieron de la garganta, mezcladas con mis ganas de llorar. Ella me escuchó, volteó a ver a Beto y no contestó, parecía que sus ojos verdes también temblaban, pero las lágrimas se le quedaban atoradas, entonces ya no me importó nada. Nancy, te lo ruego, dije, y la jalé del brazo, ella me veía a mí y a Beto

y en lugar de darme la mano como cuando estábamos arriba, apretó el brazo de Beto, que me empujó como si yo fuera un perro rabioso. Te vas a la chingada, dijo Isra, me agarró del brazo para levantarme y meterme a empujones al cuarto cueva. Lo último que pude ver fue a Nancy abriendo la boca como para decirme algo, pero no soltaba a Beto, ya no necesitaba decirme nada para que yo entendiera que ese iba a ser mi lugar porque el de ella era otro.

En esa casa se hacía lo que Beto, el Negro, Toro, Isra y el Gordo dijeran, siempre era así. Y a ellos los mandaba el dinero, que los hombres les pagaran, eso era lo único a lo que obedecían, ¿quién iba a pagar por mí?, ¿cuánto valía? Estuve pensando eso una y otra vez sola en el cuarto como cuando llegué, ¿qué iba a hacer conmigo y para dónde me iban a mandar? No sabía nada de Perla y las otras muchachas, por más que intentara oír algo de afuera no había un solo ruido que se metiera por debajo de la puerta, ni de voces o el motor de una moto, porque algunos llegaban en moto, pero la mayoría iba en camionetas. No tenía hambre, ni sueño, tampoco ganas de ir al baño, solo sentía el miedo jugando carreras dentro de mi cuerpo y usando mi sangre como pista, eso sí lo conocía y siempre estaba, unos días más que otros. El cuerpo se cansa, el cuerpo es una pista y si siempre hay alguien corriendo ahí la pista ya no sirve, el cuerpo se cansa, me dije hasta que por fin pude quedarme dormida.

De repente oí la voz del Gordo, pero no entendía lo que decía, luego la de Isra, la del Gordo, la de Isra, hablaban lejos de la puerta del cuarto cueva, caminaban, movían cosas pesadas, el ruido de una botella rompiéndose en el piso, más botellas o el vidrio de una ventana, más ruido, alguien estaba destrozando todo, alguno de los dos que solo sabían arreglar las cosas a golpes y rompiéndolas, más ruido de cristales, pero ninguno venía de las otras muchachas. Ya era de día, no sabía como qué hora era ni cuánto había dormido, no cantaba ni un solo pájaro, pero la cueva se había iluminado, a lo mejor afuera brillaba el sol, aunque hubiera mucho frío. Oí los pasos más cerca de la puerta, me iban a sacar para que limpiara el cochinerero que habían dejado, pero en lugar de eso escuché que arrastraban algo y lo ponían ahí cerca, pensé en el único sofá de madera que no tenía cojines y donde a veces nos sentábamos. Quise abrir, pero la cueva tenía seguro por fuera, entonces oí cómo abrían la puerta de la casa y luego luego la cerraban. Pegué mi oído al suelo a ver si podía captar ruido y sentí pánico: sus voces ya casi no se escuchaban, pero sí el motor del Monza viejo que nunca usaban, el que yo creía que era del Gordo, le daban, pero no arrancaba, hasta que sí, y poco a poco el

ruido se alejaba con ellos.

¡Perla, Perlaa!, grité, tal vez estaba ahí porque no oí pasos de las demás como para que se las hubieran llevado y se olvidaran de mí. Perla no me respondió, les grité a las otras, necesitaba que alguien me abriera, no sabía cuánto tiempo iba a tardar el Gordo en volver, si el Negro o Beto irían por nosotras, o el padrino, no sabía, ahora mi miedo era estar encerrada porque no se acordaban de mí. Volví a gritar, gritaba de todo, que me sacaran, que estaba ahí, los nombres de todos, hasta el de Nancy, que gritaba con mucho coraje, grité hasta que me dolió tanto la garganta y me dolieron los nudillos, hasta que vi la sangre en mis dedos pelados y así debía tener la voz porque ya no se escuchaba, nadie la oía. Estaba en medio de una cueva que solo tenía silencio, ahí ni mis gritos iban a rebotar porque solo rebotan cuando alguien te escucha y yo, sola y encerrada, acababa de quedarme sorda.

Creí que me había dormido y estaba soñando, pero hice la prueba de tocarme y toqué mis nudillos, raspados y con sangre en los pellejitos que se habían destruido. Más ruido, era un motor. No sonaba como el que se acababa de ir, a lo mejor volvieron en otro coche, dije, iba a venir Beto, pero no en ese carro, en el de su padrino, con el Negro. Sonaba como una camioneta grande, como la de Toro, podría ser Toro, dije con la poquita voz que me quedaba como si alguien pudiera escucharme, que se hayan equivocado y era mentira lo de la policía, que Toro lo inventó para que los demás salieran y él viniera por nosotras para llevarnos a una fiesta, al edificio en México, el del metro del patito, al rancho, es motor de camioneta, es motor de camioneta, decía como si eso pudiera quitarme un poco del miedo que me estaba ahorcando. El motor se detuvo, no había música, pero luego oí otro carro ahí cerca, eran dos vehículos, dos camionetas como la del Negro, como la de Toro, alguno de ellos dos era.

Un ruido muy fuerte, como de explosión, pero ahí nada explotaba, solo era la puerta que la abrían a patadas, con los golpes a los que ellos estaban acostumbrados. El que le pegaba no tenía llave, le dieron dos o tres hasta que se abrió y en ese momento hubo luz, mucha, que no tardó en hacerse oscuridad, gritos y más miedo cuando movieron lo que Isra y el Gordo habían puesto y abrieron la puerta de la cueva. ¡Al suelo, al suelo!, gritaron, eran dos, tres, más, no sé cuántos, porque cuando me eché sobre mi propio cuerpo adolorido y me pusieron un arma en la nuca solamente veía botas de hombre ir de un lado a otro, los oía gritarme, ¡Al suelo, al suelo!, y sentía una mano pesada cortándome la respiración. Pasos, gritos,

golpes a las puertas, silencio, oscuridad, después ya nada.

Hacía mucho tiempo que nadie me preguntaba mi nombre. Lo dije tres veces, lo repetí hasta que me cansé de oírlo, me cansé de la luz tan fuerte del cuarto blanco, del olor de mi orín en la ropa que llevaba puesta, del mareo porque mi cuerpo por fin sentía hambre, de la sed que parecía que me secaba por dentro, del dolor que se había quedado ahí después de las cachetadas de Beto, los empujones de Isra y los dedos fuertes apretando mi cuello del primer policía que me echó al suelo. Cuando eso pasa preguntas muchas cosas todo el tiempo, pero nadie te responde, le hablas a la pared, ellos quieren saber, pero no te dicen nada, no sabes dónde estás ni qué pasó porque los recuerdos parecen una pesadilla, solo sabes que son reales porque el dolor está en todas partes. En las películas había visto que te dicen que si hablas eso puede ser usado en tu contra, a mí me preguntaban cosas, yo hablaba, entonces eso iba a ser usado en mi contra, solo que no sabía cuándo porque yo no sabía nada.

Pasaron muchas horas o un día, no lo sé, hasta que me dieron algo de comer y me llevaron un cambio de ropa. Le pregunté a la señora que me atendió qué había pasado, ella solo me miró como aguantándose la risa o el reclamo y me dijo: ¿A poco no sabes que ya las liberaron? ¿Liberaron a quiénes, si yo estoy aquí y nadie me explica qué pasó?, pregunté. A las otras muchachas, las que estaban arriba, respondió, mejor espérate a que venga la trabajadora social, a lo mejor hoy mismo te dicen qué va a pasar contigo. ¿Qué va a pasar, qué va a pasar?, empecé a decir en voz baja, luego ella salió y me dejó en ese cuarto muy chiquito que se parecía mucho a la cueva de la casa del monte, solo que estaba pintado de blanco y en lugar de puerta tenía rejas.

Me contaron todo y fue como si me lo dijeran en cámara lenta, otra vez sentí el frío desde la nuca hasta los pies, bajando lento por mi espalda, la sangre corriendo rápido por todo mi cuerpo, hirviendo, luego helada con cada palabra que el agente del Ministerio Público dijo cuando me sentaron frente a él. Y al lado de mí la misma señora de antes, supe que le decían custodio, estaba ahí por si me volvía loca y quería escaparme: había tres muchachas en los cuartos de arriba, Lucero, y tú estabas en los de abajo, ¿sí recuerdas?, ¿te acuerdas cuando llegó la policía y lo que pasó después? Yo moví la cabeza, me acordaba un poco, recordaba el ruido de un motor o dos, los golpes en la puerta, a los policías, sus botas, yo en el suelo, luego

nada. ¿Te acuerdas bien de los hombres con quienes estabas?, ¿de los dos que se quedaron cuando uno más y otra muchacha se fueron? Yo no sabía qué decir, a veces decía que sí, otras que no, movía la cabeza, yo sabía todo, pero las palabras se me quedaban entre la lengua y los dientes cuando quería responder. Ellos también sabían. Lucero, eres presunto responsable de asociación delictiva, hablamos de secuestro y trata de personas, ¿sabes lo que es?

Me tocó hablar. Tenía que decir todo lo que supiera mientras otra señora tecleaba en una máquina de escribir eléctrica: Yo estaba ahí, pero no le hice nada a nadie, respondí en voz baja, a mí también me llevaron. En una de las paredes había un reloj grande de manecillas, lo vi dos veces como si no importara porque no entendí la hora que marcaba, pensé que se me había olvidado leerlo o por el tiempo que pasé en la casa del monte sin un reloj ya no me importaba cómo se movía, solo me fijaba cuando algo tardaba mucho o poco, y el tecleo en la máquina de escribir tardó mucho. Lucero, dices que tienes dieciocho años, los cumpliste hace poco, pero llevabas bastante tiempo con ellos, ¿es cierto? Moví la cabeza. Antes de que regresara al lugar donde había dormido me dijeron que primero debían estar seguros de que yo tenía la edad que decía, iban a revisar documentos, llamar a alguien. Llámenle a mi mamá, vayan por ella, no tenemos teléfono en la casa, pero una de las vecinas a veces nos pasaba las llamadas, les puedo dar la dirección de la casa y de donde ella trabajaba cuando me fui.

Mi mamá no fue. Mientras esperaba para saber qué iba a pasar conmigo, otra mujer me dijo que llamaron y nadie contestó, fueron a la casa y nadie salió, hasta que la buscaron en uno de sus trabajos. Mi mamá respondió que no iba a ir a ningún lado, cualquier problema en el que yo estuviera era asunto mío. Ni siquiera me sentí peor, ya me imaginaba que así iba a ser. Por lo menos les confirmó que yo acababa de cumplir dieciocho años. Aquí vas a estar detenida como mayor de edad, me explicó el mismo hombre de la vez pasada cuando volvieron a sentarme en el mismo lugar y oía el zumbido de las teclas de la máquina de escribir eléctrica, con tus documentos de nacimiento se dará fe de que estuviste con los responsables del delito siendo menor, lo que sigue será comprobar o deslindarte de responsabilidades, si pasa lo primero, mucho dependerá del juez, él determinará la gravedad de tu delito y qué tanto te implicaste, puede ser que esto tarde como mínimo cuatro meses, por lo general es más, que lleves el proceso dentro como mayor de edad o fuera si las condiciones lo permiten, el juez de control dirá, ¿me entiendes,

Lucero?, ¿comprendes lo que te estoy explicando? Moví la cabeza, pero entendía muy poco, prisión, libertad, estaba confundida, yo quería saber qué había pasado con las demás, dónde estaba Nadia, si la tenían ahí también, si sacaron a Perla del cuarto de arriba, eso era lo que me importaba porque nadie me había dicho.

A mí también me robaron, susurré, yo no quería estar ahí. Binomio víctima-victimario y el grado de responsabilidad, todo eso lo va a determinar un juez, Lucero, mi obligación por ahora es decirte qué sucede y cuál es el panorama, dijo, se puso de pie y a mí también me levantaron para regresarme al mismo lugar. Luego me llevaron a otro, solo había dormitorios y una cancha, pregunté si era una cárcel y me dijeron que no, era para mantenerme a salvo. Los días ahí también eran lentos, aunque pasaban muchas cosas, no dejaba de oír voces, todo mundo hablaba, conmigo no, pero sí entre ellos, a lo lejos se escuchaba el ruido de la televisión, música de la radio muy bajita y que casi siempre era la misma. Caminaba más, salía a la cancha, pero nunca me encontré con alguna de las muchachas de la casa del monte, yo era la única mujer. El cuerpo ya casi no me dolía, aunque no podía dormir, y si me quedaba dormida soñaba muy poco. Había una cocina a la que no entraba, dos salones de clases y una oficina, ahí me llevaron cuando dos mujeres fueron a visitarme. No eran del gobierno, pero hacían algo parecido, una me explicó que ellas estaban al tanto del caso y que me iba a defender para que no me mandaran a la cárcel; me explicó varias veces hasta que entendí qué pasaba, mi situación, dijeron, así la llamaban.

Nos sorprendió conocer datos de los hombres que se las llevaron: Alberto Cruz, Beto, es de tu edad, aunque en las fotos se ve mayor, Israel García tiene diecisiete años, Felipe, a quien le decían el Negro, también tiene diecisiete años, Timoteo Sánchez, el Toro, tiene veintitrés, el mayor es Pedro García, primo de Israel, el Gordo, tiene veintiocho años. Timoteo trabajaba en la policía, estuvo activo tres años y lo despidieron porque no pasó el control de confianza, aunque eso es lo de menos, su familia se dedica a la trata de mujeres y les convenía que él estuviera en la policía, así afianzó algunos contactos, ocasionalmente distribuía cocaína, pero no se dedican al narcotráfico, específicamente su papá y él no, tampoco sus tíos. A Israel y Pedro los detuvieron poquito antes de que la policía las asegurara a ustedes, no estaban lejos, a Timoteo y Felipe también. Lo de Timoteo fue casi al azar, por lo general la policía no se mete, su negocio es solo de ellos, el pueblo es tierra de nadie, pero disparó en el carnaval y mató a otro policía, el Negro también disparó y murió otra persona, ellos

dieron la ubicación de la casa donde te tenían. ¿Dónde están las demás, por qué no las he visto?, ¿dónde están Beto y Nancy?, pregunté. También quería hablarte de eso, Lucero, a las muchachas se las llevaron a otro lado, su situación no es tan complicada como la tuya, y digo complicada porque dos de ellas, Samantha y Lorena, dijeron que tú eras la cómplice de Beto e Israel, que las encerrabas y estabas ahí para ayudarles a que trabajaran. La otra muchacha, María, a la que le dices Perla, no dijo mucho, pero ella le contó a la policía sobre Nancy y su bebé.

La sangre que me corría rápido por todo el cuerpo se me fue a la nariz, las orejas, me dio calor. ¿Te acuerdas, Lucero? Me acordaba, no me iba a olvidar de la cara de la niña, los pellejitos de su piel rosada casi roja, sus ojos cerrados. Nancy tuvo a la niña en una casa con esculturas de leones, Beto la llevó a Tenancingo, yo fui con ellos. Eso dice tu declaración, pero nadie sabe nada de ellos ni de la casa con leones, a lo mejor no era ahí. Las dos muchachas dicen que no sabían nada de la bebé y casi nunca vieron a Nancy, pero María, Perla, dijo que fuiste la única que la vio cuando nació, que tardaron más de un día fuera y volvieron sin bebé. Eso no nos ayuda mucho, Lucero, porque los papás de Nancy ya se acercaron al Ministerio Público. ¿Qué va a pasar conmigo?, pregunté porque fue lo único que salió de mi boca a pesar de que tenía un montón de cosas dándome vueltas en la cabeza. Nosotras haremos lo que se pueda, Lucero, para que seas juzgada como menor, que no se te adjudique complicidad y te den trato de víctima, pero siempre es decisión de otros, solo ten paciencia, vas a estar bien.

Después de esa visita otra mujer, la custodio, me contó que buscaron a mi mamá dos veces más, la primera dieron con ella y la otra, cuando regresaron a la cantina donde cocinaba, les respondió lo mismo, que no quería tener nada que ver con cualquier cosa que yo hubiera hecho. Te voy a decir la verdad, muchacha, porque me da pena tu situación y porque sé cómo está todo ahí con esos hombres, además, tengo una hija un poco menor que tú, a veces te veo y es como si viera algunas actitudes de ella, siempre le hablo de lo que sucede aquí, por qué vienen, si me oye qué bien, y si no, no voy a obligarla, por eso medio entiendo a tu mamá y a otras, pero si tu mamá no te va a ayudar, si ni siquiera ha hecho el esfuerzo por venir a ver cómo estás, a darte la mano y platicar contigo, entonces estás mejor sin ella, o aquí, para llevar el proceso en un lugar donde al menos te den comida. Yo lo sabía, desde que puse un pie fuera para irme con Beto fue como si mi mamá le hubiera puesto punto final a

nuestra relación. Antes me daba pena que los demás lo supieran, ahora hasta la custodio me lo decía y a mí ya no me importaba, ya casi no sentía nada por ella.

Un día después volví a tener miedo. Me llamaron al área de visitas, alguien estaba esperándome. Había pasado mucho tiempo, pero esas caras no se me iban a olvidar nunca. Se veían cansados, viejos, la señora tenía canas, pero aún podía ver detalles de Nancy en ella, también en su papá. Solo queremos que nos digas dónde está nuestra hija, dijo la señora. No lo sé, respondí, Nancy se fue con Beto, ella me abandonó, no quiso que los acompañara. Por tu culpa se llevaron a mi hija, tú eres la responsable de que estuviera más de un año secuestrada y ahora no nos quieres decir lo que sabes, dijo la señora, Nancy no es como tú, Lucero, llevamos muchísimo tiempo buscándola, lo sabes, ya te habíamos preguntado, siempre supiste todo, tú hiciste que la secuestraran, dijo molesta. Me di cuenta de que le temblaban los labios, su voz era la de una persona que reclama algo furiosa, pero en realidad quiere echarse encima a los golpes y no lo hace por pena. Nancy andaba con Beto y yo no tuve nada que ver con eso, ni siquiera sabía, más bien todo lo que pasó fue culpa de su hija, respondí, también molesta. La señora se levantó, no me pegó porque su esposo estaba ahí, también la custodio, que le dijo que en dos minutos más tenían que salir, cualquier cosa que yo dijera, si tenía relevancia, era mejor que se hiciera de manera legal y por escrito. Entonces la voz le cambió, los labios todavía le temblaban, pero era porque quería llorar: Yo sé que sabes muchas cosas, por favor, dime dónde está, qué pasó con su bebé, la otra muchacha dice que tuvo un bebé. Fue una niña, señora, dije, Nancy no la quiso, se la dejó a alguien más, ni siquiera le puso nombre, yo la vi cuando nació, pero no podría decirle cómo es, solo tengo su cara en mi memoria, si cierro los ojos todavía la veo, ¿sabe qué me gustaría hacer si pudiera?, darle este recuerdo que tengo de la bebé recién nacida y de Nancy la última vez que la vi y me dejó en la casa del monte, a usted le servirían más que a mí, o regresar al día que Nancy fue a la escuela y solo me trajo problemas, señora, porque para mí lo peor que pudo pasarme fue que su hija se sentara junto a mí y me hablara. La señora por fin lloró, su esposo quiso abrazarla y ella no se dejó, la custodio se acercó y no les dijo nada, pero hizo como que ya era hora de que se salieran. Entonces la señora volteó a verme, me vio con odio, lástima, como a una perra rabiosa o con sarna, movió un poco la cabeza y salió con su esposo y otra policía.

Nadie conoce a sus hijas, Lucero, yo no conozco bien a la mía y

esta señora tampoco sabe quién es la suya, qué hizo, qué te hizo, por eso veo a mi hija, la escucho hablar o nada más ignorarme y a veces me da mucho miedo, dijo la custodio, pero lo que haga no depende de mí. La vida de Nancy tampoco era la mía, no es la mía, Nancy y yo no somos la misma, me dije varias veces esa noche antes de dormir.

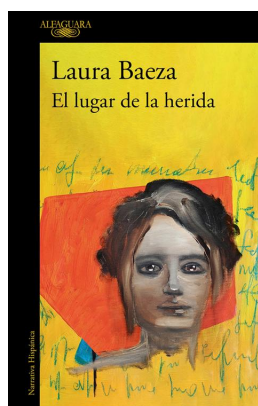
Los días pasaban. Las señoras que iban a ayudarme a comprobar que yo no hice nada tenían razón, el tiempo pasa lento, nadie te dice nada, la gente llega y se va, como en la casa del monte, el miedo siempre está detrás de ti, estrangulándote, tapándote la nariz y la boca, cortándote la respiración, como una lluvia de golpes, solo que invisibles pero muy dolorosos. Me acostumbré a dormir por ratos, a veces soñaba, a veces no, mis costillas se sentían cada vez más filosas, mis brazos y mis piernas muy delgados, otra vez mi cuerpo estaba en huelga de todo, solo a veces, cuando había mucho silencio a media noche, yo decía mi nombre completo, eso fue lo único que no me cambiaron cuando estuve en la casa, era lo único que guardaba de mi vida cuando iba a la escuela. También guardaba la pulsera de Nadia, que me quitaron el primer día, pero como vieron que las bolitas en medio del tejido eran de plástico y no de oro, la custodio me la devolvió. Así era el tiempo, días de sol, días de lluvia, días en los que hablaba más, otros en los que mi cuartito con barrotes era muy silencioso y yo ahí vivía, en medio de nada.

Las señoras que me ayudaban volvieron. La de siempre se sentó delante de mí para hablar. Nadie sabe nada de Nancy ni de Beto, Lucero, menos de la bebé, pero vamos a tratar de que lo tuyo sea atendido como se debe, que la ley ahora sí sea pareja, aunque ya sabes que todo esto lleva tiempo, así es la burocracia, así son los tiempos y la justicia. ¿Cuánto tiempo?, pregunté. Mucho, poco, otra vez salen cosas nuevas así que no sabemos, pero necesitamos que nos digas todo. ¿Todo qué?, yo ya les dije. Ahora va a ser diferente, Lucero, todo de ti, desde el principio. Okey, hablar desde el principio, decirles todo de mí, quién soy, qué pasó, por qué, aunque esto comenzó a partir de la llegada de Nancy, y si pudiera borrar algo de mi vida sería a ella, solo quiero quedarme con todo lo demás.

Era muy temprano, por eso seguía haciendo tanto frío cuando me bajé del autobús. Pensé que no iba a acordarme de las calles, hacía mucho tiempo que no iba y durante ese tiempo sucedieron tantas cosas, las que recuerdo, las que he querido olvidar, las que no se van a ir aunque trate de borrarlas, pero en cuanto me bajé ya sabía cómo llegar sin preguntarle a nadie. Algunas cosas cambian y otras no, se quedan como si la vida fuera un sueño al que puedes regresar cada vez que cierras los ojos. Así era volver. Había oído que ese día iba a llover, pero solo hubo una llovizna muy ligera, de las que me gustaban porque todo mundo se queda encerrado y una puede salir a caminar, a pensar cosas, a decirlas en voz alta y que nadie piense que está loca, a andar y perderse por gusto, pero luego regresar a la casa, porque hay una.

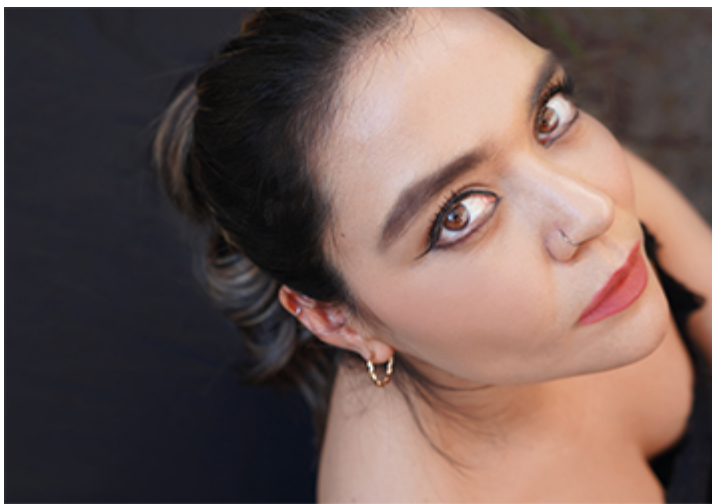
Me paré del otro lado de la calle, estaba segura de que era ahí, las paredes estaban pintadas de azul, uno muy viejo, nadie le había puesto otra pintura, pero seguía viéndose del color de las plumas de algunos pájaros, el techo era café, tejas, le decían techo de dos aguas y yo nunca supe por qué hasta que me lo explicaron. Esas casas tienen las puertas de madera muy grandes y pesadas, las ventanas que casi llegan al piso, los techos tan elevados que dentro podrían caberles un piso o escaleras de una pared a otra. Ahí no hacía frío, era cálido, como lo recordaba de una conversación porque una puede recordar haber estado en un lugar sin haber ido nunca, solo porque le contaron muy bien cómo era y cómo se sentía estar allí. El piso tenía un tapete de aserrín de colores, parecía una pintura y daba miedo pasar cerca de él, respirar y que se perdieran las formas que tenía, como un tejido, pero había que respirar muy hondo porque olía dulce, a muchas flores, y al fondo las velas y el altar, que era mejor de lo que me había imaginado. Apreté con fuerza mi pulsera, una no puede visitar el altar más bonito del pueblo sin dejar una ofrenda, yo iba a poner la mía, me la quité, le di un beso y caminé para pararme junto a la señora que estaba agachada encendiendo las veladoras del piso. Había muchas fotos, para que nadie los olvide, dije en voz baja, y quería ver ahí la de mi hermano, Juan Torres Campos, porque me acuerdo de él todos los días y quiero decir su nombre todo el tiempo. La señora se volteó cuando hablé y pensé que no me había oído, pero sí, hay gente que siempre está atenta, principalmente si esperan a alguien o si están buscando y yo esa mañana le llevaba a la que ella buscaba, aunque ya no pudiera salir de su casa y su único esfuerzo fuera poner cada año la misma ofrenda.

«El suelo inofensivo me daba miedo porque no sabía si debajo de sus pies se abriría la tierra.»



¿Qué pasa cuando someter a otras personas es la única forma de sobrevivir? ¿La desobediencia es posible siempre? ¿Qué redes de complicidad teje el silencio? ¿Cómo distinguir entre víctima y victimario? Aquí hay dos narradoras potentes y perspicaces: Lucero y Dolores. La primera es una adolescente de juicios agudos y la apremiante necesidad de recibir aceptación. La segunda es la madre de Nancy, compañera de secundaria de Lucero, que atraviesa la agonía de buscar a su hija desaparecida. Ambas voces enhebran una historia compleja sobre un grupo de niñas casi adultas cautivo en una casona en los márgenes de la ciudad.

Laura Baeza traza una novela entrañable y brutal que añade nuevas notas a las discusiones sobre la violencia, el deseo, la amistad, la ternura y la libertad humana. Con su oído privilegiado y una prosa accesible sin llegar a dócil, la autora nos lleva desde las primeras líneas a un viaje por las contradicciones de la adolescencia. *El lugar de la herida* es un territorio que sangra y cicatriza al mismo tiempo, símbolo de un país que reproduce y resiste la violencia feminicida en pleno siglo xxi.



© Lis de Nazareth

Laura Baeza como cuentista es autora de *Ensayo de orquesta* (2017) y *Época de cerezos* (2019). *Antologó Mexicanas. Trece narrativas contemporáneas* (Fondo Blanco, 2021). Su libro de cuentos *Una grieta en la noche* (2022) fue finalista del Premio Ribera del Duero, ahora traducido al inglés y portugués. Varios de sus textos han sido publicados en revistas y antologías en México y el extranjero. Actualmente, además de escribir ficción, se dedica al trabajo editorial y la creación de contenidos. *Niebla ardiente* (Alfaguara, 2021) fue su primera novela y está próxima a una adaptación audiovisual.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

El lugar de la herida

Edición en formato digital: mayo, 2024

D. R. © 2024, Laura Baeza

Publicada mediante acuerdo de VF Agencia Literaria

D. R. © 2024, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,

colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,

Ciudad de México

penguinlibros.com

Penguin Random House / Maru Lucero, por el diseño de portada

© iStock by Getty Images, por la imagen de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-384-607-3

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks

Twitter: @penguinlibrosmx

Instagram: @penguinlibrosmx

Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

Habla Lucero
La voz de Dolores
Habla Lucero
La voz de Dolores
Habla Lucero
La voz de Dolores
Habla Lucero
La voz de Dolores
Habla Lucero
La voz de Dolores
Habla Lucero

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

Habla Lucero
La voz de Dolores
Habla Lucero
La voz de Dolores
Habla Lucero
La voz de Dolores
Habla Lucero
La voz de Dolores
Habla Lucero
La voz de Dolores
Habla Lucero
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos